



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

188
8

Span 2478.4



Harvard College Library

FROM THE

SALES FUND

Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor
in Harvard College, 1816-1854. The will requires

the income to be expended for books "in the
Spanish language or for books illus-

trative of Spanish history
and literature."



RODOLFO GIL

EL PAÍS DE LOS SUEÑOS

Páginas de Granada

1901
Tip. Lit. Paulino V. Traveset
Granada

Digitized by Google

PÁGINAS DE GRANADA

RODOLFO GIL



El País de los Sueños

Páginas de Granada



1901

Tip. Lit. Paulino V. Traveset
Granada

Space 2478.4

L. acc fund

~~~~~  
*Es propiedad. Queda hecho el depósito  
que la ley determina.*  
~~~~~

Al Excmo. Ayuntamiento

DE LA MUY NOBLE, MUY LEAL, NOMBRADA, GRANDE, CELEBÉRRIMA
Y HEROICA CIUDAD DE GRANADA

*Homenaje y testimonio de respeto
de*

R. Gil.



À GRANADA

Joyero de ambar y oro...

ZORRILLA.

Salud, bella Granada!
claro espejo de Dios, fuente sellada,
que amor destella y al amor convida!
Melancólica reina destronada,
más grande, más hermosa y más amada
cuanto más abatida!

Las esmeraldas que tu cuello ornaron
brillan en los tapices de tu Vega;
el río en que tus dichas se miraron
tu cetro de oro á mi Jenil entrega,
y en tu nacárea luz, que esplende y ciega,
los poetas del mundo se inspiraron.

¡Quién, de tu suelo ausente,
no ha soñado contigo en su ventura!
De tu Colina Roja en la espesura
¿quién volvió su mirada hacia el Oriente,
si el infiel y el creyente
posan en tí sus ojos de ternura'

Hasta la patria mía
 el Singilis llevó tu poesía,
 de dulce encanto y de amargura llena,
 y allá aprendí de niño tus cantares,
 vagando por las huertas y olivares
 que pueblan del Jenil la orilla amena.

Al escuchar tus viejas tradiciones,
 despertaron en mí las ilusiones
 que forman el tesoro de la vida,
 y, de tu amor en la fulgente llama,
 sentí el beso del numen que me inflama
 y á tí mi inspiración queda rendida.

¿Qué te ha de dar, de su cariño en prenda,
 el nómada cantor que alza su tienda
 donde su Edén pusieron los musulmes?
 ¿Qué te ha de dar el alma que te adora,
 ¡Reina mía y Señora!
 si, esclava del dolor, tú la redimes?

De tu historia en el ara, reverente
 yo inmolaré mi corazón ardiente
 en que guardó la juventud aromas,
 y á tus altos dormidos torreones
 volarán mis canciones
 cual bandada de nítidas palomas.

Esmaltaré con flores de escarlata
 el doble y rico cinturón de plata
 con que tu talle y tu campiña ajustas;
 en tus huertos y patios de arrayanes
 con mi laúd evocaré los manes
 de tus lucidas musulmanas justas.

Admiraré tus populares fiestas
 y subiré á la gloria por las cuestas
 de tu Albayzín famoso,
 donde en la plenitud de mi ventura
 labré un nido de amor y de ternura,
 ni envidiado del mundo ni envidioso.

Traduciré la voz de las campanas
 de las torres cristianas
 en que se oyó el *Aláh* de los muezines,
 y estallará en mis versos centellantes
 el hurra triunfador de tus amantes,
 la furia de tus bravos paladines.

Reinas aún; que no murió tu imperio:
 al claror de la luna, en el misterio
 de la alta noche, Mulhacén descende,
 pone argétea corona en tu cabeza
 y sobre tu fantástica belleza
 su manto real de armiño airoso tiende.

Reinas aún; que, esclavos de tus ojos,
 ante tu augusta majestad de hinojos
 están todos los pueblos de la tierra.
 Míralos desfilar: hacia tí vienen
 y á tu mágico hechizo se detienen,
 por ver las gracias que tu seno encierra.

Reinas aún; que de las propias ruinas
 la mujer y las flores granaquinas
 levántanse, deslumbran y avasallan;
 y á su perfume intenso
 une la muda admiración su incienso
 y olas de fuego en el espacio estallan.

Esclavo tuyo soy; adormecido
 de tu Alhambra en los bosques, á mi oído
 llega dulce y süave cantilena.
 Cuando á lo lejos la canción expira,
 ¡Ay mi Granada!—se oye y en mi lira
 el eco ¡Ay mi Granada! triste suena.

No muestres melancólico el semblante;
 que, poeta y amante,
 quiero en tus ojos ver días risueños.
 Déjame que descanse entre tus brazos,
 mientras el corazón preso en los lazos
 queda de este país de mis ensueños.



EL PAÍS DE LOS SUEÑOS



VENID á Granada!

Vosotros los que tenéis el corazón desgarrado por el dolor; los que contáis por siglos las horas de hastío; los que os habéis dejado entre las zarzas de la vida pedazos del alma; los que hufís del ruido que aturde y del bullicio que enloquece: venid á Granada.

Los que desdeñáis la alegría fugaz que entre risas brota y en los labios muere, y anheláis la intensidad del goce íntimo en la penumbra del misterio; los que, prontos á beber el dulce vino de la dicha, no encontráis copa en que escanciarlo; los que soñásteis con las nieves perpetuas, con los valles rientes y las montañas abruptas, con los rios encantados y cascadas rumorosas, con paisajes que no se acaban y crepúsculos que extasían: llegad á Granada.

Los que sentísteis en vuestro espíritu el beso divino del arte; los que os arrojásteis en la contemplación de la Naturaleza, más amada cuanto más se entrega al hombre; los que agitados por el sacro nimen de la poesía vais por el mundo cantando todo lo grande y noble en su aspecto más bello; los que en las glorias del pasado buscáis consuelo á las desdichas del presente y en el enigma de las ruinas y de los edificios vetustos queréis descifrar la profecía de tiempos mejores: quedaos en Granada.

Alabad á esta ciudad, escultores de la palabra; que de ella se dijo no tenía rival ni en el Egipto, ni en el Irac, ni en la Siria. Alabad á Granada, que ella fué llamada por los árabes *el cielo del mundo*.

Al contemplarla de lejos, suspendereis el ánimo y no parpadarán vuestros ojos, como si gozáseis de la visión de los bienaventurados. Al acercaros á ella, descalzad vuestros pies, que no ha de manchar el polvo del camino el chal de verde seda que le sirve de alfombra. Y, al deteneros en ella, os cautivarán su hermosura y la melancolía suave que, como perfume intenso y delicado, flota aquí sobre todas las cosas.

Su clima es agradable; su luz transparente; su ambiente aliciaáo por las flores; sus panoramas, cuadros de fantasía oriental; su

vegetación exuberante; sus cármenes y huertos, lechos esplendentes en que el idilio reposa; sus rincones, cuna de la leyenda de nuestro pueblo; sus minaretes de mosaico y sus torres amarillentas, miradores de la gloria.

Alabad á Granada, la famosa ciudad de los ricos tisúes, terciopelos y damascos; la de la cerámica azulada; la de los orfebres más notables entre los moros; la que fué centro de la predicación de los discípulos de Santiago; la que acuñó moneda entre los godos; la que fué, como Roma, cabeza y fin de un imperio; la que ha sido, es y será, como Jerusalén y la Meca, lugar de peregrinación para todos los creyentes de nuestro arte y de nuestra historia inmortales.

Alabad á Granada: la que se asienta entre un río de oro y un río de nieve, á la sombra de árboles gigantes que entrelazan sus ramas; la que en su flora junta los productos de las tierras más frías con los de los países cálidos; la que hace de sus jardines retiros de amor, y de sus mujeres hurfes, y de sus mezquitas iglesias cristianas, y de sus granjas reales pueblos que esparcidos en la Vega parecen nutridas compañías de soldados que escaramucean en interminable guerra de guerrillas.

¡La gloria y el honor para Dios! ¡La bendición y la alabanza para Granada, sobre la cual derramó Dios los esplendores de la belleza infinita!



La mujer

La luz y el cielo

La Sierra

La Vega

Las calles

LA MUJER



IOLETAS por su modestia y aroma delicado, rosas por su encendido color, las mujeres granadinas reclaman la atención extática de cuantos por tierra andaluza peregrinan. Ellas solas pueden aquí competir con la esplendidez y hermosura de la Naturaleza, en cuyos paisajes y luz nuestros ojos se dilatan y se baña nuestro espíritu.

¿Cómo fueron en lo antiguo? Los grabados y las crónicas conservan su fisonomía de antaño. Gratiliano al describir su traje, que, aunque extraño, no difería gran cosa de los de la Numidia, dice (1) que ornaban su cabeza con bonete sencillo y redondo (2), y sobre sus hombros caían sus largos cabellos ondeados; los costados de su traje, sin coselete ni mangas, tenían por la parte de arriba una sola abertura por la cual el vestido entraba y salía como la túnica de los sacerdotes. En vez de zapatos usaban de coturnos ceñidos hasta debajo de la rodilla, y de zuecos, sujetos con cuerdas á los pies.

Después, en el siglo XIII, Abulwalí Ax-Xecundi traza así la semblanza de las granadinas:

«Son hermosas, distinguiéndose por lo regular de su estatura, lo garboso de sus cuerpos, lo largo y tendido de sus cabellos, lo blanco y brillante de su dentadura, lo perfumado de su aliento, la graciosa ligereza de sus movimientos, lo ingenioso de sus palabras y la gracia de su conversación.»

En aquella época, las damas de la clase media lucían ricos collares, brazaletes, ajorcas y pendientes de oro puro, con mucho de



(1) En su obra *De gli abiti di Spagna*.

(2) Símbolo de libertad.

pedrería y de plata en el calzado; mientras que las de la aristocracia cortesana y de la antigua nobleza ostentaban gran variedad de piedras preciosas, como rubíes, crisólitos, esmeraldas y perlas de gran precio.

«Adornaban unas su cabellera con cadénitas de oro y venerados amuletos; ponían otras en su turbante preciadas guirnaldas y teñíanse de color de rosa el extremo de los dedos de un modo tan brillante que vistos al espejo parecían puntas de coral flotantes sobre el agua, ó mezclaban los tintes de *kohol*, negros como el azabache, para comunicar á los ojos aquella languidez que tanto hermosea á las circasianas.»

Trillo de Figueroa, que floreció en el siglo XVI, escribe con referencia á las damas granadinas de su tiempo, que eran muy aficionadas á los cosméticos, aunque su belleza no los había menester.

En la historia, en las costumbres, en los juegos públicos, en los sucesos caballerescos, ellas desempeñaron papel principal. Por ellas lidiaban los caballeros en los torneos y en las justas; ante el altar de las más renombradas bellezas granadinas quemó su incienso la tradición ó la leyenda; por ellas se perdieron plazas ó se ganaron reinos. Y así, cuando el más pequeño y el más desgraciado de los reyes de Granada suspiraba y miraba á la ciudad por última vez desde las alturas del Palul, la voz robusta de Aixa rugía y lo humillaba en el polvo, haciéndola digna de reinar en el paraíso perdido; cuando el culto á la libertad era un delito, la figura heroica de Mariana Pineda levantábase del ara del martirio á la admiración popular; cuando Napoleón III subyugaba á los pueblos, otra granadina ilustre vencíalo con su amor y su hermosura.

* * *

Tienen las mujeres de esta tierra personalidad propia por sus gracias, por sus costumbres, por su modo de ser y vivir.

Difícil es empero trazar en un boceto las líneas que caracterizan á la granadina. ¡Tal es la abundancia y tanta la variedad! La que nació en el Albaicín difiere de la de la población baja; ni una ni otra se parecen á la granadina de la Alpujarra, ni la alpujarreña á la de la costa. Notas y rasgos esenciales las hacen inconfundibles entre sí y con relación á las demás. Pero lo mismo, en el hechizado barrio de los cármenes que á orillas del Dauro y del Jenil, en las arenas de la playa como en las escabrosidades de la Sierra, la hermosura y el color del rostro son su distintivo y exceden á toda ponderación.

Como en todas las poblaciones arrulladas por el mar, es la mujer de la costa granadina tipo que pudiérase llamar cosmopolita. La arribada de barcos de opuestas procedencias, el comercio con diversas gentes, la transformación de los gustos indígenas al influjo de corrientes innovadoras que de fuera vienen á la playa, la multiplicidad de relaciones y el cruce vario de razas, contribuyen á que en los pueblos costeros no se conserve ni rastro de lo que tierra adentro, con mayor pureza donde el relativo aisla-

miento y la fiera independencia impidieron que se desfigurase, marca perfectamente los trazos seguros, el color propio, la verdadera fisonomía de la mujer, cuyo retrato nos proponíamos retener en la memoria ó estampar en el lienzo y en el libro.

De toda la provincia, sólo en las Alpujarras guárdanse como un tesoro las costumbres musulmanas y el tipo neto de la mujer árabe. No era preciso que la ciencia antropológica lo proclamase así. El color del semblante de la alpujarreña, la brillantez y negrura etiópica de sus pupilas, el tono y líneas de sus labios, las curvas graciosas de su cuerpo, la conformación de su cráneo, su cabello nigérrimo, el acento y vigor que da vida á su lenguaje y la viva profundidad que hay en su mirada, confirman la observación hecha por un ilustre hombre de ciencia, honra de la Medicina española. Las luchas y resistencia de los moriscos dejaron en toda la alpujarra huella indeleble.

Abunda en el Albaicín el tipo rubio. La albaicinera es aquí la mujer del pueblo. Limpia como los chorros del oro, alegre con alegría comunicativa y no escandalosa, apasionada por las flores que en todo tiempo perfuman sus cabellos y su busto, tierna en sus afectos, amante de sus fiestas tradicionales, apegada á la casita blanca en que nació y vive, y al huerto ó carmen en que reina y goza, ella es la mejor muestra de los encantos del barrio morisco. Sin ella no hay procesiones, ni verbenas, ni bailes, ni alegría en aquellas alturas. Por ella, más que por ninguna otra cosa, es hoy famoso el Albaicín. Cuando ha cesado el ruido de los telares, cuando al anochecer vuelve del taller ó de la fábrica, la guitarra andaluza se queja entre sus brazos ó á su lado de los desdenes recibidos á orillas del Dauro ó del Jenil, de donde fué expulsada por el piano; y, entre las flores del carmen y en la reja en que *pela la pava*, el sentimiento y el amor, que infiltró en su alma el eco suave y quejumbroso de la guitarra, son sus dioses tutelares.

«Predomina en unas—advierte un notable escritor costumbrista (1)—cierto lujo aparatoso y tradicional, revelador de la casa holgada del huertano ó pegujarero ricachón; mientras otras se caracterizan por el crujir de la modesta falda almidonada y airosa, y por la profusión de albahacas y nardos, criados con esmero en los balcones y ventanas de la vetusta casa de vecinos.» Y es de ver cómo «cantan las mozuelas mientras se peinan y aderezan en los ocultos corralillos, con la dejadez y molicie propias del apartamiento y la confianza.»

Entre ellas vive y escribe sus leyendas y romances el poeta veterano Afán de Rivera, que conoce hasta los rincones más ocultos del Albaicín, y en más de una ocasión hizo su apología contra los que las denostaban para ensalzar á las *greñudas*; que así son llamadas las del barrio de San Cecilio y limítrofes.

(1) Matías Méndez Vellido.

Distínguese la granadina de la parte baja de la población no sólo por su porte señorial, sino porque tiene menos viveza y el color más apagado que la albaicinera. No se crían lo mismo las flores en estufa que al aire libre. En el barrio morisco las muchachas se agrupan como las rosas en un ramillete; abajo, el aislamiento en que la mujer vive es exagerado; apenas se reúnen más que en el paseo, formando cada familia un grupo aparte. Fuera del paseo, únicamente las he visto juntas, como pudieran estar en un teatro, en las fiestas literarias organizadas por el Liceo ó la Económica de Amigos del País.

En general, las granadinas, moras por su ocultamiento á la mirada del hombre, viven en los claustros de sus hogares; diríase que están encantadas en sus patios y huertos, cuajados de flores. La luz traslada el carmín de las más encendidas rosas á sus mejillas. En sus ojos concentra el sol todo su fuego. No se las vé por entre los labrados hierros de las cancelas que ornán los portales de Córdoba y Sevilla: de día, se las adivina detrás de las celosías de sus misteriosas rejas y de las verdes persianas de sus balcones y cierres; al anochecer las veis desfilar indefectiblemente por la Carrera hacia el templo de la Virgen.

No son aquí las ventanas altares en que el amor se inmola. Muchas mujeres del pueblo *pelan la pava* como en mi tierra; pero lo que en el resto de Andalucía es regla, aquí es excepción. En el interior, apartados de miradas indiscretas y oídos curiosos extraños á la familia, los amores son cultivados por la granadina como la planta más mimada de su jardín.

Las flores son sus delicias; por ellas sienten verdadera idolatría. Las tapias de las casas, los balcones y rejas rebosan de macetas cuidadas por manos femeninas con solicitud maternal. Las flores y las mujeres viven aquí la misma vida: las unas perfuman las calles; las otras perfuman con aroma embriagador las almas.

En los teatros y en los paseos se observa que las rosas, los claveles, las camelias, las violetas y los pensamientos adornan su tocado y descansan sobre su pecho. Y á fe que no hay joyas mejores que estas que la Naturaleza les brinda.

Muchas cosas son de ver en los días en que la ciudad celebra sus fiestas tradicionales, pero nada como ese derroche de belleza femenina, por la cual sin duda el pueblo dijo en sus cantares que el *Corpus* es uno de los pocos días del año que relucen más que el sol. Con tal superabundancia de luz es caso de quedarse ciego.

¡Granada encantadora! Tu visión debió iluminar la frente del Nabí cuando escribió su Korám. Soñó con Granada, al soñar con el Paraíso de los creyentes.

Quien en tí permanezca, cegará de amor. Quien, viéndote, se aleje de tí, perderá la luz, la vida y el alma.

LA LUZ Y EL CIELO ⁽¹⁾



de la luz ni del cielo de Granada se puede formar idea quien no haya visitado esta tierra. Tales son que quien en el lienzo los copie ó bajo su influencia pinte, habrá dado á sus obras un sello inconfundible. Por eso sin necesidad de rótulos ni guías se distinguen al punto los cuadros cuyo color es netamente granadino.

En esta gran paleta puso muchas veces su admirado pincel Fortuny; en esta luz buscó y formó su personalidad el gran Alonso Cano; con esta luz sueñan los pintores españoles, y en ella han buscado su inspiración nuestros poetas, como si en ella esplendiese la faz de Apolo.

No deslumbra ni obliga á cerrar los ojos, como la luz que á guisa de lluvia de fuego cae sobre Sevilla, Málaga y Córdoba. Es una luz templada y reflejada por la Sierra, que, como ha dicho con grandilocuencia y verdad el Dr. Gutiérrez Jiménez, sirve de espejo, de reflector inmenso que centuplica la fuerza de los rayos luminosos, ensancha extraordinariamente la línea del horizonte, da entonación pura y vigorosa al ambiente, á la tierra y á la vegetación y descompone la luz en colores tan variados como no la puede soñar la imaginación del artista, aunque se embriague en una orgía de colores.

Por eso sus crepúsculos son incopiables é indescriptibles y la vista se espacia y se pierde leguas y leguas en lejanías ilimitadas, en cuya contemplación el alma se nos va y vuela á esas regiones impalpables en que, sin darnos cuenta, pasamos de la admiración al éxtasis. Por eso duran aquí tanto los crepúsculos.

(1) El ilustre catedrático de la Facultad de Medicina, D. Federico Gutiérrez, dió en los salones de la Sociedad Económica de Amigos del País de Granada dos conferencias sobre este mismo tema. De este notabilísimo trabajo no se conservan más que los extractos que, cogidos de viva voz, publicó la prensa.

Sin transiciones bruscas, el día se inmerge en las sombras, y de ellas surge y avanza como enamorado tímido que paulatina y dulcemente va mostrando la intensidad de su pasión. Y cuando el sol remonta las más altas cumbres de la Sierra, heridas de soslayo por su luz, la Sierra aparece, aun en los claros días del estío, velada con tules transparentes, á modo de tenuísimas nieblas, como desposada que recata de la mirada de los hombres el rubor que tiñe su rostro en la mañana de sus bodas.

El cielo, diáfano y radiante, trueca el color azul del alba en un azul nacarado y teñido de oro, al desplayar la nieve immaculada de las cordilleras los rayos luminosos que las besan. Y los ojos del hombre no se cierran: se abren más y más, como si fuesen astros y en las vibraciones suaves del éter los impeliera la fuerza misteriosa é incontrastable de la gravedad al centro del sistema sidéreo.

Fondo de gigantescas decoraciones, en Granada el cielo da tonalidad característica á los paisajes, y sus celajes crepusculares tienen una suavidad y un encanto que arroban al espíritu.

Se comprende que los días nublados sean en esta tierra más tristes que en parte alguna. Sin la refulgencia de su luz, Granada es un país muerto.

Con la diafanidad de su cielo, es lo que ha sido siempre: una paleta inmensa en que todos los colores se combinan y se mezclan armónicamente; un surco luminoso al que las alondras del arte bajan á beber las aguas de la inspiración.



LA SIERRA



ADRE de Andalucía» llamó á la cordillera Penibética el gran novelista Alarcón, en un arranque de entusiasmo por el terruño. Y en Granada se advierte que la Sierra es el telón de fondo de todos sus paisajes y panoramas, crisol en que su luz se purifica y acrecienta, imán que nos atrae, avanza la de Europa y mirador que domina dos Continentes.

De luengas tierras vienen á hollar su nieve immaculada los hombres de ciencia y á recoger de su refulgencia torrentes luminosos los artistas del mundo.

Sierra Nevada, como la Alhambra, se vé desde todas partes. Cuando el sol del estío convierte la Puerta Real—que nada tiene de puerta—en un horno, los albos picachos del coloso, que dijeron *Xólair* los árabes, se divisan desde el centro de la población, cerrando al Sur el horizonte; cuando la agitada vida moderna nos impele de un lado á otro como autómatas en las calles, se nos entra por el oído el pregón de las medicinas que la Sierra pro luce; cuando el invierno desnuda con sus rigores la arboleda, la nieve descendiendo por las vertientes aumenta de la Sierra la majestad y parece que la fimbria de su manto de armiño roza con las tapias del cementerio. Nada es comparable á su vista, á la luz de la luna, en las claras noches de Enero.

Antes, solamente los alpinistas de Suiza, Italia, Alemania y Francia arriesgábanse á emprender la caminata en dirección al Velez. Ya, una propaganda constante, mediante conferencias, libros ó relatos íntimos de excursiones, han despertado aquí la afición á este deporte instructivo y grato, de tal modo que no pasa un verano sin que por la «Sociedad *Diez Amigos Limited*»—solo á este fin creada—se organice una expedición, que, aunque visite sitios distintos de Sierra Nevada ca la vez, siempre acaba en los puntos más altos y famosos de la cordillera.

Y bien valen las impresiones que se reciben, los conocimientos que se adquieren, los grandiosos espectáculos con que la Naturaleza en las montañas anonada al hombre... todas esas molestias que en los últimos tiempos narraron los excursionistas D. Elías

Pelayo, Diego Marín, Nicolás María López (1) y Eduardo Mendoza, cuyas crónicas y artículos, recopilados luego en volúmenes 6 folletos, han acrecido la bibliografía de la Sierra, han ahondado ó rectificado las líneas que en este camino marcó el Profesor de la Normal de Almería D. Antonio Rubio, en su libro *Del mar al cielo*, y han servido de estímulo á los indolentes y de aperitivo delicioso para sus aficiones á los que pusieron todas sus complacencias en repetidas ascensiones á los Alpes y á los Pirineos.

Los que vuelven de aquellas alturas se hacen lenguas de sus encantadoras perspectivas, de su fauna y de su flora originalísimas. Todo está allí á los pies del hombre; todo se contempla á vista de pájaro. ¡Hasta las nubes circundan el Picacho del Veleta y estallan en lo hondo! Sobre aquel gigantesco «féretro de virgen» que parece, avanzando en el espacio, que va á ser despeñado por manos de titanes, dominase de una punta á otra la baja Andalucía, desde las crestas que aprisionan la provincia almeriense hasta las sierras malacitanas y las cercanías del Estrecho pobladas de nieblas. Enciéndese el mar latino, coloreado por los crecientes reflejos del amanecer y dibújanse á lo lejos, pugnando con la bruma, las costas africanas. Al volver atrás los ojos, tierra adentro, como si nos deslumbrase la luz del sol, percibimos oscura, morena, tóstada por el fuego que tiñe la piel de nuestras mujeres, la Sierra gallarda que arrulla el Guadalquivir y perfuman los naranjos, los limoneros y los rosales.

Ante aquellas argentadas pizarras, fija la vista en las cataratas bullidoras de los barrancos, en las simuladas almenas de la Alcazaba, en la mole inconmensurable del Mulhacén, en los valles rientes de exuberante vegetación, en los volcanes apagados de Zújar y Sierra Elvira, en las vegas dilatadas de riqueza sin término, en las simas negras, cuya boca atrae, y en los glaciares de que toman frescura y vida las plantas y las flores de aquellas altitudes, recuérdanse las palabras de un gran artista catalán, admirador entusiasta de este rincón de



(1) Nicolás María López en su crónica de la excursión que en el verano de 1899 hizo la «Sociedad Diez Amigos Limited» á la Sierra, pinta así una tormenta que sorprendió á aquella partida de alpinistas cerca de la *Fuente del Tesoro*, á unos 2.800 metros sobre el nivel del mar:

«La luz de los relámpagos cegaba y los truenos semejaban tremendos cañonazos, que se multiplicaban en horribles ecos; los picos de

héchizos:—«Sierra Nevada, soberbia de grandeza, es un penacho del país del Norte, dominando un paisaje del Mediodía, colocado en el fondo por capricho de la Naturaleza, para servir de hermosísimo contraste á una florida llanura.»

En las estalactitas de sus grutas de hielo, que dan la norma y síntesis de la arquitectura arábigo-granadina, la luz se quiebra con todas las reverberaciones y tonos del iris. Las flores de la Sierra no se abaten ni al empuje destructor de los huracanes ni á los cálicos soplos del Sahara. Trepan por las pendientes las cabras monteses; cuelgan de los picos de las cumbres sus nidos las águilas; fosforecen en las tinieblas las pupilas de los lobos, siempre en acecho; las amapolas de color raro, los líquenes, los helechos alpestres, la manzanilla famosa, los pensamientos microscópicos y las violetas silvestres esmaltan los ventisqueros y bañan en los manantiales de los torrentes que fecundan los prados; suben de las cañadas rumores que evocan en la memoria las insurrecciones de los moriscos; guarda la tierra en sus entrañas el hierro, el cobre y el plomo en riquísima abundancia y ofrecen sus canteras preciosos jaspes matizados de colores diversos (1) para nuestras construcciones; bandadas de mariposas, las más bellas que pudieron ver los naturalistas, cruzan el espacio, volando y revolando en locos giros; y cuando la mirada se aparta de los pueblecillos que se encastillaron en las cimas, para posarse en las casitas humildes que descansan á orillas de los ríos y arroyos que la nieve al derretirse forma; y cuando, sintiendo el espíritu la nostalgia de la ciudad, empuja al cuerpo á que rueda por aquellas vertientes escalonadas que se hunden en la Vega, el sol que muere pinta los semblantes de cuantos lo miran frente á frente con la palidez intensa de su agonía larga.

la Sierra, en vez de destacarse sobre el fondo azul del cielo, se extendían como cortinas negras y tupidas, que disminuían las distancias y asemejábanse á terroríficas bambalinas de un teatro del invierno; escaseaba la luz hasta el punto de parecer de noche, y, si entraba alguna claridad por los intersticios de las nubes, era como esa claridad siniestra y absurda que entra por las claraboyas de los calabozos y que, en vez de alegría, produce temor, porque hace más violento el contraste de la oscuridad.—Al unísono de los pavorosos truenos caía una violenta granizada, que, á impulsos de un aire calentón, nos azotaba con furia y llenaba de rayas oblicuas y blanquecinas el espacio. Nos hallábamos, pues, rodeados de nubes que descendían por los límites de nuestro horizonte, envolviéndonos en su mismo seno y sometiéndonos á la posibilidad de una descarga eléctrica. Los rayos caían, en efecto, con profusión á derecha é izquierda, sin que pudiéramos apreciar la distancia, aunque el temor nos hacía creer que ésta era demasiado corta.»

(1) En el barranco de S. Juan, singularmente, se ha encontrado la *serpentina*, piedra de ornamentación tan estimada por sus propiedades como por la escasez de sus yacimientos. Felipe II hizo sacar de aquí las serpentinatas de que está hecho su sepulcro en el Escorial, y el propietario granadino D. Emilio Aragón las dió á conocer, y por ellas obtuvo premio, en la pasada Exposición de París de 1900.

Por fin, al igual de su saludo, su despedida es para Sierra Nevada, que se ruboriza á diario al recibir su último beso, como doncella pudibunda. (1)

(1) El presidente de la Sociedad excursionista granadina «Diez Amigos Limited», D. Alberto Alvarez de Cienfuegos, propone y aconseja el siguiente utilísimo itinerario á los que deseen hacer una excursión de tres días á Sierra Nevada:


Primer día.—De Granada al cortijo de San Jerónimo por el camino antiguo de los Neveros, que parte del de Huétor: Salida de Granada á las tres de la mañana.—De siete y media á ocho, en el Purche.—De ocho y media á nueve, en la Fuente de los Mimbres; almuerzo y descanso.—A las doce, llegada al cortijo de San Jerónimo. Por la tarde se pueden recorrer los alrededores (Peñones de los Toriles, Tajo de las Palomas, río Monachil, etc.) y pernoctar en él.

Segundo día.—A la Laguna de las Yeguas y collado del Veleta.—A las cinco de la mañana, salida del cortijo de San Jerónimo, por la vereda que pasa por los Prados del Aire.—A las seis y cuarto, en Fuenfría.—A las siete y cuarto, en el Peñón de San Francisco. Descanso y subida al Peñón hasta las ocho.—A las diez y media, llegada á la Laguna y almuerzo.—A la una de la tarde, subida al collado del Veleta por la carrihuela.—A las cuatro se puede subir á la cima del Veleta para presenciar la puesta del sol. Se invierten tres cuartos de hora en la subida y 30 minutos en bajar. Se pernocta en el refugio del collado, si no se dispone de tienda de campaña.

Tercer día.—Subida á la cumbre del Veleta, á las tres y cuarto de la mañana; llegada á las cuatro para presenciar la salida del sol.—A las ocho, vuelta al collado para almorzar.—A las diez se emprende la vuelta al cortijo de San Jerónimo por el mismo camino recorrido á la subida, ó bien directamente á Granada por el antiguo camino de los Neveros.



LA VEGA

 ESDE la Torre de la Vela, desde cualquiera de los puntos altos de la población, se abarca con una mirada sola la llanura dilatada y fértil, que limitan al S. las vertientes de Sierra Nevada y al SO., O. y NO. las Sierras de Alhama y Tegea, de Loja, Montefrío, Parapanda, Íllora y Elvira.

Si el pueblo árabe dejóse prendido su turbante, de blancura sin mácula, en los más elevados picachos, también, porque los surcos que sus lágrimas de amargura abrieran en la tierra, al abandonar la ciudad para siempre, no los secara ni borrarse la luz del sol, cubrieron el llano con una inmensa marlota verde, finamente bordada con todos los colores de las estirpes granadinas más ilustres.


Y aun admiramos el rico tapiz que la dinastía nazarita puso á los pies de Granada. Todavía es la Sierra tributaria de la Vega; que de extremo á extremo la atraviesa, repartiendo en huertas y plantíos la plata de sus espumas y el oro del Darro, el Guaxenil, que—en frase de un poeta musulmán— cuando corre con velocidad semeja una espada aguda y bruñida, y cuando detiene sus giros una ancha armadura.

El Sínkilis de los romanos es el gran Vizir de esta llanura extensa y á buscarle van presurosos en una parte el río Dílar, en otra el Monachil, aquí el Alfacar, más allá el Beiro, camino de Loja el Cubillas, y todos ellos le acompañan hasta que en Iznájar se internan en territorio del Califato. Mas estas correrías no dañan los campos, antes bien, dejan en las vegas los gérmenes de fecundidad inagotable.

Las acequias son arterias por las que la vida circula en un circuito de veintisiete leguas. A los alcázares soberbios de *Said* y *Xenil*, á los huertos famosos de *la Reina*, del *Alcalde* y de *Marg-Arrocad*, á centenares de jardines y preciosas fincas de recreo, almunias y castillos, con que la gente mora hizo de la Vega un verjel frondosísimo, lugar de esparcimiento y venero de riqueza, sucedieron en la edad moderna los severos olivares, las típicas huertas, las grandes porciones de terreno sembradas de remolacha,

Digitized by Google

LAS CALLES



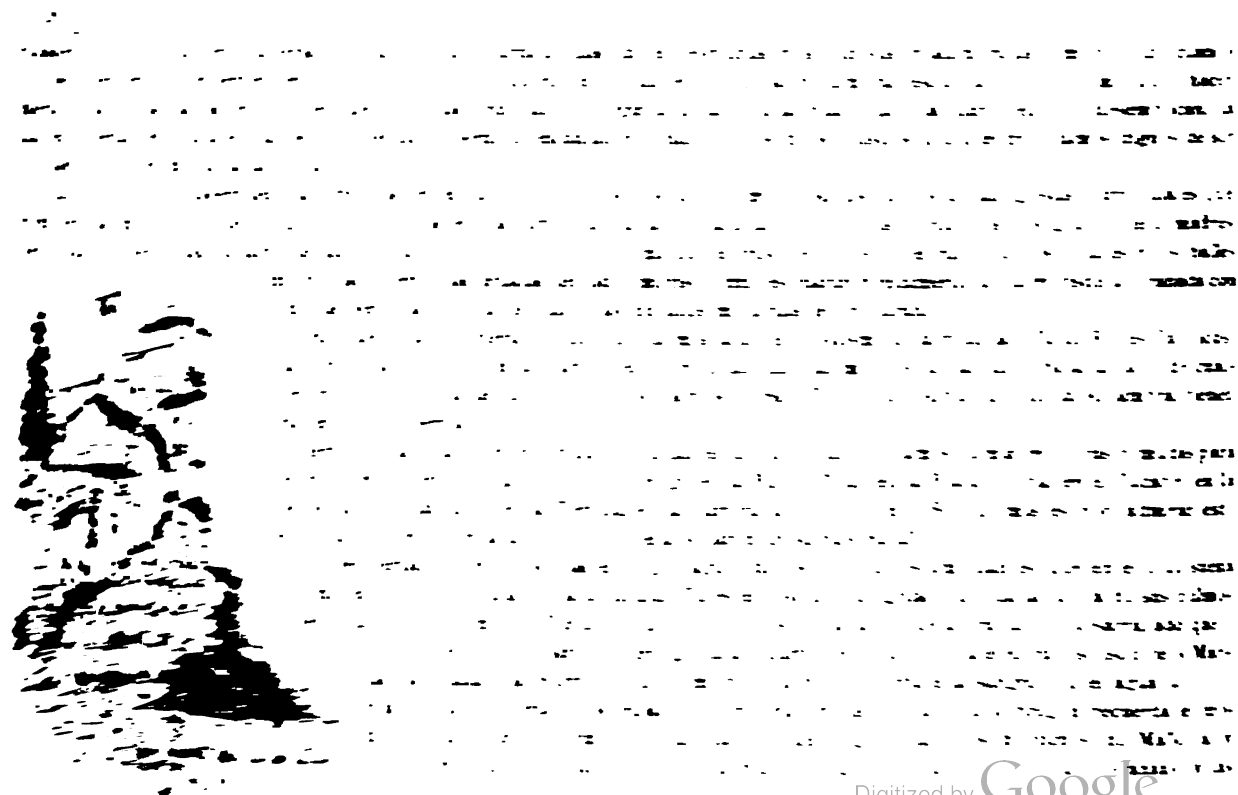
Si los ojos, según el dicho vulgar, son espejo del alma, la de las poblaciones alienta en sus calles. Los ciegos de nacimiento nada podrán percibir ni adivinar en aquéllos ni en éstas. Mas únicamente en tal observación sorprenderemos los sentimientos del individuo y el carácter del pueblo que nos propongamos estudiar. «El alma de las calles habla y dice cosas muy bellas á quien comprende su extraño idioma.» (1)

Mucho se han transformado las de Granada en la segunda mitad del siglo XIX; pero, á despecho de los anarquistas de nuestra típica arquitectura, todavía sigue siendo la ciudad una población eminentemente moruna.

Apartándose del centro, en que el imperio tiránico de la línea recta nos presenta á Granada como otra capital cualquiera moderna, con la monotonía de sus construcciones enfiladas, sus balcones y ventanas en perfecta simetría, sus fachadas lisas de ornamentación y pintadas de azul ó amarillo y sus canalones desaguardo en las aceras, todo cambia.

Dejan de verse las casas de pisos á estilo de Madrid; préfiérese en los barrios principales la comodidad íntima á la apariencia fastuosa que sacrifica los patios y huertos, en que vive el espíritu de Andalucía. Respétese el escudo señorial del frontispicio, las grandes ventanas voladas, las labradas zapatas de los balcones, las esbeltas columnitas de mármol que dividen los huecos y recuerdan los ajimeces moriscos, y las robustas columnas de piedra que empotradas en el muro adornan la esquina de la casa y la línea quebrada de la calle. Los anchos aleros que parecen trozos de rico artesanado resisten años y años el azote de la lluvia y sombrean las fachadas. Sobre los muros, que fueron blancos y crecíáanse tapias de jardines abandonados, asoman los

(1) Ganivet en *El Libro de Granada*.



«cesticas de fresa», y las sandías «¡á dos cuartos y rajás! ¡Como la sangre! ¡Á las del Soto!...» Todo tiene en Granada su *cantar*.

Huelga el reloj en esta ciudad. Aunque no luciese el sol, los vendedores callejeros nos dirían á qué altura del día nos encontraríamos. Molestan á los granadinos sus voces y á mí me encantan. Son de oír aquellas maravillas de garganta que se refugian en los portales como un desahogo de alegría, y que me hablan dulcemente de mi tierra.

¡Calles típicas de Granada! El día en que la moda ó la novelería de una ciencia sin jugo os arrase con el arado de la línea recta y en nombre de una higiene que enjuala á los hombres libres en pisos con traza de celda de cárcel; el día en que la indiferencia del poder oficial y el abandono punible de quienes deben conservar y restaurar nuestros más gloriosos monumentos derroquen desde la Colina Roja sobre el cauce del río Darro los torreones y el alcázar de la Alhambra, la caravana del mundo no vendrá aquí llena de entusiasmo y de ilusiones. Soterrada bajo las ruinas el alma de Granada, los que acucian, atraídos por su fama secular, llorarán sobre lo perdido, como Jesús sobre Jerusalén, y fulminarán su anatema sobre los iconoclastas modernos.



LAS FIESTAS

Las del «Corpus»

Los días clásicos

EL «CORPUS» (1)

Pía grande es aquí el *del Señor*. ¡Bien venidos sean los que á la invocación de su nombre acuden á Granada; que si sacramento de amor es la Eucaristía, amor y hospitalidad han de hallar aquí cuantos se hagan partícipes del general alborozo!

Más que ningún otro día del año reluce el del *Corpus*. Pregónanlo las campanas de las cien iglesias y conventos granadinos echadas á vuelo en armoniosa rivalidad; las calles hierven con ruidos de colmena, y para alfombrarlas los pueblos de la Vega inundan de juncia y yerbas olorosas la ciudad.

Nadie teme al sol, que de los damascos de las colgaduras, de la plata de los candelabros que ornán los altares, de el oro y las sedas que brillan en los ornamentos sagrados, de las armaduras militares y de los bordados estandartes, arranca chispas de viva luz que rinde las miradas.

*
* *

Bibarrambla arde en fiestas desde la víspera del *Corpus*. La plaza no conserva el menor vestigio de lo que fué, cuando á sus ajimeces y miradores asomábanse las más ilustres y hermosas damas de la corte nazarita para presenciar los juegos de cañas y la sortija, los desafíos de caballeros cristianos y esforzados moros, y las fiestas con que los Reyes celebraban todo fausto suceso.

(1) El itinerario de la procesión antiguamente era: Bibarrambla, Pescadería, calle de Mesones, Bibarrambla, Zacatín, Plaza Nueva, calle de Elvira, Pilar del Toro, calle de la Cárcel, á la Catedral.—Hoy sale de la Catedral á la placeta de las Pasiegas, y recorre la Pescadería, Mesones, Puerta Real, Reyes Católicos, Plaza Nueva, Reyes Católicos, Zacatín, Bibarrambla, á desembarcar en la placeta de las Pasiegas para entrar en la Catedral.

De las fiestas en nuestros tiempos han escrito Garrido Atienza, Valladar, Pelayo (D. Elías), Jiménez Serrano y algún otro.

Reducido aquel sitio, al convertirlo, después de la Rendición, en plaza los monarcas de Castilla; destruidos por orden de éstos sus ajimeces árabes; demolida la antigua puerta llamada *Bib-Arrambla* ó, con nombre moderno, el *Arco de las Orejas* (1); perdida ya la memoria de las corridas de toros y otras fiestas que presidía la Real Chancillería desde los miradores de la ciudad; borrada la funesta huella de las ejecuciones de pena capital allí realizadas y de los autos de fe dispuestos por el Santo Oficio; sin rastro siquiera del fuerte de la Alcaicería ni del alcázar de *Abdilbar*; tenida ya en menos la pompa con que se adornó cerca de tres siglos; alieneada á la moderna, á esta plaza apenas le queda mas que el nombre.

Los brocateles carmeses, con que otros tiempos eran decorados el altar, las paredes y los balcones, súpcelos en nuestra edad económico percal blanco y azul, cuyo maridaje con el lienzo del entoldado que da vuelta á la plaza es perfecto. Las ingeniosas alegorías y geroglíficos de los siglos XVI y XVII y la valiosa cooperación que á la ornamentación de Bibarrambla, que era entonces palestra de fama (2) para los pintores singularmente, prestaban los artistas granadinos de más nombradía, quedan ya reducidas á las infantiles *carocas*, que son encanto de los campesinos de la Vega y en las que más es de ver la agudeza del rimador,—poniendo de relieve los sucesos ó tipos de actualidad en redondillas ó quintillas,—que la destreza del que manchó los lienzos del decorado con los colores de la paleta. No se levantan ya empalizadas de laureles, ni alrededor del altar se colocan fuentes que diviertan los ojos, ni siquiera, como todavía en el siglo XVIII, las tropas dan guardia en la Plaza las veinticuatro horas que está adornada.

Hoy todo es sencillo y como para salir del paso sin apreturas económicas. Cámbiase el altar de año en año, confiando á un pintor los lienzos que han de formarlo para que en ellos trace arcos y figuras; ilúminanse sus graderías y los diferentes cuerpos de que consta con luces de gas encerradas en globos de porcelana. Desfila por allí la *Pública* de la procesión la víspera de las fiestas, que la música que la acompaña anuncia. Colócanse, en lienzos de cinco y seis varas de altura, á uno y otro lado de la salida de la calle del Príncipe, las poesías *A Granada* y *Al Santísimo* (3), para premiar las cuales convoca anualmente un Certamen la Sociedad

(1) Porque allí se cortaba las orejas y las manos á los vendedores que engañaban al público, con arreglo á lo prescrito en las *Ordenanzas de Granada*.—V «Estudio de las Fiestas del Corpus en Granada» por Valladar, p. 54.

(2) Es fama—dice Garrido Atienza en sus *Antiguallas Granadinas*—que cuadros de Julio y Alejandro, Juan de Aragón, Raxis, Mena, Barnuevo, Gómez, Niño de Guevara, Moya, Lacenti, Lafuente, Rueda, Melgarejo, Figueroa, Blanes y Chavarrito; que esculturas de Torriano, Berruguete, Machuca, Siloe, Aranda, Virgami, Mena, los Moras, los hermanos García, Vázquez el Cartujo, Salazar y Ruiz del Peral, figuraban en las artísticas exposiciones en que se convertían los decorados de Bibarrambla.

(3) También antiguamente, con los cuadros de Alonso Cano, Bocanegra y demás artistas ilustres, se exponían en Bibarrambla poesías de los hermanos Trillo de Figueroa, Rubio de la Fuente, Sandoval, Afán de Rivera (Gaspar), Carvajal Pacheco, Ervias, Nicolás de Cervantes y otros ingenios.

Económica, y expuestas permanecen durante la Octava entera, si la turbamulta de la golfería no da cuenta de los lienzos á puñaladas después de la procesión.

Con todo, la velada en Bibarrambla es del cartel de festejos uno de los números de mayor animación. Contrasta la iluminación del centro con la de los farolillos á la veneciana que luce entre los arcos que sostienen el toldo y los árboles de la plaza. Cuando los primeros fuegos artificiales han terminado, la gente invade Bibarrambla por todas las calles que á ella acuden. Delante del altar las músicas inauguran la velada que hasta las primeras horas de la madrugada se prolonga. Para aquel alud de personas es muy reducido aquel espacio. El flujo y reflujo de la gente no cesa y es cosa de buscar un asiento, para presenciirlo todo cómodamente, en las hileras de sillas puestas en el improvisado paseo.

Pasan muchos el tiempo dando vueltas alrededor de la plaza; otros entran en ella por la calle del Príncipe y se alejan del bullicio por la Pescadería ó el Zaca-tín, buscando de nuevo la calle de Reyes Católicos ó la fresquísima llanura de la Plaza Nueva.

Cuando después de la media noche las músicas han enmudecido, todavía resuena en las calles el eco de la voz de los aguadores y el pregón de los que venden en las esquinas las clásicas *barretas*, hechas con miel cuajada y garbanzos ó con miel y ajonjolí, y los obligados turrones del *Corpus*.

* * *

Los altares fueron siempre lo más típico de las fiestas. Si sencillos eran los que en la carrera de la procesión levantaba el vecindario fervoroso, que ponía á contribución de la fe y del éxito las más preciadas galas de los hogares, los cuadros é imágenes mejores, depositados en ellos, los preciosos terciopelos granadinos

y los renombrados tejidos de los moriscos, entre todos sobresalían los altares de la ciudad por el ingenio y lujo de que alardeaban.

Dice un cronista que no es fiesta en Granada la que no tiene un altar estupendo de grande gasto, con más de mil luces y tantos



adherentes de fuegos costosos, ramos, pirámides, banderolas, pastillas, luminarias, colgaduras, fuentes, estatuas, medallas y otras cosas.

A más del de Bibarrambla, que era el altar monumental del Corpus y que muchas veces medía cuarenta y cincuenta varas, antiguamente los altares indefectibles todos los años fueron los erigidos en la Plaza Nueva, en la Pescadería y en el Pilar del Toro. También en 1607 hablan los cronistas del altar con que ornamentaron la calle de los Mesones, y de otro puesto en la calle de Elvira, á expensas de la Ciudad.

Ante ellos descansaba el Santísimo; en su adorno tomaban parte con su dirección ó con sus lienzos los artistas más insignes de la época, que convertían las calles en una Exposición artística al aire libre; y delante de ellos y de la Custodia representábanse los Autos Sacramentales en carros ambulantes vistosamente engalanados; celebraban sus zambras animadas y pintorescas los moriscos y danzaban los gitanos sus danzas zingarescas.

Hoy, volviendo atrás la mirada, vemos que la ornamentación de los altares de la Ciudad es siempre igual y pobre; que los altares que la piedad particular improvisa en la Pescadería son más humildes que en aquellos lejanos tiempos; y que, en los actuales, transformados los gustos y las costumbres, han desaparecido los múltiples arcos de la procesión, y ésta y los altares son una parte mínima del presupuesto de las nombradísimas fiestas granadinas.

Pero el pueblo, el que va como en romería todas las noches al templo de las Angustias, el que cimentó su fe sobre las veneradas cenizas de los Apostólicos, el que bajo el patrocinio y advocación de algún santo pone todos sus regocijos, suple con flores, luces y colgaduras el olvido y preterición de cuanto dió carácter y celebridad á la procesión del *Corpus* en Granada.

¡Cuántas veces la juventud ha depositado en los altares su corazón impresionable, hallándolo al fin cautivo de la fe que, como



nube de incienso, le arrastraba cielos arriba, y del amor que, como imán poderoso, le atraía y retenía, quizás para siempre, en las sedosas redes del pañolón de Manila ó entre las blondas de la clásica mantilla española!

*
* *

Es la hora de la procesión.

El viento esparce por las vías de la carrera el penetrante y suave olor del incienso, y el eco, cada vez más próximo, de las músicas.

La luz y el fuego que del cielo caen pasan tamizados por los toldos de lona que sombrean las casas y las aceras llenas de gente.

Ya viene la comitiva de la *Pública*, precedida por los alguacillos. Los gigantes y los enanos son entretenimiento, distracción y castigo de los muchachos que los acosan. En la famosa y tradicional Tarasca las damas buscan, más que su sentido alegórico, los caprichos y elegancias de la moda. Tras ella van los clarines, los timbaleros y palafreteros, el heraldo con el estandarte de Granada, los pajes con el precioso y venerado escudo de Castilla, que se ha creído bordó la Reina Católica, y la carroza de flores de la Ciudad.

La procesión de hoy no es ni sombra de lo que fué antaño. De ella han desaparecido los diablillos, que ya en el siglo XVI abrían marcha, las carrozas triunfales simbólicas, las danzas de *sarao*, *cascabel* y *quenta*, los célebres carros de Autos, llenos de comediantes, y los gremios organizados en cofradías. Ni lucen ahora, como en lo antiguo, en la torre de la Catedral y en las fortalezas las luminarias que en la noche del Señor ardían y fulgían en nuestros monumentos como

ascuas de oro; ni la artillería de la Alhambra con salvas repetidas y estruendosas hace los honores debidos á la fiesta.

Pasan centenares de niños de las escuelas del *Ave María*, todos con sus escapularios al cuello y con sus crucecitas azules de madera, á modo de báculo, y sus pequeños estandartes blancos y encarnados en la diestra. Desfilan luego las parroquias de las al-



querías de la Vega, con sus cruces ornadas de flores; los religiosos mendicantes, vestidos con toscos sayales y descalzos de pie y pierna; el clero de la ciudad con sus mangas parroquiales lujosas; la Capilla Real y el majestuoso Cabildo Metropolitano, delante del augusto Sacramento, cuyas andas llevaban antes á hombros los sacerdotes revestidos; y detrás el Arzobispo, con su sillón privilegiado, el Pendón de Castilla que un concejal tremola en el aniversario de la *Rendición*, los jefes militares y Corporaciones invitadas y el Ayuntamiento bajo mazas.

La sagrada Custodia, de estilo plateresco, pasa, como sobre el mar Cristo, sobre la creyente muchedumbre arrodillada, entre nubes de incienso, músicas graves y cantos litúrgicos, bajo espesa lluvia de flores que de todos los balcones decien-de y despidiendo de sus argenteas filigranas y rica pedrería, mal oculta por rosas y magnolias, deslumbradores destellos que entran en el alma por los ojos y encienden los corazones.

La Infantería escoltando á la Custodia, la Artillería formada en la Puerta Real y la Caballería ocupando la Plaza Nueva, son admirables notas de color en el brillante cuadro de la procesión del Corpus.

* *

Los toros, que no se corren como en el siglo XVI en la plaza de Bibarrambla, dan mayor animación á estas fiestas. La Puerta Real y la calle de Reyes Católicos y sus alrededores ofrecen el mismo aspecto pintoresco que, en Madrid, las calles de Sevilla y Alcalá en días de gran corrida. Tal rumor sale de los cafés de Colón y Suizo, que parece que nadie sabe hablar sino á voces y en competencia.

El incesante pregonar de los vendedores, el desfile de las cuadrillas, que escoltan los charolados carruajes rebosantes de mujeres hermosas, como son las de nuestra Andalucía, y la alegría que precede á la fiesta nacional, dan vida al centro de la población en las primeras horas de la tarde.





Ceca improvisada, rival de *Medina al-Nabi* (en que ardían millares de lámparas y en cuya techumbre, de oscuro maderamen, las bombillas policromas simulaban diamantes, rubies, topacios y esmeraldas, incrustados en artesanado riquísimo), venían á orar los peregrinos de la vida.

Y, al expirar el día, el torrente humano, caudaloso y bullidor, que vuelve de los toros, se desborda por la Carrera del Jenil é invade los paseos como ejército de conquistadores. Y, como visión de poeta, pasan y cruzan ante nuestros ojos las moras más lindas que, con espíritu de cristianas, cubren y embellecen su busto con mantillas de encaje, bordadas por manos de ha las misteriosas sobre nieve de la Sierra.

**
*

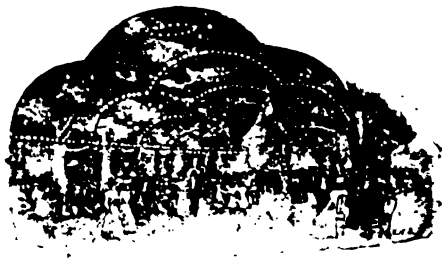
Las veladas del *Corpus* son trozos de poesía arrancados del áureo libro de la imaginación oriental.

Cintas de luces, á modo de enlazadas guirnaldas de grandes rosas blancas, circundan los paseos. Al traspasar la línea del gran arco de entrada, levantado en la Carrera, y avanzar por en medio del Salón, bajo fantásticas y luminosas arcadas, dijérase que los Abderrahmanes habían trasplantado su Aljama famosa á orillas del Jenil y que á aquella

Los arcos voltaicos hacen el efecto de múltiples lunas llenas suspendidas sobre nuestras cabezas á lo largo del paseo; y completan la ilusión celeste que nos forjamos miles y miles de lucecillas, estrellas fijas que se asoman por entre las hojas de los árboles gigantescos del Salón.

Pero nada como los jardinillos vistos desde el Puente Verde. Huyendo del bullicio, vagué una noche por el paseo de la Bomba y fui á dar allá con mi cuerpo y con mis preocupaciones. En los faroles del camino los mecheros despedían trémulas llamaradas, que apenas desvanecían las tinieblas del sitio. De pie sobre el puente desplegóse ante mí un paisaje veneciano: el Jenil bajaba sin ruido hacia la Vega, cubierto de espumas; la obscuridad que me rodeaba hizome ver sus aguas aprisionadas en las márgenes de un canal; y allá lejos, en el paraje iluminado, del cual traía la brisa ruidos de alegría humana y ecos de músicas divinas, miriadas de lucecitas rompían la sombra densa de la orilla y titilaban en el cristal del río, que brillaba con todos los tonos del iris al pasar por delante de las tapias de los Basillos.

¡Delicioso nocturno! Sólo el pincel de un gran artista, que no mi pluma, puede copiarle.



* * *

¿Habéis visto el Hipódromo de Armilla? Punto de reunión de la aristocracia granadina en las tardes del *Corpus*, allí han corrido la pólvora los moros argelinos, allí se han disputado premio los jugadores de *polo* y los aficionados al tiro de pichón, allí han lucido su agilidad los velocipedistas, y allí han llamado la atención y han despertado excepcional interés en sus carreras los mejores caballos de las más famosas cuadradas españolas.

Fiesta elegante y espléndida que nada tiene de nacional; aunque en nuestro país esté aclimatada, es para la generalidad más que deporte favorito un pretexto para divertirse lejos de la ciudad y para contemplar el mismo panorama que admiraron los Reyes Católicos antes de entrar en Granada.

Sin temor á los rayos del sol, que va á morir tras la sierra de Parapanda, los carruajes se agolpan en el anillo fuera de la pista. Los palcos son búcaros de rosas y almacenes de provisiones. El toque de la campana y la salida de los carreristas suspende los



ánimos y mantiene la expectación. Los hombres no se dan punto de reposo; crúzanse entre unos y otros las apuestas; sueñan todos con la ventaja de sus caballos favoritos, y á veces la decepción los despeña desde lo alto del sueño á lo hondo de la realidad irremediable. Pero la animación crece; la enmienda de los infortunados queda en propósito; la alegría contagia á todos; en los palcos y plateas resuenan unos tras otros los disparos

del *Champagne*; se olvidan todas las amarguras de la vida en aquellas horas gratas, y el sol, antes de esconderse, inflama con sus reflejos de oro los ojos de las damas, los trajes vistosos de los *jockeys* y el cristal brillante en que Anacreonte redivivo escancia el néctar de los dioses y canta los placeres de la humanidad.

A la luz del crepúsculo comienza el desfile. Espectadores y carreristas vuelven del Hipódromo con aire de triunfadores, porque todos han vencido en una tarde el hastío y la tristeza. Ruedan los carruajes por la carretera con velocidad vertiginosa, tan juntos y tan rápidos que milagrosamente no se atropellan unos á otros, y los cármenes del Jenil y los torreones de la Alhambra parecen salirles al encuentro. Pasan los coches por delante del lugar memorable en que Boabdil entregó las llaves de Granada, atraviesan el puente y, entre dos filas de curiosos que en el Humilladero esperan, se pierden á lo largo del paseo, cuando los arcos se iluminan y en las torres de la Virgen suena pausado y majestuoso el toque de la *Oración*.

*
* *

La verbena en el Albaicín es el más popular de los festejos.

Aparte la de San Nicolás, es la única noche del año en que casi todos los que viven en la parte baja suben al barrio granadino más típico.

Iluminadas á la veneciana sus tortuosas calles, sus históricas placetas y sus cuevas escalonadas, por ellas circula alborotadora la vida. La noche convida á vagar por aquellos sitios.

Las ventanas están convertidas en jardines. Las mozuelas, ataviadas con limpiísimos y almidonados vestidos, van y vienen en bandadas como palomas, levantan á su paso tempestades de amor, beben torrentes de fe delante de los altares improvisados, conservan el fuego sacro de las hogueras de San Juan en sus ojos y lo alegran todo con su presencia.

Sitúanse las músicas en la Plaza Larga, en la de San Miguel el Bajo, en la de San Nicolás y en la del Salvador, y en ellas danza y teje sus amoríos la gente del barrio.

Muchas casas ostentan arcos de verde follaje con originalidad iluminados.

Ni en la placeta de San Miguel el Bajo, donde el Cristo de Piedra que hay delante del templo preside estos bailes populares, ni en la hermosa explanada de San Nicolás se puede dar un paso. La concurrencia apretada y tiránica nos arrastra á su voluntad de un punto á otro.

La torre cuadrada y esbelta del venerado Obispo de Bari yérguese sobre los árboles que la cercan y desafía con sus agudas lenguas metálicas la soberbia del alcázar de Alhamar; pero pronto abaten la arrogancia del cristiano minarete las varas de fuego que suben ante la atónita muchedumbre y estallan en el espacio.

Al amarillento y purpúreo resplandor de los fuegos artificiales, que arrojan sobre la Colina Roja y sus fortalezas llamaradas de fantástico incendio, surge de las sombras, como de retorta mágica, la figura de Granada, con su nimbo esplendente, con su traje azulado y su manto blanco, remozada con sangre juvenil y vencedora de su mágico silencio, al clamoreo de sus campanas que tocan á gloria, cuando anuncian á la ciudad las fiestas solemnes del Señor.



LA FIESTA DE LA TOMA

EON sus anacronismos, con sus errores de indumentaria muchas veces, sin los esplendores de antaño, aun asaetadas por la burla ó el mohín desdeñoso de las gentes frívolas, las fiestas que reviven en la memoria ó en el corazón los grandes hechos de la Historia son siempre dignas de respeto.

De cuantas Granada celebra, rindiendo pleito homenaje á la tradición, la fiesta de «La Toma» es una de las que se conservan con más cariño y mayor entusiasmo despiertan. Quien, como yo, haya sido sorprendido por el 2 de Enero en Granada, no la podrá olvidar.

Las campanas de la Catedral me despertaron. El eco de su sonido me pareció más lleno que el de otros días, como si sus vibraciones quisiesen abarcar cuatro siglos. En las calles la animación era contagiosa; todos marchaban deprisa; todos iban con cara de Pascua á desembocar en la plaza de Bibarrambla, á recorrer el estrecho Zacatín, á ver desde las aceras de la calle de Reyes Católicos, ó desde los balcones cubiertos con vistosas colgaduras, ó confundidos en medio del oleaje humano que agitaba la curiosidad y tomaba posiciones en la plaza del Carmen, el desfile de la comitiva de la Ciudad.

Á caballo los alguaciles, timbaleros y cornetas, á pie los señores del Concejo, el portaestandarte, los maceros, pajes, reyes de armas y palafreneros de casaca roja, calzón corto y sombrero de tres picos y peluca blanca; y, escoltando el pendón de Castilla y cerrando la marcha, la bizarra infantería de nuestro ejército, las bandas militares y la inquieta caballería. Por encima de las cabezas de la muchedumbre se destacaba el tono azul de los uniformes, galoneados de plata.

En la Capilla Real no cabía un grano de mostaza. La luz penetraba en ella con timidez. Los marmóreos sepulcros de los Reyes Católicos parecían de marfil. Vetustos paños bordados cubrían el altar improvisado delante de aquellas tumbas venerandas. En las bóvedas resonaba el canturreo del clero. Fué tremolado el pendón de Castilla más de una vez, y mientras aquella tela adamascada

flotaba en el aire de un lado á otro, el toque de cornetas y la Marcha Real saludaban el lábaro de la patria, enrojecido por la sangre de las batallas, pero iluminado á toda luz por el sol de la Reconquista.

En solemne procesión pasó por las naves de la Catedral la comitiva. El cuadro era hermoso. Los colores vivos y varios. En medio de la arrodillada y negra muchedumbre distinguíase el niveo color de las sobrepellices de los seminaristas, el rojo en las capas y el morado en los petos de los canónigos, el oro y las sedas en competencia en las dalmáticas, los tonos blanco y carmesí en el traje del arzobispo; encantador y abigarrado conjunto de trajes y colores.

Estruendosa, valiente y alegre subía á las alturas la música militar como tufarada de incienso; triste como un quejido, persuasiva y penetrante como una meditación, lejana como la esperanza, bajaba de lo alto, á modo de luz para el alma, la música del órgano. Perdíanse sus ecos en las naves, y la voz del orador, cantando las glorias españolas del pasado, semejava repercusión de aquellos ecos, sonido último de una vida que se fué, lamentación profética sobre las ruinas presentes.

Al volver la Ciudad á las Casas Consistoriales, acompañada de la tradicional y pintoresca comitiva, costóle gran trabajo abrirse paso por en medio de la Plaza del Carmen. Delante del edificio del Concejo, millares de personas aguardaban ver aparecer en el balcón principal el pendón de Castilla, tremolado por el Concejal más joven, á los acordes de la *Marcha Real*, después de decir en alta voz por tres veces, coreado por la multitud:—¡Granada! ¡Granada! ¡Granada! *Granada por Don Fernando V de Aragón y Doña Isabel I de Castilla.*

Y en el balcón principal del Ayuntamiento suele quedar el pendón, dándole guardia durante el día entero la infantería.

La ceremonia concluye con el desfile de la tropa de á pie y de á caballo que ha escolta lo á la comitiva.

¡La fe! ¡La patria! ¡Los grandes ideales! No son nombres ni cenizas, cuando todavía conmueven el espíritu y pasan sobre nuestra generación como tromba de fuego.

*
* *

Incrédulos del amor, venid el 2 de Enero á la Plaza de la Vela, subid á la Alhambra, encaramaos en lo alto de la Torre de la Vela, acercaos á su campana y os convenceréis de que la tradición no se han perdido aquí todavía.

La campana de la Vela es imán de todos los corazones. Es una fuerza magnética que atrae voluntades. Se empieza poniendo en ella las manos y se termina. Para unos, cordón de seda; para otros, soga de muerte.

Por la estrecha escalera de caracol, suben en interminable cadena jóvenes y mozas. La tradición los anima; la ilusión los ciega; la ocasión puede esclavizarlos.

El recuerdo de las fiestas de la Alhambra incita á la juventud á amar. ¿Quién, antes ó después de haber recorrido este día los salones, patios y galerías del Alcázar, no subió á esa torre, objeto de los ensueños de muchos?

La campana de la Vela está encantada. Tocadla y su hechizo habrá penetrado hasta lo más hondo de vuestro ser.

Avanza la tarde. Los granadinos se acuerdan de su tesoro y buscan la luz en las alturas en que se asienta el palacio de Alhamar. Sobre el torreón avanzado flota la bandera de España.

La población bulle por todas partes. Sube, baja y no descansa.

*
* *

Al caer la noche, las flores granadinas son transplantadas á los teatros. Cada palco es un ramillete. El público es imponente. No hay un sitio vacío. *La Toma de Granada*, de «Un ingenio de esta Corte», se representa tres veces. Los espectadores se saben ya de memoria los episodios y trozos enteros de la obra y con ansiedad esperan verla todos los años; hipnotizados escuchan las tiradas de versos de Celima, Tarfe, el Conde de Cabra y Garcilaso; sus interrupciones y acotaciones á la tradicional comedia son donosísimas; hay quien en su entusiasmo llega á aplaudir hasta al caballo que conduciendo á Tarfe ó á Garcilaso atraviesa el patio por en medio de las butacas. El tipo más amado del vulgo es el del célebre *Calabaza*.

Es la media noche. Ya enmudeció la campana de la Vela. Piérdense en el fondo del escenario los aplausos de la multitud incansable, que cierra sus emociones y recuerdos del día con un sueño y una aspiración: ver el año inmediato las tres representaciones de *El triunfo del Ave María* ó *la Toma de Granada*.

Así es el pueblo en el arte y en la vida. Apegado al viejo tronco de la tradición, no entiende de escuelas ni de méritos intrínsecos. Dadle el amor que él siente y como lo siente, presentadle la historia con salsa novelesca, brindadle el vino añejo y generoso de nuestros abuelos, y como niño dócil y humilde os hará objeto de sus predilecciones.

EL DÍA DE SAN ANTÓN

En los olivaritos,
niña, te espero
con un jarro de vino
y un pan casero.



AMINITO de Huétor, paseo del sol y la alegría ¡cuán favorecido estás el 17 de Enero!

La niebla densísima que muy de mañana envolvía en tules misteriosos los verdes olivares, se levantó á las alturas y se fué replegando hacia los picachos de la Sierra. Como velos de desposada, toda vestida de blanco, hechos jirones por el amor, flotaban aquellas gasas acuosas sobre los hombros de esos centinelas de nuestro territorio que se llaman Mulhacen y Veleta. Aun poblaba la niebla los valles del Jenil. Mirándolos, creí ver el mar. Los pueblos que allá en la llanura blanqueaban parecían islotes acariciados por la espuma de las olas.

Ante la hermosura del paisaje, me olvidé de todo. La algazara que reinaba en los ventorrillos, el rodar de los coches, el eco halagador y melancólico del canto popular despertó en mí la conciencia de la realidad. Estaba en plena fiesta de San Antón. El camino de Huétor parecía el camino de la felicidad.

San Antón el Viejo no esperaba ya á la gente. Los labradores de hogaño no enjaezaban, como los de antaño, sus caballerías «con pretales de cascabeles, cintas en las crines y pobladas moñas en las atacolas».

La alegría retozaba por todas partes. Á la sombra del árbol de mi tierra, al pie de cada olivo, estaba acampada una caravana juvenil. Por entre el ramaje verdoso obscuro penetraba el sol buscando los ojos de las granadinas. Los viejos troncos se estremecían de placer, al sentirse acariciados suavemente por el perfumado airecillo que levantaba el ir y venir de cuerpos gráciles que columpiaban manos varoniles, y en los surcos reverdecían las simientes y crecían como aristas del deseo que buscasen el cielo en las alturas.

Allí, al aire libre, el plato clásico, las habas con cabeza de cerdo, distribuíanse entre los que formaban cada grupo. El vino de la tierra perfumaba la boca. El sol ardiente enrojecía los rostros. Á los chillidos que partían de los columpios, uníase el dulce quejido de las coplas andaluzas, entonadas al compás de la guitarra.

Por la impresión del momento no es posible dar idea del cuadro. Se admira, se siente, se goza, pero la pluma, como el pincel, se rebela á trasladar al papel la luz, la alegría, lo más bello de la costumbre, lo más íntimo de la fiesta.

Si habéis recorrido este día el camino de Huétor, si lo habéis observado todo, si habéis llegado hasta el último ventorrillo, os habréis convencido de cuán verdad es el dicho popular:

San Antón—saca las viejas del rincón.

Que en Andalucía, hasta la vejez siente en sí revivir los bríos de la juventud.



1 DE FEBRERO



El calendario granadino hace saber este día que «Sube la Ciudad al Monte».

Es la fiesta de San Cecilio una de las más celebradas en Granada, que está bajo el patrocinio de su primer Obispo, y á ella concurre el Ayuntamiento bajo mazas, en cumplimiento del Voto que hiciera en 1599, con motivo de la peste que diezmo la población en tal año. Y como el pueblo funde casi siempre con las expansiones de su fe religiosa sus diversiones profanas, no extraña que el primer día de Febrero siga en animada romería al Municipio, camino del Sacro-Monte, y convierta en alegre paseo, que dura toda la tarde, las silenciosas alturas de Valparaíso.

El ceremonial comienza á cumplirse la víspera, si bien ya con algunas variantes de como está prescrito y se hacía antaño (1).

(1) El *Ceremonial* del Ayuntamiento, dice así, respecto de esta fiesta:

«El día treinta y vno de Enero por la tarde, va la Ciudad al Sacro-Monte, en coches, á las Vísperas de nuestro Patrón Señor San Cecilio, y llegan los coches hasta la plazeta de la Cruz de los Canteros, por el camino nuevo que se ha hecho, y en la Puerta de la Hermita de Señor Santiago están quatro Prebendados de dicho Sacro-Monte, los dos más antiguos en el umbral de dicha Capilla, y los dos más modernos dentro de ella, va pasando la Ciudad por medio de dichos Señores Prebendados, y en llegando los Cavalleros Veintiquatro penúltimos á entrar en la dicha Capilla, los Prebendados que estan dentro los toman en medio, y van acompañándolos; y los dos Prebendados más antiguos... toman en medio al Señor Corregidor y á los Caballeros Veintiquatro, que van con dicho Señor, y de esta manera van hasta la iglesia, y en la puerta está el Veintiquatro y Jurado Comisarios de la fiesta, para recibir á la Ciudad.»

Ya sentada la Ciudad se despiden los prebendados, que vuelven al terminar las Vísperas para acompañar á los Señores en la misma forma que antes.

Los Comisarios «dan a la Ciudad Pastillas, despues de haber tomado asiento, y salen á darla por fuera del Aprisco, con los dos Porteros más modernos»... El caballero, al recibir la pastilla habrás de poner de pie.»



Abadía tiene lugar la recepción y espléndido convite del Ayuntamiento, el público se regocija en la placeta que hay delante del Colegio Dionisiano, á los acordes de la música; y las muchachas que padecen del mar de amores recorren, con poco disimulada ansiedad, las Santas Cuevas, buscando en la *pedra milagrosa de las solteras* alivio á sus inquietudes. ¿No oísteis hablar de esta piedra?

El 31 de Enero suben solamente los tres Comisarios que el Municipio designa, al Sacro-Monte, y el Cabildo de aquella ilustre iglesia, representado por dos Canónigos, devuelve por la tarde la visita al Ayuntamiento.

Este va con solemnidad el día de San Cecilio á la Colegiata famosa, y á recibirlo salen á su encuentro los Comisarios del Sacro-Monte. Por ellos entran acompañados los muncípes en la Capilla, y allí se celebra la función consuetudinaria, terminada la cual se da á besar la Reliquia del santo discípulo de Santiago al Ayuntamiento, acercándose los capitulares de dos en dos, y recibiendo de manos de los Canónigos pastillas de incienso y ramos de flores contrahechas.

La fiesta, en la actualidad, no es sino reflejo de su pristino esplendor, veneración y entusiasmo.

Mientras que en los salones de la

Fué consagrada por la tradición. De boca en boca corrió la fama de sus prodigios (1). Las jóvenes oyeron de labios de la abuela, en mitad del patio perfumado por la albahaca, los jazmines y la yerbabuena, cómo en aquellas bendecidas galerías subterráneas y no lejos de los hornos en que los Apostólicos sufrieron el martirio, guardábase, desgastada ya por el roce de labios fervorosos y frescos, una piedra á la cual se atribufa la virtud de satisfacer las ansias de los corazones que despiertan á la vida. Talismán del amor, quien buscase un alma gemela y con ella la dicha, bastaba que besase la fría roca y su ósculo repercutiría en otro corazón, y sería conjuro para que en plazo breve los sueños rosados de quince abriles cristalizasen en una realidad risueña y fecunda.

Y tras esta realidad van las muchachas granadinas el día de San Cecilio al Sacro-Monte, como palomas inquietas, queriendo encontrar en los subterráneos que la piedad venera, la luz del alma. Y así, cerrando los ojos para no ver la piedra del divorcio, que tiene sus devotos también, caen sobre la *piedra de casarse* como pajarillos incautos y sedientos sobre los juncos del río que fertiliza el valle y pasa por delante de los cármes cantando una canción á la eternidad de la juventud.

La juventud alborotadora que se mueve en círculo sobre la explanada, contrasta con la vejez y el silencio de la Abadía, adonde solo una vez al año llega el *mundanal ruido* que, como renovación de sangre, remoja aquellos lugares apartados, que arrulla el Darro con su canturía sempiterna.

(1) Con ocasión de la visita hecha al Sacro-Monte por las Infantas D.^a Eulalia y D.^a Paz, en lejana época, cuéntase que las egregias jóvenes preguntaron al Sr. Abad de la Colegiata, cuando se encontraban recorriendo las cuevas y en frente de la piedra milagrosa, si era cierto lo que sobre su virtud se decía.

Contestóles el Abad que la gente así lo decía, pero que no había dato alguno serio para que él pudiera afirmarlo.

«Por si acaso», la Infanta D.^a Eulalia hizo que su hermana D.^a Paz besara la piedra y ella misma la besó también con efusión y graciosos alardes de fe y esperanza en sus efectos, y en medio de humorísticas observaciones á sus acompañantes.

Dentro del mismo año en que esto tuvo lugar, celebróse el matrimonio de D.^a Eulalia con el Infante D. Antonio y quedó también concertado el de D.^a Paz, con el príncipe de Baviera, que es hoy su esposo.

Con este hecho y con la propagación de otros análogos que los periódicos difundieron por todas partes, rodeándolos de vivos colores y de no escasas digresiones sobre la certeza de la virtud atribuida á la piedra de las solteras, llovieron cartas de todas partes, sobre el señor Abad de la Colegiata y sobre los canónigos del Sacro-Monte, llenas de preguntas y de consultas respecto á la eficacia del beso de la piedra y de las circunstancias en que esto debía hacerse.

La más notable de esas cartas fué la de una señora americana residente en Washington, madre de siete hijas solteras, la cual expresaba su deseo vehemente de colocar á sus siete pimpollos cuanto antes y preguntaba si era preciso hacer el viaje para besar la piedra que habia de producir siete maridos ó si podría obtenerse el resultado enviando fragmentos de aquella al nuevo mundo, pagando, por supuesto, el precio que se estipulara previamente, en pago de la felicidad que deseaba adquirir para sus hijas. No sabemos si dicha carta tuvo contestación.

AL CRISTO DE LOS FAVORES



1. aire libre, bajo el poético embovedado de los árboles que sombrean con su rama e espeso el Campo del Príncipe, se levanta en su centro una cruz de piedra, de la cual pende, extendidos sus brazos amorosos á los infortunados, la imagen del Redentor.

El mismo Patrón de Granada no es más venerado que el *Cristo de los Favores* en el barrio de San Cecilio. Ni el toque de las cornetas militares, ni las pedreas con que á modo de esgrima desarrollan su musculatura los granujillas de aquella barriada, han logrado ahuyentar la devoción de los *greñudos* al Crucifijo de piedra, delante del cual depositan las primeras flores de sus huertos y lloran sus cuitas y elevan al cielo en fervorosa plegaria sus afanes. Las lágrimas de los desgraciados han desteñido y oxidado la taranda de hierro que circunda el pedestal de la Cruz. Ni en los tiempos, no lejanos, en que se economizaba en Granada el alumbrado público, dejando á la luna que esclareciese las tinieblas, faltáronle al Cristo más popular de la población baja sus farolillos de aceite, encendidos siempre y vigilantes, como la fe del vecindario.

Y en plena primavera, cuando los cármenes del Jenil son incensarios de aromas, el 3 de Mayo, celébrase todos los años la fiesta de aquella amada imagen, que por sus mercedes milagrosas ha merecido el nombre con que es invocada, en el vasto paraje urbanizado en el siglo XVI y testigo entonces de animadas justas, juegos de cañas y fiestas de toros.

Con sus trapitos de cristianar, con sus ramos de flores para el Cristo, con su fervor á prueba, todavía acuden al Campo del Príncipe, el 3 de Mayo, á orar ante la Cruz y á presenciar la función religiosa y la procesión que allí se organiza, los vecinos del Realejo, los del Caídero, los de Santa Escolástica, los de las cuevas del Barranco del Abogado, los de las calles de Molinos y Santiago, todos los de aquellos contornos. Los arrecifes de aquel paseo que, como el de los Tristes y el

Triunfo, convida el resto del año á la meditación, se llenan de gente, que hace de esta devoción una piadosa romería y que recuerda, y enseña á los que la ignoran, la tradición de los *claveles blancos*.

Cuentan las comadres del barrio (1) que, expirando el siglo XVIII, vivía en el Caidero *la perla de San Cecilio*: la muchacha más hermosa y honesta de aquellos alrededores. Llamábase Dolores y vivía con una hermana suya, ocupadas ambas en la fabricación de cintas de seda. La bella huérfana no dejaba pasar un viernes sin llevar al *Cristo de los Favores*, cuando el trabajo de su telar era terminado, un manojito de claveles blancos, de los mejores de su huerto. Arrodillada ante la imagen, con sus ojos clavados en los ojos clementes de Jesús, ponía en sus preces su alma entera y sentía en ella inefables consuelos. Un día, cuando, ya anochecido, *la perla del barrio* pedía al Cristo de su predilección que protegiese sus amores con Rafael, el hijo de un acomodado alarife, y le otorgase la dicha que ansiaba, acertó á pasar por el Campo del Príncipe el rico mayorazgo D. Jorge de Alsina; el resplandor de los farolillos que delante de la imagen ardían daba en el rostro de Dolores, cuya figura era la de la Virgen, de rodillas. Fijóse en ella el Caballero de Santiago, quedó prendado de su hermosura, siguió sus pasos y trató de rendirla á su deseo. Rechazado el noble por la muchacha, en quien ni la codicia ni la vanidad hacían mella, devoró en silencio su desdén, sintió crecer su apetito con la repulsa y dispuso un plan para triunfar de la resistencia de la joven por la fuerza, ya que de grado no accedió á sus pretensiones. Apostóse un viernes con tres rufianes en el Campo del Príncipe, y, al amparo de la sombra y obscuridad del sitio, allí esperó á que Dolores acudiese á cumplir su devoción. Con su manojito de claveles blancos, con el pensamiento en su prometido y su confianza en Dios, acercóse la huérfana al monumento, dejó las flores á los pies de la cruz y rezó; abismada en sus oraciones, no pudo ver, á la luz mortecina de los farolillos, que parpadeaban faltos de aceite, á tres hombres de mala catadura, que, seguidos por otro de buen porte, se aproximaban á ella; pero, al sujetarla los rufianes, gritó con toda su alma:

—¡Santo Cristo de los Favores, socorredme! Y heridos entonces los ojos de los raptos por un rayo de luz que partía de la imagen y los envolvía á todos, temblaron los fuertes, desligáronse los brazos que aprisionaban ya el cuerpo de la virgen, y ésta cayó desmayada en tierra, mientras los malvados hufan y D. Jorge quedaba como petrificado.

Divulgóse lo ocurrido por el barrio; creció la devoción; trocó el mayorazgo su manto blanco de Santiago por el burdo sayal de misionero; lograron la plenitud de su felicidad Dolores y Rafael, y, entre las pías ofrendas hechas al Cristo de los Favores, no faltaron nunca los claveles blancos, de los mejores que florecen en los huertecillos lozanos de los *grañados*.

(1) D. Francisco de P. Villa-Real y Valdivia refiérela también en su libro de las *Tradiciones de Granada*.

LA FERIA DE GRACIA



ON este popular jolgorio terminan los días clásicos del verano.

Tiene esta fiesta su color propio, aunque los que en ella son intrusos pretendan desfigurarla y desentonen en el cuadro. El fresco otoñal anticipado hace de la placeta de Gracia punto obligado y delicioso de reunión.

El atractivo principal de la velada constitúyenlo las más vistosas y lindas mozas de los famosos *Callejones* y de las huertas del pago de la Acequia Gorda. Ellas inspiraron fáciles romances al poeta del pueblo granadino y dan carácter á la feria. Transfórmanse las mozuelas en esta verbena alegre. Las que en el *Jaragüí* se pasan la vida en íntimos coloquios con la Naturaleza, las que en el «Puente del Cristiano» y en el «Molinillo» son para la juventud alocada panales de ricas mieles, y las que en la Cruz de los Carniceros se llevan de calle á todo el barrio, lucen su garbo en la feria de Gracia, inflaman los requiebros y cautivan en sus ojos á los más egoistas de su personal autonomía, que, enredados en los flecos de los pañolones de Manila, se rinden á discreción.

Apiñado gentío invade la ancha plaza, solitaria y oscura en las noches de invierno. Por ella van y vienen, confundidas entre las robustas y gallardas huertanas, las jóvenes de quiero y no puedo y las damas de elevada clase, lujosa y elegantemente ataviadas. Sus sombreros de plumas, lazos y flores son blanco de la certera puntería de los chicuelos libertinos, que donde ponen el ojo del canuto de caña ponen las negras almequinas.

A la hermosa luz de los candilones de aceite requieren los vendedores la atención y el bolsillo de los paseantes, pregonando con íncesante vocerío las nueces del Castillo, las granadas de Fuentepeña, los jallullos y los roscos con ajonjolí, los bollos y las tortas albaicineras, los erizos y los priscos, las acerolas, los melocotones y los girasoles.

.....
¡Tradicional feria de Gracia! ¡Cuántos en la que derramas pusieron sus labios y quedaron esclavos de por vida!

SAN MIGUEL EL ALTO



DESDE la habitación en que escribo estas páginas contemplo hacia el E., dominando la ciudad como baluarte y corona de su poderío, el blanqueado santuario del Arcángel que con la Virgen y San Cecilio comparte el patronazgo de Granada. También en tiempo de moros se asentó sobre aquella cumbre la torre del Aceituno, desde la cual vigilaban los centinelas, ojo avizor, cuanto en las Alcazabas, en la Vega y en la población entera ocurría.

Hoy donde resonó muchas veces el toque de alarma de los clarines, donde los criminales buscaron refugio después de la expulsión de los moriscos, donde la imaginación popular vió resplandores siniestros y legiones de espíritus infernales, sólo se oye la salmodia lenta y suave del rezo canónico y el tintineo de la campana de la ermita.

Aprisionado por la ennegrecida cerca que levantara con el precio de su rescate aquel Don Gonzalo de Stúñiga, Obispo de Jaén y guerrero esforzado, que tuvo la desgracia de caer en poder de la morisma, el templo de San Miguel el Alto semeja, visto desde la Plaza Nueva, una paloma gigantesca que, cansada de cruzar el espacio, plegó sus alas y descansa en la cima del Cerro de los Angeles.

Como las casas por la pendiente de la Colina, la población entera sube al Cerro, aunque sólo sea una vez al año. Justo es decir que en animación y entusiasmo ninguna romería supera á la del 29 de Septiembre.

La ermita se engalana como el día de su inauguración (1). Desde la víspera los feriantes no dan allí paz á las manos, eligiendo

(1) El Arzobispo D. Diego Escolano hizo de la torre del Aceituno santuario dedicado á San Miguel. Un austero ermitaño fomentó allí el culto. La estatua del Arcángel fué labrada por Bernardo Franco de Mora. Los franceses invasores volaron la torre, y con el concurso y devoción del vecindario del Albaicín se levantó en 1815 á 1828 la actual ermita.

Para la fiesta inaugural—dice Seco de Lucena—el Albaicín se vistió de gala, adornó sus casas espléndidamente, é hizo un verdadero

sitio en la meseta, improvisando con listones de madera y lona sus tiendecillas, trasportando las mercancías y trabajando en la sombra como una falange de diablos. Que tales parecen á la luz vacilante y rojiza de los farolillos y candilones de dobles ó cuádruples mecheros de que en cada puesto se valen para aprovechar bien el tiempo la noche antes y dejarlo todo concluído para el amanecer. Los dados á fantasear tomarían estas luces bien por estrellas errantes de vívido centelleo, bien por señales de inteligencia y rebeldía entre los moriscos del barrio y los refugiados en los riscos de la Sierra.

Tan pronto como Dios tiñe de grana el horizonte, los que se acostaron soñando con la feria, se dirigen por distintos caminos á la ermita y aprietan el paso para cogerle la vez al sol. Y en el camino de San Antonio, y por la Alhacaba arriba, y por la Cruz de Quirós, y por la Cuesta de San Gregorio, y en el repecho de la del Chapiz, el gentío invasor no cesa en las primeras horas de la mañana y se acrecienta al caer la tarde. La agitación de la subida y el calorcillo del aguardiente, que *mata el gusanillo*, colorea las mejillas pálidas de los madrugadores. No llevan el andar acompasado de costumbre; dijérase que se disputan un premio, á juzgar por la agilidad con que avanzan, y por callejuelas, cuevas y plazas buscan el camino del Cerro.

Los carruajes ascienden por el camino de Fajalauza y siguen por el del Fargue y tuercen á la derecha, desfilando por delante de los puestos de amílco y recibiendo la tufarada que despiden los peroles de aceite, en que la espesa masa blanca se convierte en dorados buñuelos y tejerings fritos en espiral interminable.

Los que vienen de la Plaza Larga ó por la calle de San Luis detiéndense en la primera cuesta, que se quiebra en la cerca de Don Gonzalo, para saborear los chumbos frescos y dulces de la costa ó de los huertos del Albaicín. Las casas y las tapias de los cármenes muestran su cara lavada con cal; y por los postigos abiertos se ve brillar en el interior de las viviendas más humildes el cobre recién fregado y pulimentado, como principal adorno de aquellas casitas pobres, limpias y perfumadas. Hasta el empedrado de las aceras reluce como si acabase de ser aljofifado por la más cuidadosa pulcritud femenina.

El tiempo vuela, y el sol, envidioso de aquella alegría temprana, va dejando la espalda del templo y se adelanta por los paredones hasta derrochar su luz sobre la explanada de la ermita, llena de feriantes y romeros. La muchedumbre se mueve allí con di-

derroche de animación, de alegría y de entusiasmo religioso, cuando la venera la imagen fué trasladada procesionalmente desde la iglesia de San Luis á su nuevo templo. La ermita, á la que se agregó en 1835 un lujoso camarín por iniciativa del prelado D. Bienvenido Monzón, tiene forma de cruz y es de orden dórico, el presbiterio y camarín están adornados con relieves en escayola, y su conjunto resulta bastante agradable. La imagen es notable por la gallarda expresión del rostro; también es digno de mención un cuadro de Cristo y la Samaritana, pintado por José de Ciera.»

ficultad. Con el rumor que levantan los que suben compiten las voces de los que están en lo alto, y los pregones de los mercaderes, y las trompetas, pitos y carracas de los pequeñuelos feriados...

Desde la puerta del templo hasta el paredón de *el blanco* se hallan desplegados en línea los puestos de frutas del tiempo, las cantinas y las tiendas de juguetes y chucherías. Y no lejos del lugar en que tientan el bolsillo las azufañas, los priscos, las castañas verdes, las acerolas y *malacatones* y los molletes con manteca, hacen de avanzadas en el camino, prisioneros en carros, los panzudos toneles que encierran el *agraz de parra vieja*, traído, más que de la ciudad, de las caserías inmediatas.


Aquello es una Babel. Celebra en el Cerro su fiesta la «gente del bronce» y confúndense allí todas las clases sociales. Muchas familias pasan en aquellos lugares el día entero y buscan la sombra al pie de un árbol, en los barrancos ó detrás de la muralla. Hay en tales grupos guitarreo por todo lo alto, y repetidas *convidás* de vino, en cuya calidad apenas repara nadie, y bailes animados.

Cuando el sol se esconde manifiéstase más la alegría en el *Cerro de los Angeles*, que es otro de los grandes balcones puestos por Dios en esta tierra para ver lo mejor del cielo.

Rajan, al anochecer, los romeros en ruidosa catarata y esparcen por la población silenciosa el aire sano, la luz plena, las locas risas y el entusiasmo ardiente que hacen de la fiesta clásica de San Miguel el Alto, el mejor y el más típico de los regocijos del pueblo granadino.



LA ROMERÍA DE SAN NICOLÁS

s la primera de las romerías de invierno y la última del año, y fué la primera que presencié en Granada; y en verdad que no hay nada más pintoresco y digno de ser visto y recordado.

De antiguo data esta devoción al santo Obispo de Bari, á quien los granadinos visitan el día 6 de cada mes. En Diciembre rebasa los límites de lo corriente el entusiasmo general. Aquello es un jubileo, sólo comparable al de San Miguel ó á la visita nocturna que diariamente hacen á la Virgen de las Angustias cuantos aquí nacieron ó arraigaron. En tropel, con agilidad de gamo, sube y baja la romería por la Calderería Nueva y la Vieja, por la Cuesta de San Gregorio, la calle de María la Miel y el Carril de San Nicolás, convertidas en arteria principal para la población de abajo, desde las primeras horas de la tarde hasta muy entrada la noche.

Al dar vista á la blanca y cuadrada torre de la iglesia y ganar la escalinata que á la explanada, de continuo visitada por los extranjeros, nos conduce, los pulmones aspiran y espiran el aire con toda la fuerza de que son capaces. Bríndannos descanso y vistas deliciosas los asientos de la placeta, en la cual, á todo lo largo y delante del típico aljibe, han tomado desde la víspera posiciones los vendedores de bollos, barretas y rosquitos de garbanzos, y algunas muchachas del barrio que, en limpiísimo vaso, ofrecen á los romeros el agua fresca y milagrosa de la cisterna. Y este es el mejor punto estratégico para presenciar el desfile de las más bellas y piadosas mujeres. Un sol primaveral que consuela llena la explanada é ilumina á aquella abigarrada muchedumbre que nos lleva al templo sin apenas poner en el suelo los pies.

Ya muy de mañana los romeros de los pueblos circunvecinos habíanse postrado ante la imagen del venerado Obispo y habían vuelto á sus hogares, después de aumentar los exvotos y dejar para el culto del Santo la generosa ofrenda, símbolo de su fervor ó pago de merced por su intercesión recibida.

Cuantos entran en la favorecida iglesia, que fué levantada en tiempo de los Reyes Católicos y bendijo el célebre Arzobispo Fr. Hernando de Talavera, detiéndense en la capilla de los milagros y rezan ante la imagen del *Santo viejo*, que los del Albaicín prefieren á la escultura de Salazar y Arrabal, expuesta en el altar mayor.

A medida que la tarde avanza siéntese más dejar aquellos sitios, que para mí tienen tan agradables recuerdos. Llenos los ojos de luz y emocionada el alma, volvemos á lo más llano de la ciudad. Bajamos las cuestas, empedradas de ciegos suplicantes, que nos hacen pensar si todos estamos equivocados y es tal fiesta la de Santa Lucía, y deteniéndonos á cada revuelta algo que admirar, y tropezando á cada paso con la flor y nata de la tierra, nos encontramos delante de la Chancillería inconscientemente y como caídos del cielo. Que caminos del cielo parecen el 6 de Diciembre aquellas cuestas por las que la naturaleza se desborda, aprisionada por el arte.



OTRAS FIESTAS



TROS días clásicos fueron hasta hace poco para los granadinos objeto de culto especial; ¿pero á qué hablar de lo que hoy pasa completamente inadvertido para el común de las gentes?

No queda ya ni rastro de los públicos regocijos con que en pleno siglo XIX era recibido cada año el Bautista. No son los callejones de Gracia punto de reunión de los romeros de San Juan, ni al aire libre hay abluciones, á estilo moruno, en la *Acequia Gorda*, ni al mediar la noche zambúllense los supersticiosos del amor y los acalorados en la fuente de la Bomba, cuyos alrededores, como los jardinillos, eran iluminados á la veneciana con cierta esplendidez.

Bien así como en dibujos hechos al carbón, en todo lo más típico de un pueblo el tiempo va esfumando los trazos y líneas, hasta que sólo queda una mancha confusa, sobre la que soplando el viento no deja á la postre sombra alguna. De aquí la necesidad de que en los libros quede al menos el recuerdo de las costumbres y de todo aquello que la fotografía ó no puede recoger ó no reproduce con su propio color, justeza y espíritu.

* * *

De las veladas en los barrios, son notables la de los alfareros delante de la iglesia de San Luis; la de la Plaza Nueva, con motivo de la fiesta de San Pantaleón; la del barrio de San Lázaro, en honor del Cristo de la Yedra, y la de la Mariana.

En su ornamentación difieren poco unas de otras: banderas y gallardetes, arcos de globos de papel de todos colores, con tal profusión distribuidos, que forman bóvedas pintorescas, bajo las cuales la muchedumbre, apiñada, sube y baja á lo largo de la calle ó da vueltas alrededor de la placeta, mientras que la banda de música alegra la verbena y acalla el vocear de los vendedores de chucherías y frutas del tiempo, que siempre se colocan en el mejor sitio.

En la del Cristo de la Yedra, como en la procesión, toma parte el barrio entero de San Lázaro, que hasta ahora ha sido uno de los más descuidados de la ciudad. La calle Real de Cartuja se transforma; se engalanan las fachadas de las casas más pobres; mu-

chachos y mozuelas improvisan bailes en las casas de anchos patios, la alegría se extiende hasta la Alhacaba y el Triunfo, los fuegos artificiales ponen en movimiento al vecindario, y esta se puede decir, es la única diversión pública de que disfrutan, durante el año, los que viven de Puerta de Elvira para fuera.

Los actos organizados anualmente por el Ayuntamiento en honor de la ilustre granadina Doña Mariana Pineda, mártir de su amor á la libertad, se han convertido en veladas populares que se celebran el 25 y el 26 de Mayo, delante del Teatro Principal. Con su iluminación á la veneciana, el Campillo ofrece el aspecto de un incendio fantástico. La marmórea estatua de aquella mujer fuerte, parece que esas noches se anima y se dispone á hablar; mas es que las luces del monumento oscilan y arrojan sus sombras inquietas sobre el mármol.

Sobre los árboles y sobre las casas del Campillo sobresale la mansión moruna de la esquina, que atrae sobre sí las miradas por su encanto, por su forma, por la luz que derraman sus ajimeces, miradores y calalaz celosías, y por los sueños que la fantasía forja siempre delante de edificios orientales ó hechos á estilo oriental.

*
*
*

Nada como el Viático en las calles de Granada, en las mañanas frescas y perfumadas de primavera.

Casi todas estas procesiones se forman de niños, que lucen ya sus trajes claros y que muestran en el semblante el candor del alma.

Las campanas, como gimnastas alocos, muévense en los arcos de la torre parroquial, y el clamoreo de las lenguas de hierro no cesa desde que amanece el nuevo día. En la puerta del templo una carroza cuajala y adornada de flores naturales, rosas especialmente, recién cortadas en el jardín de alguna dama aristocrática, espera, seguida de otros carruajes particulares, con flores ó sin ellas, ser ocupada por el sacerdote que lleva la celestial comida á los enfermos impedidos. La banda de música lo anuncia con la *Marcha Real*; la procesión se pone en marcha, y entra por ventanas y balcones, ornados con vistosas colgaduras, el olor penetrante del incienso que hace de las calles templo de Dios con el cielo por bóveda y los ojos de las granadinas por luceros.

Y va la religiosa comitiva sobre las yerbas olorosas y las flores con que han cubierto el pavimento para que el Señor pase. Y el Señor se detiene ante los altares que la juventud y la piedad fervorosa levantaron delante de la fachada de la casa, en el portal anchuroso del caserón de vecinos ó en medio del patio en que hizo tantos milagros el amor.

¡Procesiones populares! ¡Verbena esplendorosa! ¡Fiestas inolvidables! Si viviérais en el pueblo como en mi corazón, no moriríais nunca.

El Generalife


San Jerónimo

La Cartuja

La Catedral

La Alhambra

En el Generalife

 E cuantas veces visité este lugar, con que de lejos hemos soñado todos los españoles, al conjuro mágico de la poesía, nunca su contemplación produjo en mí huella tan profunda como en dos ocasiones: al verlo por vez primera en 1896 y al mirar más tarde en sus fuentes retratada mi dicha.

Despertó el día en los picos de Sierra Nevada, soñoliento y perezoso, como si temiese herir con su luz los inmensos alquiceles en que se envuelven el Mulhacen y el Veleta. El fresco airecillo de la mañana acariciaba el rostro como ráfaga del abanico de una mujer hermosa. Recorrí los bosques de la Alhambra y, á los primeros rayos del sol, abrióse para mí la cancela de hierro que da acceso á un nuevo paraíso de mirtos y laureles.

El agua corría allí á sus anchas bajo la espesa verdura y saltaba espumosa de las piedras en curvas irisadas, con murmullos que parecían lamentaciones.

Las zarzas y los rosales, en estrecho maridaje, crecen y se abrazan, bordeando el camino. Como severas columnas funerarias, que el genio de la muerte erigiera á los reyes moros de Granada, los cipreses rígidos, verdinegros, forman un paseo á la entrada, y os abren paso, y os dan sombra, enlazando sus ramas como si unos sobre otros llorasen aquella perdida felicidad. Y después de esta nota triste, que resalta allí como una lágrima - de la despo-

sada, admírase el paseo de las aelfas, y allá, en el fondo, semejando una paloma dormida con el pic - tá el retiro



de los sultanes y la mansión de sus festines y placeres. ¿Quién dijera que dentro de aquellas paredes, encaladas y sin ningún adorno, encierra y derrama el Generalife un tesoro de encantos?

Éntrese en él pisando flores, aspirando sus fragancias, cediendo fácilmente á la sugestión de tanta hermosura. Está tan cerca del cielo que por momentos creemos hallarnos dentro de él.

No es posible comprender el Generalife sin haber gozado de aquel lugar misterioso, con razón llamado por los árabes nido de amores.

Patios canalizados; un jardín en otro jardín; estanques que reflejan la luz de lo alto y en cuyo cristal se miran las flores reclina-



das sobre el borde de las macetas; pabellones formados por los rosales y enredaderas; grutas de sombra en las cuales penetra el sol, en hilillos de oro, por entre las hojas brillantes de los laureles, para desposarse en conchas de mármol con el agua argentada de sus cien surtidores; arcos que parecen bordados de mano femenina; columnas de jaspé relucientes y esbeltas; arbustos seculares, mudos testigos de leyendas é historias; retratos de personajes ilustres; un observatorio incomparable en cada balcón; los atractivos del misterio en cada recodo; y donde quiera se dirija la mirada, perfumes delicadísimos y recuerdos de tradiciones moriscas guardadas á la sombra y en el tronco rugoso del célebre ciprés de la Sultana, ó entre el ramaje de arrayanes y mirtos.

Desde aquellas alturas, en aquel retiro delicioso de amor, ¡qué pequeño se contempla el mundo!

En suave arrobamiento, son de ver á la izquierda los torreones, más famosos de la Alhambra, cuyas líneas se esfuman en una penumbra de tristeza avasalladora. Bien llaman *Cuesta* izquierda del Dauro 'y divide el palacio de Alhamar del Generalife: que si los ojos miran pasar por delante de las torres de los Picos, de las Infantas y de la Cautiva los cadáveres

de los muertos á la que en penosa rampa sube de la margen

ralife: que si los ojos miran pasar por delante de las torres

de los hombres, también se detienen ante el alcázar árabe, sepulcro, aún no destruido, de una civilización y de un pueblo.

En sus muros amarillentos y coronados de yedra, extraviase la mirada, y la imaginación, de cara al pasado, finge que el palacio nazarita arde en fiestas; alegres zambros coronan las bodas de la flor y nata de caballeros y damas de la corte; traman en aquellas galerías su conspiración los zegríes; la calumnia estalla sobre la cabeza de la sultana presa en la torre de Comares; las luchas entre los partidarios del viejo Muley Hacem y los de Boabdil conmueven el trono, á guisa de terremoto, hasta en sus cimientos; los que suben por las cuestas y los bosques parecen abencerrajes que acuden en socorro de los de su estirpe, traicionados y degollados por el rey; el rumor lejano de las cascadas recuerda el eco turbulento de las famosas agitaciones y disturbios populares que dieron al traste con la dinastía y la raza; y de las tinieblas de lo que fué surgen las figuras caballerescas de los Mazas y Gomeres, Abencerrajes y Zegríes, Almoradíes y Venegas, Sarracinos y Gazules, desplegados en visión fantástica que puebla los patios y jardines de la Alhambra, las galerías y fuertes de la Alcazaba y las revueltas cuestas y callejuelas del Albaicín, animando el cuadro con los vivos colores de sus turbantes y trajes, aprestándose á vencer en los juegos, mostrando su valor y destreza frente á los invictos guerreros cristianos en los torneos de Bibarrambla, y en las escaramuzas que presenciaron las llanuras de la Vega y las orillas del Jenil en día de San Juan.

No hay acuarela como la que ofrece al artista el canal del Generalife. En los reflejos del agua y en la embriaguez de los aromas los sentidos quedan aprisionados, mientras el alma, libre de las miserias de la vida, sacude el polvo de la tierra y agítase en la purificada atmósfera del pasado, ó se espacia y como se prolonga cerniéndose con vuelo de águila sobre la ciudad perezosa, y las campiñas rientes, y las sierras amoratadas que sirven de marco y límite al panorama espléndido que desde el Cerro del Sol se domina.

Sólo en aquel nido de flores y arrullos se comprende que la vida es amor.

Volví á los odios y durezas de la realidad, cuando salí del Generalife. Al apartarme de la *Silla del Moro*, al abandonar con pena aquellos sitios, bajo los cuales el Dauro entona una canción fúnebre, desaparecieron las perspectivas de la Vega y ante mí quedó únicamente Sierra Nevada, como si fuese la página en blanco de un álbum que espera ser manchado con un pensamiento ó con un dibujo; mas allí sólo pudo escribir ó pintar la mano augusta del Omnipotente y sus letras brillaban á las caricias del sol.

Me descubrí entonces y acerqué á mis labios las flores y las hojas del laurel que el ángel de mi amor cortara de los jardines de aquel paraíso abandonado.

San Jerónimo.—El Sepulcro del Gran Capitán

LAS familias que vienen á menos hallan consuelo á sus amarguras en el recuerdo de los antepasados ilustres, en la contemplación de los viejos retratos de la casa señorial, en la conservación de los escudos y timbres de su nobleza, en la exhumación de aquellos hechos, mercedes y privilegios con que hicieron glorioso un apellido prelados y héroes, hombres de ciencia y literatos, artistas y patriotas. Así los pueblos que sienten devoradas sus entrañas por los buitres del dolor, si no quieren verse abatidos en el polvo, han de buscar resignación y enseñanzas en el pasado, despertar y respetar la memoria de las grandes figuras de su historia, distinguir los tiempos, rectificar procedimientos y costumbres, que no por añejas se han de creer venerandas, y señalar para olvidos imperdonables, profanaciones indelebles é injusticias manifiestas, la hora de las grandes reparaciones.

Esa hora esperan los españoles para aquel D. Gonzalo, llamado héroe de los héroes de su tiempo, terror de galos y turcos y Gran Capitán de las Españas.

Cuanto más años corren, más se agigantan su nombre y su figura. Como Colón, dió á la corona española vastos territorios, en que ondeaba la bandera de sus conquistas; como Colón también, cayó de las alturas de una gloria legítima á ese abismo sin fondo que entenebrece la ingratitud y el olvido.

Hasta la muerte se cebó en ellos. El descubridor de América, en constante peregrinación sus restos de un punto á otro, de aquéllos donde enseñó la lengua de nuestros padres, los acentos de la civilización y los consuelos de nuestras creencias, al fin descansa en España en sepulcro adecuado al coloso de los mares. En tierra española está enterrado el *Gran Capitán*; mas nadie podría señalar dónde, si delante no fuese de guía la tradición y si sobre el lugar en que reposan sus cenizas no hubieran dejado impresas sus huellas atiles las turbas revolucionarias.

¿Qué ha hecho la patria agradecida, qué hicieron sus reyes en honor de aquel guerrero incomparable, de quien la historia dice

que cada paso era un ataque y cada ataque una victoria? ¿Dónde están sus estatuas? ¿Qué tributo público y solemne ha rendido á la grandeza de sus hechos el país en que nació?

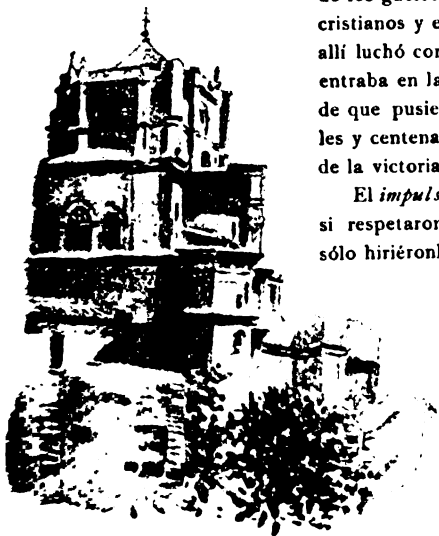
Solamente Granada responde. A orillas del Jenil está su sepulcro. Minada por la incuria de los hombres y por la destructora polilla del tiempo, la grandiosa basílica de San Jerónimo hubiera venido á tierra, con toda su riqueza y hermosura, si no la sostuviera en pie el espíritu del coloso. Cuando de lejos, con tres siglos de por medio, mide la historia á aquella figura ¡cuánta pequeñez hallamos á nuestro alrededor!

¡Cómo vemos secarse los laureles de nuestros contemporáneos, al lado del primero y más insigne de los guerreros españoles; de quien en la guerra de Granada despertaba la emulación en los ejércitos cristianos y el respeto y el terror en la morisma; de quien acorraló á los moriscos en las Alpujarras y allí luchó contra ellos; del que daba tronos á príncipes italianos y sentábase á las mesas de los reyes y entraba en la Ciudad Eterna triunfante y aclamado y era recibido por Alejandro VI en sus brazos, antes de que pusiese sus labios en la sandalia pontificia, y volvía á la patria con un cortejo de pendones reales y centenares de banderas, cubiertos con el polvo de las batallas y saludados con las aclamaciones de la victorial

El impulso soberano que arrebató la vida á Villamediana, desterró á Loja al *Gran Capitán*, á quien, si respetaron las balas en el fragor del combate, la ingratitud de los altos y el olvido de los más no sólo hiriéronle de muerte, sino que sobre su memoria también arrojaron la mole del infortunio.

*
* *

La iglesia granadina de San Jerónimo es sepultura digna de tal héroe. Diego de Siloe puso en este templo todo lo más rico y más bello del arte de su época. El amor y la veneración de una viuda dió cima á las obras en plazo breve. En el presbiterio halló paz el cuerpo del inmortal cordobés. Más de dos centurias se inclinaron ante aquellos gloriosos trofeos que cubrían las paredes y eran patente viva del valor de un solo hombre.



Y la basílica cristiana, museo en que la historia y el arte se refugiaron y resplandecieron, vió pasar las generaciones y los siglos, respetada y venerada hasta por los invasores extranjeros.

Agrupábanse á su alrededor las casas como si quisiesen ahogarla. Pero el templo más grandioso de su tiempo permanecía erguido y miraba con noble altivez á la Catedral, tumba de aquel rey Fernando que quiso pedir cuentas á quien no paróse á contar jamás sus conquistas.

Bajo los arcos robustos de San Jerónimo, que parece sustentan hombros de gigante, en medio de un mundo de figuras históricas, bíblicas, mitológicas y cristianas de concepción rara y composición atrevida, levantábase el mausoleo del Gran Capitán.

En 15 de Enero de 1857 se dispuso, por Real orden, la construcción de un sarcófago, con estatuas yacentes, sobre aquella cripta. Y en 24 de Mayo de 1877 fué declarado aquel templo *monumento nacional*, declaración que en nuestra patria es á modo de maldición que cae sobre los últimos baluartes de nuestra pasada grandeza.

Entre una y otra fecha, un populacho ignorante y fanático hundió sus cascos en tierra sagrada, penetró violentamente en la iglesia, quiso aventar con las cenizas del héroe el recuerdo de sus hazañas, profanó los restos y el lugar en que reposaban, y hubiera arrasado la basílica de San Jerónimo si sus cimientos no estuviesen empapados con lágrimas de una mujer fuerte, y si no fuesen piedra angular del edificio la fe inquebrantable de nuestros abuelos y el nombre de España.

¡Cuánta es la mudanza de los tiempos! La generación presente, si no edifica, destruye lo que nos resta ó lo deja abandonado á su propia destrucción y ruina. Muchas veces visité la iglesia de San Jerónimo y siempre salí de ella descorazonado. Casi cerrada al culto, por fuera, en la fachada, en los muros, en los tejados, los jaramagos amarillentos son testimonio de la desidia nacional; por dentro, ¡qué impresión de tristeza más profunda causa aquello! una capa de polvo cubría los altares, daba tonos grises á las cornisas y obstruía en los ventanales el paso de la luz al través de las vidrieras; la polilla producía ruidos vermiculares en los retablos; las arañas se encaramaban por los pilares hasta la techumbre, y allá en lo alto tejían sus redes caprichosas, y con sus tenuísimos bordados y telas velaban los frescos del templo, de tal modo que cualquiera hubiese tomado aquellas mallas impalpables por cortinillas de seda ó por banderas misteriosas con que el genio de la muerte rendía culto á quien había sido su auxiliar en los ejércitos enemigos, desafiándola en los combates. El sepulcro del Gran Capitán estaba arrinconado como trasto inservible.

Guardemos y procuremos aumentar la herencia histórica y artística recibida. Ya que Gonzalo de Córdoba no tiene estatua alguna, ni siquiera en su país, apuntale España con sus esfuerzos el edificio que se vendrá á tierra, si no se acude á tiempo.

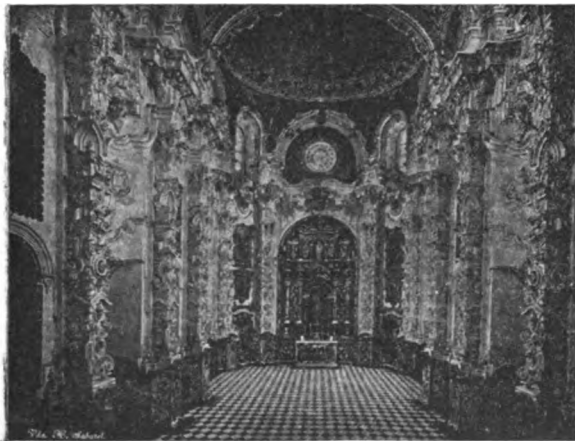
Ya que no sentimos el patriotismo y el respeto á nuestros antepasados, á la manera que los franceses á los suyos, hasta el extremo de erigir estatuas y dedicar lápidas conmemorativas á las medianías, no ahondemos esa sima (cuya negrura iguala á las tristezas presentes), en la cual hay pueblos que devoran á sus propios hijos y cuanto á ellos perteneció.



LA CARTUJA



NTRE los monumentos dignos de ser visitados señalan todos los itinerarios y guías de la ciudad el templo del antiguo convento de religiosos cartujos.



Los vacíos corredores de la casa inspiran el *sursum corda* del recogimiento. En ellos se ve indeleble, á despecho del tiempo, la huella de los monjes.

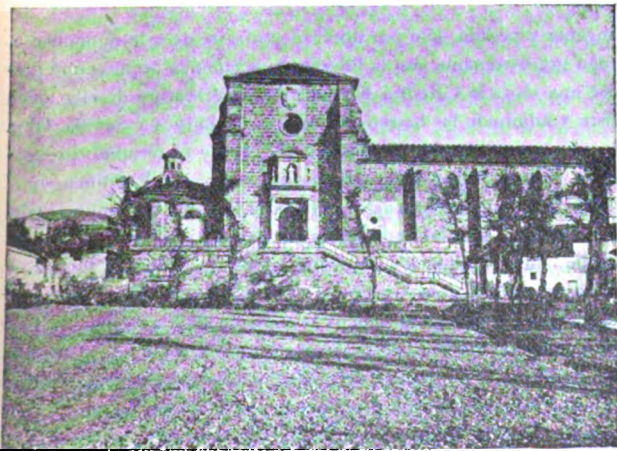
Crece en sus patios la yerba. Un pincel, más piadoso que afortunado, ha cubierto con cuadros de grandes proporciones las paredes, blancas y desnudas de toda ornamentación, de las galerías; y es de lamentar que un gusto depravado en materia de arte invadiera y desfigurase aquella obra severa del siglo XVII.

El eco repetirá nuestros pasos al recorrer el templo, en cuyas bóvedas resonaron un día las salmodias de los religiosos mezcladas con los acordes del órgano, mudo ya y empolvado.

Silenciosa y solitaria está la Cartuja. Apenas es mostrada por otra cosa á la admiración de las gentes, que por los notables mármoles y cajoneras de la sacristía, con sus óvalos de carey y sus incrustaciones de nácar. De ello os hablará seguramente el sacristán que os acompañe, y tal vez se olvide de mostraros la imagen de San Bruno, prodigio del cincel de Alonso Cano, y otras obras

inmortales del ilustre racionero y sus discípulos mejores, y la celebrada cruz pinta la que preside la sala que fué refectorio, y á la cual los pajarillos, creyéndola de madera, acuden á posarse.

Breve suele ser la visita á la Cartuja. ¡Cuánto ganaría el templo y el arte, si aquel edificio se convirtiese en Exposición y depósito permanente de todos los lienzos y esculturas de las escuelas granadinas, que tiempos atrás lograron tanto renombre!



¿Queréis subir á la nueva Cartuja? El amplio y sólido edificio en que residen los jesuitas, domina aquellos alrededores. La posición que ocupa es excelente: higiénico y alegre, tiene vistas incomparables. Por ello puede perdonarse lo raro de su arquitectura y la mezcla estrambótica de estilos que han entrado en la construcción de la capilla. Su sala de recibo es espaciosa, y lo mejor que hay en ella es un gran cuadro de Ferrant, representando el martirio de los últimos Padres misioneros de la Compañía canonizados.

Mucha luz; exquisita limpieza; extensos patios y galerías; pabellones hermosos, en que viven distribuidos, separados é independientes, los Padres, los coadjutores, los novicios y los ejercitantes; un salón de actos, que ya quisieran para sí muchos centros docentes y asociaciones, y magníficos y bien surtidos gabinetes de Física, Química é Historia natural.

Allí, ante los hombres más doctos de Granada, se hicieron los primeros experimentos de los rayos Roetgen.



LA CATEDRAL



OLE ingente y pesada, sólo por notar el contraste de este monumento, de orden greco-romano, con la filigranada y femínea arquitectura granadina, merece una visita la Catedral. Ninguna impresión sacará de ella quien antes haya visto y admirado las hermosas Basílicas de Burgos y Sevilla. Obra de un arte decadente, comenzó a construir en 1529 y se terminó precisamente a los cien años de haber colocado su primera piedra. El edificio en sí pronto está visto. Recorriendo las cuatro grandes naves, que aprisionan la del Crucero, deteniéndonos ante las capillas, en las que apenas hay detalles arquitectónicos que llamen la atención, buscamos sobre los robustos pilares, y sobre los dorados capiteles, y en los altares que están junto a los pulpitos y en las mismas capillas sombrías, al menos la emoción estética que produce siempre la contemplación del arte, perpetuado por maestros inmortales en la pintura y en la escultura, y no quedan defraudadas nuestras esperanzas, ni es vana nuestra visita; que allí se ofrecen a nuestra admiración hermosísimos cuadros de Alonso Cano, de Ribera, Juan de Sevilla, Bocanegra y Risueño, y notables obras escultóricas de Adam, Mena, los Mora, Verdiguier, Torrigiano y otros.

Cuando más, la impresión que, después de ver la Catedral, hallamos en nuestro ánimo es la de un museo. De su interior solo recordamos lienzos y esculturas; de su exterior únicamente nos encanta la Puerta del Perdón, una

de las más bellas inspiraciones de la arquitectura plateresca y una de las mejores obras que salieron de manos del famoso Diego de Siloe, bajo cuya dirección comenzóse la Catedral, si bien á la postre el monumento no se construyó conforme á los planos y pensamiento del renombrado escultor y arquitecto granadino.

No es esta Basílica de las en que á su sola vista se despierta el sentimiento religioso de los corazones más entibiados y se reaviva el de los más fervorosos. De mí sé decir que he entrado muchas veces en ella, y no más que, por extraordinarios motivos ajenos al edificio, cuando el pueblo entero rodeando á la Virgen de las Angustias, ha llenado sus bóvedas de aclamaciones y vitores, de gritos del alma y de interjecciones fervientes en un eco inmenso y unísono, que parecía juntamente bramido de tempestad y hurra entusiasta lanzado por un ejército triunfador; no más que cuando entre salmodias y torrentes de notas, que salían de los tubos metálicos del órgano á borbotones, era despedido el siglo XIX y recibido y saludado el XX, he sentido en la Catedral de Granada esa impresión avasalladora que pone nuestro espíritu de rodillas y que agita nuestro cuerpo con los escalofríos de las grandes emociones.

Para que el alma se sobrecoja aquí, y medite, y se eleve sobre las cosas de la tierra y sienta el peso de la majestad divina, es preciso que la fe robusta del pueblo llene los ámbitos de la Basílica y palpite en sus naves.

* * *

Un año después de pasar á mejor vida el Rey Católico D. Fernando, acabóse de construir, destinada á panteón de los monarcas españoles, la Capilla Real.

Que hemos de entrar en ella después de haber visitado la iglesia Metropolitana y muy de paso el Sagrario, el cual sólo tiene de particular el recuerdo de que fué mezquita mayor de los moros en la parte baja de la población, deteniéndonos, antes de avanzar hacia la Capilla de los Reyes Católicos, delante del sitio en que está enterrado aquel héroe arrojado y legendario de la Reconquista, que se llamó Fernando Pulgar, cuyas hazañas cantara con entusiasmo la musa de nuestro romancero.

En la Real Capilla todo maravilla y seduce, desde la hermosa y artística puerta, por la cual se comunica directamente con la Catedral, hasta la gran verja del *maestre Bartolomé*, que llama la atención justamente y que divide la amplia y única nave, en forma que de la cruz latina irregular que afecta su planta y figura quedan dentro en la cabeza y los brazos el presbiterio, el coro de los Capellanes y los sepulcros de los Reyes, y fuera el lugar destinado á los fieles; y sobre la parte inferior de la cruz y la puerta de salida á la calle, el coro restaurado en que está el órgano y la capilla de música.

Carlos V quiso y dispuso que aquí fueran sepultados todos los reyes y príncipes de las Españas; mas Felipe II, con mejor



acuerdo, dejó solos en la Real Capilla á los que levantaron el grandioso monumento de la unidad de la patria y la unidad de la fe, los cuerpos de D.^a Juana *la Loca* y D. Felipe *el Hermoso* y los restos del príncipe de Asturias D. Miguel, «hijo del Rey de Portugal y de la Infanta de Castilla D.^a Isabel». Bien hizo Felipe II fijando en el Escorial el panteón común de reyes y príncipes; pero mejor hubiera sido, como debido homenaje de justicia, que hubiesen quedado solas en la cripta de la Capilla Real de Granada las cenizas de quienes gloriosamente coronaron la epopeya que comenzara Pelayo en Asturias y llenan con sus nombres y con sus hechos toda una época de nuestra historia.

La Capilla Real tiene mérito por sí y por las ricas joyas históricas y artísticas que guarda (1). El arte gótico ofrece en este monumento una de sus manifestaciones más espléndidas.

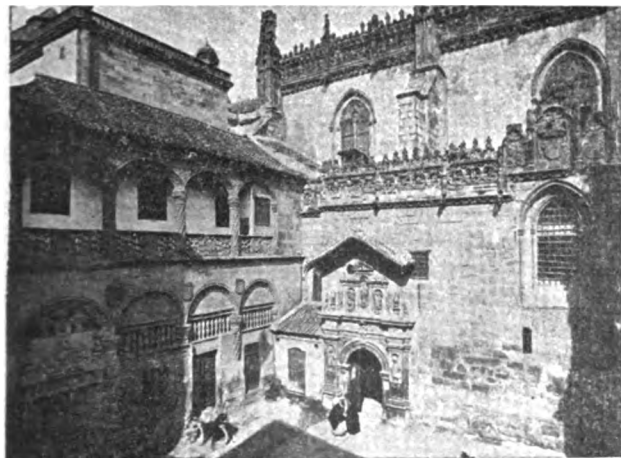
Todo es bello. Los altos ventanales, las bóvedas, el altar, las inscripciones de los frisos, la férrea verja, las puertecillas laterales cegadas, el arco valiente sobre que descansa el coro, los relieves y las esculturas de piedra ¡cuánto dicen al alma y cuánto deleitan aún á los que, sin ser artistas, saben percibir todas las bellezas que el arte derrocha, todas las ideas que simboliza, todos los grandes hechos que memora y perpetúa!

Con la veneración que los nombres de los Reyes inspiran, con cierta veneración casi religiosa, me he acercado siempre á los mausoleos de mármol blanco, que más parecen de marfil, y con los que nos hallamos de manos á boca apenas, avanzando hacia el altar, dejamos á nuestra espalda la verja. Hasta los cantos litúrgicos resuenan en aquellas bóvedas como resposos. Trasladados del antiguo convento de San Francisco de la Alhambra, duermen aquí el sueño de la eternidad los monarcas que dan su título á la Capilla. No

son góticos sus sepulcros, pero son obras monumentales. De mármol de Carrara, las figuras de los Reyes Católicos reposan sobre una urna, en cuyos ángulos están los cuatro grandes Doctores de la Iglesia. Ambos se hallan colocados de cara al altar y ambos

(1) Los cronistas granadinos refieren que la Reina Isabel dejó á esta Capilla todos sus libros, medallas y vasos, mucha plata y ricos tapices y ornamentos de seda y oro para todos los altares, y magníficos y preciados paños para cubrir su sepulcro. Pero únicamente se exhiben al pueblo granadino el 2 de Enero el cetro, la diadema y la espada de los Reyes Católicos, el Misal manuscrito que llevaron durante la campaña y los ornamentos sagrados que, según tradición, bordó D.^a Isabel.

ciñen sus sienes con la regia corona y apoyan sus pies sobre dos leones; pero es de advertir que el escultor español Bartolomé Ordóñez, autor del monumento, sin duda queriendo expresar el mayor talento de D.^a Isabel, marcó perfectamente en el mármol su pensamiento hundiéndose en el almohadón, sobre que descansa, la cabeza de la Reina, y dejando casi intacto el mismo almohadón en la parte en que reclina su cabeza el Rey (1). Detalle en el cual se fijan cuantos visitan la Capilla Real.



A la izquierda es de admirar el cenotafio de D.^a Juana y su esposo D. Felipe: sepulcro que es todo de alabastro y jaspe y que, si no más suntuoso, es más presuntuoso que el de los Reyes Católicos.

El exterior de la Capilla es bellissimo. Fijando la mirada en la parte alta de los muros amarillentos, no podemos por menos de elogiar los finísimos bordados de la elegante crestería, las cifras regias que se muestran de relieve en los calados de la barandilla que corona la fachada y recorta un trozo de cielo, los escudos admirables, las gallardas ojivas y los pilares airosos que buscan las agujas en que remata el muro.

La placeta de la Capilla tiene verdadero sabor de época. Vienen á darle mayor interés la fachada gótico-plateresca de la Lonja, que con la de la Capilla forma un ángulo y el edifi-

cio en que estuvo la Madraza arábica y que fué después Casa de la Ciudad.

¡Lástima que en las interminables obras de restauración del exterior de la Real Capilla se procure más el lucro que el interés del arte y el mayor embellecimiento de uno de los mejores monumentos que Granada posee!

(1) La escultura representa a D. Fernando vestido con su armadura y con su espada al cinto, y á D.^a Isabel I con su traje de corte.

río y cultura en las postrimerías de aquellos tronos que descansaban sobre las espadas de guerreros infatigables y prontos en todo momento al combate, y de aquella civilización que se había asimilado la filosofía de Oriente, que llamaba á sí y protegía á los mejores artistas, poetas y alarifes de otros pueblos, que había dado á las costumbres del invasor el sello caballeresco que caracterizó á los sometidos, y que transformaba los rudos cantos con que en un principio los ejércitos del Islam apercebíanse á la batalla por los himnos vigorosos y nobles, por las canciones tiernas y suaves que la guerra ó el amor, la naturaleza exuberante ó el placer refinado ponían en el alma y en los labios de los moros granadinos.

Siempre que se nombra á Granada se recuerda la Alhambra (1). Que ella, como la Mezquita Aljama cordobesa, atrae con su nombre solo á millares de extranjeros y cautiva á quien una vez sola hubiérala contemplado, de modo que, al perderla de vista, parece que se quedan atrás con ella pedazos del corazón.

Para cantar su hermosura, para revestirla con sus mejores chales orientales y su turbante de armiño y adornarla con sus más ricas joyas, para renovar la vida y el esplendor de hace cinco siglos en el palacio y en las fortalezas, para resucitar las kásidas amorosas al pie de los ajimeces, para sorprender el lenguaje de los silfos en las flores, y el de los ruiseñores en la espesa arboleda del bosque, y el del agua en las espumosas cascadas que se despeñan de lo alto de la Colina Roja por las laderas cubiertas de yedra y musgo, nadie mejor que Zorrilla, cuya lira, mitad guzla mora, mitad laúd cristiano, tenía toda la gama de sonidos con que la música deleita, todas las inflexiones que la pasión matiza, todas las armonías de la Naturaleza, toda la flexibilidad de nuestro idioma. Únicamente él supo asimilarse el espíritu granadino y, más que todo, fué el *cantor de Granada*, aquí bendecido y aclamado y coronado con oro del Dauro y con flores de los cármenes.

(1) Interesante y curiosísimo es el informe que, á petición del Ayuntamiento, dió el ilustre orientalista y literato D. Leopoldo Eguílaz sobre la topografía y antecedentes de los parajes situados en la parte meridional de la Alhambra, fuera de su recinto murado.

Afirma el Sr. Eguílaz que todos los terrenos que arrancan desde la Puerta de las Granadas hasta la huerta del Generalife, por un lado, y, por otro, desde los adarves y lienzos de muralla que corren por la banda Sur de la fortaleza de la Alhambra hasta el extremo del Camposanto fueron desde tiempos remotísimos los egidos ó alijares de la antiquísima población que con el nombre de *Nativola* ocupaba en la época romana la Alhambra alta, ó sea todo el perímetro de la antigua parroquia de Santa María de la Alhambra, aneja hoy á la de San Cecilio. En estos parajes había enclavadas tres basílicas. Los cronistas árabes conservaron el nombre de aquella antigua ciudad en lo que ellos llamaron *Campo de Ativola*, que llegaba hasta la huerta de Fuente-Peña. No era Nativola sino un suburbio de Granada y se comunicaba con la población por la gran vía ó camino que ocupa el paseo central de las alamedas de la Alhambra hasta la puerta, único ingreso del arrabal, que los moros llamaron *Bib-Algodor* ó Puerta de los Pozos, que subsiste aún entre los torreones pareados del cubo de *Siete*

Por eso, cuando, ganada la cuesta de Gomer, entramos en los bosques de la Alhambra por la Puerta de las Granadas, cuyo almohadillado recuerda el Palacio de Carlos V, surgen en nuestra memoria, con dejos de melancolía y ternura, aquellas estrofas de su salutación:

Dejadme que, embebido y extático, respire
las auras de este ameno y espléndido pensil;
dejadme que perdido bajo sus sombras gire,
dejadme entre los brazos del Dáuro y del Jenil.

Dejadme en esta alfombra mullida de verdura,
cercado de este ambiente de aromas y frescura,
al borde de estas fuentes de tazas de marfil.
Dejadme en este alcázar labrado con encajes,
debajo de este cielo de límpidos celajes,
encima de estas torres ganadas á Boabdil.

¡Palabras y deseos que instintivamente pronuncian y sienten cuantos vagan y se pierden por los bosques de la Alhambra! Yo he penetrado en este paraíso por muchos sitios, y muchas veces y á distintas horas he visitado estos lugares encantados que los pros- critos regaron con lágrimas de sangre. Por las cuestas no cesa la diaria peregrinación de los que van en busca del alcázar; pero solo

Suelos. De aquí partía el camino hacia la huerta de Fuente Peña, bifurcándose en dirección al cementerio y á la Cuesta de los muertos. En todo el camino había muchas mazmorras ó silos, que fueron luego prisiones de cristianos. En el terreno que ocupan hoy las alamedas se descubrió un vasto cementerio romano y sabido es que éstos solo estaban situados en las vías públicas que servían de ingreso á las poblaciones.—En el siglo IX tuvieron lugar en este dilatado campo sangrientas batallas entre los árabes, amparados en los baluartes de la Alhambra y Torres Bermejas y mandados por Saguar Ben-Handum, y los cristianos y renegados de la ciudad de Elvira, los cuales fueron derrotados dos veces en siete días.—Pasados a cuchillo fueron, en tiempo de los almohades, 2.000 caballeros acampados en aquel campo dicho *de la Arábica*, por el ejército de Abdel-Mumen, y llamado en las postrimerias de la dominación árabe *Haudac-arabica* ó *El valle de la plata*, por estar terraplenado y cubierto con una capa de yeso, que á los rayos del sol parecía lama de plata.—Lindaba este campo con los adarves y muros de la Alhambra al N.; por el E. con las tapias del Generalife fronteras al Camino Real y por el Mediodía y O. con el *Sened Mauror* ó Monte Mauror, en cuya cima se levantaba la fortaleza de *Ataubin*, con el *Abahul del Neched* (hoy Campo de los Mártires),

turban el silencio el canto de los pájaros, el rumor del agua que de todas partes se desborda y corre por cauces de piedrezuelas y el ruido de los coches que suben á los hoteles, á la explanada de *los Mártires* ó á la extensa plaza de los Aljibes, limitada por la pesada mole del comenzado palacio del regio solitario de Yuste y por los muros de los torreones.

Los árboles gigantescos entrelazan sus ramas y forman en los paseos del bosque caprichosas y elevadísimas bóvedas como de catedrales góticas. Y por entre las hojas y las ramas la luz penetra cernida y da tintas de misterioso á todo el paraje. En las fuentes de piedra de las glorietas los surtidores forman juegos caprichosos y copian los colores del iris; y por las copas de los arbustos el sol resbala con la suavidad de una caricia, iluminando las umbrías con manchas doradas, que van subiendo por los troncos y por la tupida malla de las enredaderas que ocultan la tierra roja á medida que avanza la tarde.

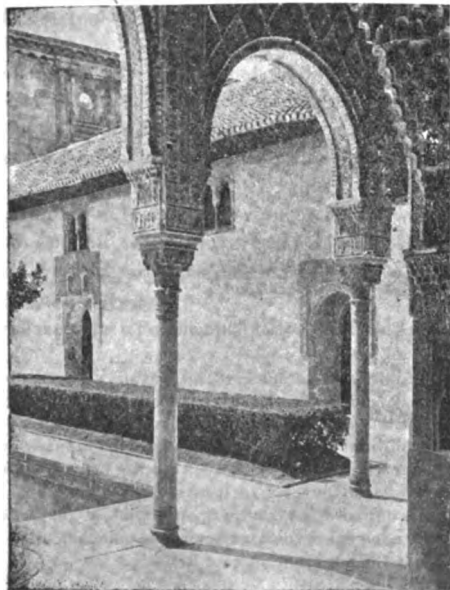
A no ser por esta vida de sus bosques, la Alhambra sería no más que un cementerio artístico. Sólo de recuerdos vive el palacio de la dinastía nazarita. Sus salones están desiertos, secas sus fuentes marmóreas, vacías sus mezquitas. El espíritu de aquella raza afeminada y sensual bañase todavía en un mar de luz tamizada y de invencible tristeza que entra por las caladas celosías de los miradores y ajimeces y al través de los encajes y filigranas de sus arcadas y glorietas. Arte refinado y femenino es el que campea en la Alhambra, perla incrustada en una esmeralda grandiosa y espejo en que el cielo se mira.

El exterior del alcázar de Alhama nada dice de los encantos de su interior. La puerta por donde hoy se entra en él es moderna. Antiguamente, ya en el siglo XVI, la entrada estaba por el patio llamado de la Mezquita y por las saletas convertidas después en capilla, cuando la «que estaba en el salón frontero del patio de los Leones» fué trasladada al aposento que llamaban Mexuar los moros, con motivo de la venida de Felipe IV.

Dejad á la derecha la mole del palacio de Carlos V y salvad el dintel de la puerta del alcázar árabe. Aquella galería y aquellas

donde fueron decapitados muchos cautivos cristianos, y con el Corral de los Cautivos, dentro del cual estaba el dicho Abahul y que se extendía hasta el sitio conocido por «Las barreras», arrancando desde la fortaleza de Torres Bermejas. De trecho en trecho había fuertes torreones para albergue del Presidio encargado de la custodia de los cautivos. Desde allí seguían las tapias hasta el «Barranco del Abogado», donde se enlazaban con el muro que partiendo de la Puerta del Neched (puerta de los Molinos) subía por la cintura del monte que hay detrás del carmen de «San José», rematando en el extremo N. superior de los jardines de «Bella Vista». En el terreno ocupado por este carmen y la fonda Washington estaba la mezquita *Alatic*.—Destinado á ejercicios, simulacros y revistas militares, era también el campo de la *Arábica* lugar de recreo, palenque en que los caballeros de una y otra raza ventilaban sus agravios y querellas, y plaza de torneos, corridas de toros y otras fiestas y regocijos, según Aljatiben su obra *Jatha*. El estrado real para pasar revista se colocaba junto á la Torre del Agua. El Generalife tenía otra puerta en el lugar que hoy ocupa la de la casa de la huerta de Fuente Peña.

habitaciones con que tropezáis primero, destinadas á estancia y morada de los dependientes de la Alhambra, os hablan con **harta** elocuencia de la prosa de la vida, y del afán de destruir que, para dar habitación á los servidores y guardas del palacio, no tuvo **escrúpulo** en cegar arcos, destrozar ú ocultar las labores de las paredes y hacer desaparecer las policromas estalactitas de la **techumbre**. A poco que recorráis sus salones os convenceréis del abandono completo y punible en que está la Alhambra.



Salid de la oscuridad á la luz y os encontraréis en el patio *de la Alberca ó de los Arrayanes*. A no ser en sus galerías laterales, apenas ha perdido de su carácter primitivo y de su belleza. Sobre su pavimento, de mármol como todos los del alcázar, cae la luz solar y brilla como sobre un espejo veneciano. En el centro, la alberca que da nombre al patio, de enorme longitud y anchura y de cinco metros de profundidad, encerrada en el marco que forman alineadas y recortadas paredes de mirtos olorosos, y en todo tiempo repleta de agua hasta sus bordes, retrata en el cristal de su superficie el cielo nacarado de Granada, la maciza torre de Comares y los arcos labrados sobre que aquélla descansa, las esbeltas columnas de Macael y las preciosas celosías corridas de la galería alta, que nos hace pensar en el ocultamiento y los secretos del harem, y que da espalda al palacio de aquel Emperador de Alemania y rey de España que en Córdoba anatematizaba como bárbaros á los que dentro de la Aljama de los Abderrahmanes habían erigido la Catedral, destruyendo lo que no supieran igualar ni construir con ventaja, y en Granada arrasaba parte del alcázar de los Alhamares para junto á él, sobre las ruinas y escombros de lo derribado, y por si podía oscurecer su grandeza con la imperial obra, empezó á levantar otro palacio, sólido y machucho, que antes que eclipsar los hechizos de la Alhambra, vino á poner aún más de relieve sus bellezas.

Elogiad los mosaicos de los zóca'os, los arabescos de las galerías y los preciosos tallados en madera que en el patio de la Alberca distraen la mirada y el ánimo; meditaad sobre las inscripciones en caracteres cúficos y africanos aun con-

servadas, pensad en el saludo con que el patio recibe á todo el que en él entra: «*Felicidad, Rendición, Prosperidad, Salud eterna*», y pasad á la sala llamada *de la Barca* y al salón de Embajadores.

La sala de la Barca, en que tantos destrozos hizo el incendio de 1890, no es ni sombra de su pasado.

Por los fragmentos que después de la catástrofe quedaron intactos puédesse calcular y apreciar la belleza de lo destruído. Han transcurrido ya once años y no se ha puesto mano en su restauración, ni con un presupuesto especial, ni poco á poco, parcialmente, aplicando á esta obra necesaria alguna cantidad cada año de las 35.000 pesetas que el Estado concede para conservación y restauración del alcázar y de sus fortalezas, y que el pueblo granadino ignora cómo se invierten, porque pasan los años sin que se restaure nada en el palacio árabe y los torreones, y algunas salas son de tal modo víctimas de un completo abandono que, reabiertas más y más sus grietas, amenazan desplomarse el día menos pensado.

La sala de la Barca, antecámara del salón de Embajadores, estuvo un tiempo aislada por el exterior, y tomó su nombre de tener forma de una barca su rico artesonado. Llama poderosamente la atención el arco original del vestíbulo y los adornos de sus bóvedas de estalactitas y de sus paredes, no menos que los nichos de Macael abiertos en los machones y elegidos por la poesía para cantar á través de los siglos tanta hermosura. He aquí lo que en los nichos se lee:

Yo soy la esposa vestida
con vestiduras nupciales,
dotada de raras prendas
y belleza inenarrable.
Mira el surtidor de agua
que abundosa y limpia sale
y comprende la abundancia
de verdad que hay en mis frases.
Mira mi regia corona
y la hallarás semejante
á la gentil luna nueva.

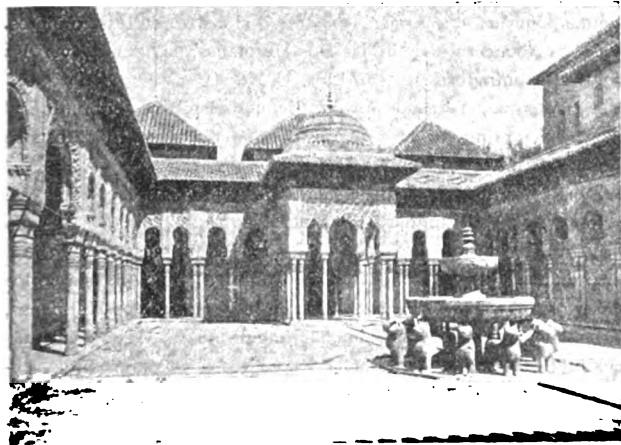
Ibn Nazar (1) es sol que arde
y esplende en medio del orbe
de esta belleza admirable.
Permanezca en su alto puesto,
sin que el ocaso le apague.

Y en las molduras del nicho de la izquierda está esculpida esta otra poesía arábica que, traducida en prosa, trae Valladar en su Guía Artística de Granada:

Mientras que yo fui llena
por su merced de gloria,
mis labios y mis ojos
su ventura pregonan.
Este esplendor contempla;
que aquí justicia otorga
á sus rendidos siervos
que ante Ismail se postran.
Cuando de aquí se aleja
sus vasallos entornan
los ojos de tristeza,
por no estar á su sombra.
Por Ibn Nazar mi dueño
de beneficios colma
Dios á cuantos prestaron
servicio á su persona.

(1) Refiérese á Abul Walid Ismael.

De grandioso puede ser calificado el salón de Embajadores ó *de Comares* (1), á que da acceso la sala de la Barca. Su gallardo arco de entrada, las poéticas inscripciones de sus nichos, su amplitud y elevación, sus múltiples bóvedas ornadas de oro y azul, sus ajimeces y sus primorosas labores de yesería, su artístico zócalo oriental de *fosaifesa*, que recuerda parte del Mihrab de la Aljama de Córdoba, sus versículos del Koran en inscripciones cúficas, «que se entrelazan con los adornos de los paramentos», y su admirado techo de lacería, encantan á todos los que hasta allí llegan, á pesar de las restauraciones y accidentes de que en el transcurso de los tiempos ha sido víctima el salón de Comares, donde fué proclamado rey Mohamad III, en cuyo período empezó á arder el reino en guerras civiles, y donde es tradición se firmaron las capitulaciones para la rendición de Granada.



Atravesando de nuevo la sala de la Barca y el patio de los Arrayanes, dirijámonos hacia el *patio de los Leones*. Antes de llegar á él hemos de detenernos en la sala de los Al-Mocárabes, que le sirve de vestíbulo, que fué construída durante el reinado de Mohamad V, y cuyas paredes y techumbre fueron bárbaramente recubiertas con una capa y una bóveda de yeso con adornos, al anunciarse la venida de Felipe V á esta ciudad.

De las tres partes separadas en que se dividía el palacio árabe antes de la Reconquista, el patio de los Leones y las galerías y salas á él pertenecientes constituían una de ellas y estaban aisladas del Cuarto real de Comares y del Mexuar.

Indudablemente este patio es lo más bello de la Alhambra, no obstante haber sufrido también algunas transformaciones en sus

(1) El cronista granadino Mármol deriva este nombre de *Comaraxia* (labor périca riquísima y de gran valor). Mas el ilustre arabista Simonet entiende que una y otra palabra toman su origen del nombre de un antiguo pueblo de la provincia de Málaga, cuyos alarifes es fácil vinieran á trabajar en esta maravilla del arte. De igual opinión es Al-Makkari.

bóvedas. La delicadeza de su construcción, la esbeltez y multiplicidad de sus columnas, que parecen transparentarse á los reflejos solares, la elegancia de los templetes que á uno y otro lado de la fuente avanzan hacia el centro, las gallardas curvas de sus cúpulas y la finura y hechizo de sus calados encajes, por entre cuyas labores la luz se filtra suave y nos sugiere el sueño del éxtasis, bastan á hacer del patio de los Leones la joya del alcázar y la obra ejemplar de la arquitectura granadina.

Si miramos al suelo, hallaremos un derroche de mármoles y fuentes abiertas en la misma piedra en el centro de los templetes. Si fijamos nuestra mirada en las estancias que hay sobre las salas de los Abencerrajes y de las Dos Hermanas, creeremos ver las sombras de las odaliscas de Abu Abdallab, que pasan y cruzan por los altos miradores.

Sin su segundo cuerpo, que no se colocó antes del siglo XVII, la fuente que, sostenida por doce leones de piedra, da nombre al patio, sirvió entre los árabes para las abluciones, y alrededor de su ancha y primitiva taza, que es de una sola pieza, tiene inscrita una poesía alusiva al agua que brotaba del saltador ó salía por las bocas de los mal esculpidos leones.

A la derecha del patio abre sus puertas árabes auténticas, restauradas en el siglo pasado, la sala famosa de los Abencerrajes, en cuya fuente la fantasía popular ve todavía las manchas de la degollación de aquellos nobles traicionados por los Zegríes.

Sala de la sangre llamó á esta sala (1) el secretario de Boabdil, y en ella ha levantado la leyenda sombras fatídicas.

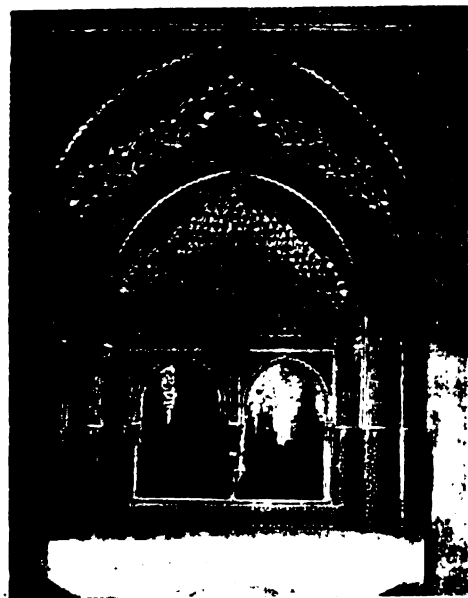
Después de ver las regias lápidas en los alhamíes centrales, y las pinturas (2), sobre cueros de Córdoba, que en la sala de los Reyes ó de la Justicia se ostentan, sala en que se dijo la primera misa, reconquistada Granada, pasemos á la de las Dos Hermanas, que está frente á la de los Abencerrajes. En ella, como en los departamentos contiguos, es fama que habitó la reina Aixa. Pero más que las dos inmensas losas de mármol, sobre las que llama la atención el gufa, son de admirar la decoración de sus muros, sus azulejos, su bóveda de mocárabes, sus alcobas, en que estaban ocultas las esclavas del rey, y sus alicatados de encaje.

Dando algunos pasos al frente nos encontramos en la sala de los Ajimeces, cuyas paredes sólo están decoradas en su parte superior por haber sido cubierto el resto con tapices que no se conservan, y al punto en el mirador de *Daraxa*, vulgarmente conocido por el de *Lindaraja*, acaso por citar así este nombre en sus *Guerras civiles* Pérez de Hita.

(1) En su traza—dice Valladar—es una de las más elegantes y proporcionadas. Su alzada es de tres cuerpos. La cúpula, en forma de estrella, es magnífica y en los arranques se abren dieciseis ventanas caladas. Las dos alcobas de los costados, separadas de la sala por preciosas arcadas, son diferentes á las de todo el palacio.

Los techos de las alcobas están restaurados y algunos de sus arabescos son de tiempo del emperador Carlos V.

(2) El carácter de estas pinturas tiene gran parecido con otras del siglo XIV.



Forma el mirador un rectángulo, y en su tracería y en sus arcadas y en todos sus detalles el arte dejó la huella de sus más exquisitos refinamientos. Las inscripciones que su zócalo de azulejos nos muestra son recuerdo y testimonio de gratitud á Mohamad V, y en sus tres ajimeces hallamos, á modo de nimbo y corona de amor, versos de tiernas kásidas esculpidos con cincles de oro por las hadas del jardín de Daraxa, que antaño llegaba hasta el muro del bosque y descubría el Albaicín y el valle del Dauro, y hoy ha quedado reducido á estrecho patio de naranjos y cipreses, como nicho mortuario de historias y leyendas.

Tales vistas las tiene lo menos artístico del alcázar: el corredor que desde el mirador de Lindaraja (1) nos conduce á la torrecilla cubierta, llamada antiguamente del Mihrab y hoy *Tocador de la Reina*, y el Tocador mismo, dicho así por el destino que se le dió en tiempo de Carlos V. En sus paredes véense, deterioradas por el tiempo y desfiguradas por los visitantes, pinturas de estilo rafaelesco representando escenas y expediciones de las escuadras imperiales y la fábula de Faetón. Lo mejor de estas estancias es su artesonado árabe y las columnitas de la galería del mirador, que descansa sobre lo que fué *Torre de Abul Hachach*, fortaleza de defensa embellecida en su interior.

Ningún interés ofrecen ni el patio de la Rreja, que ha dado origen á historietas absurdas, como la de que fué encierro de D.^a Juana la Loca, cuando á lo que parece se colocó para resguardo de la vajilla real, en 1639; ni las

salas de las Ninfas y de los Secretos, que están en los subterráneos de la sala de la Barca y del mirador de Daraxa.

Al recorrer el departamento en que los reyes nazaritas establecieron sus baños, siéntese en el ánimo la influencia del medio. La

(1) Los etimólogos descomponen la palabra *Daraxa* en *Dar Axa* (palacio de Axa ó Aixa), y advierten que *Lindaraja* es una corrupción del verdadero nombre del jardín, *Gín Dar Axa*.

imaginación nos esclaviza por unos momentos, en que nos creemos transformados, vestidos á la arábica usanza, y nuestro organismo es agitado por las más encontradas sensaciones, que acaban en un soñar despierto, en una pereza suave y acariciadora, en una resurrección de deseos, en un hervor de la sangre y en un adormecimiento del alma, saturada de ternuras bajo la influencia de aquellos aposentos en que la luz penetra por estrellas abiertas en las bóvedas; en que el pavimento es de mármol blanco ó de azulejos; en que las columnitas parecen brazos alabastrinos de sultanas; en que todavía como murmullo de rezo llega hasta los alhamíes, á la hora del crepúsculo de la tarde y en el silencio de aquel retiro, el eco levantado por las sombras de las más bellas odaliscas que repiten el recitado de poesías amorosas y tañen en las habitaciones secretas de la galería alta sus arpas y guzlas con habilidad maravillosa.

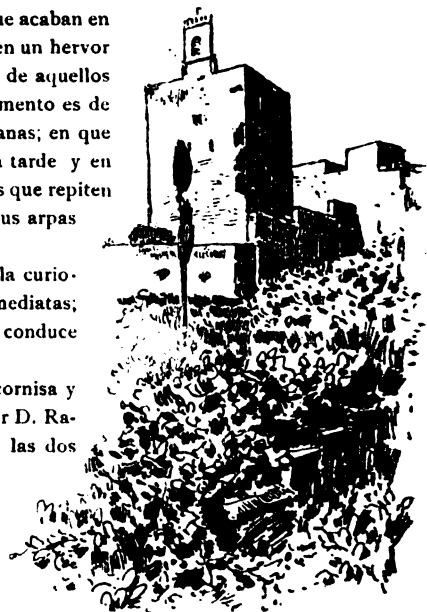
Bajo arcos de herradura, como el Profeta en su huida, avanzamos, empujados por la curiosidad, hacia adentro, y contemplamos las anchas pilas de los sultanes y las alcobas inmediatas; y, buscando de nuevo la salida, nos perdemos en las obscuridades de un túnel que nos conduce al patio del Mexuar.

Sus arcadas tienen gran semejanza con los arcos del patio de los Arrayanes; su cornisa y alero son bellísimos, y su precioso testero meridional fué magistralmente restaurado por D. Rafael Contreras, que tanto bien hizo á la Alhambra como daño su hijo D. Mariano. De las dos puertas de este testero, la en que hay una jamba de mármol arqueada por la humedad ó el peso fué antiguamente la entrada al palacio.

Cuanto á la Capilla del Mexuar, vale más no entrar en ella. ¡Tan triste es la impresión que en el ánimo deja fijar la mirada en los destrozos que prevenciones religiosas, enemigas declaradas del arte, han causado allí, como en casi todos los monumentos arábigos de Al-Andálus.

* *

Dignos de ser vistos en el alcázar son el Museo, la iglesia de Santa María de la Alhambra, más por su recuerdo de haber sido erigida sobre el terreno que ocupó la mezquita real de Mohamad III, que por su arte, y el Mihrab, oratorio privado de los árabes,



que hace pocos años fué adquirido por el Estado y tiene labores muy bellas y está enclavado en el llamado cermen de la Mezquita.

Mas á la Alhambra hay que dedicar un día entero, consagrandolo toda la mañana al Alcázar árabe, descansando y almorzando después en los hoteles de Siete Suelos y Washington y completando el día con la visita á las murallas, á las torres, á los adarves y al Palacio de Carlos V.

En el perímetro de la antigua Alcazaba roja, que se comunicaba con el Albaicín por un puente de piedra del que todavía se conservan los sólidos cimientos y el gallardo arranque del arco en la Carrera de Darro, sobre su margen izquierda, se levanta, como centinela avanzado de todas las fortalezas, la torre del Sol, llamada también del Homenaje, de Gíafar y de la Campana, y vulgarmente conocida por *Torre de la Vela*, en la cual colocó Mohamad V la cabeza de Abu-Said *el Bermejo*, que la perdió en Sevilla.

Su campana (1), que en esbelta espadaña suena por las noches marcando los riegos á los labradores de la Vega y que es tradicional talismán de amor para las muchachas del pueblo granadino, tocó muchas veces á rebato en las revueltas políticas del pasado siglo y en los días de insurrección de los moriscos, su tañir convocó á todos los de los pueblos de la dilatada llanura. Hasta ella fueron acorralados hacia el año 860, por los españoles de la antigua Iliberri, los árabes, según testimonio de sus propios historiadores, y algunos años más tarde encerrados en sus muros á las órdenes de su esforzado capitán Sarrar; y en sus alrededores perdieron la vida muchos caballeros cristianos en la segunda mitad del siglo XII. Y es tradición que sobre el muro de esta fortaleza, cuya primitiva fábrica tiene la antigüedad y el carácter de la época romana, el Cardenal Mendoza enarboló sobre el muro la cruz de su guión el 2 de Enero de 1492 y fué tremolado el pendón de Castilla en señal de haber tomado posesión de la Alhambra y de la ciudad, rendidas á nuestras armas por Boabdil.

Desde su plataforma se domina uno de los panoramas más bellos que Granada tiene, y á su lado y á lo largo del muro están los restos de las torres que los franceses, al invadir á España, destruyeron. Si después de descansar y aspirar los aromas de las flores que crecen y lucen en el jardín de sus adarves, salimos á la ancha plaza de los Aljibes, nos encontramos frente á frente la *Puerta dicha del Vino*, junto á la cual se conservó hasta los comienzos del siglo XIX la *Puerta Real*. El conocido arabista Almagro Cárdenas cree que la Puerta del Vino, por su situación y estructura, fué una de las entradas de la Alhambra, que comunicaba con patios, galerías ó jardines del alcázar árabe, si bien (y ello es lo más extraño) está comprendida dentro de las murallas de la Alcazaba.

(1) Cuentan los cronistas de la ciudad que la primera campana que se hizo para esta torre se construyó en 1569; la segunda se vació en 1595, rehaciéndose en 1624 y 1640. La actual es la tercera y se fundió en 1773.

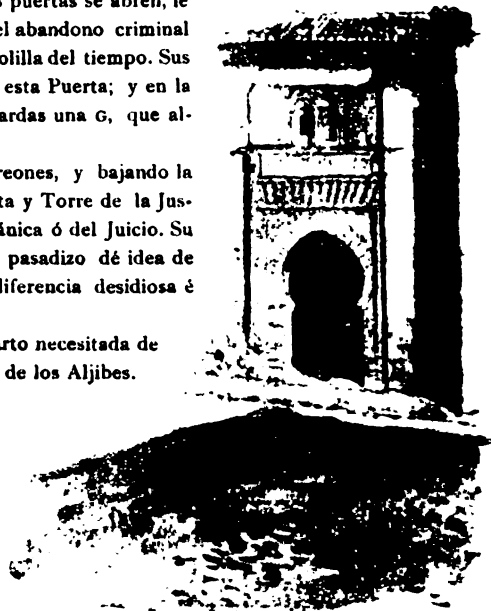
Su fachada, sus lindísimos arcos de herradura y los ajimeces que sobre sus dos puertas se abren, le dan gran interés artístico y hacen lamentar que el afán de habitar la parte alta y el abandono criminal que en cuanto pertenece á la Alhambra se advierte causen más destrozos que la polilla del tiempo. Sus inscripciones están dedicadas al Sultán Abu Abdallah Algani Billah, que levantó esta Puerta; y en la clave del arco muéstrase una llave, como en la Puerta de la Justicia, y en sus guardas una G, que algunos han tomado por la inicial de la ciudad.

Siguiendo la dirección del muro de la Alcazaba, reforzado por sus viejos torreones, y bajando la cuestecilla que empieza en la Puerta del Vino, encontrámonos delante de la Puerta y Torre de la Justicia, á que los moros dieron el nombre de *Bib-Xarea* (1) ó puerta de la Ley Koránica ó del Juicio. Su fachada principal es la más bella y la mejor conservada, aunque el interior de su pasadizo dé idea de cómo se desfiguran y desmoronan los grandes monumentos en manos de una indiferencia desidiosa é irremediable.

La lápida que hay debajo de la tercera bóveda, junto á la puerta de salida, harto necesitada de restauración, es alusiva á la rendición de Granada y estuvo un tiempo en la plaza de los Aljibes.

La imaginación popular ha puesto por base de una de sus leyendas los dos símbolos de la Puerta Judiciaria: la mano grabada en su primer arco de herradura y la gran llave esculpida sobre la clave del segundo arco ó puerta, que desde antiguo se ha creído eran amuleto mágico en que está el hado de la Alhambra.

Cuentan que un rey moro de Granada era aficionado á la nigromancia y tenía tratos con el espíritu del mal, hasta el punto de haberle vendido su alma. Un día el poder diabólico hizo que por arte mágica se levantase de pronto robusta, solidamente cimentada, colosal, esta fortaleza y extendió su influencia al alcázar mismo. A ello se atribuye que los amarillentos y viejos torreones de



(1) Garrido Atienza ha publicado, traducida, la inscripción que escrita en caracteres arábigos, enlazados con ramas y hojas, se extiende en ancha faja de mármol sobre el dintel del segundo y más pequeño de los arcos y dice así: «Mandó construir esta Puerta, llamada Puerta de la Ley (ayude Dios en ella la ley del Islam, ya que la ha levantado para glorificarle largo tiempo), nuestro señor el emir de los musulimes,

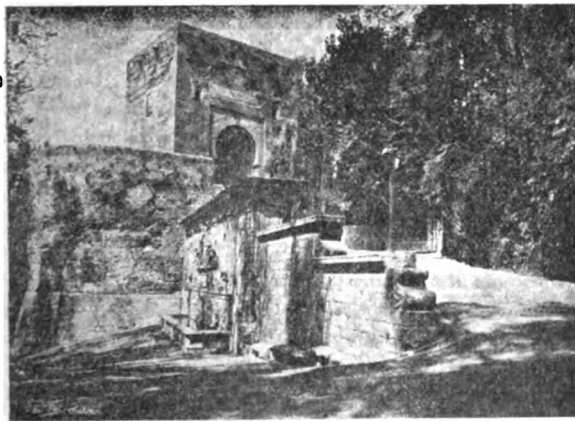
la Alhambra no los hayan derrocado ni terremotos, ni tempestades, ni huracanes, cuando troncharon como frágiles aristas los gigantes árboles seculares de los bosques y echaron á tierra tantos otros edificios morunos. Añade la leyenda que el día en que la

mano del arco grande de entrada se junte á la llave del arco de salida, habrá acabado el privilegio y saltarán las fortalezas en pedazos, al empuje de fuerzas desconocidas, y quedarán al descubierto los tesoros que, amenazados por la desgracia, escondieron en sus cimientos los reyes nazaritas y los caballeros poderosos de su corte.

En el lado opuesto, asentadas sobre el cerro del Mauror, sobresalen por encima de los árboles hercúleos que se espesan á nuestros pies y se alzan de la hondonada del bosque como brazos de titanes que quisiesen escalar las rojas colinas, otros torreones sombríos, destinados en la actualidad á prisiones militares, y nominados Torres Bermejas ó de Ataubín. El lugar que ocupan estos fuertes y su antigüedad respetable hacen buscar su origen en los tiempos fenicios y en la vetusta población romana de *Nativola*, ya que limitaban el suburbio romano de este nombre y el campo de Arábica ó valle de la Plata, refugio de los cristianos y barrio en que habitaban los judíos granadinos en la época musulmana. Las Torres Bermejas fueron, en tiempo del Califado

cordobés y durante la dominación de los almoravides, punto estratégico de importancia suma y teatro de notables hechos de armas.

Subiendo por uno de los paseos, en rampa suave desde la Puerta de la Justicia, en busca del boquete amplio que, abierto en la



el sultán guerrero y justo Abul Hachad Jusuf, hijo de nuestro señor el sultán guerrero y santo Abul Walí ben Nazar (premie Dios en el Islam sus acciones purificadoras y acepte sus hechos de armas).—Fué levantada en el mes de Mulud el engrandecido año setecientos cuarenta y nueve (1348 de J. C.). Hágala Dios una potencia defensora y escribala entre las acciones buenas é inmortales.

muralla, es vulgarmente denominado Puerta de los Carros, daremos la vuelta al circuito por la parte de afuera de la muralla, deteniéndonos antes en el imperial palacio de Carlos V, que mermó las habitaciones del alcázar árabe y cuyas obras quedaron para siempre interrumpidas por la rebelión de los moriscos. En su grandioso patio circular, suntuosamente adornado, ciñó á sus sienas la corona del triunfo y de la gloria el cantor de Granada, el ilustre Zorrilla, el poeta nacional; allí se oyó, en los primeros Juegos florales granadinos, la voz del último de los trovadores de España, D. Víctor Balaguer; y allí, con el cielo por bóveda, con el amor al arte por estímulo, la música, esclava y adorada del maestro Bretón, ha encontrado su mejor palacio en las noches de primavera, cuando celebra sus fiestas la ciudad.

Dejando á la izquierda el muro, poblado de jaramago y cubierto de yedra, y atravesando los paseos que coronan el bosque, no es difícil notar la falta de muchas torres de las que protegían la muralla nazarita, levantadas en los puntos que ocupan los contrafuertes y arrasadas por aquellos franceses invasores que llenaron de barrenos la Colina Roja para volar toda la Alhambra, que convirtieron sus alcázares en cuadras y cuarteles, y en el estanque del patio de los Arrayanes sustituyeron con pólvora el agua, colocando y encendiendo un mechero que iluminase su marcha con resplandores de incendio y con un estallido tan formidable como el tronar simultáneo de cien cañones.

¿Dónde están las 32 fortalezas que en el siglo XVI vigilaban los edificios de la Alhambra y servían de eslabones en la cadena de su muro infranqueable? ¿Dónde las torres que cita por sus nombres propios ó vulgares el arquitecto Orea?

De los restos de la de *Siete Suelos*, por donde Boabdil abandonó de una vez el alcázar, sueña todavía la gente del pueblo ver salir el fantasma del *Velludo*, un rey moro granadino que llevó su crueldad al extremo de matar á sus seis hijos y los enterró al pie de aquella torre, en cuyos alrededores vagan todas las noches los espíritus de las víctimas, persiguiendo la sombra del padre criminal.

Más allá se encuentran la torre de las Cabezas y la del Agua, que da frente á los terrenos del Generalife, limitados por la Cuesta de los Muertos, y domina el paseo de los Cipreses.

Muy triste es el barranco trocado en cuesta que, á espaldas del alcázar, va á hundirse en el cauce del río Darro; pero está sembrado de torreones sobre los cuales proyecta sus sombras misteriosas la leyenda, y en los que hasta su mismo abandono acrecienta el interés que inspiran.

Contemplando este largo lienzo de muralla, sólo interrumpido por las líneas salientes de las fortalezas, descendamos por la Cuesta de los Muertos hasta hallarnos delante de la Puerta de Hierro. Allí, á la subida, la primera torre que nos llama la atención

es la de los Picos, de la cual, en pequeño, ha hecho recientemente una reproducción en su hermosa quinta *Villa-Felisa* don Salvador Montoro, un granadino distinguido que, á pesar de ser rico y concejal, tiene alma de artista.

Para bautizarla como se la conoce, dieron pretexto y fundamento los picos que rematan sus almenas. Fué como la de la Vela torre del Homenaje, y por ella se comunicaba con los jardines del Generalife la Alhambra, de la cual no solo defendía el recinto, sino también la secreta salida que se ofrecía á los cortesanos, guerreros y servidores de la corte nazarita.

De las demás torres, las más bellas y saturadas de poesía, son las de las *Infantas* y la *Cautiva*. Sobre sus vetustos muros extienden sus ramas los árboles como si quisieran comunicar la savia vital, que remozaba el tronco y verdeaba en las hojas, á aquellas piedras mudas y frías besadas por la muerte que, no obstante corroerlo todo, no había podido ajar la belleza de sus lindos ajimecillos ni la esbeltez de sus contornos.

Restaurado por don Rafael Contreras el interior de la torre de las Infantas, muéstrase en todo el esplendor de sus días prósperos: con sus arabescos encantadores, con su patio de labores delicadas, con su blanca fuente de mármol, con sus zócalos de mosaico, con sus vaciados en estuco, con todos los primores que nos recuerdan las recién visitadas estancias del alcázar con que los Alhamar y Mohamad han pasmado á tantas generaciones.

¿Quién no conoce las leyendas de las tres Infantas, hijas de Mohamed el Zurdo, que para guardar su virtud las encerró al cuidado de la vieja y discreta Kadiga, en la primera de estas torres; y de la cristiana, hija del



alcáide de una fortaleza fronteriza, prisionera de una escaramuza y elevada de cautiva á sultana por el mismo rey? ¿Quién no ha confundido, en noche serena, mirando á uno de los ajimeces, un rayo de luna con el velo de aquella infortunada princesa que, cautiva de su miedo y guardadora de su honor, vió huir á sus hermanas en alas de una pasión irresistible y prefirió á escapar morir de melancolía y de amor sin esperanza, con una mano apoyada en la mejilla y el brazo en el antepecho del ajimez y con los ojos fijos en el horizonte, como si mirando en dirección á Córdoba hubiese volado allá su alma?

La tradición refiere que por la torre de Ismael ó de las Damas (1), que algún tiempo fué propiedad de un extranjero y de cuyo interior fueron arrancados parte de su artesonado riquísimo y sus mejores adornos, se descolgó Boabdil para levantar bandera de rebelión contra la soberanía de su padre.

* *

¡Cuánta poesía derrochada! ¡Cuánto arte en manos de la barbarie moderna! ¡Cuántas maravillas ocultas! ¡Qué tristeza más grande la que produce el ocaso de todas las cosas humanas!

Palacio de soñadores, refugio de enamorados, mansión de príncipes, admiración del orbe, la Alhambra ya solamente vive la vida pasiva de sus piedras y de sus inscripciones. Es la reina destronada y centenaria por delante de la cual desfilan las alocadas muchedumbres, afanosas de todas las puerilidades que agitan la mente ó el corazón, esclavas de vanos deseos ó de miserias y felices en esa ignara indiferencia con que miran cuanto no cae bajo la acción de su refinado utilitarismo. Quedóse ciega al perder la luz de sus esplendores orientales y nada vé del exterior, y nada dice á los que pasan junto á ella indiferentes ó distraídos. Como en los estanques y fuentes de sus patios se reflejan sus arcos y arabescos, sus cúpulas y miradores, la centenaria Alhambra vé claramente retratado en su alma su pasado glorioso y, al pensar en tanta felicidad perdida, llora lágrimas abundantes que por los bosques ruedan con eco de gemidos y cree oír en los trinos de los ruiseñores las regaladas canciones de sus poetas.

El dolor y el tiempo han marcado arrugas en su rostro; pero su juventud es eterna.

Perdió la corona y el cetro de sus reyes; pero á su invocación se descubren las gentes. Impidamos que los que, debiendo cuidar de ella, son polilla de su hermosura, le arranquen esta realeza suprema, que hace espontáneamente súbditos suyos á cuantos la buscan y la visitan.

Que es tal la admiración que su presencia levanta en el espíritu que, al salir de la Alhambra, se vienen las palabras del anciano profeta que halló cumplida su dicha, á nuestros labios:

— *Ahora, Señor, dispón de tu siervo, porque han visto mis ojos tu salud.*

(1) Almagro Cárdenas en su obra *Museo granadino* de antigüedades árabes da noticia y detalles de interés sobre esta torre, como sobre otros muchos edificios árabigos de Granada.

BOCETOS DEL NATURAL

Mañanicas de Otoño

La ciudad muerta

Rapsodia morisca

Visperas de Pascua

Flores de almendro

Febrerillo loco

La Pascua del disfraz

Resurrección

Los claveles

MAÑANICAS DE OTOÑO



OSOTROS los que en Granada vivís ó á Granada habeis venido ¿visteis amanecer un día de Otoño? Envidiad á los que madrugan; para ellos es la salud, para ellos la vida y el goce íntimo, que, por ningún otro igualado, produce la contemplación de la naturaleza.

El tintineo de las campanas de los conventos es el alerta de la mañana: su sonido tiene algo de pereza y languidez. También las campanas como los hombres gustan del silencio y del sueño, cuando la ciudad duerme.

Levantaos, que el sol no herirá vuestros ojos. Mirad. Sierra Nevada se vé á trozos: un lienzo gris oculta sus picos más altos; las nubes bajas, densas y blanquísimas, semejantes á montecillos de nieve, sirven de marco á las vertientes amoratadas coronadas por la niebla, que, avanzando desde el horizonte ceniciento, lo va poblando todo. Ya nada se percibe de las encantadoras lejanías de los días claros; el cielo es un telón plumizo del que se destacan con líneas vigorosas las fortalezas de la Alhambra y el edificio blanqueado y los jardines del Generalife.

Hacia el cerro del Sol pugnan con la bruma las claridades del naciente día. Llegan hasta la población las gasas de la neblina tendidas sobre la Vega, que ofrece la perspectiva de una bahía inmensa, cuyas rizadas y espumosas aguas besan los muros del templo de las Angustias y en medio de la cual los buques anclados arrojan esas turbonadas de humo con que despierta la industria diariamente.

Un momento después, torres, cipreses y edificios muéstranse esfumados y borrosos en este gran cuadro. La niebla triunfa: manos invisibles extienden sus tules con rapidez vertiginosa sobre los tejados de la ciudad, sobre los bosques del cerro y sobre el pintoresco valle del Darro, y en vano abre el observador los ojos para contemplar lo que está acostumbrado á ver. Cielo y tierra se juntan en el caballete del tejado más próximo.

A poco, la fuerza del sol va descorriendo las gasas, que quedan replegadas y como suspendidas sobre el cerro de San Miguel, sobre la Silla del Moro, sobre las tapias del Cementerio y sobre la Sierra de Aihama. El sol baña un instante las llanuras de la Vega y vuelve á esconderse. Todo es vago é indeciso, todo inspira una melancolía suave. En los cámenes y huertos, los árboles, azotados durante la noche por la lluvia, muestran sus hojas lacias y lustrosas. La luz cernida del día invita á la meditación y al sueño; ¿quién trabaja?

—La vida debe de ser dulce somnolencia—parece decirnos la naturaleza en los días de Otoño.

Pero innumerables bandadas de pajarillos agítanse en esta atmósfera plomiza; el clamoreo de las campanas no cesa; en las calles estrechas y empinadas resuena el ruido de los telares; las fábricas de la Vega humean desde la alborada, y en su interior todo es actividad; camino del taller, de la fábrica ó del obrador, bajan las cuestas del Albayzin las muchachas del pueblo, luciendo su almidonado y crujiente vestido de percal, y prendidas en sus cabellos dalias y rosas...

Y nuestro oído percibe la voz de la realidad y de la convicción:

—¡La vida es el trabajo!



LA CIUDAD MUERTA



AMBIÉN los que reposan en el polvo tienen su día. Que no se ha de reducir la vida al concepto estrecho, tangible y temporal en que el lenguaje corriente la ha encerrado.

Vida se llama la del recuerdo, y de recuerdos vivimos la mayor parte de nuestra existencia.

Trabajamos, luchamos, nos consumimos poco á poco y corremos á nuestra destrucción: ¿es esto vivir? El barro de la tierra á la tierra vuelve; la luz que brilló un momento se apaga; el olvido arroja las sombras de su noche eterna sobre los sepulcros. La muerte lo llena aquí todo.

Entre los que en este combate humano cayeron y los que, apercebidos á la lucha ó en medio de la pelea, seguimos de pie, abierta está la sima del no-ser, sobre la cual la fe, en los misterios de ultratumba, echa un puente luminoso, que sostienen pilares incommovibles. Por él pasa y vuela el amor y en sus límites la eternidad traza su circunferencia. Todo permanece allí *in statu quo*. ¿Es esto muerte? La vida empieza donde el tiempo y la destrucción acaban.

* * *

El tañir de las campanas os despierta. Su doble es lento, grave y repetido: en las sierras se estrella y repercute el eco de esta marcha fúnebre que, como acero envenenado, penetra en las almas.

De lo hondo del corazón surgen las sombras queridas, cuyo culto no extinguieron los años, y vagan á nuestro alrededor como ángeles protectores. Vistese todo de luto: los templos, los altares, los rincones del hogar, el cielo, el espíritu abrumado por una pesadumbre irresistible.

Por la *Cuesta de los muertos* y por los bosques sombríos de la Alhambra una muchedumbre imponente va camino del campo-santo. En la silenciosa comitiva predomina el color negro. Por aquellos lugares suben y bajan, cortando tal peregrinación, charolados carruajes y alazanes briosos que ¡ley del contraste! recuerdan otros caballos y otros coches.

El movimiento es inusitado. En el fondo de tanta animación exterior ¡cuánta tristeza! Desde aquellas alturas rodó á los cauces de ambos ríos un reino, un pueblo, una civilización y un pasado fastuoso.

Allí detrás, en el picacho del Veleta, parece blanquean los últimos jirones del regio manto de armiño con que cubrió sus hombros Granada; y, delante, están las torres de sus palacios, amarillentos sepulcros de sus monarcas y arcas pétreas de su historia. Allí, como en el camposanto, falta el espíritu.



Ved el cementerio atestado de gente, y las tumbas cubiertas de flores, coronas y luces. Poco se acuerda la ciudad viva de la ciudad muerta, pero al fin se acuerda alguna vez.

El laurel se prodiga sobre los mármoles de los ricos mausoleos y sobre las cruces de madera que señalan las sepulturas de los humildes. Contemplando estos laureles y rosas, me creo estar pisan la tierra y huesos de héroes.

A un lado la fosa común. Aunque el terreno es rojo ¡cuánta negrura hay en aquellas hondonadas, en que la azada se mella y estremece! No veréis allí ofrendas de piedad, de recordación y de cariño.

Tiene el cementerio de Granada su característica inconfundible. Los árboles y las flores poetizan la última morada de los vivientes. Su entrada parece más de *chalet* que de cementerio. Circúyenlo viñas y olivares, que divide la faja blanca del camino. Por encima de las tapias asoman erguidos los cipreses que azota el viento. Muy altos están los cipreses, pero la cruz está más alta.

No abundan como en otros cementerios los sepulcros fastuosos, á pesar de ser muy numerosa la población muerta.

Reposan en el segundo y tercer patios los parvulillos que duermen el sueño eterno. Las aves del cielo bajan á posarse en aquellas cruces blancas y azules y cantan la canción de los cielos.

Negras son las cruces de los adultos; que tal color es emblema de las amarguras de la vida.

Adornan y matizan el cementerio, al la de los cipreses, múltiples rosales, boneteros, acacias, clavelones, plátanos, dalias y otras plantas y flores.

Grupos de mujeres enluta las, como si practicasen el ejercicio piadoso del Vía-Crucis, se arrodillan delante de las bovedillas ó de los sepulcros, murmurando una oración.

Las tinieblas de la noche cayeron sobre la ciudad de los muertos. En la puerta del camposanto un sacristán hería con una moneda de diez céntimos el borde de un azafate, pidiendo para el Cristo de las Ánimas. Y en el *ventorrillo del Rey Chico*, y á espaldas de la Alhambra, los sepultureros se echaban entre pecho y espalda sendos tragos de vino de la Costa ó de aguardiente de Rute, á la *salud* de los fieles difuntos.

RAPSODIA MORISCA



RA la hora del concierto.

Centenares de coches pasaban como una exhalación por los bosques de la Alhambra. En el camino las llamas de las farolas oscilaban movidas por el viento. Al través del ramaje de la arboleda veíanse por las cuestas desfilar, vestidas con trajes claros, figuras á que la distancia y la imaginación daban aspecto de sombras morunas que revivían para poblar de nuevo aquellos encantados lugares y las cercanías del alcázar árabe.

Las luces errantes de los carruajes daban á éstos aspecto de una procesión fantástica y silenciosa.


Hasta el portillo abierto en la muralla, y convertido en puerta, llegaba el resplandor de los focos eléctricos del palacio de Carlos V.

El genio de la música, como voz divina, agitaba con sacudimientos de vida al ingente coloso petrificado. Ni eran zegríes ni abencerajes, ni eran cortesanos del gran Emperador los que ocupaban el recinto. La gran fiesta del arte congregaba en el patio circular destechado y en las amplias galerías á los caballeros y á las bellas de Granada. Aquel lugar más parecía templo que palacio, con el cielo por techumbre. Coronas de laurel y guirnaldas de flores ornaban arcos y columnas. Puestos los ojos en el mago de la música, todos escuchaban con religioso silencio. En vibraciones suavísimas y en frases valientes y vigorosas parecían venir del alcázar de Alhamar los sonidos que en sus instrumentos despertaba la orquesta. Si la vida es un sueño ¡qué sueño más hermoso el que inunda el alma con los torrentes del arte!

Aun flotaban en el espacio las últimas notas de la orquesta, cuando los bosques de la Alhambra ardían en incendio fantástico. Las bengalas enrojecían los torreones vetustos y arrojaban claridades de luna sobre las cuestas. Por ellas descendían á la ciudad las moras cristianizadas, perfumando las alamedas. Mientras, allá en lo alto, el palacio de Carlos V volvía á quedar muerto en la obscuridad.

Que solamente los gnomos de la música pueden resucitarle.

VÍSPERAS DE PASCUA

 O dijo verdad el gran Aristófanes: Pluto no recobró en el templo de Esculapio la vista. Aquello fué un sueño hermoso de poeta. ¡Al fin cosas de teatro! Y lo peor no es que la ceguera de Pluto sea incurable, sino que la humanidad entera cegó contemplando el brillo siniestro de sus muertos ojos. Entre nosotros revive el culto al dios de la riqueza. No se le espera en España como á los Magos, con el quietismo y la tranquilidad del durmiente. Despiertos soñamos todos los españoles con él, y nos adelantamos á su llegada, y buscamos y llenamos afanosos todos los caminos por los cuales puede venir el Deseado, y nos proveemos de billetes para entrar en su templo y coparticipar de sus dones.

Por la fiebre que produce, parece enfermedad; por las ilusiones, amor; por sus veleidades, mujer; por el insomnio con que mantiene en tensión nuestros nervios, acreedor ó pena; por su poder, autócrata; por su contagio, peste; por su naturaleza, árbol del bien y del mal.

¡Quién lo resiste! A la Pascua de Navidad precede la Pascua de oro. Los llamados al codiciado y venerado altar son muchos, mas pocos los escogidos por la deidad ciega.

Puesto uno de sus pies en la rueda alada, vendados sus ojos y con la varita mágica en su diestra, la Fortuna atraviesa los espacios, reclina su frente sobre el ara del templo de la Moneda, agita las doradas aguas como el divino soplo la serena superficie de la piscina probática, y saltan gotas como puntas de diamante, y suben por los aires columnas irisadas á modo de argénteos surtidores improvisados y se oye rumor sonoro, mezcla de palabras humanas y de armonías celestes.

Son los números premiados: bandada de palomas que subieron al sol, sedientas de luz, y caen dispersas y ciegas sobre los hogares españoles.

La vista fija en los billetes de Navidad, verdes como la esperanza, y el corazón inquieto y combatido á la vez por las caricias de

una prosperidad soñada y por el agujoneo del desengaño temido, ¿quién en nuestro país no aguarda el amanecer de este día? Hay que reformar el cantar de *Noche-Buena*; que tampoco la noche precedente es noche de dormir.

¿Qué nos tendrá reservado á cada uno la suerte veleidosa?

Al entornar en las sombras nuestros párpados, la luz artificial dejó en la retina varios círculos de oro. Al alborear el día del sorreo, el horizonte dorado parécenos buen augurio.

¿Lo será?

* *

Ya está ahí la *Noche-Buena*. El júbilo, más que el fuego, anima los hogares. Golondrinas de invierno, la turba estudiantil retorna al cálido rincón de la niñez. Los leños encendidos chisporrotean y se retuercen, quizá también de alegría, cuando á su alrededor, y junto á la chimenea, ven congregados á los patriarcas de la familia y á la juventud gozosa. ¿Qué importa que la nieve estremezca con frío de muerte la Sierra, si los corazones se funden al calor de este círculo de cariño!

Las alhacenas están repletas de ricos manjares y de dulcísimos regalos. Las frutas, figuras de barro y turrónes invaden las calles é improvisan una población de lona y madera en plazas y paseos. El *runrún* de las zambombas; el eco de las panderetas y el deajo peculiar de los villancicos, traen á nuestra mente la memoria de otros días más felices.

Noche de amor, sus tinieblas envuelven como en una red misteriosa é inrompible á los tristes, á los que fueron arrojados por las tempestades de la vida á la isla de la soledad, á los desvalidos pajarillos del arroyo, á los que en el destierro ven con los ojos del deseo las playas de la patria, á todos los desgraciados.

Muchos acorren este día á los que acurrucados en los huecos de las puertas, sienten los desfallecimientos del hambre y los calofríos del cuerpo. Nadie se acuerda de las almas desoladas, en esa noche más que nunca hambrientas de afecto y heridas por la garra sangrienta del dolor. Niebla densísima las circunda y un frío glacial las petrifica. Al través de gasas acuosas ven confusamente el desfile de la alegre muchedumbre hacia la iglesia. Y en el silencio de esta soledad del espíritu las luces de la *Misa del gallo* semejan blandones de funeral.

¡*Noche-Buena* memorable! ¡Con cuánto entusiasmo te reciben todos y qué triste Meas á mí!

FLORES DE ALMENDRO



RECURSORES de la primavera, florecen los almendros en las laderas de la Alhambra. El sol penetra con fuerza creadora las ramas desnudas; un beso apasionado de fuego estremece los tiernos brotes, y las ramas verdes, veteadas de grosella, se cubren de estrellitas de nieve.

Que no otra cosa semejan, sino copos de nieve ó vellones de lana finísima, vistas de lejos, las flores del día.

Días ha las contemplé desde un carmen del Albaicín. Hoy alegran mis ojos y perfuman mis cuartillas: las tengo sobre la mesa en que escribo.

Flor impecable, nace, vive y muere en el árbol. La brisa más tenue la deshoja; la mano del hombre aja y mancha su nitidez. Mejor que la azucena, es símbolo de la inocencia juvenil. Su blancura rosada nos atrae, su vida fugaz nos detiene, su delicado aroma levanta nuestro espíritu. No es como las demás flores. Cortadla de la rama en que ha brotado y, antes de que la luzcais en vuestro pecho ó adorneis con ella el tocado de una mujer hermosa, los cinco trocitos de nieve, aterciopelados y espirituales, que forman su corola, caerán á vuestros pies, víctimas de una muerte instantánea.

No tienen más vida las ilusiones humanas. Por ello la musa popular canturrea al son de una guitarra:

Fueron mis esperanzas
flores de almendro,
que nacieron temprano,
murieron presto.

Yo he visto florecer los almendros camino del camposanto, quizá porque en estas flores se abrazan el amor y la muerte. Mirad sus pétalos y vereis que tienen la figura de un corazón: el extremo que toca el fondo del cáliz está ligeramente enrojecido: es una gota de sangre. El rastro del amor no se borra sino cuando las flores caen á tierra y el hombre pone sobre ellas su planta.

Heraldos de la estación más hermosa del año, vuestra es mi predilección. Que en las hojas de vuestra corola cuento las letras del nombre de mi amada.

FEBRERILLO LOCO



El tiempo anda revuelto como una mascarada. Después de todo ¿cómo ha de ser en el mes consagrado á las caretas, en el mes de los contrastes?

La aguja del barómetro permanece en el punto en que se lee: *variable*. Los cristales de nuestros balcones parecen tener flexibilidad de láminas de acero. Al través de ellos se ve un cielo gris y tristón; la atmósfera, como si fuese de plomo, pesa sobre nuestros pulmones; sobre el pavimento, también plomizo oscuro, humedecido por una lluvia menuda y pertinaz, ruedan los coches como alma que lleva el diablo; el lodo de los caminos invade las aceras de la población; en los paseos, el viento huracanado y frío azota los troncos escueto y arrastra cuanto encuentra á su paso y cede á su empuje; en los cierres, aguja en mano, las muchachas copian en el tirante bastidor las imágenes de sus sueños; y al amor de la lumbre siente el alma la nostalgia de la primavera.

Cuando á los andaluces nos faltan los días de sol, parece que nos falta la vida. Los cuerpos están lacios, como las hojas de las plantas. Los espíritus, tocados por la mano de la pereza, se contraen como sensitivas. La llovizna sigue al viento y el viento á la lluvia. A veces el aire arrastra las nubes y las va plegando y amontonando sobre Sierra Nevada ó detrás del Sacro Monte.

Por entre los jirones se descubre el cielo. Contrasta con la tarde gris la noche despejada. A los ruidos del Carnaval sucede la serenidad de la Cuaresma. Sobre la atmósfera plomiza del hastío, la fe, en la noche, descubre sus celestes luminares.

Apartamos los ojos de las enfermedades del cuerpo, y la amargura del espíritu rebelde nos abrumba.

Febrerillo loco es espejo á cuyo cristal se asoma nuestro ser y en que nuestra vida se retrata.

Las nubes cenicientas ocultan el sol; la ceniza sobre la frente es rastro que deja el fuego de la creencia; la ceniza en el corazón suele esconder un volcán no apagado. ¡Terribles contrastes!

LA PASCUA DEL DISFRAZ



PENAS se advierte la llegada del Carnaval. La rutina estampa todos los años en las hojas del Calendario la consagración oficial de estas fiestas y, á no ser por tal recuerdo, las Carnestolendas confundiríanse á nuestros ojos con los demás días del año. Es mucho poder el de la careta. Clavan las gentes sus miradas en la calle y, al ver pasar y cruzar las mascaradas, exclaman: «El Carnaval ha decaído, el Carnaval muere». Sin pensar que el disfraz ha triunfado de todo y comparte con el dinero el dominio de la sociedad. ¿Para qué culto externo y público, cuando la careta ha venido á ser emblema de nuestra edad?

No se cubren ahora los rostros en el teatro, pero ocúltanse las almas en el trato social.

Todas las concupiscencias se disfrazan con el nombre de amor. La soberbia de la vida toca con su frente el suelo y se arrastra sobre la tierra para erigirse luego en tirana de las muchedumbres. La astucia y la maldad canturrean la canción de los grandes ideales. El lenguaje suaviza y disfraza con ropaje exótico y bello lo que en nuestro léxico tiene nombre propio y escuece como una cortadura ó suena como estampido de pistola. El sentimiento religioso está petrificado en el mármol del sepulcro y sólo se juzga de él por los ruidos vermiculares. La política, desgarrada la púrpura del mando, disimula sus desnudeces echando sobre sus hombros la capa de la ambición personal.

¿Vivimos en pleno Carnaval? Cualquiera diría que aquí se le rinde pleito homenaje todo el año.

* *

En la antigüedad clásica, Grecia y Roma paganas, el pueblo que triunfaba con sus ciencias y con sus artes, y el que humillaba al mundo bajo el peso de sus armas vencedoras, celebraban las fiestas de sus dioses con danzas y locas alegrías. Las anacronísticas fluían de los labios como lluvia de rosas, perfumando el ambiente. La tragedia, calzando sus pies con el coturno, pasaba sobre las cabezas de la multitud como una descarga eléctrica. El vino ungía los cuerpos y los residuos del mosto teñían y desfiguraban los semblantes.

Codeabanse en tales fiestas los esclavos con sus señores. Penetraba la careta en los templos, transformaba á sacerdotes y vestales, ocultaba el rostro de los reyes egipcios, evocaba el recuerdo de los *Saltea* de Babilonia, del *Beiran* de los musulmanes y del *Goral* de los antiguos judíos y conservaba fresco y hermoso el cutis de las damas.

Desaparecía el disfraz en la Edad Media y en la Moderna reaparecía.

La careta triunfó de las prohibiciones de los monarcas y de los escrúpulos monacales. Los mismos reyes, como Felipe IV y Carlos III, favorecieron con su protección y concurso estas fiestas fugaces, cantadas por los poetas de nuestra literatura de oro, porque eran entonces torneos en que libraban combates de amor y gentileza la hidalga caballeriosidad de los hombres y el ingenio y gracia de las bellas.

Después, en los comienzos del pasado siglo, la tiranía absolutista, de un lado, y el desenfreno francés, de otro, ó ahogaron las expansiones de una alegría franca ó salpicaron de fango del arroyo las Carnestolendas.

Todavía, sin embargo, irradian destellos de poesía las espléndidas fiestas con que Venecia y Niza recibió al Carnaval en sus mejores tiempos.

*
* *

Estamos en la alborada de un nuevo siglo. El Carnaval vive y vivirá en los pueblos, pero acaso ha muerto la sinceridad en los hombres.

La sonrisa de Momo es una mueca. La locura agita ya sus cascabeles de oro. Se ocultan los rostros para que las almas queden de manifiesto. La estulticia atruena los oídos con su gárrula palabrería.

En los templos el trisagio sube, como el incienso, hasta las bóvedas. En los paseos y en las calles la gente se agita, bañada por un sol de primavera, hollando con sus pies una alfombra de papelillos multicolores. Las estudiantinas desfilan ante nuestros ojos, desplegadas sus banderas, roja, amarilla ó azul, y con ellos van las miradas y los latidos de la juventud. De los balcones de las casas y de los palcos de los teatros, caen las *serpentinás* sobre las bellas como torrentes de luz irisada.

.....
Para que la vida sea amable hay que mirarla á través de una rosada lente; porque esto es el arte, y el arte es lo mejor de la vida.

RESURRECCIÓN



T *surrexit tertio die...* Á la señal dada por la campana *gorda* de la Metropolitana, voltearon y lanzaron al viento los ecos de una alegría loca los bronce de las torres parroquiales y de los campanarios de los conventos y las esquilas de las ermitas.

En las altas bóvedas del templo perdíanse las notas vibrantes del órgano. Los velos morales de los altares se descorrieron; trocaron los sacerdotes sus ornamentos violáceos por las casullas y dalmáticas, de nítida blancura, galoneadas de oro; de el pedernal humilde brotó la chispa que prendió fuego en los apagados carbones, encendió las lámparas de plata y desvaneció las sombras del templo. El incienso volvió á perfumar el sagrado recinto, en el cual entró suave y cálido, coloreado en su paso por los cristales de los ventanales, un rayo de sol meridional.

Fuera de la iglesia, los disparos de escopetas y pistolas y el tronar incesante de cohetes semejaban los aldabonazos y estampidos de la muerte. Era la alegría humana que con los ruidos de la guerra celebraba la fiesta de la paz. Dentro del templo, de el misterio de la sombra brotaba la luz; de el canto del sepulcro resurgía el *Gloria in excelsis*; en la humildad del pedernal ardía la llamarada de la fe ardiente, y aquella chispa era corriente eléctrica que agitaba los corazones y ponía los ojos en las alturas, porque en lo alto resplandecía la Redención de la humanidad y de allá bajaban los destellos solares y la vida del espíritu.

También la naturaleza resucitaba.

La primavera descansa ya entre nosotros. Nuestras mañanas son mañanitas de Mayo. Nos despojamos de la capa de la tristeza y salimos á respirar la brisa de los campos. Nuestras noches son deliciosas noches de estío. La luna clara é inolvidable que iluminó las rejas del amor penetra en nuestra alcoba y acaricia el lecho solitario, reviviendo en el espíritu las vagas fosiorecencias de la felicidad.

En el alero del tejado y en la techumbre del hogar despiertan con su chirreo ilusiones y recuerdos las golondrinas.

Todo resucita en esta época. Crecen los sembrados con vigor nuevo, amarillean las campiñas, las nieves derretidas de las montañas ensanchan los torrentes y los ríos, y el calor juvenil y las lágrimas fecundas de la satisfacción fertilizan los surcos secos que en el alma abrieron el dolor y el hastío.

¡Bendita Resurrección la que sacude el sopor de la naturaleza y es saluda la por la religión con el eco de sus letanías, con el rumor de sus salmos y con el repique de gloria de sus campanas!

LOS CLAVELES



STA es aquí la flor de moda.

Las calles típicas de Córdoba huelen á azahar, jazminez y nardos; las de Granada á claveles.

No son pregonados por las vías públicas á grito herido, como en Madrid, los *tiestos de claveles dobles*. Más que mercancía, son objeto de culto. El mejor cuadro del jardín, extensos marjales de terreno en los cármenes, están plantados de claveles, que luego inundan la población, perfuman las puertas de los teatros y atraen sobre sí todas las miradas en los puestos de la Carrera.

Con ellos manos nacaradas tejen guirnaldas, ramilletes y coronas para adornar las cruces en la procesión del Corpus. En los altares son ofrenda de amor y devoción. Cuando, en la primavera, la mujer granadina va á los toros, elige un manojo de claveles de los cármenes de Aynadamar como la mejor diadema para su tocado y el broche mejor para prender sobre el pecho, encima del corazón, los pliegues de su airosa mantilla blanca de encaje.

Sus pétalos parecen labios entreabiertos que hacen pensar en goces inesfables. Como si reventasen de placer ó de alegría, rompen el capullo que los aprisiona y muestran su esplendor. Palidecen ante el desdén de una mujer hermosa; enrojecen el fuego de labios juveniles; las hojuelas finísimas y aromadas de su corola vénse teñidas de color rosado como frescas mejillas de virgen pudorosa. Diríase que la pasión humana se refleja en los claveles. También las flores tienen alma. ¿Quién al mirar los claveles disciplinados no pensó que el dolor pudo salpicar de sangre los pétalos de nieve? ¡Cuánto misterio encierra y cuánta hermosura derrocha la naturaleza!

Hasta los hombres muestran por ellos predilección.

En Granada, las violetas y los claveles del Albaicín han perfumado las cuartillas de mis versos. En el cáliz de estas flores está la poesía. ¡Quién no se embriaga aspirándolas!

Hay que parodiar á Zorrilla preguntando qué tendrá en el corazón quien no guste de los claveles andaluces.

GRANADA MONUMENTAL

GRANADA MONUMENTAL

UNQUE ya he hablado de los principales edificios artísticos de esta ciudad, no sería justo dejar de decir cuatro palabras, siquiera para que sirvan de guía y recuerdo, acerca de otros monumentos y de iglesias que por su arquitectura, por su importancia histórica ó por las joyas de arte que guardan, júzganse dignas de mención.

Iglesias.—Una de las que en la parte baja más llaman la atención por su esbeltísima torre mudejar y su portada del mismo estilo, es la iglesia de Santa Ana, levántala á orillas del Darro y á la entrada de la famosa Carrera de este nombre. Conserva la traza de minarete morisco su torre, en cuyos azulejos la luz del sol poniente brilla y se quiebra en cambiantes deslumbradores. El templo, que es pequeño y de una sola nave y que fué convertido en parroquia al demoler los revolucionarios la de San Gil, situada en la esquina de la Plaza Nueva y calle de Elvira, tiene un bellissimo artesonado mudejar, alhajas antiguas de verdadero mérito y algunos cuadros y esculturas de artistas granadinos; entre éstas un San Pantaleón, de Mora, que veneran por Patrón los médicos y al cual dedican fiesta los de Granada, en esta misma iglesia, todos los años.

* * La parroquia de San Matías, que no es la ermitica que antaño tenían los cristianos en la calle de Navas, y en la cual rendían fervoroso culto al venerado Apóstol, sino el templo construido por iniciativa y á expensas



de Carlos V, en la calle que lleva el nombre del Santo, al cual el emperador-rey profesaba especial devoción por haber nacido y hecho prisionero en su día al monarca Francisco I, se distingue por sus dos portadas del Renacimiento y por su hermosa nave de estilo mudéjar. Conserva cuatro lienzos de Bocanegra y unas tablas de antigüedad y mérito en el Sagrario. Su feligresía comprende lo más distinguido de Granada.

* * Por su estructura gótica con ornamentación plateresca y por las obras artísticas que atesora, merece visitarse la iglesia de Santo Domingo, abierta al culto en los comienzos del siglo XVI.

De la misma época es la parroquia de San Cecilio, construída más abajo del lugar en que estuvo el antiguo templo dedicado al Patrón de la ciudad. Su portada es plateresca y mudéjar el interior de la iglesia, que en Granada es la única que tiene el «privilegio de tocar una campana el Jueves Santo, al ponerse el sol, para llamar á los fieles».

* * En la construcción del templo parroquial de Santa Escolástica, antes iglesia del convento de Santa Cruz la Real, donde vivió y brilló con luz plena aquel asombroso predicador Fr. Luis, gloria de Granada y ornamento de nuestra literatura, créese, no sabemos con qué fundamento, que tuvo la dirección el mismo Siloe. Su planta afecta la figura de una cruz latina, su estilo es gótico, sus exornos platerescos. En esta iglesia celebraba su fiesta pomposa el Tribunal de la Inquisición de esta provincia. Según los cronistas granadinos, que tienen la más firme base de sus aseveraciones en una carta de Hernando de Zafra, en el perímetro vastísimo de este convento estuvo el *Cuarto Real*, «alcázar pequeño separado de los que pertenecieron á Boabdil y á las Reinas moras».

* * En la iglesia granadina más frecuentada, la de Ntra. Sra. de las Angustias, si la fe robusta é inquebrantable sostiene sus muros y adorna sus paredes, el arte bueno y depurado brilla por su ausencia allí donde debiera esplender más que en otra parte alguna! A no ser por las ricas alhajas de la Virgen, por varios cuadros notables y por las estatuas magníficas de los Apóstoles, talladas por Cornejo, ni siquiera habría que hacer mención, en este recuerdo de la Granada monumental, del templo de la Patrona, cuyo retablo y camarín, no obstante haber empleado en ellos preciosos y costosos mármoles, son de malgusto, de gusto churrigueresco.

* * La parroquia de San Ildefonso, en la cual el gran Alonso Cano (1) recibió las aguas del bautismo, sólo ofrece de particular un techo mudéjar digno de verse, varias estatuas y restos artísticos de ornamentos sagrados.

En la de la Magdalena, que de la calle Mesones fué llevada al convento de Agustinas de la calle de Gracia, quedan, á pesar de la sustracción de cuadros hecha en 1840 por un jefe político de mala nota, un hermoso lienzo de Juan de Sevilla, un crucifijo de mérito

(1) Su partida—según Valladar—está al folio 114 vuelto del libro 5.º de bautismos.

to traído de Roma, en el saqueo de tiempos de Carlos V, por un soldado granadino que lo halló en el Vaticano y lo cedió á su parroquia, y otras obras.

A más de San Andrés, que salvó del incendio de 1818 su elegante torre mudejar netamente granadina y su antigua portada plateresca, merece ser visitada la iglesia de Santiago, un tiempo parroquia de la ciudad, en que fué sepultado Diego de Siloe, cuyas cenizas profanaron las turbas revolucionarias; en que, al decir del analista Jorquera, el Santo Oficio tenía su Tribunal, colgaba los sambenitos de los penitenciados y celebraba sus fiestas, sus autos de fe y hacía oír sus sermones cuaresmales; y en que recibió las aguas del cristianismo Pedro de Mena, el mejor discípulo de Cano, con cuyas obras han sido confundidas muchas veces las de aquél. Recientemente el arquitecto Monserrat ha restaurado inteligentemente la iglesia.

Lo mejor del templo del Hospital de San Juan de Dios (1), en que Churriguera campa por sus respetos y gusto depravado, es el camarín, de ricos y bellos mármoles y costosas pinturas, donde en una urna de plata, con relieves de oro, que pesa siete arrobas, se hallan expuestas á la veneración de los fieles las cenizas de aquel gran apóstol, providencia y consuelo de los pobres, enfermos y desvalidos. También son notables varios cuadros de Bocanegra y de los Mora y algunas esculturas.

Entre las demás iglesias de la población baja, que conservan detalles arquitectónicos de mérito, lienzo, esculturas y objetos artísticos, se encuentran las de Santa Paula, San Jerónimo, Carmelitas Descalzas, los Hospitalicos, el Refugio, que tiene doce cuadros de Juan de Sevilla; las Comendadoras de Santiago, que guarda algunos cuadros de la escuela flamenca; las Carmelitas Calzadas, que además del precioso artesonado de su techumbre poseen una Magdalena que se atribuye á Alonso Cano; la Colegiata, que presenta algunos cuadros de Bocanegra, y de autores ignorados, en la sacristía, varias alhajas artísticas y ornamentos de los siglos XVI y XVII; el convento de Capuchinas, en que hallamos esculturas de Cano y sus discípulos y cinco cuadros de Sevilla inspirados en la vida de la Virgen; la capilla de San Onofre, que se distingue por el relieve de su portada, que se cree es obra de Siloe, y otras.

Pero quizás donde se halla la colección más numerosa de esculturas de la escuela granadina es en la parroquia de San Pedro, templo erigido en la época de la Reconquista y debajo del cubo de la Alhambra, aunque en la orilla opuesta del río. Sus techos de

(1) En las obras se gastaron 2.386.686 reales y medio de vellón. La portada es de mármol de Sierra Elvira y las columnas están embutidas con jaspe verde de Sierra Nevada. Las torres de piedra de Alfacar. La pila del agua bendita de jaspe encarnado de la Sierra de Cabra; las losetas blancas del pavimento de Macael y las negras de Sierra Nevada; el ara de jaspe de Lanjarón y los frontales de todos los altares de mármol de Sierra Elvira. La puerta principal es de caoba y en el medio punto lleva un friso de talla embutido con jaspe finísimo de Lanjarón.

estilo mudejar, las tablas góticas admirables que hay en la sacristía, su artesanado, en que un cronista advierte grandes y marcadas reminiscencias árabes, y su preciada colección de buenos lienzos granadinos hacen de esta iglesia una de las más interesantes de la población.

Subiendo al Albaicín, cuesta arriba, por cualquiera de las calles estrechas que desembocan en la Carrera de Darro, tropezamos con la antigua mezquita *Teybir ó de los convertidos*, iglesia hoy de San Juan de los Reyes, que bendijo y consagró la primera al culto cristiano el Arzobispo Talavera. Necesitado de ligera restauración años atrás, manos pecadoras que debieran estar cortadas, hi-ciéronla en tal forma que desfiguraron por completo el carácter puro de su torre fabricada con ladrillos agramilados y con detalles de ornamentación que dieron base á la Real Academia para pedir que se declarase monumento nacional esta iglesia y afirmar que no «era construcción mudejar, sino un verdadero alminar del estilo árabe granadino». En sus fachadas ha esculpido la piedad sus leyendas, aunque la entrometida ignorancia haya ajado la belleza de su exterior y quitado al interior del templo la pátina de grandeza que le daban la severidad de sus formas góticas, sus pinturas antiguas, sus reminiscencias del arte arábigo, la sencillez de su ornato y el sello especial que los PP. Redentoristas, sin duda con buen deseo, pero con éxito deplorable, le han borrado al restaurarla desatentadamente. Su cuadrada torre tiene también de particular que á ella se sube como á la Giralda de Sevilla, por suaves rampas.

Levantadas sobre los cimientos de mezquitas árabes, como San Juan de los Reyes y Santa María de la Alhambra, encontramos asimismo en el Albaicín las iglesias de San Bartolomé y San Miguel el Bajo. Esta se edificó en el siglo XVI y durante muchos años fué parroquia de importancia para los conversos y para los cristianos que habitaban aquellas alturas; y hoy, no obstante su abandono, llama la atención por el aljibe moruno á sus paredes adosado, en el rincón de la placeta á que dan carácter la mole de su fábrica y el Cristo de piedra que ocupa el centro.

San Bartolomé, que es templo mudejar de la misma época, brinda á los ojos del observador un precioso ajimez y detalles de graciosa y rara construcción. Está escondida en medio de un laberinto de calles estrechas y retorcidas que nos conducen á San Cristóbal, y en una de sus dos grandes puertas se ve un jardinillo que da aspecto singular á su entrada. Enclavada en la feligresía del Salvador y casi cerrada al culto, muestra todavía en sus muros los rótulos y huellas de los *víttores* famosos que en ella se celebraron.

* * Dominando las alturas del barrio morisco y compitiendo en gentileza con los minaretes cristianizados de Santa Ana y San Juan de los Reyes, la torre del convento de Santa Isabel, como ambas cuadrada y de ladrillo, y mudejar como la primera, se admira desde muchas partes y es la más elegante de Granada. De sus azulejos de reflejos metálicos, apenas queda alguno que otro. Está

«ceñida de ajimeces encuadrados como los alminares árabes y adornada de una cinta de piedras prismáticas como los monumentos bizantinos».

Su portada ojival, con bien conservados escudos de la Reina Católica, que en 1501 fundó para retiro de damas ilustres el convento en el lugar del antiguo palacio de *Dar-la-Horra* que habitó la madre del Rey Chico, se destaca de los muros blanqueados y, juntamente con la torre, es una interesante nota de color, en el amplio, sombreado y florido compás de la iglesia, cuya techumbre mudejar de complicada ensambladura, encanta no menos que las múltiples esculturas y lienzos que posee, dignos de ser vistos y estudiados.

** Guarda también la parroquia del Salvador joyas artísticas tan notables como una *Dolorosa* de Cano, muy semejante á la que se conserva en la iglesia Metropolitana, y más obras del inmortal maestro y de otros pintores de esta tierra. Pero, más que por esto, es célebre el templo del Salvador por haber sido la mezquita mayor del Albaicín, consagrada iglesia colegial por el mismo Cardenal Cisneros el 17 de Diciembre de 1499, y por haber principiado en ella la conversión de los moriscos. De la antigua mezquita todavía se conservan preciados restos.

En la parroquia de San Nicolás, que, aunque se dice que fué mezquita, no está comprobado, apenas hay nada que llame la atención del artista, fuera de unos bellos tapices flamencos en ella depositados. Sin embargo, es una de las iglesias más populares y más visitadas por los granadinos.

La de San José construyóse á principios del siglo XVI, si no sobre los cimientos de la *mezquita de morabitos*, no lejos de ella, pues junto á su puerta tiene el aljibe sagrado que servía para las abluciones, y sobre sus naves se levanta gallardo el minarete morisco que techado y blanqueado sirve de torre parroquial, actualmente coronada por la cruz. Lo más notable en este templo es el techo de estilo mudejar, la escultura del santo Patriarca, debida á Ruiz del Peral, y una inscripción gótica que debajo del friso recuerda la fecha de la fundación.

Y con esto puédesse dar por terminado todo lo referente á iglesias granadinas, que á su número considerable unen cierta respetable antigüedad, ya que casi todas ellas son inmediatamente posteriores á la Reconquista, que cambió en Granada los rumbos del arte y la faz de todas las cosas,



Edificios y joyas artísticas.—Aunque se ha perdido mucho entre las garras de una rapacidad impune y más todavía ha destruido la piqueta de los innovadores de nuestros tiempos, providencialmente no han venido á tierra ni desaparecido hasta ahora multitud de monumentos ú objetos en que el arte quiso vivir y vivió años y á veces siglos una vida esplendorosa, y de los que por afán destructor ó por abandono no van quedando poco á poco más que detalles y sombras de lo que fueron.

Tal sucede, en primer término, con la popular *Casa del Carbón*, cuya adquisición y restauración por el Estado inició hace años la Comisión provincial de Monumentos, secundada por la Real Academia de San Fernando que dió un informe favorable á la realización de la idea propuesta. Interesante edificio árabe-hispano, de arquitectura elegante y aspecto suntuoso, á pesar de los destrozos causados en su hermosa portada, sirvió en un principio de *Alhóndiga gedida*, centro de contratación para cereales y mesón de traganantes, comunicándose con la parte de la orilla derecha del río Darro por un puente que desembocaba en el Zacatín frente á la *Alcaicería*, serie de habitaciones agrupadas en que los árabes tenían su comercio de sedería, damascos y otros géneros análogos de rico tejido y gran valor y que por haberse incendiado en los comienzos del siglo XIX se levantaron de nueva planta remediando su primitiva arquitectura.

La Casa del Carbón es el único ejemplar de su clase que hay en España y no se sabe si su preciosa portada fué como hoy se conserva. Deteriorada y todo como se vé, y blanqueadas y ocultas con cal sus labores de estuco y ladrillo agramilado, admira por su belleza á propios y extraños y requiere urgentemente una acertada restauración de su valiente arco de herradura, de la bóveda del vestíbulo, de sus lindos ajimeces, de todo lo que compone su templete de entrada, única parte del edificio que para el arte y la historia de la Granada monumental tiene interés (1).

De propiedad particular, si bien mejor conservados, son también la llamada *Casa de los Tiros*, inmediata al Colegio de los Notaríos; la *Madrasa* árabe, delante de la Capilla Real, y la *Casa de Castril*, en la Carrera de Darro.

No fué la Casa de los Tiros—como dijo Pí y Margall en la obra «Recuerdos y bellezas de España»—*Casa de los Infantes*, puesto que es sabido el lugar que en la calle de la Cárcel ocupaba el *Palacio de Seti Meriem*, que acaba de ser demolido por la empresa de la Gran Vía de Colón; era «casa fuerte del artillería»—que así se la nombra en el siglo XVII,—y fué á lo que parece en tiempo de los árabes una importante fortaleza, avanzada de Torres Bermejas, contra los ataques que viniesen de la Vega y se hiciesen por aquella parte de las murallas. El aspecto del edificio es sombrío y misterioso, pero en su interior conserva una preciosa ornamenta-

(1) En el siglo XVII estaba en la llamada Casa del Carbón el peso de combustible y á ella acudían los traficantes. Hasta 1593 lo citan los cronistas como coliseo de comedias. Hoy es albergue de sinnúmero de vecinos.

ción, subterráneos de ignorada salida, artísticos artesonados, emblemas y mote grabados en las zapatas y en las doradas techumbres, relieves en los muros, pavimentos de mosaico y objetos de gran mérito por su arte y por la antigüedad y el valor histórico que tienen, como la celebrada espada de Boabdil allí guardada. No menos interesa en su fachada rarísima y amarillenta, tanto sus altos ventanales defendidos por mosquetes, como sus hercúleas figuras paganas, como sus espadas de relieve, como las leyendas de sus argollas y corazones. Sobre aquellas piedras muertas la poesía ha dejado la pátina de su hechizo indestructible.

La *Madrasa* ó Universidad árabe, plantel de literatos y sabios, instituyóla el rey Jusuf-Abu-l-Hachach, gran Mecenas de todos los hombres de letras, no lejos de la Aljama de la población baja y cerca de Bibarrambla. En ella refugiáronse los estudios orientales, cuando los ejércitos cristianos entraron victoriosos por tierras del Califado y de Sevilla. Al convertirse en 1500 la Madrasa en Casa de la Ciudad perdió todo su carácter arábigo exterior, desapareciendo su arco de entrada, sus inscripciones y sus ajimeces. Hoy lo más interesante del exterior es el escudo de los Reyes Católicos que sobresale del muro en la esquina que da frente á la Capilla Real. En su interior conserva aún sus ricos artesonados y el magnífico Mihrab, restaurado recientemente á expensas de los señores Echevarría y Arteaga, dueños actuales del edificio, que está destinado á oficinas y almacenes de comercio.

Morada del ilustre orientalista y distinguido literato D. Leopoldo Eguílaz es la famosa *Casa de Castril*, sobre la cual la leyenda trágica á que dió base la inscripción «Esperándola del cielo», proyecta la sombra del negro plumaje de sus alas.

En ella habitaron después de la rendición de la ciudad, fecha de su fundación, los sucesores del secretario de los Reyes Católicos Hernando de Zafra, y Siloe trazó su portada greco-romana, que es ejemplar artístico de buen gusto y llama poderosamente la atención de cuantos pasan por la Carrera de Darro. Su techumbre de ensambladura y sus salones hacen de este palacio «magnífico modelo de casa mudejar andaluza».

Otra casa que lleva el nombre del señor de Castril de la Peña es el convento de Santa Catalina, fundado por Zafra en lo que fué palacio árabe que levantó Abul Walid, y del cual se conservan algunos bellos restos, como una portada á espaldas del convento, una balaustrada árabe, una fuente de mármol y otros fragmentos de importancia.

Entre otros muchos monumentos árabes, en cuyo examen y descripción se han ocupado cronistas, analistas é investigadores de antiguallas, merecen citarse: la *Casa de los Girones*, en la calle Ancha de Santo Domingo, número 1, propiedad de don Indalecio Ventura Sabatel, quien ha cuidado de reparar y restaurar la portada anterior á la decoración de la Alhambra, las inscripciones, la escalera y otros restos del supuesto palacio de una hermana del Rey Chico; los *baños árabes* de la calle de los Naranjos, 4, y de la Carrera de Darro, 39, de que apenas quedará pronto nada más que el recuerdo; la pequeña parte que no ha desaparecido del *Cuarto*

Real, cuyos primorosos detalles nos hacen pensar en como sería este palacio; el gallardo *arco de Elvira*, declarado «monumento nacional» para que venga á tierra el día menos pensado, fin que tuvo la puerta de la Alhacaba asentada en sus inmediaciones; el *Alcázar Jenil*, erigido en tiempo de los almohades en la Vega y posesión hoy del duque de Gor, á la entrada del camino que nos lleva á Armilla; el cortijo del *Cobertizo*, antigua casa morisca, en el camino de Cenes; y la arrogante *puerta Monaila*, enclavada en el carmen de «San Antonio», sobre la cuestecilla del Zenete, en línea recta con la puerta de Elvira y á espaldas del convento de Santa Isabel, puerta por la cual penetró Boabdil después de su rota y prisión en Lucena, y en la cual el hijo rebelde clavó el pendón de su soberanía, refugiado en el Albaicín, barrio poblado de casas que todavía conservan restos del arte netamente árabe ó del mudéjar en el patio mismo del Salvador y en las calles de San Luis, Yanguas, Mina, Agua, San Buenaventura, Gravina, de la Tiña, de los Oidores, San José, Babolè, Quijada, placetas de las Castillas y Horno del Hoyo, y otras, amén del huerto de *Las Tres Estrellas* y de la célebre *Casa de los moriscos*; como también encontramos portadas góticas y del Renacimiento, y techos, zapatas y capiteles de tal estilo en el palacio del Duque de Abrantes; en la casa de los Pinedas, en la calle de Cuchilleros; en la casa solariega de los señores Cañaverales, condes de Benalúa, número 1 de la calle de Oidores; en la placeta de San José y en las calles de Quijada, San Felipe, Penitencia y varios edificios más, entre los que requiere mención por sus techumbres del Renacimiento y mudéjares y por su notable fachada principal el Hospital Real, fundado por los Reyes Católicos y habilitado para Hospicio, Casa Cuna y Manicomio de la provincia.

Valor histórico, por el respeto y recuerdo de los hombres que las habitaron, tienen las casas de Alonso Cano, en la calle de Santa Paula, número 10; de Diego de Siloe, en la Angosta de la Botica, 5; del gramático Nebrija, en el cercado de Cartuja; de Bocanegra, en la calle de Oidores esquina á la del Clavel; del poeta Soto de Rojas, en la del Agua, 32; de don Alvaro de Bazán, en la de Reyes Católicos, frente á la Gran Vía; de Juan de Sevilla, en la de la Verónica; y del inmortal Gran Capitán, en lo que es hoy parte del convento de las Descalzas.

La Real Chancillería, con su presuntosa fachada y sus amplias galerías y habitaciones, y la Universidad no son menos dignas de ser vistas.

Completan la Granada monumental, en estos someros apuntes, el hermoso *pilar de Carlos V* (1), en los bosques de la Alhambra

(1) Ordenó la construcción de este pilar, verdaderamente notable, de estilo greco-romano, el conde de Tendilla. Sus cuatro medallones, ya borrados, representaban fábulas mitológicas. Tiene trozos de ornamentación que han desafiado y rendido la obra destructora del tiem-

y debajo del cubo de la torre de la Justicia; el monumento que en *el Triunfo* construyó la Ciudad á principios del siglo XVII en honor de la Purísima Concepción de María; el de *Colón y la Reina Católica*, en el vértice del ángulo que forman el Salón y la Carrera; el de *Mariana Pineda*, en el Campillo; y el deteriorado *Pilar del Toro* con esculturas de Berruguete.

Proyectadas están las estatuas del insigne Fr. Luis de Granada y del gran maestro Cano; pero ¡cuántos años pasarán hasta admirar esos monumentos en las plazas de Granada!

El Ayuntamiento, la Capilla Real y la Universidad guardan muchos objetos de arte, ricas joyas (1) de propio valor material ó histórico, pinturas excelentes antiguas y modernas, y manuscritos muy curiosos que ilustran la historia del arte granadino y su cultura.

¿Qué resta?

* *

Unas veces la ignorancia de gentes pobres que desconocen en absoluto el mérito de tantas obras de arte y hacen con ellas verdaderas tropelías ó las enajenan por viejas é inservibles; otras veces la neomanía de los técnicos de la Arquitectura, que miran desdenosamente los fragmentos de diferentes estilos que son fuentes de inspiración y orientación para el arte en el presente y lo serán en el porvenir; otras, el olvido en que todo lo que á Bellas Artes se refiere es tenido por las Corporaciones populares; otras, el espíritu comercial y utilitario que no busca más que la ganancia material inmediata, echando para ello si es preciso por la calle de enmedio como vulgarmente se dice, y allanando, so pretexto de higiene, manzanas enteras de vetustos caserones que durante largos años fueron páginas elocuentes de un suceso notable, de una familia preclara y hasta de un periodo histórico de la ciudad.

Asombra volver atrás la vista y recordar todo lo que de mérito innegable se ha perdido, destruido y profanado en Granada, tan-

po y de las gentes. Las tres monstruosas cabezas por cuyas bocas sale en abundancia el agua de la fuente, representan los tres ríos de Granada (el Darro, el Jenil y el Beiro). Coronan el ornato de este pilar, su inscripción dedicatoria al Emperador Cesar, los escudos de Carlos V y el familiar del Conde de Tendilla.

(1) Entre ellas está el magnífico tríptico de esmalte de Limoges, representando la Crucifixión, procedente de la Basilica de San Jerónimo, á la cual lo donó D. Gonzalo de Córdoba. Estima el sabio arqueólogo alemán Lessing que este esmalte es de lo mejor del mundo, y que no hay nada tan perfecto como bien conservado en ninguno de los museos y colecciones examinados.

En el Ayuntamiento, que posee cuadros de firmas ilustres, antiguas y modernas, se conservan joyas artísticas como el escudo de la Ciudad «notable bordado de imaginaria de los años inmediatos á la Reconquista, y una preciosa Virgen bordada en sedas sobre damasco rojo»; las mazas de los porteros de cabildo, tinteros, campanillas y salvaderas de plata, del siglo XVI; bandejas del mismo metal; y cuadros de oro, que encierran los autógrafos de Isabel II concediendo á Granada el título de *Heroica* y á su escudo un cuartel más: el de la Torre de la Vela.—(Valladar. *Guía de Granada*.)

to en las revueltas políticas como en los días de paz, durante el pasado siglo. Y esto es aquí más grave que en cualquiera otra ciudad, porque el honor y la vida de poblaciones como Granada son el respeto y la conservación de sus monumentos inimitables e insustituibles.

Solamente para abrir y ensanchar la Gran Vía de Colón ha demolido su empresa, «La Reformadora granadina», multitud de casas en las que el arte árabe puro, mudejar y del Renacimiento dejaron profunda huella; y algunas de tanto interés histórico como la en que estuvo el Tribunal de la Inquisición, y el *palacio de Seti Meriem* ó de los *Infantes* de Granada, cristianizados, descendientes de los moros Alnayares (1).

Y todavía peor que la destrucción de las casas en que hay restos del arte de pasadas generaciones es la desaparición total de estos preciosos legados, por haberlos vendido á los mercachifles de todo lo antiguo ó haberlos destrozado la piqueta, arrebatando tales tesoros á la ciudad y á los Museos en que se depositan y guardan.

Cierto que los Museos arqueológico y de pinturas, expulsados del ex convento de Santo Domingo para dar habitación á la Artillería, y juntos hoy en una misma casa, no tienen aún edificio capaz y apropiado, y que el actual es de tan reducidas proporciones que los lienzos están almacenados en el piso principal y colgados como jamones de las vigas de la techumbre; pero si se realizara el proyecto de cubrir de aguas el palacio de Carlos V, ó el de construir ex profeso una casa para Museos en la Gran Vía, que sería lo mejor, ó el de trasladar los objetos arqueológicos y las pinturas á la Universidad, que sería lo menos costoso aunque no resolvería de una vez el problema de local, que, dicho de paso, no debe de sobrar en el primer establecimiento decente de Granada, los Museos podrían ser visitados por el público y admirada la riqueza artística que encierran.

(1) Con este motivo el distinguido arqueólogo y arabista Almagro Cárdenas, se ha ocupado en la prensa de los muchos daños que la Gran Vía ha causado al arte en Granada, y por ello ha recordado que solo en 1900 se echaron á tierra más de veinte casas que tenían interés y merecían respeto: entre ellas una en la calle del Cañuelo con restos de un baño árabe; otra en la de la Cárcel Baja, con su fachada atribuida á Siloe y adornos interiores del Renacimiento; la casa morisca de «la Posadilla», en la calle del Buen Rostro; otra con portada de estilo greco-romano en la calle Lecheros; la referida de la Inquisición, que era un edificio mudejar con detalles árabes y del Renacimiento; la casa solariega del Marqués de Falces; un arco árabe con su color primitivo, bella ornamentación y maderas preciosas talladas, en otra del Colegio Eclesiástico; la número 17 de la calle Postigo de la Inquisición, con preciosas zapatas talladas del Renacimiento; otra en la calle de la Cárcel con magnífico artesonado; otra árabe, número 16, en la calle Pozo de Santiago; en la del Marqués de Falces, otra del mismo estilo árabe; en la calle de Azacayas, otra con restos árabes y del Renacimiento; en la de Lecheros, otra de don Juan Rubio Pérez, con techumbre labrada en yeso artísticamente; la parte posterior del convento de Santa Paula, en que se encontraron capiteles árabe-cordobeses, y maderas y azulejos preciadísimos; y algunas otras con zapatas, arcos, mosaicos, escudos nobiliarios y techos artísticos, mercedores de conservación.

La Carrera de Darro
Las cuevas de los gitanos
Las escuelas del «Ave María»
El Sacro-Monte
Camino del Avellano



LA CARRERA DE DARRO



IPICA, silenciosa, llena de recuerdos, frecuentada á diario por los extranjeros, embellecida por los accidentes del cauce del río y por el verdor y exuberancia de las laderas de la Colina Roja, es la Carrera de Darro la calle más granadina de la ciudad, y sigue siendo pintoresco museo al aire libre, con sus humildes casitas escalonadas y salpicadas de huertecillos, con sus rejas salientes, con sus portadas de palacios señoriales, con las celosías tupidas de sus conventos, con las torres de sus iglesias cuya silueta se destaca de un fondo azul, suavemente dorado, con las humedecidas pendientes de la margen izquierda, siempre revestidas de verde musgo, y con los dormidos torreones de la Alhambra por corona.

Para subir en carruaje al Albaicín, hasta la Plaza Larga ó hasta la explanada de San Nicolás; para encaminarse á pie hacia la fuente del Avellano; para visitar las cuevas abiertas en el camino del Monte; para ir, montado en paciente jumento, al renombrado Colegio Dionisiano de teólogos y juristas, y á la Abadía de Valpa-

raíso, hay que recorrer indefectiblemente toda la Carrera de Darro (1), que comienza en la plaza de Santa Ana y acaba en el paseo de los Tristes.

El panorama nos seduce. Adormécenos, abiertos los ojos, el rumor soñoliento del Dauro, en cuya corriente, metidos hasta las rodillas, buscan, entre los guijarros, arenas de oro los codiciosos y los necesitados. Á medida que avanzamos se nos va entrando en el alma la dulce melancolía del paisaje. Sus pantecillos sobre el río ponen en comunicación el umbroso barrio de la Churra con las cuevas del Albaicín, y los restos del puente árabe del Cañl evocan en la memoria páginas interesantes de Granada musulmana. El templo de San Pedro, en cuyo enverjado compás ensancha la Carrera como si intentase atajar el paso del Dauro, oculta á la mirada el horizonte y las fértiles angosturas de Valparaíso, y ofrece, con la legendaria y celebrada Casa de Castril y con el monasterio de Santa Catalina de Zafra, un hermoso y artístico fondo de decoración teatral, en que la imaginación reconstituye escenas y personajes de edades pasadas, y el pincel copia aquel conjunto de estilos combinados en maridaje caprichoso, traslada al lienzo los sombríos tonos del cauce y sorprende en los más elevados picos de las morunas fortalezas, y en las copas de los árboles que por la ladera arriba buscan la muralla, los últimos destellos arrebolados del sol que muere.

A un lado queda la calle de la Gloria y desembocamos en el paseo de los Tristes. Acortando ó deteniendo el paso contemplamos á nuestro sabor los cármenes estivales de la orilla opuesta, cuyo verdor contrasta con el del bosque de la bermeja colina, con los postecillos enjalbegados que sostienen los parrales y libran de las caricias solares abrasadoras las flores más delicadas de los cuadros en que el huerto-jardín está dividido.

Allí, en el camino del paseo, las burras cachazudas de *la nuestra* y sus infantiles espoliques esperan nuestras órdenes para conducirnos, cuesta del Chapiz arriba, por el camino del Sacro-Monte.

(1) Fué esta vía durante el siglo XVII, en que de seguro estaría mejor empedrada, el paseo elegante de verano de los granadinos, llegando hasta el comienzo de la hoy llamada Cuesta del Chapiz. Así lo atestigua el analista Jorquera, quien añade que allí tenía la ciudad su mirador para presenciar los festejos que se celebraban por los caballeros, con música de ministriles y desfile de las damas en muy adornados carruajes.

LAS CUEVAS DE LOS GITANOS

LAS ESCUELAS DE MANJÓN



OCOS habrán sido los turistas que, después de visitar el alcázar árabe, no hayan dirigido sus pasos á las cuevas de los gitanos para presenciar sus danzas, oír su cante y, con ello, extender por todas partes el erróneo concepto que de nuestra región se tiene en el extranjero. Y ahí está aún la triste y grotesca representación que, en la Exposición de París de 1900, se abrogaron á nombre de España y de Andalucía algunos cañís y sus adláteres.

¡Cuándo acabará, siquiera por honor de Granada, esta ridícula exhibición comercial á que es llevado por guías ignorantes el viajero afanoso de impresiones nuevas!

Si las cuevas del cerro de San Cristóbal están pobladas de familias gitanas, la barriada principal de esta gente se halla camino del Monte, bajo la muralla de Don Gonzalo y entre las chumberas y pitas que bordean los huecos de entrada y apenas dejan perceptible, fuera de las sendas abiertas por el tránsito, un palmo de terreno.

Viendo aquellos silos misteriosos, albergue de la miseria, blanqueados por fuera y carbonerías en su interior, y abiertos y aggrupados junto á la antigua muralla que al cabo se unía con la torre del Aceituno, parécenos estar mirando los *nacimientos* que los niños colocan para su divertimento y distracción en vísperas de Pascua.

No hay en estas cuevas más ventilación ni luz que la de la puerta de cada habitación. Depósito de carne cobriza, los trogloditas del Sacro-Monte, melenudos y hacinados en espacio reducido, duermen el sueño de la vagancia, interrumpido á veces por el ruido de las fraguas enrojecidas y por el martilleo constante sobre el yunque, al forjar las herraduras, desnudos los brazos, tiznado el rostro y animadas sus facciones y actitud por aquella expresión viva y humana que á sus figuras dió Velázquez.

Con razón advierte Santiago Rusiñol que el barrio gitano «tiene algo de improvisado campamento, de aduar de una tribu exótica, de ciudad de los tiempos primitivos y de lomo aplastado por un pueblo que dormita en su ladera».

Las elevaciones y depresiones del terreno esconden y muestran nuevas cuevas á medida que avanzamos hacia Valparaíso. De pronto dejamos de ver chumberas y un cerro pelado interrumpe aquella población originalísima que continúa circundada de pitas é higueras en la rinconada que da frente á las escuelas del *Ave-María*.

Por aquellas inmediaciones ya apenas se ven pequeñuelos desarraigados y legañosos, ni Rinconetes y Cortadillos de m:rito, ni pedigüños obstinados y procaces. Sus semblantes bronceados están bruñidos por la limpieza; en sus ojillos negros chispea la inteligencia despierta y dominadora de la ingénita malicia; sus vestidos son humildes, pero no sucios ni sudarios de mal veladas desnudeces; sus labios rezan y suplican y muestran ideas de cultura al que pasa por el camino, en vez de motejar y acometer á todos los *franchutes* que suben al Sacro-Monte, como años atrás; y la soltura de sus movimientos y la marcialidad de su paso revelan precocidades de soldado, cuando, dada su niñez, nada pudo aprender en filas.

¿Quién realizó el milagro de civilizar á aquellas tribus indomables, de convertir en cerebros y brazos útiles generaciones enteras de esa raza sobre cuya frente, Cervantes, con su pluma acerada, marcó á fuego el sello de vagos y ladrones corrientes y molientes? Un sacerdote, catedrático y canónigo de la próxima Abadía, un apóstol de la niñez y de la enseñanza, ante quien con respeto se descubre toda la gitanería de cabellos ensortijados y en el que todos los de las cuevas encuentran consejos y auxilios: D. Andrés Manjón.

Los ecos lejanos de la juerga, que para solaz de unos extranjeros se improvisó en la cueva grande que hay á la entrada del camino, ahógalos la música de un paso doble militar.

Es la banda de las escuelas del *Ave-María*. Entremos en los cármenes escolares de las angosturas del Darro.

*
*
*

Institución hermosa, manantial de beneficios, tribuna y centro de civilización, plantel de hombres y mujeres cabales, sanos de cuerpo y alma, inteligentes, laboriosos y honrados: todo esto y más es la obra del P. Manjón, que enseña con el ejemplo, convence con hechos, alienta y estimula con su propio sacrificio; inicia á las más tiernas inteligencias en los conocimientos propios de la escuela; educa los corazones sencillos inculcándoles profundamente el conocimiento, el sentimiento y la práctica de la religión, el amor á la patria, el amor á la naturaleza y el amor al arte en todas sus manifestaciones bellas y útiles.

Así en los cármenes del *Ave-María* niñas y niños se desarrollan: físicamente en los jardines, cuyas flores respetan; moralmente en el templo, donde rezan y saben lo que rezan; intelectualmente en la escuela, que no es el local en que todos se reúnen, sino que

está en todas partes, lo mismo en las paredes de la capilla, que en los mapas fabricados con ladrillos en pequeños estanques, como en los cuadros de jardinería convertidos en arsenales geográficos, como en la conversación familiar, como al andar de un punto a otro buscando y aprendiendo la orientación, como en la comida y en el juego, y en la propia instrucción militar, de que tienen más conocimientos y práctica que muchos veteranos.

Nada de gárrula palabrería, ni de ejercicios mnemotécnicos, con que la infancia es atormentada en las escuelas oficiales. La sencillez en la expresión, la claridad en el método, la unidad en la dirección, la práctica como base y maestra, la higiene como deber, la religión por guía y consuelo, la verdadera fraternidad como lazo, la abnegación y la limosna como auxilio, el trabajo como piedra angular de toda prosperidad y no como castigo, y la sana educación como palanca y raíz de la enseñanza.

La que se da en las escuelas del *Ave María* (1), ha producido ya tales frutos, que solamente á éstas del camino del Monte concurren más de 1.000 alumnos, y hay en ellas personal y material para 17 clases; además, una imprenta, talleres de carpintería y calzado, y campos de experimentación, academia de dibujo y música, un batallón escolar con bandas de música y de cornetas y tambores, y varias hijuelas ó escuelas rurales nacidas de la del Sarcro-Monte, con maestros formados en ella.

Aspira el P. Manjón á hacer de la escuela una guía y un sostén de la vida, y un plantel de buenos maestros, educando «en el campo en forma de juego, observación y experimento, y rodeando de escuelas á Granada é invadiéndola de pobres convertidos en educadores ó en obreros inteligentes y honrados».

En Granada no hay golfos. Había, y todavía quedan, muchos niños con quienes por la noche nos tropezamos en las calles más céntricas de la ciudad,



(1) Tuvieron origen estos grupos de escuelas en una cueva, donde una *Maestra amiga* enseñaba á rezar á 14 niños y niñas, percibiendo por ello 18 reales al mes. Al cabo de 10 años poseen seis cármenes escolares con 8 casas enclavadas en ellos, no bastando hoy 125 pesetas para los gastos de cada día.—*Hojas del Ave María*, Manjón.

más por necesidad que por vagancia convertidos en mendigos ó explotados vilmente por madres desalmadas ó por las gentes criminales que los recogen de madrugada. El día en que esas pequeñas larvas de la desgracia y del vicio desaparezcan de nuestras vías públicas, y los barrios extremos se civilicen al influjo de tales escuelas transformados por completo, y se cierren no pocas tabernas, y huelguen las armerías, y estén llenos los talleres y las fábricas de hombres salidos del «Ave-María», se habrá dado un paso gigantesco en orden á la cultura y regeneración de las clases pobres de la capital.

¡Honor al insigne y original pedagogo que andando demuestra el movimiento, que confía á la Providencia su obra fecunda y que derrama los torrentes de su ciencia, aprendida en los libros y en la vida, y de su caridad inagotable sobre los gitanicos de los alrededores, sobre las tribus acampadas en las laderas de San Cristóbal y en la cuesta de la Alhacaba ó en las llanuras del Triunfo y sobre los vecinos de la barriada del camino de Huétor!

Las escuelas del *Ave-María* son crisol en que se purifican y brillan con fino pulimento los espíritus, campo de experimentación para el futuro obrero y manantiales de aguas cristalinas en que Granada bebe la salud y el augurio de su porvenir envidiable.





EL SACRO-MONTE ⁽¹⁾

IMPERDONABLE fuera estar en Granada y no visitar el *Monte*, como familiarmente le llaman los indígenas.

Centinela avanzado de la ciudad por la parte de Oriente, el Sacro-Monte destácase á lo lejos severo, grandioso, teniendo por fondo y dosel un cielo hermosísimo, y á sus pies el pintoresco *Valle de la Salud*.

Desde las alturas del Generalife, yo he cerrado los ojos y soñado despierto en presencia del gigante; me he creído transportado á otras edades, y el Monte ha tomado en la imaginación la forma de un guerrero de la Reconquista, cubiertos sus hombros con la purpúrea dalmática de los mártires, bañando sus pies en las aguas del Darro, deteniendo su paso en medio de las dos colinas, para contemplar á vista de pájaro el último baluarte de los árabes en España y tocando su cabeza las alturas, levantada en su diestra la Cruz, dominador y triunfador eterno de Granada.

(1) Según Gómez Moreno, llamóse al monte donde se fundó la célebre Colegiata, Valparaíso. El entendido arqueólogo no está conforme con la opinión de que en ese lugar hubiera edificaciones romanas. (*Guía de Granada*, pág. 474.)

¿Cómo resistir á la tentación de subir aquellas cuestas, cuando no hay más que prolongar el paseo desde los cármenes escolares del *Ave María*?

La primera vez que visité el Sacro-Monte fué con mi mejor amigo el poeta y catedrático Miguel Gutiérrez. Íbamos sobre dos asnos resistentes, á los que no sacaban de su paso ni la vara ni la espuela. Cruzámonos en el camino, que por sus cruces de piedra parece la Vía Sacra, con algunos venerables canónigos de la Colegiata, que montados también en sus borriquillas bajaban á la ciudad, y con una sección de estudiantes juristas y teólogos que, despojados del manto, beca roja y bonete, descendían á pie en busca de las enseñanzas y distracciones que la vida ofrece en las calles de la población y que llenan de aromas, ilusiones y recuerdos el alma, disecada y conservada como ejemplar de museo entre las sobadas páginas de los textos.

Embebecido miraba yo la accidentada cañada de Valparaíso y, sin mi permiso ni dirección, el jumento que sobre sí me llevaba comenzó á subir las siete cuestas que conducen á la Abadía, con agilidad pasmosa, como el que está á ello muy acostumbrado.

Salvamos, por fin, el último recodo de aquella línea quebrada y nos dimos de manos á boca con el severo y pardo edificio, de construcción maciza y austeridad monacal, representación y emblema de la España cristiana, que respetó hasta mucho después del siglo XVI las ruinas de murallas y fortalezas anteriores á la dominación de nuestro país por los árabes. Absortos en nuestras ideas, con religioso silencio penetramos en las Santas Cuevas que, en solemne y fantástica procesión, recorre el Cabildo Colegial todos los sábados en las primeras horas de la noche. Atrae la semioscuridad de aquellos sagrados subterráneos, en que recibieron el bautismo de sangre S. Cecilio, S. Hiscio y otros dos varones Apostólicos, y cuyos hornos apagados jamás profanó la planta del hombre después que sobre aquellas galerías de catacumba levantó el Arzobispo Vaca de Castro la iglesia abacial (1). La fe organizó y alentó

Sin embargo, el Abad señor Ramos López cita en su libro *El Sacro-Monte de Granada*, el testimonio del inolvidable orientalista Simonet, quien en un antiguo geógrafo árabe, halló «mencionado junto á la ciudad de Genil y Darro el monte *Iliputa* y que en él estaba el *Castillo Sacro*.» Después añade: «Con razón escribió un antiguo cronista árabe estas palabras». A la izquierda del monte *Xolair* (Sierra Nevada) está la mina de alcohol ó antimonio, y no lejos de ella, el *Castillo Sacro*, de que tan grandes maravillas se cuentan. En el Monte-Sacro, cerca del Castillo, está el olivo (*Zitun*) de que dicen las gentes que en un día florece, fructifica y sazona. Juliano dice «que enfrente del cerro del Sol, ó nevado, donde nace Genil, está sepultado en el monte *Ilipulitano* San Cecilio, primer Obispo de Iliberia y mártir, y que primero se decía este monte *Alcazarén*, que significa monte de gloria».

(1) En Abril de 1600 se celebró el Concilio para definir las reliquias y en 1607 se comenzaron las obras de la iglesia y Abadía. La traslación del fundador Vaca de Castro al arzobispado de Sevilla, trastornó los grandiosos proyectos de construcción del templo y edificios anejos.

frecuentes peregrinaciones y romerías á aquellas cumbres santificadas; la ciencia grabó allí los más admirables cuarteles de su escudo triunfador, juntando dentro de los muros de la Abadía á hombres de inteligencia preclara y de probadas aptitudes, haciendo de sus aulas plantel de orientistas y teólogos, de oradores y jurisconsultos, de canonistas y literatos eminentes, cuyos nombres han pronunciado con respeto muchas generaciones, en la cátedra y en el foro, en la política y en la prensa, en el púlpito y en el libro, donde quiera la inteligencia creadora ó el verbo, por la elocuencia embellecido, esculpieron ideas y deslumbraron con sus resplandores; y el espíritu de las tradiciones populares, libando las flores del jardín de los secretos, fabricó y escondió en la piedra más venerada de las Cuevas bendecidas un panal de ricas mieles para la juventud que ama y espera.

El Colegio Dionisiano es hermoso; sus patios y galerías amplios, ventilados y alegres; su clima suave y templado como el de ningún otro punto de Granada ó sus alrededores; su sistema de enseñanza, más análogo al de los grandes centros docentes de Inglaterra que parecido á las Universidades é Institutos españoles, sin rutinas simple y perniciosamente memoristas, con academias, conferencias y ejercicios prácticos de las asignaturas durante el curso y con lecturas de nuestros clásicos; su hospitalidad, proverbial y generosa; y su espíritu eminentemente liberal, en forma que á ello debió el Sacro-Monte que las Cortes de 1822 declarasen no fueran aplicados sus bienes al Estado, y luego se le devolviesen aquéllos de que se había apoderado el Gobierno en los días de la desamortización eclesiástica.

¿Qué más que la fama de que goza? ¿Qué más que la confianza que á los padres de los alumnos inspira? ¿Qué más que los frutos opimos que este árbol frondoso ha dado en tantos años como cuenta de existencia?

Cuando, todo visto, bajamos la magnífica escalera de mármol que pone en comunicación la Abadía con el Colegio, de el coro de la iglesia venía á nuestro oído el rumor, grave como de resposos, que los canónigos levantaban con su rezo, y juntábase luego este rumor con las voces y ecos de la turba estudiantil en las horas de recreo.

La iglesia es un templo modesto.—La estatua del fundador está en la capilla colocada sobre un sencillo pedestal. Siguiendo el crucero, penétrase en las cuevas, cada una de las cuales tiene su tradición religiosa. Unida á las cuevas está la galería con el horno donde se dice, fueron quemados los mártires cristianos.

El Seminario y la Colegiata se crearon bajo la advocación de San Dionisio Areopagita, subsistiendo las dos fundaciones, que han protegido siempre los reyes. De esa ilustre casa de enseñanza han salido egregios varones en virtudes y saber, y los nombres de Antolinez, Vázquez Siruela, Barahona Miranda, Barcia y Zambrana, Heredia, Pastor de los Cobos, Viana, Cueto y Herrera, Fernández Guerra, Valera, Sanz del Río, Lirola, Cueto y Rivero, Egullaz, Ramos López y tantos otros, son honra del Sacro-Monte y de Granada, donde los más han nacido.

El Sacro-Monte tiene hoy como complemento de sus enseñanzas una Facultad de Derecho, incorporada á nuestra Universidad.

Recordé en aquel momento mi juventud escolar, que deslizóse en otro famoso colegio, y recordé á la vez, como si mi cerebro fuese un encerado y en él acabaran de ser escritos por la memoria, aquellos versos sencillos, frescos y expresivos, del cultísimo poeta que me acompañaba, *Al Sacro-Monte*:

«¡Qué grato, en el otoño de la vida,
es de la edad florida
evocar la perdida bienandanza!
Parece que refresca la memoria
con rocío de gloria
la ya marchita flor de la esperanza.

Del colegial la celda: el blanco muro
do grabó un nombre obscuro;
la parca mesa, el lecho no mullido,
la larga reja que hacia el valle cae,
los aromas que trae
el viento de los cármenes, el ruido
del golpe de agua que en el caz resuena,
la soledad amena
del hondo río, su rumor eterno:
y notas mil y luces fugitivas,
que rápidas y vivas
la triste faz alegran del invierno,
todo, bello y confuso, vagamente
resbala por mi mente,
cual ráfaga de Abril, ligera y gaya;
como las crespas aguas palpitantes
con olas espumantes

refrescan las arenas de la playa.

.

Cuando con son monótono y severo
las lluvias del Enero
y la ventisca azotan los tejados,
como de recio temporal preludio,
las horas del estudio
amenizan hechizos delicados.

Las ideas, obreras silenciosas,
cual leves mariposas
cruzan la sala, de escolares llena,
y produce el hervor del pensamiento
un ruido soñoliento
semejante al zumbir de una colmena.

Y del árido texto, en que un tesoro,
como entre arenas oro,
guarda la docta antigüedad latina,
salta quizás, bajo la ruda glosa
de versión laboriosa,
rayo feliz de inspiración divina.

La musa juvenil, cual fiel espejo,
se ilumina al reflejo
del inspirado numen de Virgilio,
é ilusión que el espíritu recrea,
la gentil Galatea
va á ocultarse en los sauces del idilio.»

Recitando mentalmente estas y otras estrofas, salimos á la ancha plaza, contemplamos largo rato la ciudad que se nos ofrecía en un nuevo aspecto, enteramente distinto de los demás panoramas, y á ella nos encaminamos por las cuestas de Valparaíso abajo, con paso tardo, como quien siente alejarse de una mansión querida.

¡Monte Ilipulitano! ¡Sagrado monte de la fe y de la ciencia! Tu esplendor no se extingue ni decrece, porque sobre tus pajizos muros arroja sus primeras luces el día y en tus aulas se forman las inteligencias y las voluntades con cuyo concurso decidido y valioso España podrá restaurar la era de sus prosperidades y renombre.



CAMINO DEL AVELLANO



RRULLADA por la musa del mejor poeta granadino de nuestros días, llegó á mí la fama de la *f fuente del Avellano*,
que límpida y riente
corre en verano.

Aun no conocía á Granada, cuando de memoria sabía estas fluidas y delicadas estrofas de Miguel Gutiérrez. Quien recorra las calles de la ciudad, sentirá viva comezón de visitar la fuente, al oír día y noche el pregón agudo y porfiado de los aguadores, que en Granada forman un verdadero ejército ambulante. Y quien haya subido al Sacro-Monte una sola vez siquiera y puesto sus ojos en las angosturas del río, seguramente no habrá podido resistir la tentación de pisar aquella cinta blancuzca del camino del Avellano, que parece suspendido sobre un abismo.

Los misteriosos encantos de la Naturaleza, que nos sale donde quiera al encuentro, exuberante y provocativa, la amenidad y seducción del paraje, el culto mismo que en Granada se tributa á aquel retiro delicioso, nos impelen á atravesar la carrera de Darro y, dejando atrás el paseo de los Tristes, y á la izquierda la Cuesta del Chapí, y á la derecha las de la Alhambra, nos lleva paso á paso por la senda pendiente que parte de la huerta de la Victoria y acaba más allá de la fuente Agrilla.

Las curvas y recodos del camino recuerdan las vueltas y revueltas del de Motril.

Las zarzas protegen y sombrean los barrancos y cortaduras de la ladera y cubren, á guisa de tupido cortinaje, la entrada de algunas cuevas abiertas en la roca, donde se defendieron de los rigores del sol ó de la inclemencia de la lluvia el mendigo harapiento, el pilluelo corta-bolsas ó la tribu nómada que sigue por el mundo los pasos de Samuel Belibeth.

Los jilgueros y los ruiseñores alegran con su canto, en tenaz competencia, aquella grata soledad, que convida al amor y á la meditación. Oyéndolos y reparando en los accidentes del terreno, en las cuevas de los trogloditas, en los cármenes del *Ave-María*, en

aquel Vía Crucis de piedra que conduce al Monte-Santo de Valparaíso y en las lejanías arreboladas por donde ha de asomar su faz deslumbradora el sol, ni se advierte fatiga en la ascensión, ni inspira temores la estrechez de la senda.

Son las cinco de la mañana. Bien se pueden perdonar las molestias del madrugón, que el miedo al calor impone, á cambio de goce tanto. Si vais á tal hora á la fuente del Avellano, se os habrán adelantado muchos. Tropezaréis á la ida con una procesión de aguadores que arrean y fustigan á sus borriquillos cargados con el líquido precioso que da á los granadinos salud y vida.

Más adelante os cruzaréis con varios grupos de muchachas del pueblo, en cuyas mejillas carminosas parece está á punto de estallar la sangrè. Hermosas y alegres, vienen de apagar su sed de amores, bebiendo

*el agua pura
que se lleva en sus hondas
la calentura.*

Sus risas bulliciosas y sus canciones ahogan por momentos el rumor del río, que serpea en las angosturas y juega con los guijarros que bajan á bañarse en su cauce.

Cuando se alejan, el oído percibe encantado, muy de cerca, otros rumores suaves, que contrastan con el ruido de las cascadas en los barrancos que ahondó el Dauro en sus grandes avenidas: son filtraciones de agua purísima con que los cerros á que da la espalda el Generalife se esponjan; el gotear constante y tímido del agua, por entre el musgo y á lo largo de las yerbas silvestres, sobre los riscos, suena como freir de aceite recién puesto al fuego.

Los chorros espumosos que se derraman de las acequias imitan á veces el canto ó siseo monótono y adormecedor de la cigarra; é innumerables florecillas esmaltan en microscópicos y azulados ramilletes, de trecho en trecho, la red esmeragdina tendida como pudoroso velo sobre las vertientes que ocultan la vista de Sierra Nevada.

Todas las mañanas sube y baja muchas veces por el camino, el vendedor de tortas y rosquillos de aceite, que de cuando en cuando, siempre que alguien se va acercando á él, pregona, haciendo recorrer á su voz toda la escala musical, y mostrándoos su batea de mimbres, que como tabla de velador sostiene en su diestra, y al brazo su alargado canasto repleto de sabrosos trozos de masa que cocieron los hornos del Albaicín:

—*Estos buñuelos ¡Qué ricos! Y bajando la voz y en tono familiar, añade:—¿Quienste argo, mi amo?*

Allá, escondidos en los ensanches extremos del camino, están los manantiales salutíferos. Rodean el primero, en forma que nadie

puede acercarse á la fuente, los aguadores de *infantería* y *caballería*. Estos, mientras las vasijas de latón se llenan, renuevan el jardín que á diario improvisan en los serones que soporta la bestiezucla.

Pasa de largo por delante de ellos la gente y ocupa los asientos, sabiamente colocados para descanso de los aguanosos, á uno y otro lado de la fuente de la Salud ó, á modo de pretil, al borde mismo de la ladera que baja al Darro.

Aquello es una peregrinación que no cesa. Con las muchachas del pueblo, que antes de ir al taller visitan la segunda fuente, imponiendo á sus novios ó rondadores la obligación de madrugar, mézclanse allí otros grupos de jóvenes de la clase media, que soñando con la dicha, están, como dice la leyenda, «esperándola del cielo». Ojerosas y paliduchas, la despierta ilusión de un amor que no ha llegado ó el recuerdo y la tristeza de amores que se fueron, ahuyentaron de sus párpados el sueño, é hicieron tales estragos en su salud, que solo el paseo y el agua del Avellano podrán devolver color y expresión risueña á la tez de marfil de cuantas padecen la anemia del alma.

Los felices, los propensos á la meditación, los de gusto refinado prefieren la fuente *Agrilla*, punto de reunión un tiempo de la cofradía literaria que acaudilló el malogrado escritor y pensador Ángel Ganivet, y lugar en que los enamorados, lejos del bullicio de la ciudad, trazan los castillos de su felicidad futura; allí ofrece su vaso y sus golosinas Pepa Flores, y las mozuelas lucen sus vestidos claros y manchan sus labios purpúreos con el zumo violáceo de las moras recién cogidas de las zarzas.

Desde allí el cerro de San Miguel parece coronado por una ciudad árabe independiente; sus muros amarillentos son *la cerca de Don Gonzalo*; en la cúpula de la iglesia créese ver la bóveda de una mezquita.

Si abandonamos la fuente, de vuelta á la población, preséntase á nuestros ojos un hermoso panorama, distinto de cuantos en Granada se disfrutan.

En las curvas del camino se pierde y se gana á trozos la vista de la ciudad. La Catedral, coloso que á su peso se rinde, apóyase en la roja colina en que la Alhambra se asienta.

Como Venus de el mar, las casas blancas y las que muéstranse doradas á los rayos del sol, surgen de entre las manchas verdes de los árboles que esmaltan el cuadro. Á lo lejos los cipreses asoman por encima de las tapias, balanceándose al soplo fresco de la mañana, y sobre los tejados, como si quisiesen disputar á los cipreses su corpulencia, yérguense las torres del Salvador, San Nicolás y Santa Isabel.

Á nuestros pies tienden su chal brillante y vario los cármenes de la orilla izquierda del río, que más que cármenes son huertas. Los álamos, los almecees, los avellanos y los árboles frutales sombrean aquel terreno. Las higueras y los sarmientos de la vid se in-

clinan hacia el cauce como, si sedientos, quisiesen apagar sus ardores en la corriente multifurcada. Las parras, que, formando arco se desperezan á lo largo de los alambres, entoldan los paseos ó sendas de las huertas de la hondonada.

El color verde luce allí en todos sus tonos.

Ya estamos debajo de la Silla del Moro y del Generalife.

Descendemos por el callejón que se hunde á la entrada del camino y entonces sólo se ven los arrogantes y silenciosos torreones de la Alhambra.

Llena el alma de plácidas ilusiones, el paseo de los Tristes nos vuelve á la realidad. El viento trae á nuestro oído el eco dulce de voces infantiles. Viene de las angosturas. Es el primer canto de los niños en las escuelas del *Ave-Maria*: los pajarillos de la vida que, puesta el alma en Dios, saludan al día naciente y alegran aquellos apartados lugares.



EL ALBAICÍN

clinan hacia el cauce como, si sedient
se desperezan á lo largo de los

El color verde luce allí e

Ya estamos debajo de la

Descendemos por el cal
de la Alhambra.

Llena el alma de pláci
de voces infantiles. Viene
que, puesta el alma en D

EL ALBAICÍN

Lo típico del barrio.—Los cármenes.—Los panoramas.—Las procesiones
Las plazas.—La fiesta de la Cruz.—El huerto de «Las Tres Estrellas».—La casa de los moriscos
Un harém en un convento.—La cerámica.



s el Albaicín el barrio más pintoresco, más sano y más extenso de la ciudad.

Quien no se halle familiarizado con él, quien tenga un espíritu prosaico y sólo considere el exterior de las cosas aisladamente, echará de menos en el Albaicín los edificios modernos y antiandaluces de muchos pisos con habitaciones reducidas, las aceras de piedra ó de cemento, el tranvía que evitara las molestias de los repechos y de las cuestas escalonadas, y las calles anchas y tiradas á cordel. Mas precisamente tales faltas son las que dan carácter al barrio morisco, transformado al fin esencialmente de lo que en tiempo de los árabes era y de lo que muchos años después de la Reconquista fué, cuando en la collación de San Miguel el Bajo estaban enclavadas las casas y palacios de la aristocracia granadina y las cómodas residencias de los señores de la Real Chancillería. Todavía denuncian esto los escudos nobiliarios de piedra que coronan el frontispicio de muchos caserones de vecinos, ó se muestran de relieve en las esquinas de las callejuelas retorcidas y encontradas.

Sobre el terreno que ocupaban la nombrada *Alcazaba Cadima* y el espléndido palacio de *Dar-la Horra* y otros alcázares morunos protegidos por robusta muralla, se levantan hoy las casas de los pobres y los conventos más famosos, en que el historiador, el arqueólogo y el artista tropiezan con restos de grandezas derruidas ó mal conservadas. Los poderosos fuéronse á habitar la llanura, donde el reuma acecha á los más fuertes, escondido en la humedad perenne y por ella propagado; y la gente del pueblo subió

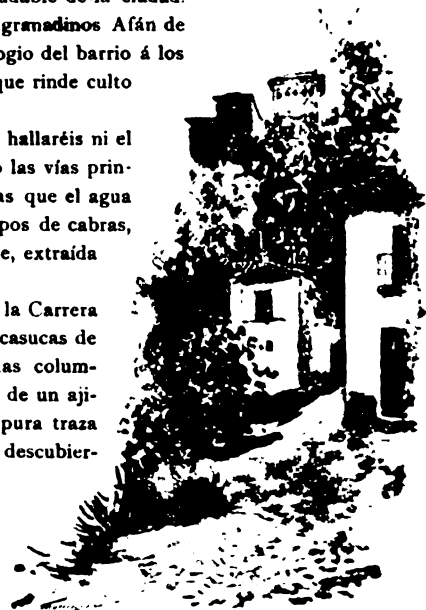
á ocupar los jardines y huertos abandonados, á cultivar la tierra con cariño, á perfumar el ambiente cuidando mimosamente las flores plantadas al pie de las ruinas, á resucitar con los ruidos del trabajo la remembranza de tiempos mejores.

Contados son los granadinos acomodados que gustan de vivir, siquiera sea en determinados períodos del año, y disfrutar de los encantos recónditos del Albaicín. ¡Y eso que la prensa, ponderando sus excelencias y mostrando la bondad de su clima y la hermosura de sus panoramas ha despertado en la población baja la afición al barrio más saludable de la ciudad! No poca parte cabe en esta campaña y éxito al entusiasta pintor de costumbres y tipos granadinos Afán de Rivera, quien con sus artículos, romances y libros ha logrado catequizar en defensa y elogio del barrio á los que alardeaban de no estar tocados de tales «chifladuras de poetas». ¡Bendita locura la que rinde culto á la belleza y difunde este apostolado!

A no ser en los carriles de San Nicolás y de la Lona y en las calles arrecifadas no hallaréis ni el polvo ni el barro que, en los días claros ó lluviosos, toman por asalto y punto estratégico las vías principales de la capital. Los pies del transeunte se posan, al andar, sobre piedras menudas que el agua pulimenta y el sol abrillanta. En las placetas y explanadas descansan tarde y noche grupos de cabras, que, en las primeras horas de la mañana, recorren Granada entera abasteciéndola de leche, extraída de sus enormes y repletas ubres que casi arrastran por el suelo.

Á veces, al recorrer las calles y ganar las cuestas del Albaicín que se precipitan á la Carrera del Darro, á las Caldererías, á la Plaza Nueva ó á la popular calle de Elvira, hallamos casucas de humilde apariencia con zaguanes que tienen por techumbre un rico artesonado ó esbeltas columnillas de Macael que, partiendo en dos el hueco de un balcón, le dan el genuino aspecto de un ajimez moruno; otras, umbrales de madera tallada; otras, admiramos patios ó galerías de pura traza árabe ocultos en el extremo de un huerto ú escondidos detrás de fachadas platerescas ó descubiertos bajo arcos góticos. Pero no hay una sola casa que no muestre su postigo en una de las hojas de la puerta de entrada, ni cármenes que no tengan sus higueras chumbas sirviendo de marco á los cuadros de flores.

El agua de Alfacar lo fecunda todo, agitándose en los cauchiles con rumor monótono, pasando por los huertos y derramándose luego por las vías públicas, no sin antes





haber llenado casi hasta sus bordes los típicos aljibes arábigos que en las cuevas le salen al encuentro al que transita por aquellas alturas y se destacan de las paredes enjalbegadas como nota de color tan bella y original como en los aljibes de Trillo y San Miguel el Bajo, los cuales llaman preferentemente la atención entre los diez y seis de que el barrio morisco está dotado.

Florecen en los cirmenes los rosales de Aljandría plantados por los moros. En el centro del día la población albaicinera está como petrificada por la magia del silencio, que turban las campanas de sus once iglesias y de sus dos conventos y los ruidos de los telares, que evocan en la memoria los días prósperos de la industria de la sedería y de los bordados tapices moriscos.

¡Cuántas viviendas de gente que no tienen otra hacienda y únicamente vive de las flores y de los frutos del huerto se derrumban y nadie las levanta! ¡Cuántas están convertidas en montón de escombros ó en solares años y años! Oid al poeta del Albaicín:

Torcidas callejas,
casuchas que enhiestas sostiene el acaso;
y la yerba que brota en los rotos
pilones de mármol.

¡Qué ruinas tan tristes!

¡Qué solos los patios!

¡Quién diría que fueron un tiempo
emporio brillante de industria y trabajo!

Sólo hoy queda en la pobre morada,
encima del lecho, pendiente el guitarró,

cual remedo de arábica guzla,
con que el pueblo divierte sus males cantando.

Pero aún queda más; queda lo más antiguo, con una solidez asombrosa, con tonos negruzcos, con laureles seculares en las junturas de sus piedras: la muralla de Oriente, que se corre casi completamente intacta por el Norte y en su recinto encierra la iglesia de San Cristóbal, cuya cuadrada torre, con la nave reforzada con machones, asemejase á un fuerte avanzado, que tiene á sus pies las cuevas de los gitanos de aquella barriada y los albergues, al azar distribuidos, de una miseria incurable, á pesar de la panacea socialista.

Calles hay en que se respira un intenso aroma romántico, no desvanecido por la presencia de vecinos vestidos á la moderna, ni por las riñas escandalosas de las comadres del barrio. Pero todas se distinguen por sus rejas floridas, por las yerbas que entre las piedras crecen y por la no borrada huella del pasado, que revive en ciudades como Granada, aun cuando Metastasio dijera que

*il passato non e, che se lo pinge
la ardita rimembranza.*



Los cármenes

EN los cármenes lo más característico del Albaicín y lo más poético de Granada. Dan á la ciudad un tinte especialísimo y encantador.

La mujer andaluza desdeña las joyas por las flores; y en Granada las flores crecen en las márgenes de los ríos, forman ramilletes incomparables, simulan guirnaldas caprichosas que tejió el amor de la naturaleza, y miran con desdén á sus pies aquellas arenas de oro que se adhieren al fango del Dauro y ruedan sobre los guijarros de su cauce y que permanecen puras mientras la mano del hombre no las tocó.

Tiendas de lona bajo las cuales duerme la siesta de la molicie una tribu nómada; palomas blanquísimas que quemaron sus alas en el fuego del sol y cayeron sedientas sobre la verde ribera; vírgenes moras que cubren su cabeza y su rostro con el velo de la inocencia y oyen encantadas y puestas de hinojos el rumor de la corriente: tales parecen á la imaginación los cármenes granadinos.

En ellos lo hacen todo los elementos naturales y es lo de menos la habitación del hombre. Nada de fachadas ostentosas, ni de lujosos y extensos salones. Como el corazón, lo mejor está en lo más escondido y hondo; que si bien las plantas trepadoras se en-caraman en lo alto de las tapias terrizas y desconchadas ó sobre el borde almenado del paredón macizo que fuera durante siglos muralla de la ciudad ó muro de una de sus puertas, la casita que, con la porción de terreno que cada cual tiene, constituye el cármén, está por lo general oculta detrás de los tapiales ó entre árboles frondosos, ó sólo muestra al curioso transeunte, como bellísimos ojos de mora aprisionada, los bordados arcos de los ajimecillos ó las cúpulas de sus terrados y miradores.

No son huertos-jardines, como los que esmaltan y perfuman la sierra de Córdoba; ni en ellos trazó sus líneas la monotonía oficial; ni el arte plantó allí arbustos y rosales, sujetándolos á un plan raquítico ó á un remedo de modelos exóticos. Son estos verjes verdaderos incensarios de la naturaleza, que en sus aromas eleva hasta Dios el testimonio cotidiano de su veneración y reconocimiento por tantas mercedes como derrama sobre la tierra privilegiada.

Rebelles como el alma española á toda imposición de fuerza, ramas y flores nacen y se entrelazan con libérrima independencia, y coquetean en los espejos de las albercas y en la corriente de los ríos, y perfuman los hogares de la miseria; ya se esconden en las hondonadas del valle, buscando la frescura y el silencio; ya se recuestan y se deshojan sobre los viejos paredones del patio; ya abrazadas á las columnas de jaspe besan las menudas y finas labores de algún capitel morisco; ya gatean por las laderas de la Alhambra, verdes y arrogantes como zegrís que quisiesen ganar la fortaleza; ya se tienen al sol en las callejuelas tortuosas y en los rincones legendarios del Albaicín.

Y es muy raro el carmen en que el ciprés (que no es aquí como en otras partes el árbol de la muerte) no se levanta recto y gallardo, esmaltando con el verde obscuro de su copa el azul celeste y recogien lo nuestra mirada y nuestro espíritu que, como él, sube por el espacio, esperando oír la voz de Dios que alienta y consuela y la dulce cantinela de la esperanza con que el hombre sueña en los días de lucha ó en esas horas amargas en que el dolor se asoma á las puertas de lo eterno.

Arrayanes y boneteros abren calle y encuadran los plantíos de claveles ó violetas; el agua corre por los surcos clara, fresca y abundante y se pulveriza en los surtidores, cuyos penachos se fraccionan en millares de puntitas de diamante; las albarradas, los bordes de los estanques, las escaleras de ladrillo por las que se sube ó baja de un cuerpo del carmen á otro (puesto que los terrenos completamente llanos son, más que cármenes, huertos) están cuajados de macetas con flores, sobre las cuales los árboles frutales proyectan su sombra.

Parecen exclusivamente formados para una vida de amor y recogimiento. Su temperatura tibia y agradable, aun en los días de invierno, enerva suavemente el cuerpo y adormece el alma. En las ramas enlazadas y tupidas cantan los ruiseñores sin cesar el canto de la ventura, y entre los cortinajes de yedra, yerbaluisa ó jazmines abren sus cálices las rosas como labios frescos de los que roban besos apasionados las mariposas errantes. Con razón los granalinos rinden á sus cármenes un culto rayano en idolatría. Aquellos nidos de aromas no son más que para amar y gozar de la vida, lo mismo en la esplendidez fecunda de la primavera, que en los crepúsculos tristes del otoño, que en los días soleados del invierno ó en las noches poetizadas del estío.

¿Queréis conocer el prototipo del carmen netamente granadino? Visitad el de *San Antonio*, al cual, desde la Puerta de las Pesas y recorriendo toda la calle de las Minas, se llega por el sombrío callejón de las Monjas, y en el cual se encuentra un hermoso balcón de la Vega sobre la Alhacaba y en que está enclavada la Puerta Monaita; ved el de «Las Estrellas», y el de Fajalauza, á la derecha de la puerta de este nombre.

No sé quien los ha llamado «ojos de Granada y risa de esta tierra». Los cármenes de la Alhambra y los que están de cara al

Jenil son menos típicos que los del barrio morisco; pero lo mismo los que en las alturas de San Cecilio dominan la ciudad y la parte de Vega que empieza al pie de las estribaciones de Sierra Nevada, que los soberbios jardines de los Mártires reclaman de los turistas y de los curiosos una visita especial y detenida.

La musa popular ha proclamado la soberanía de tantas bellezas, diciendo en sus cantares que

Para jardines, Granada.

En los cármenes se encuentra la alegría del alma y la salud del cuerpo. Circula por ellos la savia de las ilusiones. Y en ellos el sueño de la existencia resbala entre flores arrullado por la canturía morisca, saturada de melancolía, que el eco repite en las callejuelas laberínticas del un tiempo agitado barrio que tomó su nombre de los fugitivos de Baeza y Úbeda.



Los panoramas

VARIOS, estupendos, indescriptibles, nuevos siempre por muchas veces que sobre ellos haya resbalado, nuestra mirada, los panoramas con que el Albaicín brin la espléndidamente á cuantos lo visitan son diversos de los que se despliegan ante los ojos atónitos desde el Generalife, desde el cubo de la Alhambra, desde la torre de la Vela y desde el mirador de los Mártires.

Si subimos á lo alto del cerro de San Cristóbal, veremos el barrio morisco cercado de sus antiguas murallas que dan á la cuesta de la Alhacaba y caen sobre los callejones del Zenete á buscar la puerta de Elvira, contemplando las dos Alcazabas de tiempo de moros, que separa el río, á cuyas orillas se hunde y acampa la población, y fijándonos en las siluetas de las torres del Albaicín y de

las fortalezas del alcázar de Alhamar que sobresaleu y se destacan de el fondo morado y blanco que presentan los collados, las sierras tributarias del Mulhacen y el Veleta y el mismo gigantesco *Xolair*. Y á la derecha y á nuestros pies agrúpase la ciudad recos-





tada á la sombra de su achatada iglesia metropolitana y la Vega feracísima nos muestra los encantos de su parte occidental, bañada por la luz roja de las fantásticas puestas del sol.

Dejando á un lado el famoso mirador de Orlando, enclavado á la izquierda del camino de San Antonio, es cosa de ascender al cerro de San Miguel el Alto, punto desde el cual se dominan todos los demás panoramas, excepto los de la cuenca del Jenil.

Desde el cerro de la más celebrada romería, se divisa y compendia en un abrir y cerrar de ojos, todo cuanto puede abarcarse desde el Sacro-Monte, la Sierra, la Silla del Moro, la Alcazaba *Gedida* y la azotea que descansa sobre el remate de la misma Puerta Monaita, frente á la ladera de San Cristóbal, horadada por las cuevas de los forjadores y chalanes, y coronada por pitas y chumberas como los cubiles del camino del Sacro-Monte. Justamente es considerado este panorama como síntesis de todos y el de mayor extensión y belleza más duradera.


Circunscrito en más estrechos límites, está el que la amplísima plazoleta de San Nicolás nos presenta; pero el goce que proporciona á nuestro ánimo es más intenso.

Ningún punto como esta explanada para ver, en los días de invierno, la Sierra y sus estribaciones en toda la majestad imponente y augusta de sus moles gigantes en que la nieve densa y extendida borró líneas y sombras, confundiéndolo todo bajo el manto regio de armiño en que las montañas tostadas por el sol se envuelven al expirar las días otoñales.

En todo tiempo, los extranjeros y huéspedes en Granada suben á San Nicolás en carruaje, y allí—como delante de la casa de la Lona,—deteniéndose y abriendo

el alma á la emoción, prorrumpen en exclamaciones de entusiasmo ó quedan en cierto quietismo extático, como si en aquellos momentos la vida toda estuviese concentrada en los ojos.

Las procesiones


 El pueblo las organiza y las celebra el pueblo. Por eso reflejan la sencillez de sus costumbres, la ternura de sus sentimientos, el entusiasmo de sus creencias y la dulzura de sus amores. Por eso las puertas y los balcones de las casas, por delante de las cuales ha de pasar la procesión del barrio, en el mes de las flores, lucen sus colchas pintorescas de colores vivos y son búcaros repletos de rosas, que tapizan luego, al desfilarse las imágenes, el suelo cubierto de juncia, de mastranzo y mirtos. Por eso las más bellas albaicineras llevan sobre sus hombros la imagen de Santa Rosa de Lima. Por eso, al voltear las agudas campanitas de los dos conventos, responde la multitud, apiñada en las placetas y en las bocacalles, con vivas atronadores. Por eso el ambiente está saturado de aromas de los cármenes y huertos, y las monjas se asoman para ver á la Virgen por entre los calados de la saliente celosía, y los mozuelos de las alfarerías y telares vístense con sus trajes de fiesta y marchan formados en dos largas filas, con luces encendidas delante de las veneradas esculturas de los santos predilectos del Albaicín.

La más popular de estas procesiones es la de la Virgen del Amor Hermoso que sale de el monasterio de Agustinas Recoletas, las cuales, por tener de Patrono á Santo Tomás de Villanueva, son vulgarmente conocidas con el nombre de *Las Tomasas*. Reguero de luces y flores es esta procesión que señala á los humildes el camino de la vida.

Al anochecer pasé un día por delante del convento. El rumor de los rezos y el canto fresco y dulcísimo, con que una legión infantil ofrecía á la Virgen del Amor Hermoso las rosas mejores de aquellos jardines y los votos más tiernos del corazón, me cautivaron. Suspenso el ánimo, en el dintel de la iglesia quedéme, fijos los ojos en el altar, piadosamente iluminado á *giorno*.

El templo estaba lleno de mujeres del pueblo. El murmullo de sus plegarias tenía dejos de una ternura inmensa. La soledad de *Las Tomasas* me hizo pensar en mis soledades. Me acordé de mi madre y recé con toda el alma. El recuerdo de mi madre inflamó en el amor á la Virgen mi espíritu. ¿Cómo olvidar aquel anochecer y aquel convento?

Las plazas

 ya no tuvieran de antaño celebridad, adquirida en aquel período de la historia árabe en que andaba revuelto el reino de Granada y se repartían la soberanía y el dominio Muley Hacén desde la Alcazaba Gedida y Boabdil desde la Alcazaba Cadima, y posteriormente en la conversión, insurrección y expulsión de los moriscos, las plazas del Albaicín serían dignas de mención y recuerdos siquiera porque, siendo arterias á que afluye la vida de toda aquella gran parte de la población, en ellas alienta el espíritu del barrio y las costumbres se nos revelan en toda su espontaneidad y frescura y los regocijos públicos lucen en su aspecto pintoresco más que en las otras vías.

Todas estas plazas son de forma irregular y todas tienen carácter propio; unas, como la de San Nicolás, por sus perspectivas; otras, como la de San Miguel el Bajo, por el aljibe moruno empotrado en el muro occidental de la iglesia y por el Cristo que se levanta delante de las casas construídas sobre el solar del palacio de la reina Aixa; otras, como la del Salvador, en cuyas inmediaciones está la Casa de los moriscos, por la fachada de la parroquia, por sus recuerdos y restos de la antigua mezquita, por presentar á la veneración del vecindario, clavada en los muros del templo, una cruz de madera de grandes proporciones; y la Plaza Larga, por la espadaña de la ermitica de San Cecilio (junto al Castillo de *Jana-Román* ó del Granado, y donde, según la tradición, estuvo preso el santo Obispo) y por la achatada Puerta de las Pesas, en cuyo interior un farolillo, todas las noches encendido, alumbra á la efígie de Nuestra Sra. del Buen Parto, y cuya muralla, oscurecida por el tiempo, limita el rincón en que la plaza ensancha y por donde la calle del Agua parece prolongarse.

También, por ser, en lo más alto del Albaicín, punto de partida para subir á San Miguel y por el árbol robusto que, recordándonos el árbol de los fueros de Vasconia, ocupa su centro y la llena de sombra, llama la atención la plazoleta en que desemboca la empinada calle de San Luis y desde la cual se ve inmediata la amarillenta Puerta de Fajalauza, desfigurada por la parte que da al camino de Guadix.

Desplegan en estas plazas todos sus encantos y animación las verbenas estivales, los bautizos y bodas de la gente más rumbosa del barrio, los bailes y otras expansiones populares en que hacen su agosto los vendedores de arropías, *salaillos* y garbanzos.

Quien no ha concurrido, invitado, á las *sangrías* y á los *gaspachos* hechos en medio de la placeta de cualquier huerto, á la caída de la tarde, no puede comprender la atracción y hechizos de tales fiestas íntimas en que vive refugiada y llena de savia local el alma granadina.



La fiesta de la Cruz

Fiesta de gala es el día de la Cruz en el Albaicín. Como los campos, como los cielos, como las almas en la estación más alegre del año, todo se ilumina y renueva, todo brilla y bulle en movimiento incesante y comunicativo, todo se engalana el 3 de Mayo.

Parece el barrio población distinta, resucitada al conjuro de la primavera, que junta y armoniza en estas fiestas clásicas el sentimiento religioso tradicional, las expansiones del amor y el espíritu de la juventud, á cuyas palpitaciones de vida responde siempre la humanidad con risas y besos, con esperanzas y aclamaciones, con flores y músicas.

Mozuelas y flores, las más bellas unas y otras, é inseparables ambas en esta tierra, invaden los patios moriscos y se congregan delante de los altares, en los zaguanes iluminados ó á la entrada de aquellos frondosos huertos, en cuyos rincones y glorietas el idilio funde al claror de la luna los corazones.

Para visitar los altares del Albaicín, esperad la noche. El alumbrado de las calles es débil, de modo que nos movemos de acá para allá en una semioscuridad que permite resalten y resplandezcan como hornos encendidos los portales ó patios en que manos femeninas rindieron pleito homenaje al símbolo de nuestra Redención. La luna envuelve en su argentada claridad las moles eminentes de las viejas torres cuadradas, y poco á poco va descendiendo desde los labrados aleros de los tejados, besando los arcos de filigrana, los capiteles y las columnitas de alabastro que se transparentan al recibir las caricias de aquella luz suave, hasta llenar el





patio y la mitad de la calle sombreada por los edificios de la acera opuesta.

Los altares mejores son levantados en la famosa calle del Agua, en la de Panaderos, en la de San Luis y en la alargada plaza del Salvador. Perdidos en aquella red de callejuelas enlazadas y estrechas, recorremos estas estaciones de la profana religiosidad, y á nuestro oído llegan quejumbrosos y prolongados, como lamentos de moriscos perseguidos, los ecos de la guitarra, entre cuyas cuerdas se aduerme y suspira el alma andaluza, y el final de la copla popular que expresa vivamente los anhelos ó las torturas del que canta.

Capillitas de amor son los altares. En su centro, y bajo doselillo rojo, está la cruz, mimosamente adornada por las muchachas con las más lindas y olorosas flores del carmen,

y á los lados ó en la escalinata levantada sobre la mesa del altar, que cubren telas antiguas y colchas de colores varios y á veces tapices moriscos, véanse encerradas en sus fanales ó puestas al descubierto preciosas imágenes que se guardaban en la casa ó con que la vecindad contribuyó al esplendor de la fiesta. Verde follaje alombra el suelo; las paredes ocúltanse detrás de caprichosas colgaduras y tapices raros; y las velas y los quinqués, distribuidos profusamente entre los floreros, que apenas pueden sostener los ramilletes aromáticos, y las imágenes de talla, iluminan el vestíbulo y el interior del huerto, llamando sobre el altar la atención de los que por allí transitan.

En las lunas de los espejos colgados sobre las colchas y en los lienzos abrigados reverberan las luces; en el ambiente flotan y se extienden los aromas que exhalan las rosas recién cogidas del jardín y los perfumes que ungen y embalsaman los cuerpos codiciados de tantas hermosuras.

En las bandejas, que las mozuelas tienen entre sus manos, mézclanse las hojas de las flores y las monedas que el rumbo de los mozos y la admiración ó el amor á la que pide echaron sin mirar siquiera la cantidad que daban para el altar y la cruz.

Ante ella la juventud canta y baila como en los antiguos pueblos orientales. Y las coplas son requiebros ó reproches, celos ó quejas, alardes de cariño ó temores de olvido, desdenes ó esperanzas, claridades de bonanza ó relámpagos de tormenta que, si esta-lla, ilumina con resplandores de tragedia la fiesta poética del 3 de Mayo.

Cuanto más la noche avanza, más se animan los altares, más repletas están de ofrendas las bandejas, y más intencionadas son las coplas y mayor la alegría.

El típico baile del fandango ha sido casi en todas partes suprimido, sustituyéndole esos bailes íntimos de nuestros días en que, si bien se acortan para los enamorados las distancias, desaparece lo que luengos años conservó el sabor de la tierra y el culto de las gentes.

Remojan los *tocaos* y los curiosos la garganta con generoso vino; lucen las mozas sus pañuelos de Manila en las vueltas y giros de la danza; la guitarra ornada con lazos y cintas, pasa de unas manos á otras, por todos amada y atendida y con todos lamentándose de sus cuitas sin consuelo; las velas del altar arden con extremada viveza.

La fiesta termina al toque del alba. Y, cuando los trasnochadores se retiran á descansar y aporrecean las puertas de los hornos albaicineros en demanda de tortas calientes con que «tomar la mañana», todavía en la Plaza Larga parpadean en los puestos de avellanas y barretas las luces de las candilejas que, tan faltas ya de aceite como sobrados de cansancio los vendedores, acompañan con llamaradas expirantes el cabeceo compasado de los dormidos y se apagan cuando el día se entra de rondón en la ciudad por la cuenca del Darro abajo.



El huerto de «Tres Estrellas»

OCULTO por la leyenda, escondido en un laberinto de callejones que hacen pensar en las callejas sin salida que abundan en Córdoba, poetizado por su cantor y dueño, y célebre por los recuerdos que del pasado guarda, y por las reuniones literario-gastronómicas del presente, merecía capítulo aparte el huerto de Afán de Rivera. Y ved aquí como no hay que esperar lo.

Destinado al descanso fué por Dios el séptimo día de la semana; descansenos en *Las Tres Estrellas* (1). Allí no hay presidencias ni cargos que despierten rivalidades ni disgustos en el *genus irritabile*; allí se disfruta de la plácida tranquilidad del campo, de los suaves efluvios de las flores del jardín y de los goces puros de la imaginación;

(1) Es la casa más rica en recuerdos de todas las que se hallan en los alrededores de la de los moriscos y en el teatro de las primeras insurrecciones.

Se entra á ella por un arco apuntado, sobre cuya clave hay tres azulejos en forma de estrella, que han dado nombre á la casa; dicho arco lo cierra un gran portón con gruesos clavos y postigo característico, trancuado el cual se ven varias habitaciones con restos moriscos y un pequeño patio con detalles de labores en yeso.—*Almagro Cárdenas.*



allí desaparece el rancio formalismo y la estirada etiquetería de los actos académicos, para que la sinceridad y la cordialidad franca acojan á todos con afecto fraternal, uniéndolos con el cingulo de la sencillez y del amor á las letras y á Granada.

Cenáculo de cultura, nido de amores misteriosos, resto de un antiguo palacio moruno que destruyó la codicia buscadora de los tesoros del rey vencido y fugitivo de *Isbilía*, Aben Abid: eso es este huerto famoso. En él escribió su novela *Martín Gil* aquel valiente y admirado poeta (que eso era más que todo, aunque ahogó su musa en brazos de su galana y pintoresca prosa) que se llamó don Manuel Fernández y González, á cuya memoria ilustre la prensa y los literatos granadinos han rendido tributo recientemente, colocando con toda solemnidad en su honor una lápida sobre la puerta principal del carmen.

En aquel hechizado retiro buscó inspiración y melancolía para sus *Rimas* y *Nocturnos* el malogrado Martínez Dúran, en recuerdo del cual fué plantado un rosal en el arriate de la glorieta y una lápida también, hecha en las fábricas de cerámica de Fajalauza. Y á ello alude en una poesía, que en su curioso archivo guarda con otras Afán de Rivera y que como curiosidad recogemos:

«En el viejo Albaicín, en las alturas
desde donde en risueño panorama
grupos se ven de torres que coronan
su arboleda lejana,
hay un oculto carmen que conserva
restos tal vez de la opulencia arábiga;
si fué jardín ó fué palacio, nadie
á conocerlo alcanza.

.....
Allí un poeta caprichoso lleva
antiguos sueños y leyendas rancias,
y dulce néctar el recuerdo aviva
de la proscrita raza.

Al pie del muro, donde apoya un árbol
el recio tronco en la vejez cansada,

donde el silvestre jaramago cuelga
 de la grieta que ensancha;
 en medio de una línea de rosales,
 pródiga la amistad con mano franca
 planta un rosal á la memoria mía
 y coloca una lápida.

Al vagabundo trovador es ese
 recuerdo fiel que la amistad consagra;
 no secárase nunca si pudiera
 regarlo con mis lágrimas.

Mas ¡ay! quién sabe si al morir un día,
 ausente para siempre de mi patria,
 ya que mi tumba no, guarde esa losa
 donde mi nombre graba!

En tanto, alegres de la mesa en torno,
 riente el sol sobre nosotros lanza
 fúlgidos rayos: Hebe todavía
 con la copa no escancia.

El blanco vino de la copa aumenta •
 un momento la risa y algazara:
 Hebe triunfante se presenta al cabo
 y la copa arrebatada.

Alí firmaron los escritores y artistas granadinos el cariñoso Mensaje que, traducido al árabe vulgar por el docto catedrático orientalista Almagro Cárdenas, dirigieron á los literatos marroquíes, y señaladamente á los moros oriundos de Granada, con motivo de la colocación de la lápida del autor de «La mancha de sangre» y por conducto del primer ministro del Sultán.

Por allí han desfilado las muchachas más lindas del barrio, tratando en vano de descifrar el enigma de sus inscripciones y descifrando quizás el enigma de las escaleras que dan sobre las arcaicas árabes del patio. Musas del huerto de los hechizos, en él han cogido las mejores rosas, dalias, claveles y violetas para adornar sus cabellos y las han deshojado á los pies de la estatua de la poesía.

Y allí se ha venido congregando hasta hace poco la gente de pluma, los aficionados á las letras y los pintores y escultores más notables de esta tierra.

Digno de ser visto es el museo de *Las Tres Estrellas* y su original archivo, revolviendo el cual he encontrado, firmadas por M. G., iniciales que revelan al elegante poeta horaciano á quien en esta obra he citado más de una vez y del cual no conocían sus paisanos el numen crítico que holgadamente se desenvuelve en estos retratos:

Allá en las alturas del viejo Albaicín
y en Huerto que hechiza sagrado laurel,
la grey literaria que acude en tropel,
de Apolo y las musas renueva el festín.
De aquel Parnasillo quien llega al jardín
verá al «Patriarca» cual Hebe escanciar,
y nuevos poemas del vino sacar
de copas y versos sin dar con el fin.

Verá allí al «Maestro» que en prosa jocunda
pintó «granadinas» rientes bellezas:
verá al «Melancólico», que amargas ternezas
derrama en sus cuadros de luz moribunda,
Y oirá del «Tomista» la charla que abunda
en graves discursos de tesis dogmáticas,
poniendo á la imagen de formas hieráticas
las galas de Venus, que el diablo confunda.

Allí raras veces está el «Periodista»,

que deja un momento teléfono y pluma,
mas nunca el oficio que á tantos abruma;
pues habla y censura, pasando revista
ya al nuevo político, ya al célebre artista,
ya al blanco y al negro, ya al uno y al otro;
y nunca su juicio se mira en un potro,
pues falla, y decide, y arrolla y conquista.

Allí está «Diógenes», que mira burlón
el coro de pájaros, de vario matiz
y tonos diversos, cantando feliz
virtud y hermosura, nobleza y pasión.
Tal vez considera la vana ilusión
de tantas miserias do cifrase el bien,
y entonces su risa de burla ó desdén
parece de Heine balada ó canción.

Él hace leyendas, baladas y cuentos,
él arduos problemas resuelve atrevido
y, en ángulo obscuro después escondido
desdeña filósofo sus mismos talentos.
Por eso, escuchando los puros concientos
de finos prosistas y vates románticos,
apura unas copas... y deja los cánticos
perderse, cual hojas que arrastran los vientos.

Allí del «Letrado» se admira el saber
que firma escrituras de estilo glacial,
y luego cual rosas en tosco zarzal,

las flores del arte se atreve á coger.
 La historia registra con hondo placer,
 y el drama analiza de un modo sutil,
 y baja á la cueva y asciende al pensil
 y el «útil dulci» consigue obtener.

Entre indias figuras el buen «Liroyá»,
 y en prosa poética, con fuerza y color,
 retrata un valiente, selvático amor,
 que el metro y el ritmo demanda quizá.
 También por las Indias volando se va
 sacando á las voces prefijo y raíz,
 un joven filólogo de verde matiz,
 que al verdor erótico siempre culto da.

Conviene que el verde picante del joven
 se case con tonos algo más severos:
 unos se entusiasmen con himnos guerreros
 y otros con plegarias místicas se arroben.
 También en el huerto florece un Beethoven,
 cuyas melodías plácidas y tiernas
 llenan «turres regum, páuperum tabernas»,
 logrando que á todos sus notas emboben.

¿Quién es aquel joven de plácida faz
 y estéticos gustos, que esteta no es?
 ¡Qué fino y amable, galán y cortés!
 Es dulce con «ellas» y nunca procaz.
 Política y arte no alteran su paz;

[illegible]

y charlan de Apolo, de Venus y Marte.

Es dulce en un risco de césped cubierto
 tener alto nido do trinen las aves;
 mas ¡ay! que se pierden sus trinos suaves
 cual gritos inútiles en mudo desierto.
 A injurias soeces periódico abierto,
 libelos que expenden inmundas sustancias,
 encuentran lectores y obtienen ganancias,
 pues gusto y decoro parece que han muerto.

Pero no: aún existen en el Albaicín,
 donde la belleza tiene viejo altar,
 quien sabe hacer versos, cantar y soñar;
 quien de las ideas es fiel paladín;
 uno que al sublime, celeste confín
 mira con sublime religiosa fe;
 otro que el Parnaso y el Olimpo vé
 entre vino y rosas... ¡delirios al fin!...

¡Artísticos lauros! ¿Á quién ya le placen?
 ¡A cuatro chiflados!... ¿La gloria?... ¡tontuna!
 ¡Que sigan los perros ladrando á la luna!
 Rumores nocturnos que daño no hacen.
 Todos con un plato no se satisfacen;
 este mundo es órgano de cien mil sonatas;
 junto á los rosales crecen las patatas,
 y las aves cantan y los brutos pacen.»

Á muchos de éstos los recuerda Ganivet, con los mismos nombres con que aquí aparecen, en su obra «Trabajos de Pío Cid».

En el año que pasa ni siquiera ha habido estas tertulias en el huerto de *Las Tres Estrellas*, remedo del carmen literario que tuvo en el Albaicín y cantó entusiastamente el poeta y canónigo de la Colegiata del Salvador Pedro Soto de Rojas, á quien citan con elogio nada menos que el gran Lope y el jefe y cabeza del culteranismo en España.

Durante el largo período de decadencia del Liceo y desaparecido el Centro Artístico, hallaron un respiro las letras granadinas en la legendaria y florida mansión de *Las Tres Estrellas*. Hoy apenas se vé en el huerto más que al veterano escritor que lo disfruta. La primavera lo engalanó con sus rosas; pero la poesía no le rindió homenaje con sus versos.

Todo se entibia y perece. La vida es una renovación constante. Resurgen muchas cosas que segó la muerte con su guadaña. Pero el espíritu muerto no resucita; las costumbres que se van, no vuelven; el carácter que se pierde, no renace.

De día en día va perdiendo el Albaicín su característica; y sus cantores, que ya con Trillo de Figueroa y Soto los tenía á fines del siglo XVI y en los comienzos del XVII, han enmudecido.

El espíritu moderno marca nuevos derroteros, y la lira netamente granadina, colgada en los laureles de los cármenes del barrio morisco y soñando con la tradición, sólo espera que un poeta se decida á pulsarla.



La Casa de los moriscos



la entrada de la calle de los Ortigas, inmediata á la de Panaderos, está todavía en pie, conservando su típica puerta y su aspecto misterioso, la casa en que se juntaron por primera vez los moriscos para rebelarse contra el poder de Castilla y matar el mayor número posible de cristianos.

Concitadas las pasiones, reencendida la hoguera que un fanatismo sin límites alimentara, puesta su esperanza en el auxilio que habría de venir de fuera, los ánimos soliviantados á nada se resolvieron en el primer momento porque echaban de menos una fuerza directriz que los impulsara en un sentido determinado. Mas pronto tuvieron cabeza y guía en un moro rico y de prosapia esclarecida. Cuando Zuizam, que así se llamaba, los convocó en su casa para la noche del 4 de Marzo de 1499, todos acudieron, si bien con mucha cautela no sospechasen de su deslealtad. Y, á no encontrarse hábilmente expiados, la traición no hubiera sido descubierta.

En la casa de Zuizam, como en estrecho recipiente cerrado y puesto sobre un cráter volcánico, iban acumulándose y extendiéndose los gases que á la postre produjeran la explosión de la caldera. Luego que todos los moriscos principales estuvieron reunidos, de todas las bocas salió como un rugido enorme la protesta contra la violación de las capitulaciones ajustadas para la rendición de la ciudad. El movimiento insurreccional estaba hecho. La fuerza impulsora les mostraba las Alpujarras como campo excelente de operaciones y baluarte inaccesible para la defensa, y allá se aprestaban á ir todos, viendo colocarse los primeros en filas á los descendientes de los Venegas, proclamando por su caudillo y jefe á Hardon, y jurando tomar venganza de quienes los oprimían y agravaban con violencias y prohibiciones que, de ser acatadas, destrufan su hogar, sus costumbres, su indumentaria y su idioma, que era el idioma de sus padres.

Fijada para treinta días después la fecha del levantamiento, preciso les era aguardar á que el plazo se cumpliese; y esperando recursos de Fez y de Túnez y tan ajenos de que sus resoluciones hubiesen trascendido afuera estaban que, sin percatarse de que fracasaba su plan, fueron sorprendidos y presos uno á uno por los alguaciles todos los más caracterizados jefes del movimiento.

Apercibidos á la lucha los que se encontraban en la que después llamaron *Casa de los moriscos*, opusieron gran resistencia á entregarse á sus perseguidores y no se rindieron hasta que cayó á tierra muerto el que mandaba la fuerza que iba á prenderlos y éstos penetraron violentamente en el edificio, conduciéndolos á los calabozos previamente preparados.

De entonces data la celebridad de la misteriosa casa de la calle de los Ortigas, en la cual descansa nuestra atención al recordar las sangrientas luchas de los moriscos, capitaneados por Aben Humeya y Aben Abó en las bravías Alpujarras.



Un harem en un convento

GANTO como sorprenderá al lector este título me sorprendió ver, en el interior de un convento granadino, un precioso departamento de puro estilo árabe, unido al edificio levantado para las religiosas y no lejos de las celdas que éstas ocupan. Me refiero á los restos del palacio moruno de *Dar-la-Horra* que dentro del monasterio de Santa Isabel la Real quedaron y que no tienen otras huellas de destrucción que las que el tiempo ha dejado en su tracería y filigranas.

Contados fuimos los que aquella tarde, acompañando al ex ministro D. José Canalejas, entramos en el convento y recorrimos sus claustros, por gracia especial del Prelado en obsequio del ilustre orador demócrata.

La noche antes de nuestra visita habíame contado un granadino, aficionado á las antiguallas y curiosidades de su tierra, la tradición de la *Casa de la Honesta*, significado que en castellano tiene el nombre árabe del Palacio.

*
* *

Era una curiosísima historia de amor, de despecho y celos, de venganza y justicia, y me interesó vivamente. *Dar-la-Horra* se llamaba, de la ilustre y hermosa dama que lo habitó en su infortunio. Ocupaba el trono de Alhamar el séptimo rey de su dinastía. La bellísima Kamar lo había cautivado con sus gracias y en su corazón reinaba como él en el reino entero. Jusef Abul Hegiag era el monarca y Kamar la sultana, que como la luna iluminaba con suave claridad los salones del alcázar de la Alhambra. Nadie levantaba los ojos para mirarla sin riesgo de su vida. Los cortesanos rendían á la sultana homenaje de admiración, y nunca Jusef temió traición de ella, porque estaba seguro de que era dueño de su alma; porque en su frente de azucena brillaban el recato y la nobleza; porque ni vió jamás teñidas sus mejillas por el fuego del apetito insaciable, ni en sus ojos, siempre serenos y llenos de dulzura, relampagueó la pasión desordenada que huye de la luz y asesta de soslayo puñaladas de muerte. Mas el despecho y la venganza vinieron á turbar aquella paz y arrebataron de un golpe la dicha á Kamar *la Honesta* y á Jusef.

Yahia, el amigo y confidente del rey, atrevióse á poner los ojos en la sultana; su pasión salvó los respetos que al amigo y al monarca debía y puso en sus labios una declaración ardiente, á la cual contestó friamente con su desdén la favorita. Cumplió con su deber la sultana y nada supo el rey. Pero el galán despechado puso á Alah por testigo de su venganza. Y la ocasión no tardó en fa-

vorecerle. Un día, vueltas las tropas victoriosas de una acción empeñada, Jusef dispuso en el alcázar una fiesta en honor de Yahia y de los principales caudillos del ejército. Reinaba la alegría en los augustos salones que la esplendidez del monarca había iluminado y adornado como correspondía á los festejados guerreros. Allí estaba todo lo mejor de la corte. Allí resplandecían las hermosuras más celebradas del reino; mas á todas excedían la sultana Kamar y su prima Zara, cuyos ojos deslumbraban más que las joyas prendidas en sus ricos trajes.

Yahia, que disimulaba su pasión en aquellos supremos instantes, había ganado previamente la voluntad y devoción de una de las doncellas de la sultana, trocando las joyas y preseas de ésta, con hábil disimulo, por las de Zara, la favorita del noble Omar.

Al acudir Kamar á las fiestas posáronse en ella todas las miradas: con admiración, los caballeros; las damas, con envidia. Y cuando se felicitaba Jusef de tener al frente de su ejército caudillos como Yahia y abría su corazón á la vanidad, al júbilo y á la munificencia, Yahia deslizó al oído del rey algunas palabras que, como áspid venenoso, mordieronle en mitad del alma.

—La sultana te traiciona—le había dicho. La luna llena de tu palacio se ha oscurecido para tu amor y derrama sobre otro corazón su luz. ¡Alah es testigo! De la verdad de mis palabras responde su amuleto de rubíes.

Entenebrecióse el espíritu del sultán; examinó, acercándose á Kamar, la rica joya que parecía delatar la infidelidad de la mujer predilecta y la traición de su amigo y confidente Omar, y, suspendiendo la fiesta bruscamente al creerse deshonrado, mandó encerrar al amante de Zara en el subterráneo de una de las fortalezas y condenó á Kamar á estar de por vida apartada de su lado y de su corte. No miró á la acusada á los ojos y no pudo ver en su serena y diáfana claridad la mayor prueba de su inocencia, mancillada por la calumnia. Pero el amor latía en el corazón del rey con más fuerza que nunca y Jusef templó al fuego del afecto la espada de dos filos de su cólera.

Y así, para castigar á aquella mujer, con la cual ya no podría compartir la soberanía, levantó dentro de la Alcazaba de la opuesta una un palacio deslumbrante que fuese retiro y encierro de la desdichada. Y á él fuese á vivir la sultana destronada, á solas amor sin mácula y con sus amarguras. Y allí vivió hasta que la verdad, llena como la luna, brilló en los antros de la calumnia: entonces la Honesta, dando nombre al palacio de su clausura, abandonó el Rabat Albayzín y volvió á la Alhambra triunfante en el nimbo del martirio, la tranquilidad de la inocencia, la alegría de la libertad y la resurrección de un amor que para creyó perdido.

En el mismo palacio de *Dar-la-Horra*, después refugio de Aixa, la madre de Boabdil, fundó la Reina Católica el convento de Isabel para que lo habitasen las damas ilustres que quisieran consagrarse á la vida religiosa y contemplativa.

* * *

Impresionado tristemente por esta tradición, sentí una emoción rara y profunda, al rechinar, gemir y descorrerse de una vez los cerrojos y llaves de la puerta de entrada al convento, la tarde á que me he referido. Me pareció que por aquel portalón, cuyo dintel habían salvado tantas vírgenes (pobres sonámbulas de la vida que en el claustro sepultaron, juntamente con sus ilusiones ó con sus desengaños, sus nombres y sus cuerpos, en los cuales penitencias cruentas y rudas ahogaban las palpitaciones de la naturaleza), iba á salir de su prisión-retiro *Kamar la sultana*, rodeada de esclavas y doncellas, y ciñendo á sus sienes triple corona: la de oro de la majestad vindicada; la de flores del amor rescatado, y la de piedras preciosas con que la hermosura simbolizara las gracias y perfecciones de la favorita del rey.

Y abstraído de las cosas del mundo, recorrí los pasillos y corredores sombríos del convento, atravesé sus patios alegres y perfumados por los árboles y las flores, subí á sus soleadas galerías altas, cuajadas de cruces de distintos tamaños que, colgadas sobre las blancas paredes, esperaban descansar en los hombros de las religiosas durante el ejercicio del *Vía Crucis*; y, después de admirar los cuadros de mérito allí guardados, y visitar el coro, y ver á lo lejos pasar y cruzar á las religiosas enlutadas, con el velo echado sobre el rostro, y semejantes por su aspecto á las *chías* de las procesiones granadinas, la reverenda madre priora que nos guiaba por aquel laberinto de galerías y puertas, nos mostró la que conducía á las habitaciones árabes en que ella se abstuvo de penetrar.

Avancé con ansiosa curiosidad por una crujía estrecha, en cuyo lado izquierdo se abrían muchas portezuelas que daban acceso á aposentos destinados antes á celdas y ya desalojados por las religiosas. Aquello tenía é infundía la tristeza del abandono y del silencio. Hasta la luz era templada y suave. Y allá en un extremo del edificio, á cuya espalda está el jardín, consérvase, con sus arcos y paredes de encaje, con sus alcobas laterales, con sus ajimeces, con su fuente en lo hondo del patio, el harem del palacio de *Dar-la-Horra*, que, aunque habitado, tal vez no vió nunca dentro de sus muros proyectarse las sombras de los reyes nazaritas. Soñando, en aquella que pudo ser mansión de placeres y fué desde su fundación cautiverio y asilo del infortunio y de la belleza, con el esplendor y riqueza que en el período arábigo mostraron aquellas salas, se entornaban los ojos en un ambiente plácido y sensual y, más que la meditación que lo olvidado y ruinoso despiertan, por todo mi ser circularon auras de ilusiones y poderosas corrientes de vida.

No olvidaré nunca la tarde que visité el convento de Santa Isabel la Real, en que viven en íntimo consorcio la austeridad del claustro, la exuberancia de la naturaleza y la molición soñadora de aquel harem deshabitado, después de visto el cual, tomamos por odaliscas auténticas, en la penumbra de las galerías, á las religiosas que, como las moras, ocultan con el velo sus gracias y el cielo que en sus ojos se refleja, á las miradas del hombre.

La cerámica

HONTECE con la antigua cerámica granadina lo que con los preciosos manuscritos árabes: que no hay en Granada una colección tan completa como variada de aquella admirable industria artística local, que entre los moros andaluces, y singularmente granadinos, llegó á una perfección tal, que al cabo de cinco siglos maravillan todavía los escasos ejemplares de jarrones, platos y jarritas librados de la destrucción y de la rapacidad.

Inspirada en la cerámica de Iliberis, que al decir de un crítico de arte, tenía muchos puntos de contacto con la persa, adoptó desde luego, á más de las figuras geométricas combinadas en notables dibujos, las inscripciones de versos del Corán en caracteres árabes y las hojas y las flores con que estaban familiarizados como motivos de ornamentación varios para las distintas piezas que habían de ser fabricadas.

Mucho bueno y nuevo oímos de este asunto, en una conferencia que dió en el Círculo Católico de Obreros, al estudioso y aventajado arqueólogo D. Manuel Gómez Moreno y Martínez, que aumenta con su propio esfuerzo é ilustración los prestigios de su apellido. A su padre, el benemérito y veterano pintor é investigador de antigüedades de Granada, que se halla al frente de la Escuela de Bellas Artes de la provincia, se debe la interesantísima colección de objetos de cerámica decorativa de la época del Califado, desde los pocos pasos de la capital, en las ruinas de Elvira, y depositados en el Museo provincial. Tanto es su valor histórico que pueden competir en justicia con la celebrada colección de Guarrazar.

El carácter de esta cerámica lo determinan especialmente los preciosos reflejos metálicos que desde el principio la hicieron más conocida; y su influencia en las fabricaciones del siglo XIII y siguientes, hasta el XVI, fué tan marcada como observar en los productos salidos de las alfarerías árabe-hispanas, desde la décima tercera centuria hasta algunos años de la Reconquista.

Al período próspero de la industria pertenecen los mejores mosaicos de la Alhambra y el único y bellissimo jarrón (1) que de entonces se conserva en el Alcázar de Alhama y que estuvo mucho tiempo en los Adarves con pedazos de otro cuyo paradero se ignora. Fortuny adquirió otro lindo jarrón, de que habla Mélida en su *Museo español de antigüedades*, en término del Salar, de esta provincia; su «cuello y boca son como el de la Alhambra y la decoración está dispuesta en el cuerpo del vaso en cuatro zonas, una de las dos de en medio con círculos tangentes y la otra con una inscripción. Tanto éste como el que hallado en Hornos (Jaén) guarda el Museo de Madrid, como los fragmentos que el Museo Arqueológico de Granada presenta y los preciados ejemplares que los museos de Kensin y Cluny conservan, creyéndolos procedentes de fábricas que los árabes no tuvieron en Málaga, corresponden á la espléndida alfarería artística granadina que, original por sus colores y dorados, entró en el período de su decadencia al llegar el siglo XVI y murió en manos de la indiferencia del público para todo lo que es arte exquisito ó con él se relaciona.

En nuestros días no se fabrican azulejos en Granada, ni el público tampoco alienta con su concurso las iniciativas artísticas de los alfareros. Hay en el Albaicín tres ó cuatro fábricas de cerámica y, de ellas, solamente de una, de la de Manuel Morales, han salido vasos finos que, presentados en las Exposiciones del Liceo, obtuvieron los honores del premio y de la adquisición. Y sólo Morales, como prueba y sin estímulo ni recompensa de ninguna clase, arriesgase á hacer de vez en cuando jarrillos, ánforas, tazas y platos que al lado de los productos que constantemente en su casa y en las demás se fabrican son finos y tienen el sello local. Su misma ornamentación se aparta de lo corriente, copiando, á estilo marroquí, el escudo con profusión distribuido en la Capilla Real, aun en aquellas piezas adornadas con los colores blanco y azul, combinados y aplicados como en los azulejos, á los cuales no llegó la influencia árabe. Lo más nuevo en la cerámica albaicinera de nuestros días son unos pequeños jarrones y unos platos, ornados con esmalte transparente, de color canela claro, que llaman la atención porque resultan más finos y delicados que los azules; y esta es la especialidad de la fábrica de Morales, que es la mejor del barrio y de la ciudad.

¡Lástima que, como otras muchas industrias artísticas granadinas, esta de la cerámica, que dió tanto nombre á Granada, esté hoy muerta, por la falta de gusto y la ignorancia supina de que en cuestiones de arte padece la generalidad!

(1) Mide el admirable jarrón 1'39 m. de altura, y 2'45 de circunferencia; sus adornos son de colores azul, oro y rojo, en varios tonos, sobre fondo blanco, y el reflejo metálico es comparable tan sólo al de los mejores azulejos del alcázar. Entre los adornos, se repiten las leyendas *Felicidad y Fortuna*, *Prosperidad permanente*, en caracteres africanos.—Es obra del siglo XIV. En él hay representados dos antílopes, en el centro del jarrón, aun cuando los árabes perseguían la representación de figuras de animales y hombres en sus obras de arte.—Estudio sobre la «Cerámica árabe granadina», de Valladar.

TIPOS Y COSTUMBRES



TIPOS CLÁSICOS

El aguador

COMO el piconero en Córdoba, el aguador en Granada es un tipo que tiene carácter, que no se encuentra igual ni parecido en parte alguna y que mejor que la pluma lo retrataría fielmente el pincel de Fortuny.

Aquí constituyen una legión numerosa, que aumenta extraordinariamente durante los meses estivales. Mientras haya *cauchiles* en las calles, y en las casas tinajas de agua todos los días renovada y diariamente sucia y turbia, y en las cañerías las continuas filtraciones y roturas y la proximidad pestilente de los darros, y entre los impuestos más odiosos que el vecindario paga el del cañero, el oficio de aguador será en Granada un modo de vivir que, si no da para vivir en el sentido en que escribía nuestro malogrado *Figaro*, rinde lo bastante para que muchas pobres gentes, en fuerza de subir y bajar las pendientes del Avellano ó de la Alhambra, con sus garrafas á cuestras ó tirando de borniquillos cargados de originales cántaros de latón, puedan llevar á sus hogares el pan de cada día.

Sitúanse los aguadores, como punto estratégico, en las calles céntricas de la ciudad y lanzan á cada instante su pregón sonoro y agudo. Los de á pie recorren durante el día las vías preferidas del comercio y vocean por la noche en la Carrera del Jenil y en los paseos; vedlos desfilar, sobre la espalda, y pendiente de los hombros, la

garrafa que sujetan dos correas, á guisa de tirantes, y que por detrás del brazo derecho del aguador asoma el largo pitorro de lata por el cual sale el sabroso líquido, que de haberlo gustado los héroes y dioses mitológicos hubieranlo preferido á su ponderado néctar, al Chipre y al Falerno que immortalizó la musa anacreóntica. Detiéndose ante los vendedores de agua el transeunte sediento y en la palma de su diestra recibe los obligados anises con que el aguador le brinda, y que de la mano á la boca desaparecen en solo un movimiento de mano, antes de apurar por un *chavo* un enorme *pulpito* del líquido incoloro é inodoro á que tan aficionados se muestran los granadinos. Yo mismo me contagié un tiempo de esta afición impenitente y temí que tal hidromanía parase á la postre en hidropesía incurable. ¡Es tan rica el agua de la fuente del Avellano! ¡Es tan fresca la del aljibe de la Alhambra!


A la caída de la tarde y en las primeras horas de la noche se percibe desde larga distancia, de esquina en esquina, la silueta del aguador *de caballería*, pregonando de cuando en cuando el—«Agua fresquita y buena, que acaba de bajar ahora», quieto á pie firme, hasta que cierran las tiendas, al lado de su borriquillo, sobre cuyos lomos descansa el serón de esparto que abraza los cuatro cántaros de rúbrica, adornados con yedras ú hojas de laurel ó acacia; y en la base de cada uno de ellos el líquido sale en chorro cristalino como por una espita y es servido al consumidor después de un pulquérrimo y original fregoteo del vaso, dentro del cual podría bañarse y perderse un enano.

Granadino hay que se echa entre pecho y espalda, en unas cuantas horas, el contenido de medio cántaro, vaciando entre sus labios, secos y condenados á perpetua sed, seis y ocho de estos vasos que por su tamaño inspiran respeto.

Sin la presencia y el pregón del aguador, que es el tipo más clásico de todos los de esta tierra, no se conciben las calles de Granada.



La cabrera

 Uy peinada, muy limpia, crujientes por el almidón y la plancha sus enaguas, con su vara de fresno por cetro, con su airoso mantón cruzado y anudado al talle, todos los días, apenas se abren las puertas de las casas, baja la cabrera de el Albaicín, donde tiene su hogar y sus alegrías, y recorre la ciudad de cabo á rabo detrás de sus retozonas y lustrosas cabras.

Á no mirar sus pies, calzados con verdadero primor y hasta con lujo á veces, dijérase que era una pastorcilla de los montes que se nos había entrado de rondón por las puertas. Se juntan en su ser, la bravía independencia selvática, el apego á las cuatro paredes que forman su habitación y al establo en que tiene su riqueza, la desconfianza de afectos nacidos en tierras privilegiadas y bajo la influencia de otro clima, la nobleza y grandeza en sus sentimientos y la sinceridad en sus palabras.

Contenta con su suerte y orgullosa de sus cabras, casta distinta de las que se ven en el resto de Andalucía, camina por esas calles de Dios despertando á la humanidad durmiente, casa por casa, con el golpear fuerte de sus aldabonazos y con el grito rasgado y sostenido con que á diario anuncia su presencia. Y va poco á poco vaciando en las vasijas de su clientela el néctar sabrosísimo que en abundancia saciativa le brindan los animalillos, que por el peso de sus ubres descomunales apenas pueden tirar del cuerpo.

En los descansos que hacen en las placetas, tiéndense al sol unas cabras á recobrar las fuerzas que en la caminata perdieron, mientras otras saltan y juegetean probando la dureza y resistencia de sus cornamentas á testarazo limpio.

En el Ayuntamiento ha habido ediles que en plena sesión han pedido desaparezca el espectáculo y el peligro para la salud de recorrer estos animalitos las vías públicas; sin pensar que las cabreras en Granada son una institución popularísima que no podrá desaparecer, ni aun en nombre de la higiene, sin que contra tal supresión de uno de los tipos granadinos más clásicos proteste, como un solo hombre, la población entera.

La chumbera



TIENE la vendedora de higos chumbos en Granada tipo gitano.


El semblante moreno, tirando á cobrizo, el cabello brillante y negro como sus ojos, sobre su busto el pañuelo de vivos colores, la expresión picaresca, la cabeza al aire, las orejas adornadas con zarcillos de quincalla en que la industria engastó como piedras preciosas diamantes y rubíes falsos como *partidas serranas*, ó con pendientes de los llamados de cigarrón, fabricados con oro de ley y avalorados con alguna perla ó brillante auténticos, la chumbera toma por asalto ya en el mes de Julio la ciudad en forma que no hay plaza, esquina, ni bocacalle de las principales, en que no se vean variados montículos de higos que invitan á los madrugadores á un fresco y dulce desayuno.

Los más tempranos y los más ricos en sabor son los chumbos de la costa; hasta los que tienen la cáscara verde son como la miel. Y no exagera ni miente la vendedora en su pregón.

Todas ellas tienen su clientela especial y no son las de rostro apergaminado por la vejez las más favorecidas; que en ellas, como en la mercancía, busca la gente el frescor y la dulzura. ¡Con qué agilidad parte los higos! ¡Con qué pulcritud los monda! ¡Con qué afabilidad los ofrece! En su cintura apenas descansa un momento la navaja de golpetillo. Si de las Cuevas del Monte ó de San Cristóbal bajó con la carga en el cuadril á las seis de la mañana, los montecillos de *á cinco* y de *á diez* han ido desapareciendo tan sin darse cuenta que á las diez tiene el bolsillo lleno de monedas de cobre y de cáscaras la canasta.

Aunque sus chumbos no sean de *Cantalobos* ó del río de Almería, ni del camino del Sacro-Monte ó de Jesús del Valle, que la fama pondera como los mejores, sus parroquianos aumentan cada mañana y forman corro alrededor de la agitanada mozuela, porque sus ojos son vivos y ardientes como las fogatas de los cerros de San Miguel; porque en los montones sabe combinar los colores y los tamaños; porque su pregonar incesante y su charla original resuenan en el oído de la impresionable juventud como canto de sirena; porque su gracia, y su limpieza y su trato prenden voluntades y aumentan la afición al fruto sabroso que después de la romería de San Miguel desaparece de las plazas y calles granadinas, en que es reina, durante las mañanas y noches del estío, la chumbera.

El tío de las zambombas

UCHO antes de Pascua, cuando en los brumosos y tristonos días de Noviembre se llenan las calles de puestos de castañas, nueces y batatas, aparece en los típicos barrios extremos de la capital el tío de las zambombas.

Cargado con su mercancía, toscamente fabricada en las alfarerías de Fajalauza, y cubierta con tirante pellejo, á modo de tarrillo de almíbar, va de un punto á otro, echada sobre la espalda la capacha de esparto repleta de zambombicas, cuyos carrizos sobresalen de los bordes como tallos de claveles que buscan la luz en el espacio. Y su pregón es siempre el mismo. Y el *runrún* de la zambomba grande que contra el vientre sostiene en su mano izquierda, mientras su derecha parece limpiar con fuerza el carrizo, se prolonga en un sonido extraño y ronco, á cuyos ecos, ligados el sueño y la pereza, como la fe, entran por el oído.

Su *bau-bau-bau* no cesa y resuena como rumor bélico en los hogares, donde chicos y grandes, pensando en la proximidad de la *Nochebuena*, se alborotan y decidense á comprar el instrumento clásico de Navidad, que con su halago adormecedor nos vuelve á los felices días de la infancia.

Toda la vida somos niños fáciles de contentar con cualquier juguete. La aparición del zambombero produce una revolución en las casas, donde los pequeñuelos juegan con las zambombas y las rompen, y la juventud juega con el corazón y lo destroza.



TIPOS CÉLEBRES

Picio



ROTOTIPO de la fealdad extremada, su nombre anda en labios del pueblo desde hace un centenar de años, y ya nadie habla en España de lo más deforme sin acordarse de Picio.

Muchos creyeronlo un personaje imaginario como *Gedeón*, *Juan Palomo* y *Juan de las Viñas*; y no faltó quien pensase que *Picio* era una corrupción del apellido judaico *Picho*, que por el horror que inspiró en todo tiempo la raza deicida, presentábase como símbolo de lo más espantable. Mas, gracias al entrometimiento de un averiguador curioso y erudito, es ya cosa generalmente sabida que Picio no ha sido un ente de razón, sino una persona real y verdadera que vivió á principios del siglo XIX y que logró por la deformidad repentina de su rostro una celebridad con que nunca él soñara, en esta provincia y donde quiera se hable el idioma castellano.

Sbarbi, los sevillanos Montoto y Díaz Martín, un escritor barcelonés que tras el pseudónimo «Un curioso catalán» se oculta, el granadino Valladar y otros, han fijado su atención en este notabilísimo tipo y de él nos han dado algunos pormenores.

En esta provincia nació. Alhendín fué su patria. Allí no se le conoció otro oficio que el de zapatero y entonces su fisonomía era vulgar. Su semblante, como cualquiera otro, no impresionaba desagradablemente, ni era repulsivo, ni movía á compasión, ni despertaba la risa.

Aficionado, no menos que todos los que trabajan bajo el patronato de San Crispín, á empinar el codo, hallábase un día sentado, á la puerta de una taberna de Alhendín, con varios amigos y compañeros. Á alguno de ellos subiósele el vino á la cabeza y lo que empezó por palabras vacías y molestas acabó en riña. Picio era allí mero testigo presencial y concurdáneo. Salieron á relucir las na-

vajas, cayó un hombre en tierra herido de muerte y huyó el agresor dejándose atrás el arma con que cometiera el crimen. No estaba el famoso zapatero para darse cuenta de lo ocurrido, ni menos aun para moverse, y sentado allí junto al moribundo le sorprendió la justicia. Trató el Juez de averiguar, por la confesión del infeliz que espiraba, el nombre del criminal; pero el herido, no bien lo incorporaron, murió sin decir oste ni moste.

La autoridad judicial, entonces sospechando de Picio, al cual ninguna prueba positiva acusaba como autor de aquel delito, lo detuvo, encarceló, juzgó y sentenció á muerte, sin otro fundamento que el haberlo encontrado junto al cadáver y no denunciar al agresor, si él no lo era, como aseguraba. Ni siquiera tuvo el consuelo de ver que alguno de sus convecinos iba á declarar en su favor ante el tribunal. Abatido y resignado esperó su última hora.

Ya en capilla, próximo á expiar una culpa que no había cometido, «se la tenía muy tragada» y pensaba con horror en la horca, cuando llegó á él la noticia de su indulto.

«Fué tal y tanta—dice el Sr. Sbarbi, ateniéndose á los informes de personas que conocieron á Picio—la sorpresa que le causó tan inesperada nueva que, cayéndosele á poco el cabello, las cejas y las pestañas, y llenándosele de tumores la cara, quedó tan monstruoso y deforme que en breve pasó á ser citado como tipo de la fealdad más horrorosa. Retiróse después á Lanjarón (villa á siete leguas de Granada) donde por no querer quitarse de la cabeza el pañuelo que constantemente la tapaba, á fin de no descubrir la calva, jamás entraba en la iglesia; lo cual, observado un día y otro por los habitantes, fué causa de que le hicieran salir más que de prisa de aquella población. Entonces se refugió en Granada donde murió» en la segunda mitad del pasado siglo.

Pero no ha muerto ciertamente la triste popularidad de este desgraciado, que—*Picio*, como se llamaba, ó *Picho*, como le ha llamado el pueblo—será objeto de comparación siempre que se quiera dar idea de la belleza *per contra* de una persona.



El sastre del Campillo



AN popular es en España, que se cita por todos como prototipo de la generosidad, que con daño de los propios intereses sacrificase por el prójimo.

Ignoraba yo que fuese granadino hasta que vine á esta ciudad y oí relatar á sus paisanos las cosas del maestro *Pichurra*, que en un portalillo del Campillo Alto tenía instalado su taller, y derrochaba el ingenio y la gracia que Dios le había otorgado.


Como los tiempos eran malos, y á las gentes parecíales caro todo lo que costase más de un *chavico*, y aun los pocos parroquianos que *Pichurra* tenía hufan de él porque cobraba dos reales por sólo el corte de un pantalón para vestir, el sastre llegó á perder el sueño cavilando el medio de que había de valerse para que su clientela aumentase; y al fin se dejó caer entre las comadres del barrio, diciendo que él *cosía de balde y ponía el hilo*: sebo irresistible que las mujeres económicas y los hombres tacaños mordieron y se tragarón bien pronto, acudiendo en tropel á casa de *Pichurra* y guardando vez á su puerta cuando en el taller no cabían ya los parroquianos.

Entreteníalos y los encantaba el maestro con chistes y cuentos divertidos, y aprovechaba sus distracciones para sisarles tela de aquella cuyo corte le encomendaban. Y en las mermas sacaba el sastre más que lo que, por no cobrar nada de gasto de hilo y corte, perdía.

Así, como nadie acertaba con el busilis de *Pichurra*, pusiéronle todos sus clientes en los cuernos de la luna y colmáronle de elogios por su liberalidad, por la cual se hizo famoso en el libro de los proverbios populares desde que corrió por toda España la frase que repetían á sus sirvientes ó demandaderas las mujeres de esta tierra siempre que había que renovar la indumentaria masculina:

—Toma: ve al sastre del Campillo. Anda, que te cosa de balde y ponga el hilo.

El tío Velázquez

 ON Indalecio Ventura Sabatel, en una carta al poeta Afán de Rivera, con motivo de la publicación del libro *Entre Beiro y Dauro* de que éste es autor, evocaba recuerdos del tiempo viejo y pasaba revista á los tipos populares más notables de su tiempo.

Y entre ellos no quedaba á la zaga el célebre *tío Velázquez*, que gozó del decanato del gremio de *obra sudada*, y que en su época fué en una pieza periódico, cartel anunciador y telégrafo viviente de cuanto ocurría dentro ó fuera de la población.

Ocupaba él en la plaza de Bibarrambla, como de propio dominio, la llamada *Acera de los valientes*; y no era extraño que en averiguación de noticias frescas se llenase de curiosos el lugar comprendido entre la calle de los Libreros y la esquina de la tienda de la *Liberata*, que en tales límites estaba encerrada la jurisdicción del tío Velázquez.

Cuenta el señor Ventura Sabatel que la gente llamaba «el banquillo infernal» á la casa en que habitaba el famoso discípulo de San Crispín.

De todo sabía el tío Velázquez antes que nadie en la ciudad, y su mesilla sucia y llena de leznas, cerotes, cortes aparados y tachuelas, era verdadero centro de información noticieril, que pronto se extendía por todas partes con la rapidez propia del telégrafo. Y porque todo el mundo supiese que había novedades, anunciaba *urbi et orbi* los sucesos ó la llegada de una posta con disparo de cohetes, cuyo estampido había amedrentado al vecindario, y especialmente al Prelado, que á sus espaldas tenía sus habitaciones particulares, y más de una vez se sobresaltó con el estrépito de estos fuegos de artificio, quemados en honor de un nuevo periodismo.

Entre sus muchas anécdotas refiérese la siguiente:

Cierta vez se asomó el Arzobispo D. Blas Joaquín Álvarez de Palma á una ventana baja del Palacio, que daba al *banquillo infernal* y dijo al decano de los remendones:

—Pedro ¿por qué tiras esos cohetes tan gordos que me dan susto?

—Señor—contestó el filosófico tío Pedro— en el teatro del mundo á V. E. I. le ha tocado el papel de Arzobispo y á mí el de zapatero de viejo.

El señor Catapé



NEGRO como morcilla de lustre, con el rostro como una criba y estatura de pigmeo, su fealdad exagerada, su aspecto y su oficio le hicieron célebre entre los granadinos entrada ya la segunda mitad del pasado siglo.

Eran aquellos, para el fumador, los tiempos de la yesca, y el *señor Catapé* explotó la pereza andaluza, proporcionándose ingeniosamente un *modus vivendi*.

Su campo de operaciones comprendía las calles principales de la ciudad, y señaladamente el Zacatín, que por ser centro del comercio y, como ahora en invierno, calle muy frecuentada por la gente que pasea, brindábale en su originalísima industria rendimientos... y ropa. Porque de la Alcaicería y de las tiendas del Zacatín sacaba *el señor Catapé*, graciosamente, y no por su bella cara que era como la del mismísimo Lucifer, desechos con que se vestía y llamaba la atención de los transeúntes.

Los que en aquella época vivieron lo recuerdan todavía, como si lo estuviesen viendo, con su sobretodo color de *ayosa*, y tan largo que le arrastraba, y su despeinado sombrero de copa alta.

Renovando constantemente el fuego, que no era en verdad sagrado, iba *el señor Catapé* por esas calles con una cazoleta, llena de ascuas, en la mano, y gritaba á todos los fumadores que pasaban:

—¿Quién enciende?

Y por un ochavo dábales derecho á los indolentes, que no querían entretenerse en poner la yesca sobre el pedernal y sacar de éste chispa con el eslabón, para aplicar el extremo inferior del cigarro á las candelillas de la cazoleta.

Bufón de la gente acomodada de la Alcaicería, refase de su propia persona, siempre que su burla ó su sandez pudieran aumentar los ingresos que este su oficio, original ó imitado de las costumbres marroquíes, le ofreciera al cabo del día.

Era un hombre de su época, que no fué, por su suerte, la de las cerrillas fosfóricas.

Lentejica

~~~~~

Nadie llegó á averiguar  
cuál fué el nombre verdadero  
del famoso zapatero  
que aquí dió tanto que hablar.

*La Acera de los valientes*  
era su casa y taller;  
si alguien le iba á acometer  
le enseñaba allí los dientes  
y sacaba á relucir  
la cuchilla del oficio,  
haciendo tal estropicio  
que había de intervenir  
en el asunto el Juzgado,  
y acababa la cuestión  
en cárcel ó prevención  
ó una celda de alienado.

Y, aunque al verse en el aprieto  
se proponía la enmienda,

nunca faltaba su ofrenda  
y libación de respeto  
en los báquicos festines,  
en que, al decir de la Historia,  
fué nuestro héroe prez y gloria  
del gremio de los crispines.

Tal se había aficionado  
á toros y á la bebida  
que se deslizó su vida  
entre un toril y un colmado.

Nadie le pusiera tasa  
en lo de empinar el codo;  
nadie en juergas viera el modo  
de conducirle á su casa.

*Lentejica*, impenitente,  
no saltó de su paso  
y siempre apurando un vaso  
se lo encontraba la gente.



Un lunes, que harto de vino,  
 á duras penas andaba  
 y con su hogar no acertaba  
 porque olvidóse el camino,  
 fué á dar en una taberna  
 y allí cayó. ¡Hubiera sido  
 mejor que hubiera caído  
 en lo hondo de una cisterna!

Que gente de buen humor,  
 que la taberna llenaba  
 y los límites tocaba  
 ya de un *lobazo* mayor,  
 empeñóse en afeitar  
 la cabeza al zapatero,  
 que estaba como un madero  
 acabado de cortar.

Y, como no se movía  
 ni aunque se armase algazara,  
 pusieronle cráneo y cara  
 que nadie lo conocía.

Le quitaron el bigote,  
 que pudo usar de cepillo,  
 y le dejaron cerquillo  
 desde la frente al cogote;  
 y un hábito monacal  
 vistiéronle de tal modo

que el zapatero beodo  
 tenía aspecto prioral.

Así cogido del brazo,  
 como por artes de bruja  
 le llevaron á Cartuja  
 á que durmiese el *lobazo*;  
 y, dejándole á la puerta  
 del convento silencioso,  
 llamaron, y un religioso,  
 dejóles la entrada abierta.

—¿Qué pasa?—exclamó azorado  
 el monje.—Nada, hermanito;  
 que ahí está ese pobrecito  
 que nos hemos encontrado  
 en la mitad del camino  
 que conduce á la ciudad  
 y es obra de caridad  
 dar posada al peregrino.

Quedad con Dios.

—Él os guarde.

Cogió el monje al zapatero,  
 mientras que por el sendero  
 marchábanse los que tarde  
 turbaron la paz y calma  
 de aquella mansión tranquila,  
 en que el toque de una esquila

llama á la oración al alma.

El fraile cerró la puerta,  
y, el guardián consultado,  
puso aquel cuerpo pesado  
en una cama. Despierta

la comunidad al día  
y enterada del asunto,  
fueron los frailes al punto  
á ver á aquél que dormía

su espantable borrachera,  
sin cuidarse para nada  
ni de la regla abrazada  
ni de su nombre siquiera.

Cuando la celda se abrió,  
*Lentejica*, confundido,  
se miraba así vestido  
allí do nunca durmió

y con ojos espantados  
preguntábase: — ¿Quién soy?  
¿Por qué en esta casa estoy?  
cuando aquellos azorados

religiosos le dijeron:  
— Hermano, ¿cómo así vino,  
que el mundo le compadece?  
¿A qué orden pertenece?

¿Cómo cayó en el camino?

Sin saber qué contestar  
aquel fraile hecho de pronto  
y con mirada de tonto  
que no sabe qué mirar,

hecho un mar de confusiones,  
moviéndose á todos lados,  
á los frailes congregados  
dijo el de los remendones:  
— No sé por qué estoy aquí  
ni por qué me hallo vestido  
de fraile, y quien me ha traído  
y hasta la hora en que nací.


La *Acera de los valientes*  
es mi casa y mi taller:  
que allí vayan á saber  
si se halla entre aquellas gentes

*Lentejica* el zapatero;  
si no está allí, por mi fe  
que *Lentejica* seré  
á pesar del mundo entero.

Pero si está en aquel punto  
y yo en un convento estoy,  
hermanos, no sé quien soy  
porque, vivo, estoy difunto.

## Otros tipos

.....

 AN abundado tanto los tipos célebres en Granada, que darían materia para un libro entero, y me impiden, dentro de las proporciones y plan de esta obra, consagrar otra atención que la de un recuerdo aun á los más notables.

Los que no han conocido al *tío Canela*, oyeron hablar de él, como popularísimo en los días de la Revolución, en que puso su tribuna en los patios y galerías de la Universidad y allí pronunció discursos tantas cuantas veces lo creyó necesario ó fué invitado á ello.

Y entre los hombres de edad madura no se ha perdido la memoria del *compae Leria*, aquel gitano Heredia Cortés que se decía descendiente del conquistador de Méjico y que, como en la actualidad *Chorro e jumo*, vivía en lo alto de la Alhambra, y vestía de manera estrambótica, y se llamaba rey de los gitanos y servía de modelo á los pintores; ni se ha olvidado al viejo *Cujón*, el más célebre *tocaor* de guitarra y *cantaor* flamenco; ni á *Pachichi*, el vendedor de empanadas; ni al *tío Peso*, el pajaritero, que en los portales de la Pescadería «quitaba el frenillo á los gallos, metiéndoles un canutico de caña en el pico y dándoles en la lengua con la uña»; ni al barbero *Lamparilla*; ni á *Churreta*, Gedeón de mitad del siglo pasado, que vestía casaquín de paño azul y botones dorados y sombrero de chistera, y no se separaba un momento de su junquillo; ni á *Tilín*, *Salmerón* y *Juanico Baba*; ni á los dos amigos y compañeros de penas y fatigas, *Ropones*, el vendedor de palillos de enebro, y *el Cojo de las esteras*, servientes adoradores de Baco, de quienes por la invasión de la filoxera y los fenomenales «lobazos» que cogían, dijo un escritor festivo:

Diz que *Ropones* y *el Cojo*  
han inventado un ardid  
y se han apostado un ojo  
á que extirpan el gorgojo  
que tiene seca á la vid.

Cuéntase que *Pachichi* y *Ropones* propusieron á un Corregidor malhumorado que, para celebrar la verbena de San Juan, lo mejor sería llenar de vino el tazón de la Bomba, y de este modo, si el santo en tal noche había de hacer milagros y beneficios, mejor los haría con el agraz de parra vieja que no con el líquido incoloro al que tenían el mismo horror que los perros hidrófobos. El Corregidor, molestado por esta burlesca é irrealizable proposición, multó á ambos célebres concurdáneos con tres ducados y ordenó los pusiesen tres días á la sombra en el arresto. Y, al salir de aquella mala pasada, desahogáronse diciendo en público:

—Por estos desprecios al mosto manda Dios la filoxera.

Y en los tiempos actuales ¿quién no ha conocido y conoce á *Casuqui* el betunero; y al ciego que pregonando infundios periodísticos y mezclando con este pregón el de los billetes de la lotería nacional, recorre las calles de la población tocando la guitarra; y al guía de Sierra Nevada, *el Diablillo*, que vocea en los días más calurosos del verano la famosa manzanilla fina, té y brótano, y que se quedó cojo de haber caído desde los tajos del Mulhacen al abismo, donde merced al perro que lo acompañaba se libró de las aves de rapiña; y á la anciana octogenaria que, con voz cascada y encorvado el cuerpo en forma de ce, va por ahí pregonando—*La Puplicida de hoy! Con notipcias interepsantes*: y á otros más cuya enumeración sola resultaría prolija y pesada?



## Chorro e jumo



ENTRE los tipos populares de nuestros días, ninguno más conocido y notable que Mariano Fernández, el titulado *Príncipe de los gitanos*.

Lo primero que se vé al venir á Granada es la Alhambra y lo primero que se nos presenta en lo alto de la Colina Roja es la figura policroma del sucesor del *Compae Leria*, que dice fué modelo de Fortuny y más debió de ser su paleta. ¡Tantos y tales son los colores que se juntan en su indumentaria de *cañi* contrabandista!

Alto, bien plantado, de rostro moreno aceitunado, con blancas y redondas patillas y ojos nigérrimos y brillantes, de cuerpo gallardo y flexible, que se descoyunta en fuerza de saludos y cortesías, con recién planchado camión con chorreras, bordado al realce, y polainas de labrado cuero cordobés, y su pañuelo de yerbas que atado sobre la nuca le cubre la cabeza, y se oculta en parte bajo el promontorio cónico que le sirve de sombrero, y que por su color, elevación y forma parece una espiral de humo: en esta semejanza radica el nombre con que le conoce todo el mundo. Su chaleco bordado muestra argénteos botones de muleta que cuelgan de los ojales y lucen sobre la apretada faja negra de seda, que ceñida á su cuerpo le da la esbeltez característica que tiene. Su chaquetilla varía según la estación, pero siempre es corta, fina y bordada de lentejuelas en verano y de terciopelo ó de paño con dibujos de cuero en mangas y espalda durante los meses en que el abrigo se impone, y en que *Chorro e jumo* luce su manta antequerana y su calzón corto de terciopelo se ajusta por bajo de la rodilla abrochado con realillos de plata á guisa de botones.

Con una vara larga, que más parece látigo de calesero, en su diestra y apoyada la izquierda en la cintura en forma de asa, el príncipe se adelanta sonriente por entre los árboles y le sale al paso al forastero ó al indígena que sube á la plaza de los Aljibes para ver el alcázar árabe y contemplar los panoramas que allí se le ofrecen. Detiene *Chorro e jumo* á los visitantes cortesmente, descargando su cabeza del sombrero de catite, acreditando con una tarjeta su *principado* y sus antecedentes artísticos (?) y enseñando

á todos su retrato, por si alguno cae en la tentación de adquirir la fotografía. No ya la cartulina sino hasta el traje le compran muchas veces extranjeros caprichosos, en cuyas rarezas y admiración encuentra *Chorro e jumo* auxilios bastantes á hacer frente á las épocas del año en que los turistas escasean y el oficio anda por los suelos.

¡Hasta dónde lleva la desgracia á la *realidad*!

¡Malos tiempos corren para los príncipes!



## El cura Segura

Sr. D. Rodolfo Gil.



«Pide V., mi querido amigo, algunos datos de uno de los tipos granadinos más populares y, valgan por lo que valieren, ahí van esas notas sueltas, que algo pueden ayudar á la semblanza y estudio de tal *personaje*».

Pocas cosas recuerdo del cura Segura, ó «Segurilla», que en Granada, durante la *Gloriosa*, fué admiración y escándalo de las gentes.

Parecía tener mucho dinero. Vestía lujosamente, más de seglar que de clérigo. Costeó una suntuosísima novena á la Virgen de las Angustias. Se hizo capellán de un regimiento de Voluntarios de la Libertad (ó milicianos) y esto le atrajo las simpatías de los revolucionarios, sin que dejaran de aficionársele los reaccionarios por su carácter sacerdotal y el fausto, casi de un príncipe de la Iglesia, de que se rodeaba.

De su casa se contaban maravillas: que tenía estatuas de plata, cuadros de Murillo y Cano, etc... Nadie dudaba de las riquezas y pompas del curilla, que pocos años antes había salido de Granada muy pobre. Decíase que había ganado millones jugando á la Bolsa; que tenía íntimas relaciones y negocios con Rivero, Becerra y otros prohombres de la *Gloriosa*; que era cabeza ó miembro importante de una Sociedad de conspiradores que iba á hacernos felices con la República ó con don Carlos...

Todo esto y más se refería en justificación del boato de Segura; pero todo era falso. Un día corrió la noticia de que «Segurilla» había sido citado ante el juez municipal por un zapatero, á quien debía unos pares de botas. Entonces se dijo también que aquel archimillonario adeudaba otras cantidades pequeñas á humildes industriales.

Más tarde no sé quién lo denunció por estafa y se dirigió á su casa la justicia, registró todas sus habitaciones y encontró variedad de papeles litografiados, que no se podían llamar falsificaciones de billetes del Banco, por no parecérselos ni en el dibujo, ni en el color, ni en nada. En unos se leía ¡10.000 duros!; en otros ¡2.000, 5.000, 1.000!.. También halló el juez en aquella casa una co-

lección de trajes raros, parecidos á los de ópera ó comedia del teatro antiguo: tales uniformes habían servido en una recepción en honor de Bismarck, que vino de incógnito á Granada y estuvo en casa de Segura, y celebró una sesión con los socios de la Asociación secreta que el denunciado inventara en provecho propio. Además encontró la justicia unos títulos pintorescos y, entre ellos, un documento en el cual «Segurilla» se llamaba *Señor de los 7 Estados Libres...*, y otras cosas que, al ser copiadas por el escribano de la causa, ocupaban dos pliegos.

Y esto constituía el timo.

El cura Segura era en Granada y en España toda, representante de una Sociedad Revolucionaria que, por medios pacíficos, iba á trastornar el mapa político de Europa. De aquella fantástica Sociedad formaban parte, entre otros, Moltke, Bismark, Pío IX..., ¡el cual era el número 9 en una especie de árbol genealógico de la familia revolucionaria! Y todo ello resultó en los papeles sorprendidos por el juez.

El timo seguía los trámites siguientes:

1.º Segura atraía á sus víctimas, deslumbradas por el brillo de la aparente opulencia de su casa y de su persona, y las iniciaba en los misterios de la Sociedad secreta.

2.º Seducidos, ingresaban todos ellos en la Sociedad tomando un título pomposo y soltando ¡25.000 duros! cayendo, más que en los ardides del timador, en las redes de sus propias vanidades y tontería.

3.º Como pocos eran capaces de entregar en efectivo tal cantidad respetable, Segura, en nombre y con poder de la Sociedad que representaba, suplía la cantidad que faltase hasta 125.000 pesetas: dos, tres, cinco, diez mil duros, para lo cual servían los supuestos billetes de Banco, antes citados; resultando de ello que el cura embaucador sacaba buenas *tajadas*, desde 2.000 á 8 ó 10.000 duros, y los ilusos, después de aflojar la bolsa, firmaban sin reparo un pagaré de la diferencia que adeudaban, ipso facto, al Segura: es decir, que en metálico y en pagarés entregaban todos los 25.000 duros fijados.

Un barbero de Granada, muy acreditado, soltó 3.000 duros á cambio del título de *general de...*; un «farolón» de un pueblo de la Sierra aflojó más de 5.000 por el título de *Príncipe de las Alpujarras*; y un pollo, que en Motril tenía un buen empleo, también fué víctima de «Segurilla», á quien sirvió de criado, habiendo ido una vez á Bilbao á depositar en el correo una carta que contenía hondos secretos de la Sociedad.

De estos viajes á Madrid, á Barcelona y á otros puntos diversos, hechos por varios asociados, dóciles á las indicaciones del *Señor de los 7 Estados libres*, se citaron por aquel entonces muchos casos.



—¿Para qué tenía V. estos billetes de 1.000 á 10.000 duros?—preguntó el juez á Segura.

—En Suiza—contestó éste—vive un amigo mío tan rico y tan caprichoso que ha empapelado una de sus habitaciones con billetes del Banco de Londres, y yo que no soy tan rico, me he dado el gusto de inventar esos billetes especiales con un fin idéntico, pero no he tenido tiempo para empapelar mi gabinete.

Así, con más ó menos ingenio, respondía Segura al interrogatorio del juez; mas, no obstante sus negativas, se averiguó que era inventor de la «Sociedad de los Siete Estados Libres» y que en sus redes habían caído todos los pájaros que tenían la cabeza llena de viento.

Corrió luego el rumor de que la justicia trataba de castigar á los tontos que «Segurilla» había desplumado y dejar á éste en libertad; y añádase que si no lo hizo, fué temiendo que el cura se revolviese judicialmente contra sus víctimas y quisiese cobrarles las diferencias entre la cantidad aprontada en metálico y los 25.000 duros á que cada uno se había comprometido.

No sé cómo terminó aquello; pero la pena impuesta á Segura no fué grave.

Es de notar que en Motril hubo otro segurista, además del joven ya mencionado.

Parece que el embaucado dió al cura unos 3.000 duros y tomó de sus manos el título de *Marqués de la Gorgoracha*. Se había enriquecido de pronto y tenía la vanidad de plebeyo endiosado, amén de los humos del marquesado que creía poseer desde que Segura le dió tal título. Porque es de advertir que este tipo que puso en movimiento á tanta gente expedía títulos de Conde, Duque, Príncipe, etc..., con el sueldo nominal de tanto ó cuanto, que sería efectivo el día del triunfo.

Referíase que el motrileño de la Gorgoracha trataba de marquesa á su mujer y solía decirle:

—No sabes darte tono. Ponte el sombrero ó la capota y no te lo quites ni para entrar en la cocina. Las marquesas son siempre marquesas, ¡hasta roncando!

Estas y otras frases las oí yo repetir á raíz de la caída del cura Segura.

Es cuanto acerca de él puede decirle su afectísimo,—*M. Gutiérrez*.

El aspecto físico de Segura no tenía nada de extraordinario. Era de color moreno, y de mediana estatura. Sus facciones denotaban la ambición que le dominaba por completo. Vivo de genio, chispeaban sus ojos como ascuas encendidas y tenían cierta fuerza sugestiva que ayudaba á sus planes de codicia.

Parece que al fin zamparon al cura Segura en la cárcel, sujeto á una condena, y escapó, valiéndose de sus tretas, de la prisión, huyendo al extranjero donde, hace doce ó catorce años, se dijo había muerto de muerte natural, según unos, y violenta, según otros.

## El veterano de las cajas

**P**EUQUEÑO de cuerpo, encorvado por el trabajo y por los años, rostro surcado por una red de arrugas, nariz ancha y aplastada, mirada picaresca y escrutadora, cara afeitada y frailuna, barba saliente, boca hendida, ¿quién no conoce á Ruiz, el decano de los cajistas granadinos?

Todo el que lo vea una vez siquiera y con él hable, no lo olvida. En su aspecto consérvase algo del antiguo dómine. Muchas veces he sostenido con él dialogos en latín. Es un obrero manual que, con el componedor en la izquierda y la diestra saltando de acá para allá sobre los cuadradillos de la caja, podría dar lecciones de humanidades, señaladamente de Gramática, á muchos ordenados *in sacris*.

Todas las tardes siento entrar en la Redacción al viejecito *de los cultos*. Lo reconozco por los pasos. Calzando zapatos de paño, arrastra sus pies desiguales, apoyado en su muleta, sobre el pavimento del salón. Soporta bien sobre sus hombros 85 inviernos. *Salúdame in lingua Latii*, se sienta terciando sobre sus rodillas su inseparable y larga capa azul, y sobre una octavilla de papel escribe las noticias religiosas del siguiente día.

Cortés y prudente, únicamente si estamos solos los de casa se permite interrumpir con alguna parrafada su breve tarea diaria. Levanta de vez en cuando la cabeza que corona, echado siempre hacia atrás, el sombrero de color de ala de mosca, y mira de soslayo á los que le rodean. Y gozo oyendo sus preguntas ó respuestas, dichas en elegante hipérbaton latino.

Cuéntame que él nunca fué más que tipógrafo. Allá en sus mocedades, nada menos que por los remotos años de 1828, aprendió latín con el maestro Medina. Y en verdad que su aprendizaje, con durar poco y á pesar de las insuperables dificultades que para su continuación halló en su inopia, fué aprovechado. Aun circula por la inteligencia de este obrero la savia de aquellos estudios, que auxiliáronle frecuentemente en su labor, le aficionaron al idioma de la Iglesia, habilitáronle para oír y juzgar por su forma muchos

discursos de oposiciones á canónjías y le granjearon no pocas amistades entre los clérigos, con algunos de los cuales sostuvo curiosa correspondencia.

Ya en el año 33 trabajaba en las imprentas. Desde su juventud, que estuvo en Málaga, no ha salido de Granada. El simpático octogenario ha sido testigo presencial de las principales agitaciones y sucesos de nuestro siglo. Frescas están aún en su memoria muchas páginas de historia contemporánea por él harto sabidas y vividas, con vida pasiva meramente, porque su carácter, más apocado que resuelto, apartábase de los sitios que la ola del disturbio salpicaba con su espuma y conmovía con su rugido.

—¿Á donde iba yo con un pie más largo que otro? decíame un día. Ya ve usted que tengo que ir ahora renqueando.

—¿Y estuvo V. en muchas imprentas?

--Ahora mismo recuerdo que trabajé en la de D. Jerónimo Alonso, en la de Benavides, en casa del padre de D. Indalecio Ventura, con el padre de D. Lorenzo Puchol y con D. Lorenzo.

Un día Ruiz tuvo que guardar cama; y la costumbre de verlo á diario y la simpatía hacíanme echarlo muy de menos.


Por fin, en las fiestas del Corpus, su figura venerable, casi momificada, volvió á aparecer en la puerta de la Redacción. Aunque más flacucho que antes, su rostro y su sonrisa eran los de siempre.

Su espíritu vigoroso había triunfado de la enfermedad. Repartía de nuevo el *Boletín Eclesiástico*; arrastrando un pie, llegaba hasta la mesa del salón, y con mano firme volvía á escribir *los cultos*, inclinada su cabeza de nieve sobre la cartera y casi tocando con sus ojos en la octavilla de papel que tenía delante. ¡Hasta la muerte respeta las voluntades de hierro!



# Costumbres granadinas

---

 O he de tratar aquí de las costumbres de los granadinos en el período árabe, ni siquiera hay espacio en este libro para estudiar con detenimiento, como pudiera hacerse en una monografía, en las mismas costumbres y usos de la Edad Moderna, el carácter, los sentimientos, las ideas y las aficiones de este pueblo.

Los cronistas musulmanes, los mejores orientistas españoles y extranjeros, aun los meros investigadores de cuanto se refiere al reino granadino, aprontaron y legaron un arsenal de datos y observaciones que dan por sí solos materia para hacer de ello un estudio especial (1).

En las poesías de Soto de Rojas y Trillo de Figueroa, en las obras de Fernández y González, Garrido Atienza y Afán, hallaremos mucho que refleja y describe interesantes costumbres de esta tierra.

Las antiguas, para él no muy desconocidas, las recogió y perpetuó Afán de Rivera en el libro que ha publicado recientemente. Sus romances son verdaderos cuadros pintorescos, en que, sin forzado acicalamiento, con el desaliño de la realidad, hace circular por los versos la savia popular. De cuantas costumbres él describe apenas queda ni rastro ó están desfiguradas por el tiempo y los gustos del día.

---

(1) Los árabes, dice el antiguo conservador de la Alhambra D. Rafael Contreras, «eran aficionados no sólo al perfume de las flores y jardines, sino á la combustión de las gomas de la India, que llevaban á todas partes. Para quemarlas tenían unos braseros, en forma de esfera, cuya mitad se destapaba y poniendo en la otra carbones encendidos, volvían á cerrarlos dejándolos rodar entre las telas y vestiduras. Algunos de estos globos de metal estaban cincelados y embellecidos con incrustaciones de oro y plata...

La luz de los departamentos era tibia..., pero las galerías y pabellones de sus patios y los ámbitos oscuros de sus mezquitas, sombreados por techos de madera y arcos, se iluminaban con linternas grandes ó faroles que pendían en cordones de seda de los cupulinos ó almi-zates. De estas lámparas pendían huevos de avestruz bordados, borlas de seda, piedras raras y amuletos, etc...»

En el presente, los granadinos eligen para sus paseos: de invierno, el camino de Huétor y los alrededores soleados y deliciosos de la ciudad; y de verano, el Salón y la Bomba y la Plaza Nueva. Pero el paseo permanente en todas las estaciones del año está en el Zacatín y calles á él afluentes, en la de Reyes Católicos, en la Acera del Casino y en la Carrera, hasta el templo de la Virgen.

Ya no aguarda la gente la noche de San Juan, delante del pilar de la Bomba, á que suenen las doce para zambullir la cabeza en la taza llena de agua; ni va con el entusiasmo de antes á la romería de San Lázaro y á la feria de Gracia, ni está animado el paseo de los Tristes, ni acuden músicas ni representación de la ciudad á la Carrera de Darro, ni es corriente hacer ricos gazpachos en las escondidas placetas del Albaicín, con gran concurso de amigos y vecinos, ni se celebra el famoso *baile de los abrazos* (1).

Hoy es costumbre ir á las huertas el 24 y el 29 de Junio á comer cerezas con pan de aceite; habas con cabeza al camino de Huétor el día de San Antón; y sandías á la Vega, en noche de luna llena, llevando para los preliminares provisiones de jamón y vino y para fin de fiesta una guitarra.

A las angosturas del Dauro va de juerga la gente artesana en los días de estío; y en los claros de invierno, en que el sol más que molestar consuela, es cosa de ir á cazar colorines á los cerros de la Cartuja.

En las páginas precedentes, y en distintos capítulos de este libro, habrá encontrado el lector costumbres y rasgos que, por dichos ya, no referimos aquí, pero que, cuando no son costumbres, están íntimamente ligados con las de este pueblo, que todavía tiene mucho de moro, y aun de hebreo, en su espíritu. Que no en balde estuvo influido por ambas razas.

(1) Al finalizar su tarea las parejas que bailan el fandango, dan las mujeres un ceremonioso abrazo al que ha bailado con ellas, haciendo lo mismo por vía de remuneración con los tocadores y cantadores.

Pues bien, en el acto de cesar la música para un rato de descanso, que era siempre al escucharse una palmada del presidente, tenía lugar la *rifa de los abrazos*.

Esta consistía en ofrecer un joven una cantidad cualquiera porque la bailadora no abrazara á su pareja y si al interpelante, ó á otro de la reunión, como por ejemplo, á un pretendiente desairado, ó al novio que tuviera antes, para causar celos al actual.

Así se mostraba el rumbo y garbo de los mozuelos, y ocurrían escenas que nunca pasaban á ser desagradables.

Al obscurecer ó á la madrugada, si el baile había sido de noche, y en la cocina de la huerta, porque las nubes hicieran de las suyas, se concluía el jaleo, y á presencia de los feligreses, se contaban los fondos recaudados con el producto de los abrazos, que ingresaban en la tesorería de la Hermandad de Animas, deducidos los gastos de un ligero refresco á los jugueteros y músicos. Todos se retiraban á seguida, quien con algunas cosquillas y ribetes de celos que habían de ventilarse en la pava inmediata, y quien con un poco más de vino del que cupiera en su estómago, cuyos vapores ayudaba á disipar el aire fresco de la encantadora Vega granadina.—*Afán, Fiestas populares de Granada.*

DA INTELLECTUAL



# LA VIDA INTELECTUAL

Cuatro palabras.—El Liceo: algo de historia y arte.—La «Cuerda».—El Centro Artístico.—La producción literaria.

Escritores y artistas.—Antología de poetas.

---



AMPO amplísimo es el en que se desenvuelve la vida intelectual de un pueblo; tan amplio como diversas las fases y aplicaciones de la actividad humana. Quien pretenda abarcarlo todo de un solo golpe de vista, estará expuesto á error, tomando por realidades lo que es efecto del espejismo. Quien emplee su tiempo en seleccionar los destellos de arriba y las palpitaciones de abajo, desdenando una porción cualquiera, no habrá sido justo; que lo mismo el que arroja el grano en los surcos, que el que remueve la tierra con sus instrumentos de labor, que el que recoge la cosecha y el que la amontona en los trojes, ó la pone en circulación en el mercado, ó la transforma en materias varias, todos son digno de atención: todos, aun el terreno mismo que para su cultivo escogió el hombre ó la colectividad, merecen ser tenidos en cuenta.

En honor de la verdad no está Granada todavía á la altura de su importancia y de su nombre. Sobrados elementos de vida posee; pero ó no se aprovechan por connatural desidia ó están aherrajados entre los viejos moldes de una rutina funesta ó, faltos de estímulo, duermen en el aislamiento individual ó en la indiferencia de todos.

Por lo que toca á mi criterio, he de decir que concedo más importancia en las poblaciones á ese algo que, llamaríamos su forma substancial, á su espíritu, á sus ideas y costumbres, que á toda su parte meramente externa, á los edificios y monumentos, al clima, á la fauna y flora de las mismas. Bajo la corteza del árbol circula el jugo que da color á sus hojas y calor y sabor á sus frutos; y no de otro modo en el crecimiento y desarrollo de los pueblos la savia intelectual se extiende y anima todos sus organismos, libre de obstáculos, ó se estanca y congela en las arterias de la ignorancia ó en el corazón seco y frío de la indiferencia.

Dadme una juventud inteligente, noble y activa, y tendréis la regeneración de una ciudad.



El ideal que, al amparo de un renacimiento literario y artístico, germinó en esta tierra en la primera mitad del siglo XIX, echó al expirar la centuria nuevos brotes. Las raíces están sanas y llenas de savia, mientras que la corteza y la capa de tierra que oculta esas raíces se hallan endurecidas por la nieve del tiempo y por la escarcha de la inercia. Donde hay riqueza de jugo, bastará un poco de luz, de agua, de aire, de labor, para que la planta no perezca; renovada y mimada cuidadosamente, vivirá.

Y en verdad que este es el campo único en que convergen todas las aspiraciones y se aunán las voluntades todas.

La política es hoz afilada que en cualquiera dirección que se mueva corta y separa las colectividades y los individuos entre sí; la religión, lazo estrecho é inrompible para cuantos profesan el mismo credo y sienten arder en el corazón la llama de la misma fe, ahonda resueltamente el abismo de la distancia para aquéllos que se aferran á un fanatismo funesto ó habitan en las heladas regiones del excepticismo.

Hoy como ayer, sólo la bandera del arte, desplegada á los cuatro vientos, puede cobijar á todos á su sombra.

\*  
\* \*

De su fama vivió en los últimos años el Liceo de Granada. Fundado en 1839 é inaugurado el 18 de Noviembre con dos solemnes fiestas, una literaria y otra artística (1), pronto llegó á ser, al decir de un cronista de la época, «el centro del saber, de la elegancia y de los honestos recreos del pueblo granadino». Y, al cabo de sesenta años de existencia, al terminar el siglo, un espíritu varonil y vivificante, que palpitaba en sus salones, volvió á agitar las aguas de este al parecer mar muerto de la cultura regional. Mas su quietud y silencio no es signo de muerte (puesto que ha inaugurado el siglo con otra de sus Exposiciones de Bellas Artes) sino de esa pereza idiosincrática que da el terruño. Sociedades con una tradición tan gloriosa como ésta, no deben desaparecer, aun- que para ello sea necesario reiterar y secundar con perseverancia el primer esfuerzo.

(1) Entonces se celebró una Exposición de Pintura, Escultura y Arquitectura, la primera que registra en Granada la historia del Arte. Figuraron en su sección pictórica—según asegura Valladar, que es uno de los socios veteranos del Liceo de la segunda época—óleos, pasteles y acuarelas de las señoritas Carmen y Soledad Enriquez; miniatura de la Srta. Aurora del Pulgar y su hermano D. Cristóbal; aguadas y dibujos al lápiz de las señoritas María de la Luz Moreno, Angeles y Josefa Abarrátegui y Carlota García; un retrato de D. Manuel Ojeda Manti, hecho por el después notable literato D. Luis Fernández Guerra, á quien por aquel entonces se le auguraba un brillante porvenir en la pintura; excelentes miniaturas del gran retratista D. Cecilio Corzo, uno de los más elogiados y famosos miniaturistas de España; cuadros de los señores Ramos Llop, Sánchez Flores, Parejo (D. José), Trevijano y Buenvecino, casi todos aficionados, y seis países del artista sevillano D. Antonio Cortés.—La escultura, que por sus asuntos entrañaba mayor seriedad artística, estuvo representada en la primera exposición granadina por el veterano maestro D. Manuel González, que exhibió un Cristo crucificado y un grupo de cabezas de án-

El Liceo recogió las aspiraciones, los ideales y las fuerzas más grandes de la capital, lo mismo en su época primitiva que en los días inolvidables de la «Cuerda Granadina».

Al igual de lo ocurrido en Córdoba con su primer Ateneo, ni siquiera el Jefe político de la provincia (que tal era entonces el nombre de los Gobernadores), era ajeno ó indiferente á este movimiento intelectual. Todas las artes bellas, todas las manifestaciones del ingenio hallaban en el Liceo refugio. Sus días de florecimiento lo fueron también para Granada. La actividad de sus secciones se desbordaba fuera de su propia casa y difundía torrentes de vida en medio de la sociedad. El Liceo tuvo su órgano en la prensa, *La Alhambra*, revista famosa, cuyas colecciones se buscan hoy con afán por literatos y bibliógrafos, y que ha muerto y reaparecido un sinnúmero de veces. En las páginas de esa revista se conservan los nombres de los liceistas más notables, las palpitaciones de aquella sociedad culta, centro de vida de esta población, y el esfuerzo y valía de sus ingenios.

Cierto que el Liceo granadino, como toda institución humana, pasó por períodos de decadencia; pero sus épocas de esplendor, sus primeros años, la década que precedió á la Revolución y los días indelebles de la coronación de Zorrilla, dejaron en la historia de esta provincia huella tan luminosa que, aun en la obscuridad presente, se perciben todavía los fulgores de aquella existencia próspera.

No he de recordar yo lo que está en la memoria de todos, cuando la historia del Liceo es la historia intelectual de Granada contemporánea (1). Ha transcurrido más de medio siglo y puede decirse que fechas, nombres, hechos, todo es de ayer por la mañana. En el seno del Liceo se nutrieron de ideas y entusiasmo y se revelaron los que en las academias, en los museos, en literatura y arte,

---

geles (relieve esculpido en mármol de Macael); por D. José Marín, que presentó una estatua, en barro, de San Pedro en oración; por don Manuel Sala, á quien la Alhambra debe las mejores restauraciones de sus arabescos que se hicieron en los comienzos del siglo XIX y del cual era una reducción á escala de la fuente de los Leones; y por el malagueño D. José Vilchez que concurrió con un gran relieve en yeso.

La sección de arquitectura era muy importante también. Los jóvenes arquitectos D. Juan Pugnaire, D. Salvador Amador y D. Francisco Enriquez, presentaron proyectos y planos de monumentos, mercados y otros edificios, entre los que atraían la atención un proyecto de palacio de las Ciencias y las Artes, obra de Pugnaire, y otro de un Liceo artístico y literario, original de Enriquez. Entre diversos apuntes arqueológicos, sobresalían los de antigüedades romanas halladas en Baeza, cortijo de las Vírgenes, Zuheros y otros sitios, obra del que después llegó á ser insigne literato y anticuario D. Aureliano Fernández-Guerra.

(1) En el Liceo de la segunda época se convocaron y verificaron los primeros *Juegos florales* y en ellos disputáronse y ganaron premios el gran Alarcón, Fernández y González (D. Manuel) y Manuel del Palacio. Además concurrieron con sus trabajos, no sin éxito, Atán de Rivera, Cobos, Ruiz (D. Aureliano), Aguilera Suárez, Oliver, Gómez Matute y otros.

en la política y en la prensa, supieron ganar palmo á palmo los primeros puestos en la villa y corte, donde necesariamente ha de recibir el *exequatur* cuanto de provincias proceda.

Con sus preciadísimos trabajos por eslabones, fabricaban, en la primera época, una cadena de oro para la culta sociedad, hombres de tanta valía como los Martínez de la Rosa y Fernández Guerra, Castro y Orozco, Julián Romea, el bueno; Cañete, Lafuente Alcántara, Lirola, Ortiz de Zúñiga y D. Francisco J. de Burgos; y á su lado las dos admiradas escritoras D.<sup>a</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda y D.<sup>a</sup> Dolores Gómez de Cádiz, Roda, Pina Domínguez, el jefe político de la provincia Sr. Cambronero y cuantos, en veladas ó al frente de las cátedras de Filosofía, Literatura, Derecho, Historia y Química, que el Liceo tenía abiertas, pusieron sus talentos al servicio de esta institución.

Ni fué menos lo que al desenvolvimiento de la cultura granadina contribuyeron desde la tribuna del Liceo el célebre Moreno Nieto, el filósofo Ortí y Lara, Amado Salazar, Salvador de Salvador, el maestro de toda una generación de poetas; García Carrera, Arrambide y otros, en el orden literario y científico; y en el artístico, los pintores, escultores y músicos más notables, entre los que se distinguan Gómez Moreno, García Guerra, Lozano, Marín, Vázquez, Ruiz (D. Bernabé), Palancar Martín, Verdú, Vila, Valladar, Orense y muchos más, que en Granada tenían cierta nombradía como cultivadores ó maestros de las Bellas Artes.

En sus salones (1) resonó el verbo elocuente y el ritmo sonoro de los mejores oradores y poetas, y por ellos desfilaron, dejando tras de sí una estela inextinguible de dulces armonías y de maravillas de ejecución, artistas tan eminentes como Litz, Tamberlick, Rubistein, Power, la Matilde Diez y Julián Romea.

Todavía recuerda el Liceo con orgullo y satisfacción aquellos sus conciertos serios y sacros, dirigidos por Frasquito Valladar, con el concurso de una orquesta de excelentes aficionados, para la cual escribió el maestro Bretón *La serenata de la Alhambra*; y en las páginas de su historia está escrita con dorados caracteres la famosa coronación de Zorrilla, que debió á esta sociedad, no menos que á su vicepresidente Seco de Lucena, la solemne consagración de su nombre de poeta, ya popular en España y en el territorio hispano-americano.

Siempre su lábaro azul fué bandera de cultura, y en su ambiente se formaron aquellos ingenios que luego, como Césares, llega-

(1) El Liceo, en sus dos épocas, ha habitado cuatro casas: el antiguo Colegio de San Miguel, cedido provisionalmente á la Sociedad por el Gobernador eclesiástico de esta archidiócesis; la casa de la calle de la Duquesa; el edificio en que estuvo el convento de Santo Domingo y los salones que hay sobre el café de la Terraza.

En 1900 se instituyó en el Liceo una clase de modelo vivo, en que todas las noches han trabajado los mejores artistas de esta capital aquí residentes.

ron á Madrid y vencieron con su talento, con su palabra y con su pluma y fueron los más esforzados paladines de la literatura y de las artes bellas, campo en el cual se hizo famosa la «Cuerda granadina», que por sus prestigios, valer y resonancia indiscutibles mereció ser llamada, á poco de darse á conocer en Madrid, cadena de oro.

\*  
\* \*

Con el arte ó la ciencia por lábaro, la gracia espontánea por condimento del lenguaje y por su savia el ingenio, la bohemia por sistema, y la confraternidad en ideas y afectos como lazo de unión estrecha y firme entre todos los que formaban aquella agrupación de gente joven y letrada, que tenía el defecto (?) de no haberse ajustado á la norma oficial y corriente, ni redactado reglamento, ni nombrado juntas y comisiones para satisfacer vanidades pueriles: con originalidad celebrada, con entusiasmo no entibiado, con verdadero derroche de cultura difundida aquí en la época de transición del primero al segundo Liceo, la *Cuerda granadina*, formada por lo mejor de aquella generación y llena de vida, desbordada luego en torrentes de saber y gracejo, en saladísimas anécdotas y en libros interesantes, pronto alcanzó pasmosa celebridad.

Bajo un mismo pensamiento y juntos en idéntica aspiración reuniéronse los que más tarde triunfaban á la faz de España en toda la línea, en la novela, en el teatro, en la prensa, en la cátedra: los Alarcón y Fernández y González, Moreno Nieto y Manuel del Palacio, Fernández Jiménez, Riaño, Rada y Delgado, Castro y Serrano, Ortí y Lara, Pérez Cossio, Salvador y Salvador, Jiménez Serrano, Rafael Contreras, Cobos, el hoy Director de la Escuela Normal de Maestros; los artistas Rodríguez Murciano, Mariano Vázquez, Antonio Marín y Eduardo García y otros en quienes se aunaba el talento con la sal de la tierra, la maestría en su arte ó género con un humorismo exquisito.

De los granadinos que en la bandera tremolada por la *Cuerda* se alistaron, sólo quedan Fernández Jiménez, en Madrid, y D. Francisco J. Cobos, ya retirado del periodismo, en Granada.

No tuvo en la prensa un órgano la *Cuerda granadina*; mas para propagar sus ideales y dar fe pública de vida, bastóle con los éxitos alcanzados en plazo breve por casi todos sus miembros, en los órdenes todos de la vida intelectual.

¡Lástima que de aquellas tertulias que sobre literatura y arte tuvo la *Cuerda* (1), primeramente en Granada y al fin en la coro-

(1) «En aquellos tiempos—escribe Valladar—Ivon estrenaba sus dramas; Vázquez y Entrala componían música y eran el encanto de las reuniones en Granada; Riaño comenzaba sus estudios de arqueología y artes, ayudado por Ivon y Jiménez Serrano; Casielles componía pianos y preparaba las cerillas históricas que habían de hacer popular su nombre después; Alarcón escribía un periódico de batalla y Fernández y González su *Martin Gil*, y todos ustedes derrochaban á raudales su gracia y su ingenio, causando el asombro de hombres tan insignes como Moreno Nieto, á quien la *Cuerda* por unanimidad apellidó el *maestríco*.»

nada villa, no se hayan recogido y guardado en un libro, que hubiera sido libro de oro, los chispazos de luz de aquellos ingenios, cuya historia nadie mejor que el mismo Fernández Jiménez ó Manuel del Palacio podrían escribir, dejando á la posteridad un rico legado, fiel reflejo de uno de los más brillantes períodos de la cultura granadina!

\* \* \*

Instituido á raíz de los terremotos, en aquella ocasión memorable en que los artistas y escritores de Granada se agruparon, respondiendo á la voz de la caridad, que de todos demandaba auxilio, para organizar la rifa cuyos productos íntegros habían de ser luego destinados á remediar tantas miserias, ahondadas y extendidas por el fenómeno seísmico, el Centro Artístico dió una de las páginas más brillantes de la historia de la vida intelectual en esta población.

Con tal motivo recordóse, como oportuno antecedente, digno de ser tenido en cuenta, que el meritísimo pintor Fortuny estableció aquí una academia de acuarelistas, de 1871 á 72.

Alma y palanca de la nueva sociedad, Barrecheguren, hizo cuanto en su mano y en su mente estuvo hasta conseguir que en Abril de 1885, el Centro quedase instalado en un piso del edificio que en la Plaza Nueva ocupan actualmente los Juzgados de instrucción. Con el mismo Valentín Barrecheguren fué fundador Agustín Caro Riaño; y bien pronto comenzó á dar fe de vida el Centro Artístico en su clase de modelo vivo, en la sala de lectura, en que abundaban revistas extranjeras y nacionales y con su exposición permanente de pinturas. Después, al aumentarse tales trabajos con los de nuevas secciones, se inauguró la enseñanza de la música, se organizaron excursiones de investigación y arte á los alrededores de Granada y á muchos pueblos de su provincia y se empezó á publicar el *Boletín* de la Sociedad que no sufrió eclipse alguno en su aparición periódica, durante los tres primeros años, á contar desde Octubre de 1887, bajo la dirección de Diego Marín, tras del cual, en dos años consecutivos (1891 á 1892), vieron la luz pública cuatro ó cinco números del *Boletín*, que dirigieron y redactaron en ese tiempo D. Eloy Señán y D. Nicolás María López. De tales números dos fueron extraordinarios, dedicado á Barrecheguren uno, y el otro á conmemorar la fecha de la Reconquista. Hallábase al frente del *Boletín*, cuando se publicó su último número, el apasionado excursionista D. Alberto Álvarez de Cienfuegos.

Propagandistas y entusiastas de las excursiones, los socios D. Benito Hernando y D. Fernando Segundo Brieva, catedráticos hoy de la Universidad de Madrid, y D. Miguel Zubeldia, pusieron á la cabeza de las organizadas para diversos puntos de esta provincia. Y, al fin, tales paseos dieron por resultado que en un álbum que tiene en depósito la Academia de Bellas Artes con la biblioteca y el archivo de la Sociedad, se guardasen varias fotografías, croquis, etc... de todos y cada uno de los monumentos y restos arquitectónicos de la capital, en alguno de los cuales se halló materia bastante para un estudio particular.

Cuéntanse hasta seis, que recordemos, las Exposiciones permanentes del *Centro*: una en Febrero de 1884, tres en 1885, otra en 1886 y, por lo menos, otra posteriormente, cuya fecha hemos olvidado de puro aprendida y sabida.

Concurrían á estos certámenes del mérito, con óleos, Gómez Moreno, Larrocha, Acosta, Ruiz Morales, Vico, Valle y Pozo, el almeriense Baena Rubio, y una representación de la juventud artística, tan lucida como Rafael Latorre, Isidoro Marín, Medina y otros que en el Centro se formaron como artistas, y cuyas obras llaman hoy justamente la atención de los aficionados á todo lo bello; así como entonces, ya sobresalían en acuarelas Marín, Millán, Pozo y Ruiz Morales.

El período de brillante apogeo del Centro Artístico, fué de 1889 á 90, en que ocupaba la presidencia el ilustre orientalista don Leopoldo Eguílaz Yanguas. Distínguese tal período, por sus series de conferencias de literatura y de arte y por sus conciertos.

Revistieron entonces importancia excepcional sus sesiones de música clásica, con que afirmaron el gusto de los *dilettanti* granadinos artistas tan notables como el violoncellista Tejada, el violinista Fernández Bordas (que, sin ser de Granada, aquí se dió á conocer al público), el pianista Emilio Vidal, el violinista Carlos Romero y otros ejecutantes excelentes, como los Guervós y Peña. Allí dejó oír su repertorio selecto el alabado Orfeón que dirigía Aureliano del Pino.

Además de la casa de los Juzgados, el Centro Artístico tuvo sucesivamente su domicilio social en el segundo piso del Casino; en la plaza del Carmen, donde se organizó y verificó un banquete árabe, originalísimo por haberse disfrazado de moros, con gran arte, los comensales y haber comido según la usanza moruna, y donde, con motivo de las fiestas del Corpus de 1893, se celebraron los *conciertos burlescos* á estilo de los oídos en Alemania, y que dirigió Cecilio Roda y en que tomaron parte los socios; en la cuesta de Cuchilleros, número 20, donde la Sociedad se nos presenta en su aspecto íntimo; y por último, en el piso entresuelo de una casa de la Plaza Nueva, donde yo lo conocí la primera vez que vine á Granada.

Muerto Barrecheguren, aquel ingenio claro, de gracejo inimitable, de voluntad irresistible y tenaz y de grandes iniciativas, que apenas vivió más que para el Centro Artístico, éste arrastró una existencia penosa, empezó á enfermar por la falta de armonía y entusiasmo en los socios y expiró á la postre dejando cubiertas, no sin esfuerzos, todas sus atenciones.

La Junta directiva del Centro, «con motivo de su clausura temporal», ofreció hace cuatro años á los socios un banquete de despedida en la Alhambra, al cual asistieron los señores D. Manuel Gómez Moreno, D. Agustín Caro Riaño, D. Modesto Cendoya, don Marías Méndez Vellido, D. Nicolás María López, D. José Ruiz de Almodóvar, D. Diego Marín, D. José Moreno, D. Isidoro Marín, D. Luis Fernández de Córdoba, D. Manuel Gómez Moreno y Martínez, D. Rafael Latorre, D. Juan López Fernández Cabezas, don Sebastián Loustau y el dueño del Hotel, D. Emilio Ortiz, quien obsequió á sus consocios con varias botellas de Champagne.

Se habló mucho de Arte; se acordaron varios proyectos para hacer grata la memoria del Centro Artístico, por cuya reorganización en plazo próximo se pronunciaron fervientes votos; haciéndose por fin la última excursión artística de la fructuosa temporada de trece años ha que se inauguraron. Terminó esta fiesta íntima con la visita al alcázar árabe en compañía del Sr. Contreras, quien como todos sus consocios firmó en el Álbum de la Alhambra como recuerdo del último acto social del Centro Artístico.

\*  
\* \*

Tócame hablar de la producción literaria en sus diferentes aspectos. Y siempre que de ello se trata, viénese á las mientes y á los labios el dicho de Larra, delante de la indiferencia y amorfismo del público y de las lamentaciones de los publicistas:

— ¿No se escribe porque no se lee, ó no se lee porque no se escribe?

Cierto que, en la lectura, ocupa preferentemente el ánimo la noticia sensacional, la intrigüela política, el crimen espeluznante, la chismografía de los salones, el artículo satírico ó el cuento gris—como ahora se dice. Cierto que la vida moderna lleva y trae á las gentes en tal agitación y tan sin respiro que apenas les queda tiempo para más que para echar una rápida ojeada sobre el periódico; pero ¿es que en éste se encuentra lo que en el libro se busca, ni en la amplitud y plan con que se busca?

La producción intelectual en Granada es escasísima, y rara vez justamente remunerada, ni siquiera allí donde todo concurre á asegurar garantías de éxito. A diario no se publican aquí más que cuatro periódicos, dos de la mañana y dos de la noche: *El Defensor de Granada*, que es hasta ahora el único que por su autoridad, antigüedad y arraigo, tiene vida propia; el *Heraldo Granadino*, llamado á tener mayor importancia de la que disfruta; *La Publicidad*, que, si bien de hoja de anuncios se convirtió en periódico diario sin matiz alguno político, á pesar de sus simpatías por los fusionistas, conserva su carácter primitivo; y el órgano afrodisiaco de unos cuantos integristas, *El Triunfo*. Siete ú ocho semanarios, satíricos unos y anodinos otros, cuatro ó cinco revistas profesionales y dos de literatura y arte completan la prensa granadina, solamente representada en la provincia por *El Accitano*, de Guadix.

En las librerías de Sabatel, Santaló y Guevara acaso no se venden más que obras de texto. Por lo general, para hacerse de un libro nuevo hay que pedirlo á Madrid. Aleja á los escritores indígenas de editar nada suyo, el temor de ver luego apiladas y cubiertas de polvo en las imprentas ó en las librerías ediciones enteras; y en verdad que el Registro de la propiedad literaria y científica arroja cifras desconsoladoras en las postrimerías del siglo XIX.

De obras aquí publicadas desde 1890 á 1900 aparecen inscritas 67. Las que no registró la indolencia son muy pocas más. Es muy raro el año que pasan de cuatro ó cinco las impresas en las tipografías granadinas. El exceso que acusa el 1896 débese á que

los olvidadizos en años anteriores acudieron á acogerse á los beneficios y derechos de propiedad que reconocía el Real Decreto por aquel entonces publicado. El año 95 únicamente fué inscrita una obra; el 99 llegaron á dos, y el 92 á cuatro.

Pone aún más de relieve la elocuencia de estos datos el detalle de tales publicaciones. Resulta que de los 67 libros dados á la estampa y registrados en los diez años últimos de la décima nona centuria, 29 (contando alguna que otra edición duplicada) fueron de texto para los centros oficiales, uno teológico, ocho de ciencias, catorce meramente literarios, ocho de historia, tres de poesías, dos de agricultura y dos de administración. ¿Y éste es para el escritor un *modus vivendi*? ¡Si á lo menos la emulación despertase los entusiasmos que mantiene soterrados la falta de una retribución proporcionada!

\*  
\*  
\*

En nuestros días, se puede decir de los literatos y escritores de esta tierra que cada cual labora por su cuenta, sin constituir núcleo, asociación, ni escuela.

Cuando sacuden su pereza andaluza y desentumecen su ánimo encogido, trabajan en el aislamiento, leen sus producciones á un círculo más ó menos reducido de amigos y *amateurs* de las letras, ó las dan á conocer en el cenáculo de *Las Tres Estrellas* ó las ofrecen al público en las columnas de la prensa. Hubo un tiempo en que la voluntad fuerte y perseverante del cónsul-escritor Ángel Ganivet los tuvo á todos unidos, como en apretado haz, junto á sí y los alentó para acometer empresas grandes. Presentóse en su tierra como ángulo y guía de cuantos, con los ojos puestos en los nobles ideales de la literatura y del arte, parecían hallarse apercibidos á las campañas que de ellos exigía el porvenir y la cultura de Granada. De aquella acción común y de aquel espíritu infatigable que los enardecía se esperaban, á la corta ó á la larga, frutos abundantes. Mas, flaqueó la voluntad, la muerte arrebató á Ganivet, sin darle tiempo á que ordenase sus ideas y equilibrase la balanza de su inteligencia, desvenecijada por el exceso de lecturas; y hoy anda en Granada la gente de pluma dispersa y desorientada, sin cuidarse apenas de lo que hace el compañero, más por idiosincracia que por indiferencia desdeñosa, y escribiendo por no perder la costumbre, ó cultivando el arte por el arte mismo.

De Rafael Gago Palomo, que es un pensador profundo y de vasta cultura y un gran espíritu crítico, no hay quien consiga que haga siquiera un libro; en su modestia indolente se contenta con algun que otro artículo de periódico sobre estética, medicina, astrología, matemáticas ó amena literatura.

Miguel Gutiérrez, el autor de la *Historia literaria de Granada*, que aun no ha concluido, y de estudios tan importantes como los todavía inéditos sobre *La escuela de Nebrija*, *La literatura en Jaén* y *La escuela poética de Córdoba*, tiene en prensa un precioso libro de poesías, en que colecciona las mejores suyas, con el título *Granada*.



El conocido arabista Almagro Cárdenas, que convocó y presidió el primer Congreso Español de Africanistas, y organizó una Exposición Morisca por aquel entonces en Granada, y en quien la afición á las lenguas y á la literatura están por encima de todo, no descansa en sus trabajos filológicos é históricos, relacionados con la cultura del reino granadino. Solamente su obra monumental *Museo de antigüedades árabes*, es de las que dan renombre.

De hecho, aunque sin título, actúan como cronistas de la ciudad, exhumando su historia antigua, el diligente investigador y escritor pulcro Garrido Atienza, que hace años dió á conocer en la «Revista de España» la *Historia de la prensa en Granada*, y que ha estampado libros tan curiosos como sus *Antiguallas granadinas*, en que se ciñe á los festejos tradicionales del Corpus, un estudio sobre *Las fiestas de la Toma*, y un extenso informe sobre *Los alquízares de Santafé*; y Valladar, el director de la revista «La Alhambra», que tiene en prensa sus *Páginas de la Reconquista de Granada* y *Las artes suntuarias*, y en preparación un estudio sobre *La pintura religiosa en España*.

La novela no tiene aquí más cultivador que el escritor costumbrista Matías Méndez Vellido, en quien, á pesar de que su estilo ha sido tachado de desmayado y prolijo, es de admirar un fino espíritu de observación que vé, oye y recoge todo lo más característico del pueblo granadino en sus aficiones, usos y hábitos, modismos y frases, y cuanto se nos entra por los ojos como luz del cielo y tiene verdaderos color y sabor locales.

No oficia la gente moza en el altar de la poesía, á la que hoy solamente los escritores veteranos, los que cinco lustros ha eran conocidos en el mundo de las letras, los Afán de Rivera, Cobos y Aguilera Suárez, rinden pleitesía de vez en cuando. De la juventud, únicamente Francisco L. Hidalgo hace versos que parecen inspirados en otro ambiente que el en que se mueve, porque en ellos se advierte el sello inconfundible de la escuela poética sevillana, á la cual dieron norma y celebridad Herrera y Lista.

Los que años atrás consagraban su ingenio al teatro, ya en edad madura, transformado el gusto del público y más exigente la crítica, huyen de la escena y rehusan probar fortuna en este género literario, que, en los últimos tiempos, ha venido á ser el más productivo en España.

Al comenzar el siglo XX parálzase aquí la vida literaria. Ni siquiera brotan de los centros docentes y sociedades cultas los chispazos de luz y fuego que otros años. El Liceo no abre sus salones con veladas, conferencias ó conciertos. Suspendense, *por falta de número*, las reuniones consuetudinarias en el huerto de «Las Tres Estrellas», y no se congregan ya en animada tertulia escritores y artistas en el «Salón de *El Defensor de Granada*», que solamente se llena cuando se celebra algún concierto musical notable. Los artistas trabajan en el silencio, sin estímulo apenas y sin recursos muchas veces, ni remuneración debida á su labor. Y en cuanto á

los escritores, unos por pereza, otros por haberse ausentado de Granada, éstos por premiosidad, aquéllos por desaliento, estotros por envidia, esotros por agotamiento prematuro, los más por haberse atrincherado tras la fortaleza del yoismo, reposan en la obscuridad de lo inédito y muy de tarde en tarde dan fe de vida.

Ni Eguílaz, ni Gómez Moreno, ni González Prats, ni González Garbín, ni Garrido, ni Castroviejo, ni Hidalgo, ni Ruiz de Almodóvar, ni Méndez Vellido, ni Caro Riaño, ni Acosta Werther, ni López (Nicolás María), ni Sansón, ni Ventura Traveset (*Doctor Nothing*), ni el P. Bueno Pardo (*Nautilus*), ni otros muchos, colaboran, tan asiduamente como hace pocos años, en la prensa periódica local.

Al frente de la profesional se hayan el joven é ilustrado profesor de la Facultad de Medicina, Salvador Velázquez de Castro; el farmacéutico Sr. Picazo, y el maestro de una de las escuelas de la capital, Sr. Negrillo.

Ni siquiera la Universidad que, petrificada como está, no tiene hasta ahora personalidad ni vida propias, promueve cruzadas intelectuales al calor de peculiares y generosas iniciativas suyas, fundiendo, á imitación de las de Oviedo y Valladolid, el molde de hierro en que la enseñanza oficial está aprisionada, renovando el aire de sus claustros y aulas con el oxígeno de la calle y llevando á todas partes las corrientes de atracción y de cultura que elevan el nivel espiritual de la población.

La vida de Granada, en la literatura, es meramente pasiva en los albores del siglo XX.

\*  
\* \*

No obstante ser esta ciudad riquísimo y variado museo artístico, y ofrecer en su luz y en sus campos de vegetación exuberante torrentes de inspiración, las artes bellas en Granada tienen más cultivadores que admiradores y devotos.

El mercado aquí es tan reducido, que se puede decir en propiedad que no hay mercado para los artistas, quienes más que en el entusiasmo y recompensa del público toman alientos de su vocación resuelta, de la propia conciencia, de su propio valer, de la esperanza de triunfos columbrados, de aquella *egestas* á que el poeta llamó la «décima musa».

Todavía el vulgo es muy numeroso; todavía está asaz extendida la necia preocupación de que todas las bellas artes son monomanías del espíritu y pretextos para hacer vida de vagancia. Apegadas al barro de la tierra, ahondan las gentes en el subsuelo buscando tesoros, y avezados los ojos á las tinieblas de las minas y á las simplicidades y ninadas de la existencia, la generalidad no percibe el altar magnífico en que la Naturaleza nos invita á su culto, ni los celestes esplendores con que Dios nos deslumbra cuotidianamente, ni las llamaradas de los grandes ideales que sólo prenden y viven en las inteligencias cultas y en los corazones generosos.

En verdad que no se comprende cómo no es cada granadino un artista. A los encantos del paisaje, á la plenitud de la luz y á la

enseñanza que brindan los monumentos, únese una gloriosa tradición artística, tan brillante como pocas poblaciones la tienen. Que no en balde el eximio Alonso Cano, maestro de maestros en la pintura y en la escultura, hizo célebres con sus lienzos y estatuas, y las de sus discípulos, muchos templos y arrojó semilla abundante y fecunda en esta tierra privilegiada.

No están los pintores granadinos de nuestros días afiliados á ninguna escuela determinada. Cada cual trabaja á su modo y gusto, sin marchamos ni etiquetas. Y aun los que levantaron de aquí el vuelo en busca de más amplios horizontes, conservaron siempre en su retina y en su pincel la luz granadina que distingue sus obras: hasta las de aquéllos que fueron en un momento arrastrados por las corrientes pictóricas de moda.

Al tratar de los pintores contemporáneos, no es posible ni justo olvidar al veterano Gómez Moreno, que en Roma, como pensionado, puso á buena altura el nombre de su patria, que ha resucitado con su pincel los tiempos prósperos de la pintura religiosa granadina y que hoy dirige la Escuela de Artes é Industrias de la provincia; ni á los maestros D. Julián Sanz y D. Eduardo García; ni á Alcázar Tejedor que, aunque no es granadino, aquí ha trabajado y trabaja años ha, aquí ha hecho sus mejores creaciones y cuadros de costumbres y flores, aquí ha organizado y presidido Exposiciones, obteniendo, en otras, distinciones singularísimas, y aquí ha estado encargado de la dirección de la clase de modelo vivo inaugurada en el Liceo.

Mariano Bertuchi, que es uno de los artistas jóvenes de más condiciones y seguro porvenir, abandonó Granada para estudiar en Tánger y Tetuán los tipos y costumbres marroquíes y buscar en Madrid, aprendiendo al lado de Ferrán, mercado para sus cuadros y campo en que desplegar su talento.

Muchos más fueron los que de Granada llegaron á Madrid, pintaron y vencieron. Entre los antiguos—llamémoslos así,—Ruiz Guerrero, Tomás Martín, Vallcorba, Ruiz Morales y otros pensionados por la Diputación provincial para completar sus estudios en Italia. En los mercados del arte llaman la atención las acuarelas de Tomás Martín, los paisajes de Ernesto Gutiérrez y las caricaturas de Tovar; y sus firmas aparecen en las mejores publicaciones ilustradas.

De lo mejor de la juventud artística es Eugenio Gómez Mir, aventajadísimo discípulo de Muñoz Degrain, en la Escuela de San Fernando, y actualmente de Sorolla. Trabaja tanto y con tal provecho que en breve tiempo ha logrado un nombre distinguido y valiosas recompensas en las Exposiciones. La particular y espléndida que de los cuadros de este pintor organizara recientemente *El Defensor de Granada* fué gallarda prueba de las condiciones excelentes de Gómez Mir, el cual sabe copiar la luz, los paisajes y las calles típicas de Granada con tal verdad, relieve y entonación, venciendo con tal valentía las dificultades de la realidad y del contraste, que desde el primer momento se apodera del ánimo del observador.

Joven como Gómez Mir y como él dotado de talento, Manuel J. Rodríguez Acosta llama la atención de los inteligentes con sus cuadros, en los que las figuras, los paisajes y el ambiente están impregnados de poesía, que envuelve la realidad en los reflejos idealizados de su luz fantástica y suave. Si en un principio vació su inspiración en los moldes de una exagerada innovación pictórica, con la reflexión y con el estudio ha llegado al fin á tomar de la escuela moderna sólo las bellezas, desdeñando su preceptiva dislocada y su presunción ridícula.

Pero entre la gente moza ninguno como López Mezquita, que de un salto se ha puesto á la cabeza de los pintores españoles. Es un niño y ya se codea con los maestros. Se ha cumplido la profecía de otro artista que al ver en Madrid los primeros cuadros que aquél presentaba al público dijo:—Este Mezquita llegará á *Catedral*. Y llegó el discípulo de Cecilio Plá, Rico y Larrocha, cuando el Jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901 concedióle una de las primeras medallas otorgadas por su admirado cuadro *Cuerda de presos*, que, reproducido por todas las revistas ilustradas, si se aparta de la tradición del espíritu y de la luz de Granada, honra á su tierra, sobre la cual recae todo honor tributado al artista, que en París y en Italia se propone completar, pensionado por la Infanta Isabel, su brillante educación pictórica.

También se abren paso en Madrid con sus trabajos, el escritor y pintor Sánchez Girona; el dibujante Moreu, que sigue sus estudios en la Academia de San Fernando; Miguel Mavit, que ha hecho restauraciones notabilísimas; y Ángel Diego, que inspirándose en las bellezas y filigranas de la Alhambra ha trazado y concluido preciosos gabinetes árabes, en que no se sabe qué elogiar más si los detalles de las techumbres y puertas, ó los bordados y calados de los ajimeces, ó la ornamentación de los frisos y de las paredes.

Dentro de Granada son muchos los que cultivan la pintura y dan muestra de su aplicación y buen daseo en certámenes públicos. Ahí están, entre otros, además de Ruiz Morales, de Larrocha, de Ricardo Santacruz y del veterano liceista Acosta Werther, Vergara Cardona, con sus pasteles y paisajes, netamente granadinos, en que son de admirar extrañas y hermosas perspectivas que el pintor estudió detenidamente; Villalobos, Garrigues y Turaty, con sus bodegones y con sus tipos y vistas de la ciudad; Muros, con sus estudios de la Alhambra; Vivaldi y Muñoz Entralla, con sus óleos y retratos; Hernández, con sus tablitas y estudios de calles granadinas; y Manuel Pareja Rodríguez, y Fernando Damas, y Enrique Florido, y Rodrigo Matarán, y las señoritas Luz García Duarte y Concepción López Carrasco. Mención singular merece Ruiz Almodóvar (José).

Mas de todos estos, ninguno aventaja en Granada á Rafael Latorre é Isidoro Marín. Las flores, los tipos y costumbres locales, los monumentos artísticos, los paisajes: todo ello ha sido reproducido por ambos magistralmente. Así se explica la popularidad y estima de que gozan y los éxitos que en los distintos géneros que cultivan obtienen. Distínguese Isidoro Marín por sus inimitables

acuarelas. Y revélasenos Latorre como artista de cuerpo entero, lo mismo en los géneros comunes á ambos, que en los retratos, en la pintura religiosa y en los tapices, en que hasta ahora no tuvo competidores. Marín y Latorre se formaron en la atmósfera de cultura y entusiasmo que se respiraba en el Centro Artístico.

No son tantos los que en Granada cultivan la escultura; pero ¡cuántas veces se vé en la vida que los pocos muchos valen más que los muchos pocos!

Sin pretenderlo, sin buscarlo, sin creerlo él (que su modestia es exagerada), Pablo Loyzaga capitanea á los escultores granadinos y sobresale por encima de todos. Y eso que nadie, hasta ahora, le ha dado la mano para que ascienda á donde sus condiciones artísticas pueden elevarle; y eso que ha tenido y tiene que luchar con las apreturas de la vida, y no ha podido estudiar y explayar su talento en Madrid y en el extranjero, ni ha sido favorecido por la protección oficial, tan pródiga en España para las nulidades, ni ha tenido otros auxiliares que su inspiración y gusto y sus alientos poderosos, reavivados por su todavía fresca juventud.

En sus relieves, en sus retratos, en sus bustos, en la hermosa estatua *Santa Cecilia*, que yo mismo ví hacer en unos cuantos días, y que mereció el *premio de honor* de la última Exposición del Liceo, Loyzaga ha demostrado sus altas cualidades, juntando en sus creaciones la severidad y la sencillez, la sobriedad y la grandeza que distinguieron á Cano, la pureza y corrección de líneas en la forma y la luz del ideal cristalizada y conservada en la expresión, de modo que contemplando sus esculturas vemos que de sus manos ha salido la materia animada por el divino sople de la inspiración.

También en sitio preferente, aunque siempre después de Loyzaga, hallamos en la escultura granadina contemporánea, á Miguel Morales Marín, hijo y nieto de artistas, premiado en Madrid; al joven José Navas, Manuel Roldán y José Guerrero Lozano.

Con el renacimiento intelectual que inició y alentó el Liceo en sus dos primeras épocas, especialmente en la segunda, tomó vuelos la música en Granada, cultivada en el teatro por los compositores D. Antonio Luján, maestro de Capilla de la de Reyes Católicos; D. José Antonio Martos y el maestro Segura; y en conciertos y veladas por el notable violinista y director de orquesta, don Francisco Valladar, y por los inteligentes instrumentistas señores Conde de Villamena, Salazar, Coronado, Micas y Santisteban Morales, de quienes el director de «La Alhambra» habla en sus *Apuntes acerca de las Bellas Artes en Granada*. La Sociedad de cuartetos clásicos instituida y dirigida por Guervós (Eduardo) en 1871, reorganizada más tarde como Sociedad de Conciertos por don Carlos Romero, acrecentó la afición á la buena música, que en nuestros días interpreta maravillosamente y propaga el sexteto de Valladar Serrano, nieto del famoso violinista y compositor.

Mantenedores y fomentadores de la música religiosa en Granada han sido el maestro Palacios; el émulo de Eslava, D. Bernabé

Ruiz; el maestro de Capilla de la Metropolitana, D. Celestino Vila; el admirado compositor D. Ramón Noguera, el maestro Blancas, Orense y el joven Beneito Fontabella, en nuestros días.

Si hace algunos años influyeron en el gusto y movimiento musical las sesiones del maestro Mariano Vázquez en su casa y los conciertos de los pianistas Guervós y D. Cándido Peña, del celebrado violoncellista Ruiz de Tejada y del violinista y diplomático Julio Casares, amén de los conciertos del Liceo antiguo, hoy cultíbase la música selecta en la famosa *Casa de los Tiros*, cuyos salones abre durante el año todos los jueves, para solaz y satisfacción de los aficionados, el representante de los marqueses de Campotéjar D. Eduardo Soria, y donde saborean é interpretan la *música di camera*, como buenos pianistas, la señorita Elena Rodríguez Bolívar y los señores D. Emilio Vidal, D. Eduardo Orense y el catedrático de Farmacia D. Eduardo Esteve, gran repentista y distinguido aficionado.

Dignas de mención son igualmente las sesiones musicales que «El Defensor de Granada» ofrece en su Salón todos los sábados á sus colaboradores y amigos, contando con el generoso concurso de Emilio Vidal y de los mejores artistas que vienen á Granada.

Las bellas artes entrarán aquí en un período de prosperidad, cuando el sentimiento estético y el gusto artístico lleven al alma del pueblo el convencimiento de que en su amor y culto está el manantial de la felicidad y la piedra angular de la regeneración soñada.



# LA POESÍA EN GRANADA

## SIGLOS XVI Y XVII

De D. Diego Hurtado de Mendoza:

Olvida, Blas, á Constanza,  
líbrate de su cadena;  
no fies en esperanza,  
que no hay esperanza buena.

De Gregorio Silvestre:

### *Soneto*

Madeja de oro fino marañada,  
cabellos de la misma fermosura,  
prisión del alma mía, do procura  
hallarse más revuelta y enlazada.

Con cada hebra vuestra tengo atada  
mi vida, mi salud y mi ventura,

y tienen la prisión y ligadura  
por libertad mejor que la pasada.

¿Cuál hombre como yo entre los nacidos,  
si amor por tanto amor me concediera  
que fuera trenza yo de esos cabellos;  
ó como tengo el alma y los sentidos,  
el cuerpo me ligara de manera  
que nunca me apartara de cab'ellos?

De Juan de Arjona:

### *Fragmento de «La Tebaida». (1)*

No hay fosa de que puedan confiarse,  
cerca que no esté rota ó mal sigura,

(1) Este es un fragmento del lib. XII de *La Tebaida* de Estacio, que tradujo al castellano el granadino Arjona, mereciendo el elogio entusiasta de Lope de Vega y otros poetas de su tiempo.

puerta que no convenga repararse,  
que todo lo asoló la guerra dura;  
no hay torres donde puedan ampararse,  
que les falta de almenas la hermosura,  
de muchas que, arrancadas de su asiento,  
tiraba Capaneo por el viento.

Pues ya la juventud, en quien debiera  
tenerse confianza está perdida,  
sin sangre, sin virtud y de manera  
que en vano será Tebas socorrida;  
ya no la esposa del marido espera  
los dulces besos con que amor convida,  
ni los hijos del padre, que están tales  
que no se acuerdan más que de sus males.

Por el contrario, el ateniense luego  
que vió romper la clara luz del día  
y la del sol, que juzgarán que en fuego  
las lanzas y celadas encendía,  
al campo sale, donde el campo griego  
de desnudos espíritus hervía  
y el aire de vapor inficionado  
de tanto cuerpo muerto, no enterrado.

Do Nieto de Molina (1):

Si los gatos lograran merecer  
los aplausos de un Lope singular;  
si los burros en verso rebuznar  
á impulsos del famoso Pellicer;  
si las moscas sus gracias extender,  
que su ingenio las quiso celebrar;  
si Homero á los ratones aclamar  
para dar á las ratas que roer;  
á los perros mi musa ha de aplaudir;  
tengan fama los perros donde quiera,  
en los pueblos, los campos y los cerros.  
Perros aplaudo: ¿qué podrán decir?  
Que elijo por asunto una perrera,  
ó que soy un poeta dado á perros.

Do Rodríguez Ardila:

### *Romance*

Tras este negro de Amor,  
de tantos blancos espuela,  
una tarde me sali,  
á la Fuente de Lateja,

(1) Autor de la fantasía poética en redondillas *La Perromaquia*.



lugar famoso en Granada  
 y aun en cuanto el sol rodea,  
 por su celebrado sitio  
 y sus cármes y huertas.  
 Miraba el agua divina  
 retozar con las arenas  
 entre las guijuelas blancas  
 y entre las pintadas piedras.  
 Y, estando en esto ocupado,  
 vide algo lejos dos hembras  
 á quien luego me arrojé  
 con harto fáciles señas.

. . . . .  
 Era como el sol la una,  
 muy sabia pero muy tierna,  
 muy blanca pero muy fría,  
 muy linda pero muy necia.  
 Era morena la otra  
 más de mil donaires llena,  
 de mil gracias adornada  
 ¡tal es la color morena!  
 Como á semejante gente  
 siempre me inclinó mi estrella,  
 dando á la blanca de mano  
 el alma entregué á la prieta.  
 Comencela á requebrar,

díjeme muchas ternezas,  
 porque con grande cordura  
 me respondió á todas ellas.

La blanca desto ofendida,  
 viendo que no la festejan:  
 «Negro galán debe ser,  
 dijo, quien regala á negras.  
 No se quien por negro humor  
 la blanca nieve desecha:  
 por el buho la paloma  
 y el día por las tinieblas...»  
 Yo, viendo desto ofendida  
 á la causa de mis penas,  
 desta suerte comencé  
 á procurar su defensa:  
 «Si á lo moreno me ofende,  
 dama, tendremos pendencia...  
 de morena ha dicho mal;  
 pues apreste las orejas  
 que dellas diré mil bienes.  
 Tal es la color morena,  
 Negra es la noche agradable  
 y con gran gusto la esperan,  
 por descanso el que trabaja,  
 por regalo el que pasea...  
 Negra es el águila fuerte,

de todas las aves reina...  
 y negra la golondrina  
 tan doméstica y casera...  
 y negro es el azabache  
 que tantos pechos arrea.  
 Tres negros ha de tener  
 una extremada belleza:  
 negros ojos y pestañas,  
 negras y en arco las cejas...  
 Moreno fué *Juan Latino*,  
 honra de tantas escuelas;  
 moreno fué el Cid Rui Díaz  
 conquistador de Valencia;  
 moreno el Gran Capitán  
 y otros mil que no se cuentan  
 Un poco morena fué  
 la fermosísima Helena,  
 la celebrada Cleopatra,  
 la castísima Lucrecia...  
 Blancos llaman á los bobos,  
 negra á la gente discreta. »

Yo que adelante seguía  
 dejé á la blanca tan fea,  
 que del lugar se partió  
 vencida de la contienda;  
 de cuyo triunfo y victoria

la morenilla risueña  
 mil alabanzas me dió  
 y bendiciones inmensas;  
 que me llevará á su casa...  
 ¡Tal es la color morena!

De Francisco Trillo de Figueroa:

*Letrilla*

*Y si es del Prior  
 peor que peor.*

Para enamorarme quiero  
 de las damas la mejor;  
 mas de adonde pueda hallarse  
 aun más que dudoso estoy;  
 porque, si es doncella hay riesgo,  
 y si casada, afusión,  
 y si es soltera es un mar  
 adonde nada el amor;  
*y si es del Prior,  
 peor que peor.*

Pues ¡si es viuda! parece  
 un paso de la Pasión,  
 y si no le doy, urraca;  
 mas no paga si le doy.  
 Si es dama de muchas bodas,

no hay quien cure mi dolor,  
y, si es plato de uno solo,  
al doble lo pago yo;  
*y si es del Prior,*  
*peor que peor.*

Tan diestras son en mentir  
que nunca tengo razón,  
aunque vea por los ojos  
más claro un fraile que el sol.  
Si es mozo, dicen que es primo,  
si es anciano, que es tutor  
y si es cura ó racionero  
que es padre de confesión;  
*y si es del Prior,*  
*peor que peor.*

Todo el año tiene achaque  
para que venga el dotor,  
con achaque del achaque  
á hacerle un re-mi-fa-sol.  
Pero del primo la prima  
la tercera da el bordón  
con que le tiembla las cuerdas  
quien la clavija torció;  
*y si es del Prior,*  
*peor que peor.*

Si no gusto de que salga,

la amiga del corazón  
la convida á la comedia  
y hace el papel del traidor.  
Si un forastero la busca  
dice que le trai labor,  
y cual piojo en costura  
se entra hasta el cabezón;  
*y si es del Prior,*  
*peor que peor.*

Al fin son en todo Circes,  
mas no son hijas del Sol,  
bien que de la Luna hermanas  
en mudar de condición.  
Si ella se muda por cuartos,  
por cuartos hay más de dos  
que saben hacer mudanzas  
más que el indiano Estordión;  
*y si es del Prior,*  
*peor que peor.*

Para mi bolsa en menguante  
nunca esta luna creció  
y si creció fué en los cuernos,  
pero en lo durable no.  
Y así, á la mejor de todas  
yo le echo mi bendición,  
pues si es buena es harto mala

y si es mala no hay amor;  
y si es del Prior,  
peor que peor.

De Luis Barahona de Soto:

### *Soneto*

No es tiempo ya, cruel, que más te escondas  
ni pongas á mi bien más embarazos;  
has esta carta como á mi pedazos,  
que ya no espero más que me respondas.

Ya estoy como el que en esas aguas hondas,  
cansado de medir el mal á brazos,  
soltó los flojos y cansados lazos,  
la boca abriendo á las saladas hondas.

Vencido me ha, crüel, tu duro pecho;  
mas, pues mi firma, amor, no conociste,  
no es mucho que me prives de esperanza.

Con esto solo parto satisfecho,  
que, cuando entiendas lo que en mí perdiste,  
tú misma me darás de tí venganza.

## SIGLOS XVII Y XVIII

De Tojada:

### *Soneto*

En un verjel que con cristales lava  
el sacro Dauro, Nise andaba un día,  
y para una guirnalda que tejía  
bellas pintadas flores arrancaba.

Cupido, que allí siempre acostumbraba  
ir á pasar la siesta en sombra fría,  
el arco y las saetas que traía  
de un verde ramo por dormir colgaba.

Pues Nise que el idoneo tiempo mira,  
para vengarse dél no lo dilata:  
que las armas le hurta al niño esquivo.

Sus ojos son las flechas con que tira:  
¡oh pastores! huid, que á todos mata,  
si no es á mí que de matarme vivo.

### *Décimas*

Bien pensará quien me oyere,  
viendo que he llorado tanto  
que me alegre agora y canto,  
como el cisne cuando muere.  
Créalo quien mal me quiere;

y sepa quien se lastima  
de que el duro mal me oprima  
que con este mismo son  
pude romper la prisión  
y disimular la lima.

En dulce correspondencia  
crece el amor cada día;  
mas en la descortesía  
mengua toda su potencia.  
Ya se acabó mi paciencia  
y la razón me acompaña;  
ya el tiempo me desengaña;  
que siempre el hombre no debe  
contemplar un corcho leve  
como pescador de caña.

Negarme lo que no es mío  
señora no es caso injusto;  
que no tiene ley el gusto,  
ni es captivo el albedrío.  
Mas teniendo el pecho frío  
dar á entender que se arde  
para que llegando tarde  
traiga el sufrimiento furia,  
venganza pide esta injuria  
en el pecho más cobarde.

Mas yo no estoy de ese intento  
por no turbar mi sosiego,  
que aun las cenizas del fuego  
me las va llevando el viento.  
Alguno dirá que miento  
y que de los grandes males  
quedan siempre las señales:  
pues sepa el tal que un despecho  
pudo convertir un pecho,  
que fué cera, en pedernales.

Ya de la memoria borro  
todas las obligaciones,  
porque vuestras sinrazones  
me han dado carta de horro.  
Y tal estoy que me corro,  
de que tengais prendas mías;  
mas por no mover porfías  
en vuestras manos las dejo,  
cual la culebra el pellejo  
para renovar sus días.

**Del Dr. Faria:**

### *Sátira*

No me denuncien los hombres  
pues para con Dios no peco,  
el que oyere de mi canto  
los penúltimos acentos.

Baja he templado mi lira,  
á medida de mis versos;  
que ya me sirve mi musa  
á solas en mi aposento.

No pido atención á nadie,  
que por experiencia veo  
que los oyentes se compran  
y todo vale dinero.

¡Ah mundo, caduco niño,  
ciego monstruo y rapaz viejo,  
en los regalos arpía  
y en las mudanzas Proteo!

Tarde, enemigo cobarde,  
en tus escuelas aprendo  
á dejarte como sabio,  
pues te seguí como necio.

Del tráfico de tus plazas  
me subí una vez huyendo  
á un templo de desengaños

y andamio de mis descos.

Desde allí consideré  
los tribunales soberbios  
de los que guardan justicia  
sin quererla para ellos.

Advertí junto á tus reyes  
los oráculos del reino  
que son para aconsejados  
más que para dar consejo.

Ví algunas varas que adornan  
unos grandes Polifemos,  
muy gigantes con los pobres  
y con los ricos pigmeos.

Ví unos letrados que saben  
más de platos que de pleitos,  
y ven que es la ley de Toro  
si trae dos á dos los cuernos.

Vide plumas de escribanos,  
porque las llevaba el viento,  
en la tienda de interés  
echarles de plata el peso.

Vide la imagen de Isis  
encima de unos jumentos  
que se ensanchan con la honra  
que no se les hace á ellos.

Ví unos ricos entonados

(en gloria estén sus abuelos)  
que parte en duda el que deja  
mayorazgos á sus nietos.

Ví algunos pobres hidalgos,  
cigüeñas para sí mismos,  
pues que comen de su sangre  
contándolo por momentos.

Vide los coros que ilustran  
canónigos reverendos  
que alcanzaron sin ser magos  
lo que no Simón con serlo.

Vide unos mercaderazos  
muy metidos de pescuezo,  
que le ponen á la usura  
capa de aprovechamiento.

Vide amistades de primos  
que pasan de lo que es bueno,  
sin ver que amor no se rige  
por leyes de parentesco.

Vide casados celosos  
entre algunos tan sinceros  
que su imagen lidia el vulgo  
y sus nombres goza el cielo.

Vide Penélopes castas  
sin lealtad con sus griegos,  
más por falta de telares

que por sobra de requiebros.

Yo vide recién viuda  
con su monjil largo y negro,  
llorar al triste marido  
porque no murió más presto.

Vide astrólogas doncellas  
que presumen por lo menos  
por escribanos los suyos  
leernos los pensamientos.

Vide... mas no vide más;  
baste lo dicho, instrumento;  
que verdades tan sin liga  
son monedas de otro tiempo.

## SIGLO XIX

De Baltasar Martínez Odrán:

### *Nocturno*

Estaba yo dormido  
y me dijo el amor:—Yo seré el ave  
que labrará tu nido;  
yo seré el aura que te arrulle suave;  
yo seré luna llena  
que tus plácidas noches ilumine;  
yo seré la sirena

que con su dulce canto te fascine;  
 yo seré el transparente  
 tranquilo mar por do tu esquiife bogue,  
 yo seré la serpiente  
 que se enrosque á tu cuello y que te ahogue.

De Manuel Paso:

### *¡ Dios*

Te llaman la miseria y los pesares  
 ¡hambre que gime, cólera que estalla!  
 y en el rudo trágico de la batalla  
 se devoran tus hijos á millares.

Oficia la mentira en tus altares  
 y gobierna tu pueblo la canalla;  
 oye, si no la voz de la metralla  
 que truena por las tierras y los mares.

La dinamita á gritos te ha llamado.  
 —¡Nada hiciste al morir!— grita iracundo  
 este mundo irredento y desquiciado.

¡Pide tu sangre, manantial fecundo!

. . . . .  
 ¡Baja otra vez á ser crucificado!  
 ¡Vuelve, Señor, á redimir al mundo!

### *Fragmento de un poema*

De pie, teniendo la crispada mano  
 Sobre la férrea caja,  
 Luchaba el cortesano  
 En combate horroroso,  
 Mezclando lo divino con lo humano.

¡Señor, yo clamo á tí!, cantaba el coro,  
 Con triste voz y dolorido acento:

¡Pasáronse mis días!

¡Y nunca volverán! El Duque, atento,  
 Sintió de pronto herido

Por un rayo de luz su pensamiento.

¡Como la tarde que la vió en la caja

Aún entornados los celestes ojos

Creyó ver tras la nieve los sonrojos

Y la noche nupcial tras la mortaja!

¡Loco por un amor tan peregrino,

Miraba en el despojo funerario,

En forma de sudario,

Todas las dichas del amor divino!

¡El día en que el espíritu se exhala

Vuelve el cuerpo á la tierra!

Todos los frailes á la vez dijeron,

Y con lúgubres voces,

¡Vuelve el cuerpo á la tierra! repitieron.



Febril, fuera de sí, desvanecido,  
 Bajó la frente el Duque de Gandía,  
 Y como si al oído

A la difunta Emperatriz hablara,  
 Dijo: «¡A pesar de todo, sólo mía!»  
 Y el coro lentamente

*¡De profundis clamavit!* respondía.

Llegó el momento de la entrega: El Duque,

Como el chacal cercado,

Se revolvía aparentando calma,

Mirando al par atento y espantado,

Un ignorado y plácido consuelo

Que flotaba en el fondo de su alma,

*¡Ay, bienaventurados los que mueren!*

Cantaba el coro con acento grave;

*¡La eterna gloria brillará en la altura!*

Mientras temblando el Duque, con la llave

¡Más bien rompió que abrió la cerradura!

Los goznez oprimidos rechinaron,

Los frailes avanzaron.

. . . . .  
 Clavó el Duque la vista en los despojos

De aquel amor ¡supremo de su vida!

Y sin decir palabra vino á tierra

Como peña del monte desprendida.

Do Ángel Ganivet:

### *Canción extraña*

Hija de Oriente que sueñas  
 oculta tras la montaña,  
 despierta y oye amorosa  
 la canción de la mañana:

«Yo soy la noche que llora  
 con las lágrimas  
 que el sol, al ponerse, deja  
 por doquiera  
 que su rastro de luz pasa.

Tú eres la noche que ríe,  
 cuando el alba  
 nace y disipa las sombras  
 con las ondas  
 de la luz serena y clara.

Yo soy la sombra que corre  
 desolada;  
 amor que va ciego y mudo  
 por el mundo,  
 soñando en la niña blanca.

Presa entre dos resplandores  
 va mi alma,  
 que á la blanca niña busca,  
 sin que nunca

en la tierra pueda hallarla.

Sólo una vez á lo lejos  
 ví á mi amada,  
 á altas horas de la noche  
 por el bosque  
 misterioso de la Alhambra.

Me acerqué y no era la niña  
 de mis ansias;  
 un rayo de luna era,  
 alma en pena  
 que por el bosque vagaba.

De un viejo sauce llorón  
 en las ramas,  
 un ruiseñor solitario  
 ha entonado  
 la canción de la esperanza.

Yo también saludo alegre  
 la alborada;  
 Hija de Oriente, despierta,  
 y risueña  
 asómate á la ventana.»

~~~~~  
 ¡Qué silenciosos dormís,
 torreones de la Alhambra!
 Un sueño de largos siglos
 por vuestros muros resbala.

Dormís soñando en la muerte
 y la muerte está lejana.
 Despertad, que ya se acercan
 las frescas luces del alba.

—
 Sale el sol y vuestros muros
 tiñe con tintas doradas,
 sale la luna y os besa
 con sus rayos de luz clara
 y vosotros dormís siempre
 y la muerte está lejana.

—
 Os alumbran los fulgores
 de la bóveda estrellada,
 os envuelven de la noche
 las sombras tristes y vagas
 y vosotros dormís siempre
 y la muerte está lejana.

—
 De la tarde silenciosa
 os acarician las auras
 y os azota el vendabal
 que en vuestros muros se ensaña.
 Y vosotros dormís siempre
 y la muerte está lejana.

Un sueño de largos siglos
por vuestros muros resbala.
Cuando llegue á los cimientos
vuestra muerte está cercana.
¡Quién fuera como vosotros
y largos siglos soñara
y desde el sueño cayera
en las sombras de la nada!

De Miguel Gutiérrez:

Á Mefistófeles

Escucha, Mefistófeles, de Fausto la plegaria:
mi vida solitaria
brotó las flores últimas de la gentil edad.
Ya por mi frente, mustia cual prado en el estío,
corre mortal el frío
de la vejez cercada de triste soledad.

¡Solo! Sin una mano que se una con la mía,
viendo pasar un día
y otros ciento en medroso silencio y orfandad,
y allá en noche de invierno arder el seco tronco,
al son de viento ronco
que anuncia la inminente furiosa tempestad.

.

Busqué de estudios graves en místico silencio

la fuente de Juvencio,
que á su primer origen retorna el manantial:
la fuente milagrosa que al hombre vivifica,
su sangre purifica
y anima con sus ondas la célula vital.

Me dió sus alas plúmbreas la sacra Teología,
la audaz Filosofía:
me dió el hinchado globo de la sutil razón;
me abrió el laboratorio recóndito la Ciencia,
y vi de la existencia
la forma primigenia y la última expresión.

¡Y todo nieblas, sombras! El tenebroso imperio
se extiende del misterio,
sin límites precisos: sin rumbo y al azar
marchamos con fatiga por intrincadas sendas
y alzamos breves tiendas
entre el desierto inmenso y el borrascoso mar.

Hallé que es el sepulcro la cuna de la vida,
la fuerza ví escondida
en el menudo polvo que fu: viviente ser:
nació de larva obscura la alada mariposa
y chispa luminosa
en el azul espacio se vió resplandecer.

Tú, que eres de los magos el César y el Licurgo;
tú, que eres taumaturgo,
cuando el Jerarca excelso da rienda á tu poder;

tú, cuyo soplo etéreo los sábados empuja
al duende y á la bruja,
espanto y maravilla del niño y la mujer.

Tú, que de yerbas fúnebres conoces la ponzoña,
tú sabes do retoña
el árbol de la vida con su vigor feliz;
porque en la tierra santa que fué del Paraíso
guardar el cielo quiso
del árbol de la vida la mágica raíz.

Dame tú ¡oh Mefistófeles! de la vital esencia;
toma virtud y ciencia
á cambio de los goces de alegre juventud:
tornen los verdes años con su fecundo brío,
vuelva á su fuente el río
y al cuerpo remozado la fuerza y la salud.

Pasad, hielos y brumas del tétrico Diciembre:
de nueva mies se siembre
el campo que ya cubren la adelfa y el zarzal.
Mayo otra vez envíe sus perfumadas brisas
y con sonoras risas
corra entre nuevas flores alegre el manantial.

De la pasión aun siento la calentura alevé,
porque aun bajo la nieve
se agita y bulle ardiente la lava del volcán.
Los años se amontonan en mi cabeza blanca;
mas ¿quién del pecho arranca

la lava inextinguible del amoroso afán?

Yo quiero ver el culto de Venus en Citeres,
gozar de los placeres
que brinda á sus devotos: las copas agotar,
do puso el erotismo su llamarada interna
y de la virgen tierna
romper ¡ay! la guirnalda de cándido azahar.

De Afán de Ribera (D. Antonio J.):

Madrigal

Dijo Nise á su pastor:
— ¿Por qué está ciego el amor?
Y él respondió entre sonrojos:
— Padece el mismo dolor
todo el que mira tus ojos.

Do Francisco L. Nidalgo:

La Alhambra

La mansión de la dicha y los amores,
Corte ayer de los ínclitos Nazares,
Levanta sus estancias singulares
Sobre tapiz de purpurinas flores.

A sus ricos y alegres miradores
Sombra dan terebintos y azahares,
Y se miran sus torres seculares
Del Dauro en los espejos tembladores.

Al cruzar sus caladas galerías
Surgen recuerdos de pasados días;
Y en sus patios ornados de laureles,
Finge nuestra ilusión, rostros divinos
De odaliscas, aceros damasquinos,
Ecos de adufe y blancos alquiceles.

De Nicolás M.^a López:

FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Soneto

La España goda, la morisca gente,
Los héroes castellanos, los bandidos,

Los reyes, las princesas, los validos,
Lo soñado, lo muerto, lo presente;

Todo al conjuro renació potente
Del mago de la historia y los sentidos,
Y brotaban los dramas encendidos
Como chispas de fuego de su mente.

Fecunda, inagotable, seductora,
Mil tesoros forjó su fantasía,
Viviendo en la pobreza aterradora.

Y, poeta del pueblo, es su poesía
Febil, desordenada y brilladora,
Como hija del sol de Andalucía.



*Acabóse de imprimir este libro
el día 1 de Octubre
de 1901.*

Tirada: 1.000 ejemplares.



Obras de Rodolfo Gil

Córdoba contemporánea.—Apuntes para su historia literaria en el siglo XIX. Dos volúmenes en 4.º

Importancia militar de Córdoba.—Un folleto. Agotado.

Séneca.—Poesía. Un folleto. Agotado.

La Mezquita Aljama.—Folleto. Agotado.

Oro de ley.—Séneca.—Ovidio.—Poetas arábigo-cordobeses. Un folleto.

La juventud literaria.—Discurso y poesías leídas en el Liceo de Granada. Agotado.

El país de los sueños.—Páginas de Granada.

EN PREPARACIÓN

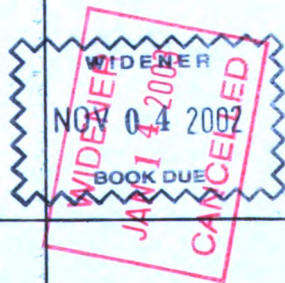
Córdoba contemporánea.—Tomo III y último.

De venta en casa de Fe, Madrid, y en las principales librerías.

the last date stamped below. If another user places a recall for this item, the borrower will be notified of the need for an earlier return.

*Non-receipt of overdue notices does **not** exempt the borrower from overdue fines.*

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 617-495-2413



Please handle with care.
Thank you for helping to preserve
library collections at Harvard.

THE BORROWER
AN OVERDUE FEE

3 2044 035 960 038

~~DUE DEC - 9 '92~~

~~DUE APR - 7 '91~~

